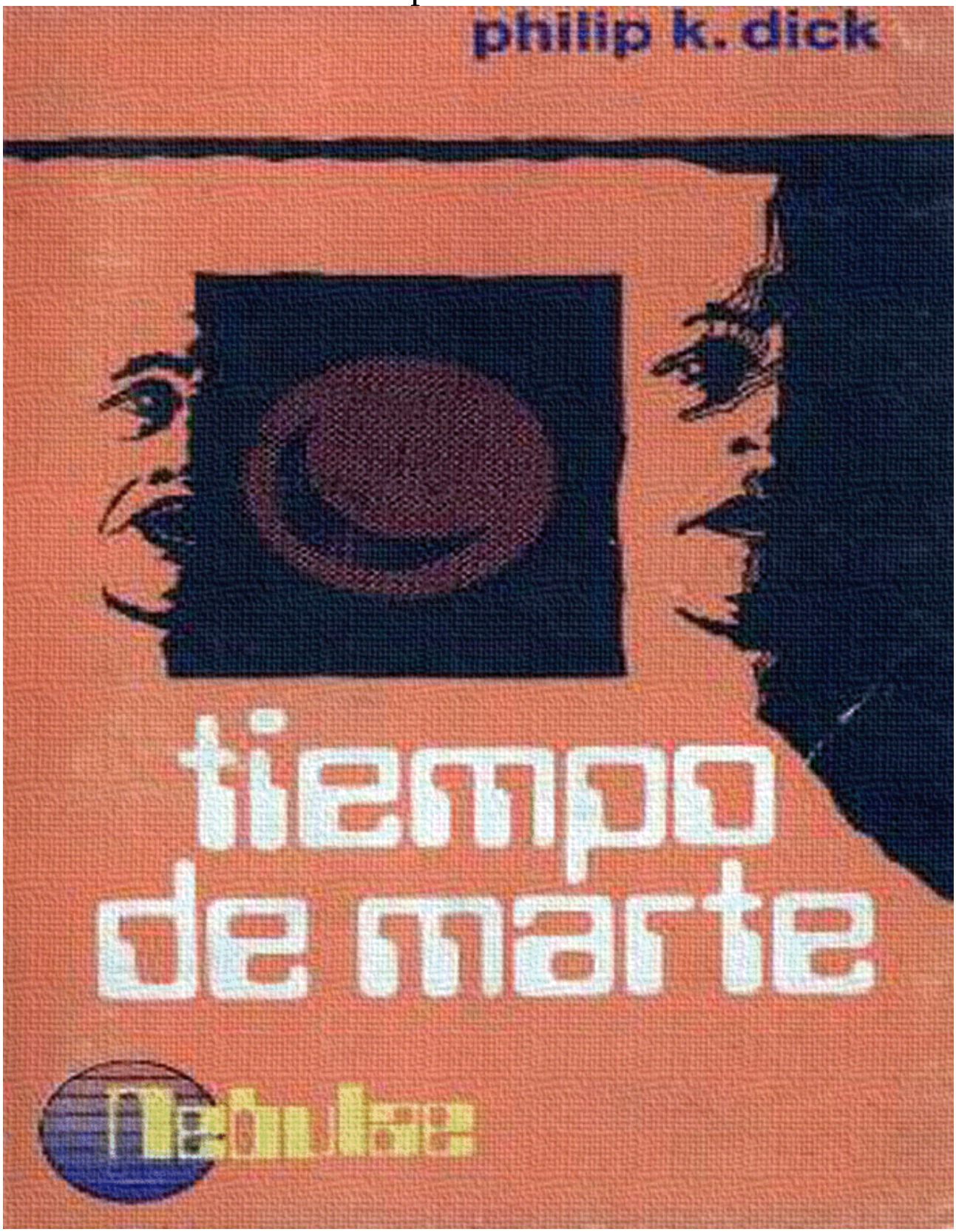
TIEMPO DE MARTE

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Introducción

A partir de cierto punto el sendero se nivelaba, ensanchándose. Todo estaba en penumbra. El frío y la humedad traspasaban el ambiente, como si estuvieran atravesando una gran tumba. La vegetación raquítica y perniciosa que nacía en la superficie de las rocas tenía cierto aire de muerte, como si la hubieran envenenado en el momento de crecer. Mas adelante, un pájaro muerto yacía en el sendero, y sus restos putrefactos podían haber estado varias semanas en el lugar; no sabría decirlo. Tenía un aspecto momificado.

CAPÍTULO 15

Arnie Kott está en el camino de regreso de una variante psicótica del pasado reciente.

El escenario es Marte, parcialmente colonizado, y los colonos viven a lo largo del sistema de canales, donde se logra una magra fertilidad.

La tela de araña de la civilización se ha extendido al máximo sobre una absoluta desolación y no existe ninguna garantía de poder mantenerla. Por otra parte, las grandes potencias de la Tierra amenazan constantemente la estabilidad del planeta. Han descuidado a Marte durante muchos años, concentrando grandes sumas de dólares y esfuerzo humano en proseguir sus exploraciones hacia diversos lugares del Sistema Solar; parece llegado el momento en que han decidido intervenir en forma activa en el equilibrio de la colonia.

Detrás de esta trama existe otra, aún más complicada, de las relaciones humanas. Hombres y mujeres, niños, ancianos y pardos -los nativos autóctonos, pero no indígenas de Marte- dependen, aunque a desgana, unos de otros. Cuando el pobre Norbert Steiner se suicida, todo el mundo siente los efectos de su acto.

Detrás de estas dos tramas hay una tercera que se entrevé indirectamente. Es la telaraña que enlaza las cosas buenas y malas del universo. Los despreciados pardos, vacilantes al borde de una mayor sabiduría que el resto de la humanidad, son conscientes de esta trama y de vez en cuando logran torcer alguna hebra en su beneficio, pero están atrapados por ella como los demás.

Todas estas tramas se superponen en varios puntos coordinados, el más notable de los cuales es AM-WEB, una compleja estructura habitacional que posiblemente las Naciones Unidas construirán en cierto tiempo futuro en las Montañas Franklin Delano Roosevelt.

El hijo autista de Steiner, Manfred, es capaz de visualizar la estructura, a la que ve en un estado avanzado de deterioro. En la novela es un símbolo que representa las aspiraciones y fracasos de la humanidad. Cuando quede terminada, la estructura representará un logro importante, lo que no significa que no esté destinada a la ruina final. Parte de esa ruina puede ser decretada por las miserables maniobras políticas y financieras que constituyen uno de los temas menores de esta intrincada novela.

Martian Time-Slip (Tiempo de Marte) surge en uno de los períodos más creativos de Dick. *The Man in the High Castle (El hombre en el castillo)* se publicó en 1962. *The Game Players of Titan* salió en 1963, y en 1964 se publicaron *The Simulacra, The Penultimate Truth, Clans of the Alphan Moon* y el presente tomo. Si bien Dick es un autor prolífico que ha publicado unas quince novelas en treinta años, su ritmo de producción es bastante moderado en comparación con el de muchos escritores del pródigo campo de la ciencia-ficción.

Uno de los atractivos de las novelas de Dick es que todas se interrelacionan en algún punto, si bien Dick nunca repite personajes de libros anteriores. Se trata de una relación más sutil, más similar a una trama. En *Clans of the Alphan Moon* está formada por «el mundo-araña que hila su tela de determinación para todo lo que es vida». En la presente novela, la manera en que Marte es fragmentado entre diversas nacionalidades nos trae reminiscencias de la fragmentación de la Tierra entre las grandes potencias en *The Penultimate Truth* y *The*

Game Players of Titan. El reino de Gubble, el horrible mundo corrupto de la esquizofrenia de Manfred, recuerda al mundo de la tumba en que cae John Isidore en *Do Androids Dream of Electric Sheep?*, o también a uno de los espantosos universos falsos de Palmer Eldritch en *The Three Stigmata of Palmer Eldritch*. En las primeras páginas de la novela, cuando Jack Bohlen espera la llegada de su padre desde la Tierra se anuncia la inminencia de un cambio y, paradójicamente, el cambio con frecuencia está personificado en alguien o en algo viejo, como Edwin M. Stanton envuelto en periódicos en la parte posterior del Jaguar de Maury Rock en las primeras páginas de *We Can Build You*. Y así sucesivamente.

Sin embargo, estos bloques narrativos comunes no son intercambiables entre un libro y otro; el caleidoscopio de Dick se agita continuamente y de él emergen incesantemente nuevos colores y diseños siniestros. La fuerza del universo de Dick reside en estos bloques narrativos más que en sus personajes, y aun cuando alguno de ellos tenga un poder especial (como la facultad para ver el futuro de Jones en *The World Jones Made),* muy raras veces le resulta provechoso personalmente.

Si observamos dos de los más importantes bloques narrativos y comprendemos cómo dependen uno de otro para mayor efecto, habremos estado muy cerca de comprender un aspecto del pensamiento de Dick. Estos bloques son la Ansiedad-por-la-Realidad y el Compromiso-con-el-Pasado.

La mayor parte de los temas característicos de la ciencia-ficción es materialista; solo el tema de la ansiedad por la realidad representa una especulación metafísica, y este es un tema que Dick ha hecho suyo. Entre sus cuentos de más temprana publicación se encuentra *Imposter (*1953*),* en el que un robot cree ser hombre. La intriga es tan perfecta que ni él es capaz de detectar la verdad, hasta que una bomba que lleva dentro de sí se activa a causa de una frase pronunciada por él mismo.

Más adelante los personajes de Dick se encuentran con frecuencia atrapados por alucinaciones o mundos ficticios de diversa índole, a menudo sin saberlo, o si lo saben, sin la posibilidad de hacer nada al respecto. En *El hombre en el castillo* el mundo que conocemos - en el que los Aliados ganaron la Segunda Guerra Mundial y los poderes del Eje la perdieron- se reduce a un mundo hipotético que sólo existe en una novela titulada *La langosta se ha posado,* que los japoneses y alemanes triunfantes han prohibido.

Y no solamente hay mundos ficticios; objetos, animales y personas pueden también ser irreales de diversas maneras. La impostura abunda en las novelas de Dick, desde reproducciones de revólveres enterrados en las rocas en *The Penultimate Truth* que más tarde son usados, convirtiéndose por lo tanto en imitaciones verdaderas, hasta el sapo que apenas se distingue del verdadero en *Do Androids Dream of Electric Sheep?,* y los androides que imitan a los humanos en la misma novela. Las cosas muchas veces contestan a las personas. Hay puertas que discuten, paquetes de medicinas que protegen; al final de *Now Wait for Last Year,* el taxi aconseja al doctor Eric Sweetscent que se quede al lado de su esposa enferma. Hay, además, un verdadero despliegue de toda clase de drogas que conducen a universos imaginarios, como la dañina *Can-D* y el *Chew-Z,* que en *The Three Stigmata of Palmer Eldritch* usan los colonos de Marte, o la *JJ-180* cuyo empleo está prohibido en la Tierra en *Now Wait for Next Year.*

En la novela que nos ocupa, los colonos de Marte sólo usan drogas que están a nuestro alcance, aunque ellos lo hacen en forma más generalizada. Ya en la primera escena encontramos a Silvia Bohlen dopada con fenobarbital. En este caso, el tema de la preocupación por la realidad se elabora a través de la fractura del tiempo del título, y a través de Manfred el niño autista.

Manfred cae en poder de Arnie Kott, Presidente del Gremio de Fontaneros que, debido a la escasez de agua, disfruta de una supremacía especial en Marte (típico ejemplo de la imaginación de Dick). Arnie se preocupa mucho y en una ocasión le pregunta a su sirviente pardo si alguna vez ha sido psicoanalizado.

-No, señor. Toda la cuestión del psicoanálisis es una tontería jactanciosa.

-¿Qué estás diciendo, Helio?

-Lo más importante, y a lo que nunca prestan atención, es cómo transformar a una persona enferma, en base a qué proceder para remodelarla. No hay un cómo ni un porqué, señor.

-No te entiendo, Helio.

-Si desconocemos el propósito de la vida, si la verdadera manera de ser está oculta a los ojos de los seres vivos, ¿quién puede decir que los esquizofrénicos no están en lo cierto? Créame, señor, emprenden un viaje muy arriesgado; vuelven la espalda a las meras cosas que usamos con fines prácticos. En cambio, vuelven hacia adentro en busca del sentido. Se enfrentan con el pozo, la negra noche sin fondo...

CAPÍTULO 6

Hay, naturalmente, muchas maneras de caer en el pozo, una de las cuales es estar demasiado envuelto en el pasado. En una entrevista con Philip Purser, que fue publicada, Dick reconoce que siente una fascinación por el pasado y cita al efecto unos versos de Henry Vaughan:

«Some men a forward motion love but I by backward steps would move...».

Mientras afirma encontrar placer en la hojarasca del pasado, Dick agrega: *«Pero asimismo soy consciente de sus nefastas posibilidades. También a Ray Bradbury le apasiona la década de 1930 y creo que la falsifica y adorna un poco...».*

(Revista *Daily Telegraph,* 19 de julio 1974)

Arnie Kott siente una simple fascinación por objetos del pasado -posee el único clavicordio que hay en Marte-. De la misma forma, en *El hombre en el Castillo* cambiar relojes Ratón Mickey e historietas *Tip Top* a los victoriosos Japoneses es algo completamente inocuo. Los problemas comienzan cuando la obsesión con el pasado y toda su parafernalia se convierte en una pesadilla, como *Wash 3*5 de Virgil Ackerman, un enorme país de infantes regresivos que aparece en *Now Wait for Last Year.*

***** *«Algunos prefieren ir hacia adelante pero yo me movería volviendo sobre mis pasos».*

Y aquí es, justamente, donde Dick se aleja de Ray Bradbury y de muchos otros escritores, tanto dentro como fuera de la ciencia-ficción. Si bien ve muy poca seguridad en el futuro, el pasado es más corruptor, y de una forma más insidiosa. El pasado de Manfred es tan espantoso que es posible morirse en él. Una de las ideas más notables de Dick es considerar al pasado como algo regresivo. Se trata de la «regresión de las formas» que tiene lugar en *Ubik,* una magnífica novela, aunque con ciertos fallos, en la que los personajes tratan de avanzar en un mundo que se transforma gradualmente en algo más primitivo, de modo que un avión moderno se transforma en un Ford trimotor y luego en un biplano Curtis, mientras que el sintonizador de frecuencia modulada múltiple retrocederá hasta un fonógrafo y un cilindro que transmite un recitado, a gritos, del Credo.

En *Tiempo de Marte* existe con el pasado un compromiso que es general, además de estar particularizado en la enfermedad de Manfred. El mismo Marte está considerado por la Tierra como «algo que ha sido» y está dividido en comunidades sacadas del pasado, basadas en versiones primitivas de la historia terrestre. Esto hace particularmente difícil escapar a la condenación.

Con un pasado tan corrupto, un presente tan incierto y un futuro tan amenazador, bien

podemos preguntarnos si existe alguna salida. El secreto para sobrevivir en el universo de Dick no es intentar escapar a cualquier versión alternativa de la realidad sino solucionar los problemas lo mejor posible; de esa manera se podrá al menos salir del paso, aunque sin llegar al triunfo. El personaje más favorecido en *Tiempo de Marte* es Jack Bohlen, y al final le encontramos reunido con su mujer, en un oscuro jardín, alumbrando las tinieblas con una antorcha para buscar a alguien. Su voz es segura, competente y perseverante, virtudes muy exaltadas estas, en la teología dickiana. Es muy significativo que Jack sea un mecánico en reparaciones (un idiota que puede arreglar cosas, según Kott), un trabajo con muchas posibilidades de supervivencia, puesto que ayuda a mantener el *statu-quo.* En otras novelas existen supervivientes semejantes: curanderos, negociantes, médicos, fabricantes de instrumentos musicales y eliminadores de androides (los androides amenazan el *statu-quo*).

Los personajes que sobreviven cuentan, por lo general, con la ayuda de un sistema de conocimiento que implica fe, sistema que muy raras veces es científico, y más probablemente antiguo. En *Tiempo de Marte* es la comprensión paranormal, nunca específicamente formulada, que poseen los pardos; así, Bohlen, sin comprenderla, siente respeto por esa vaga fe escatológica mientras que Kott la desprecia.

En el *Hombre en el castillo,* el *I Ching* o *Libro de las mutaciones* cumple una función similar, mientras que en *Counter-Clock World* Lotta Hermes consulta la *Biblia* al azar y puede predecir el futuro con alarmante exactitud. En ambas obras maestras de la primera época de Dick, *Tiempo de Marte* y *El hombre en el castillo,* el elemento religioso, presentado como algo frágil, poco fiable y que se entrevé con dolor, está muy bien integrado dentro de la textura de la novela.

La próxima gran novela de Dick, *The Three Stigmata of Palmer Eldritch* fue escrita poco después de *Tiempo de Marte y* ambas están íntimamente ligadas, no sólo porque en ambas se usa Marte como escenario. Considero que *Eldritch es una* obra con fallos, supercomplicada, que por último se desvanece en una nube de cuasiteología, mientras que *Tiempo de Marte* se caracteriza por una buena dosis de calma y lucidez. Asimismo, en *Eldritch* encontramos una antigua y poco confiable estructura de fe, personificada en esta caso en la feroz entidad extraña que se fusiona con el ser de *Eldritch*.

> Nuestro antagonista, algo feo sin lugar a dudas y alienado, que invadió a uno de nuestra raza como una enfermedad durante el largo viaje entre la Tierra y Próxima... y sin embargo, sabía mucho más que yo en cuanto al sentido de nuestras vidas finitas aquí, pues lo veía en perspectiva. De sus siglos de largo flotar en vano como esperando que pasara alguna forma de vida que pudiera tomar y convertirse... tal vez eso es lo que está en la fuente de su sabiduría, no la experiencia sino una interminable melancolía solitaria.

CAPÍTULO 12

Así medita Barney Mayerson. Jack Bohlen necesita desesperadamente un acto de fusión; está separado de su mujer, vendido por su primer patrón y amenazado por el segundo, e invadido por la esquizofrenia del niño a quien brinda su amistad. En esta enfermedad, tan terriblemente descrita en el libro, reconoce al enemigo definitivo. De este enemigo definitivo procede la fractura del tiempo del título y ese párrafo admirable que parece condensar en mucho el significado del libro y, por cierto, de la obra de Dick en general, cuando Bohlen descifra lo que significa la enfermedad mental de Manfred.

> «Es un detenerse del tiempo. El fin de la experiencia, de todo lo nuevo. Después que la persona se convierte en psicótica, nada más vuelve a sucederle».

Los seres de Dick se mueven dentro de este circulo maldito, del que tienen que escapar,

aunque. Casi todo cambio es para peor. Extasis significa muerte, si no la verdadera, por lo menos la espiritual.

Cualquier discusión de la obra de Dick nos hace pensar en un mundo apabullante y triste; así puede parecer en la superficie. Sin embargo, debe decirse también que Dick es humorístico y que en él se funden el terror y el humor. Esta rara cualidad es la que destaca a Dick, y por eso los críticos, al tratar de describir su sabor esencial, piensan en los nombres de Dickens y Kafka, antiguos maestros de la comedia de horror.

Tiempo de Marte está llena de encantadores efectos cómicos, como por ejemplo el modo en que Steiner y el libidinoso Otto Zitte embarcan ilegalmente alimentos para *gourmets* desde la Tierra en cohetes suizos autodirigidos. La predilección de Dick por entidades y títulos descabellados se pone de manifiesto sobre todo en la Escuela Pública surrealista en la que el emperador *Tiberio, Sir Francis Drake, Mark Twain* y otros personajes famosos hablan a los niños. Debajo de este humor bonachón yace una capa de humor más negro. El terrible y fatal error de Arnie Kott al creer que la realidad es meramente otra versión del pasado esquizoide, es también parte de la comedia de errores que hace bailar a los personajes de Dick.

La obra tiene más similitud con Dickens que con Kafka. Al igual que el primero, Dick se inclina por una novela de complicado argumento. Lo que la metáfora legal significa en *Bleak House,* el mundo-prisión en *Little Dorrit,* el cúmulo de polvo en *Our Mutual Friend,* la riqueza dudosa en *Great Expectations,* es Marte en *Tiempo de Marte.* Está descrito con trazos vivos y precisos, no es el Marte de Edgar Rice Burroughs -una feria de aventuras-, ni el de Ray Bradbury -un paralelo con la prístina América-: aquí está empleado en una forma muy hábil y elegante, como metáfora de pobreza espiritual. Al funcionar como un escape de la realidad, tiene mucho en común con los escenarios semi-alegóricos y semi-surrealistas empleados por Kafka para realzar su comedia negra (Mientras contempla su casa, al borde del escuálido desierto marciano, Bohlen sonríe y dice: *«Este es el sueño de un millón de años, estar aquí para ver esto»*).

La unión de Dick, si así pudiera llamarse, con escritores tales como Dickens, crea una instantánea compatibilidad con el lector inglés y europeo. Es posible que esta cualidad le haya valido la reputación que goza de este lado del Atlántico antes de que sus virtudes fueran reconocidas en su propio país.

Tal vez se me permita agregar que me siento particularmente deleitado al ver esta novela agregada a las crecientes listas de títulos de *Master Series*. La leí hace diez años en la edición

***** *Colección publicada por la New English Library (N. de la T.).*

Ballantine y la admiré intensamente, además de recomendarla a varias editoriales inglesas en los años siguientes. Algunos opinaban que era un poco «avanzada» para el mercado inglés, además de que tenía ciertas dificultades contractuales. Un admirador del libro fue Mr. Ronald Whiting, que en ese momento estaba estableciendo su propia editorial, pero se le opusieron varias circunstancias desgraciadas y su firma quebró antes de que pudiera publicar *Tiempo de Marte.*

Desde entonces *Tiempo de Marte* ha estado flotando en un limbo propio, en el cementerio de lo que no se publica sin que nada más vuelva a sucederle. Esta edición señala su primera publicación inglesa, un tanto retrasada tal vez -en vista de la creciente reputación de Dick como maestro de la ciencia-ficción-, pero no por eso menos oportuna.

Brian W. Aldiss, 1976

1

Desde las profundidades de un sopor de fenobarbital, Silvia Bohlen oyó que alguien

llamaba. La agudeza del grito logró penetrar las capas protectoras de la conciencia, sacudiéndola de un estado de completa enajenación.

-Maaa... -volvió a llamarla su hijo desde afuera.

Se enderezó y bebió un poco de agua del vaso que estaba junto a la cama. Apoyó los pies descalzos en el piso y se levantó, con no poca dificultad. El reloj señalaba las nueve y media. Después de ponerse la bata se acercó a la ventana. «No volveré a tomar esas pastillas -pensó-. Es preferible abandonarse al proceso esquizofrénico, como todo el mundo». Levantó el visillo de la ventana; el tinte rojizo y polvoriento de los rayos del sol le dio en los ojos, impidiéndole ver. Hizo pantalla con la mano al tiempo que gritaba:

-¿Qué pasa, David?

-Mamá, llegó el cuidador del canal.

«Entonces es miércoles», pensó. Asintió con un movimiento de cabeza y, volviéndose de la ventana, se dirigió penosamente hacia la cocina donde, con un esfuerzo más, logró enchufar la buena cafetera de fabricación terrestre.

«Que quiere que haga? -pensó para sí-. De todos modos, lo tiene todo preparado. David ya se dará cuenta».

Abrió el grifo para refrescarse la cara pero el agua, turbia y maloliente, la hizo toser. «Tendríamos que limpiar el tanque, -pensó-, rasquetear el fondo, regular la proporción de cloro y ver cuántos filtros se han obstruido; posiblemente todos. ¿El cuidador del canal no puede encargarse de eso? No, eso es asunto de las Naciones Unidas».

-¿Me necesita para algo? -dijo, abriendo la puerta.

En torno a ella se arremolinó el aire matinal, fresco, cargado de arena. Inclinó la cabeza, esperando la respuesta de David, acostumbrado a decir que no.

-Me parece que no -farfulló el niño.

Minutos más tarde, mientras bebía el café, sentada en la cocina todavía en bata, frente a un plato de tostadas y puré de manzana, presenció la llegada del cuidador del canal en su pequeño bote de poca profundidad que ronroneaba al acercarse en su misión oficial; nunca muy apresurado, pero siempre puntual. Era la segunda semana de agosto de 1994. Después de once días de espera, les había llegado el turno de recibir la proporción de agua que les correspondía del gran canal que pasaba frente a la hilera de casitas, a un kilómetro del Norte marciano.

El cuidador atracó el bote en la compuerta de la esclusa y comenzó a subir a tierra firme, entorpecidos los movimientos por el bibliorato con anillos en el que llevaba sus papeles y herramientas para abrir la compuerta. Llevaba el uniforme gris salpicado de lodo y el sedimento había desteñido sus botas altas, tornándolas pardas. ¿Alemán, quizá? Pero cuando el hombre volvió la cabeza pudo ver sus facciones eslavas y achatadas; en el centro de la visera de su gorra lucía una estrella roja. Había perdido la cuenta de a quién le correspondía el turno; esta vez eran los rusos.

Aparentemente no era la única confundida en cuanto a quién estaba de turno en la rotación por nacionalidades organizada por las autoridades de las Naciones Unidas. En aquel momento vio que sus vecinos, la familia Steiner en pleno, padre, madre corpulenta y las cuatro niñas rubias y parlanchinas, hablan salido al porche para hablar con el cuidador del canal.

Este debía cerrar la entrada de agua correspondiente a la casa de los Steiner.

-*Bitte, mein Herr* -empezó a decir Norbert Steiner, hasta que vio la estrella roja y calló.

Silvia sonrió para sí. «Qué lástima», pensó.

David abrió la puerta posterior y entró en la casa corriendo.

-¿Sabes una cosa, mamá? El tanque de los Steiner tiene una gotera y anoche perdieron casi la mitad del agua. Se quedaron sin reservas suficientes y no podrán regar la huerta. El señor Steiner dice que se les secará todo.

Asintió distraídamente mientras comía el último bocado de tostada. Encendió un cigarrillo.

-¿No es una desgracia, mamá? -dijo David.

-Y los Steiner quieren que el cuidador les deje la conexión abierta por un poco más de

tiempo, ¿no es cierto?

-No pueden permitir que se seque la huerta. ¿Recuerdas aquella vez cuando tuvimos esa plaga en la remolacha? El señor Steiner nos dio aquel insecticida que venía de la Tierra y nosotros prometimos darles algunas remolachas, pero después nos olvidamos.

Era cierto... lo recordó con un pequeño remordimiento de culpabilidad; se lo habían prometido y ellos nunca se lo reprocharon, nunca dijeron nada a pesar de que debían recordarlo. Además, pensó que David estaba jugando siempre en aquella casa.

-Mamá, ¿por qué no hablas con el cuidador? -rogó David.

-Tal vez más adelante, dentro de unos días, podremos darles un poco de nuestra agua -dijo ella-; podríamos pasar una manguera hasta la huerta de los vecinos. Pero no estoy segura de que tengan una pérdida. Siempre piden más de lo que les corresponde.

-Ya lo sé -dijo David, inclinando la cabeza.

-Son iguales a todo el mundo; nadie merece más que los demás, David.

-Lo que sucede es que no saben cuidar lo que tienen -dijo David-; el señor Steiner no entiende nada de herramientas ni arreglos.

-Eso es problema suyo -dijo Silvia, irritada.

En aquel momento pensó que aún no estaba del todo despierta. Debía tomar una dexamina, pues de lo contrario no podría abrir los ojos hasta el anochecer, y ya sería la hora de otro fenobarbital. Fue al cuarto de baño y sacó del botiquín un pequeño frasco con píldoras verdes en forma de corazón. Las contó; sólo le quedaban veintitrés. Al cabo de pocos días tendría que hacer un viaje en el autobús-tractor y cruzar el desierto hasta la ciudad más próxima para comprar más en la farmacia.

Primero oyó unos ruidos y luego un intenso gorgoteo por encima de su cabeza. Era el tanque del techo; el enorme recipiente había empezado a llenarse de agua. Evidentemente, el cuidador del canal había terminado de cerrar la compuerta de la esclusa; los ruegos de los Steiner habían sido en vano.

Mientras se intensificaba su sentimiento de culpa, llenó un vaso de agua para tomar la píldora de la mañana. Pensó, desalentada, que tal vez su vida sería distinta si Jack estuviera más tiempo en casa. Todo parecía tan vacío... Aquella constante angustia por las cosas pequeñas que debían soportar era una especie de regreso al salvajismo. ¿De que sirven las discusiones ociosas, las tensiones, la enorme preocupación por cada gota de agua? ¿Acaso esto es vida? -pensó-. Tendría que haber otras compensaciones... al principio nos hicieron tantas promesas.

De pronto se oyó el estruendo de una radio proveniente de una casa vecina. Primero música bailable, después la voz del locutor haciendo propaganda de ciertas máquinas agrícolas.

-La profundidad y ángulo del surco... -anunciaba la voz, y sus ecos repercutían en el fresco aire matutino- fijo automáticamente y ajustable para que el propietario menos avezado sea capaz de emplearlo desde la primera vez.

Volvió a escucharse la música bailable. Habían cambiado de emisora. Las peleas de los niños aumentaron el volumen. «¿Este es el día que me espera?», se preguntó Silvia. ¿Sería capaz de soportarlo? Jack, entretanto, debía trabajar lejos hasta el fin de semana... era como no estar casada. Parecía una mujer sola. «¿Para eso emigré desde Tierra?», se preguntó, tapándose con fuerza los oídos con ambas manos, en un intento por bloquear el ruido de la radio y los chillidos de los niños.

«Tendría que volver a la cama -pensó-, es el único lugar donde estoy bien». Pero continuó vistiéndose mecánicamente, para enfrentar el día que tenía por delante.

Jack Bohlen se encontraba en el centro de Bunchewood Park, en la oficina de su patrón, hablando por teléfono con su padre, que vivía en Nueva York. Como de costumbre, la conexión, a través de millones de kilómetros por el espacio, no era perfecta ni mucho menos; pero Leo Bohlen pagaba la llamada.

-¿Qué quieres decir con las Montañas Franklin Delano Roosevelt, papá? -dijo Jack en voz alta-. Debes estar equivocado; ahí no hay absolutamente nada, es una zona desierta. Cualquiera que esté en la compraventa de propiedades te dirá lo mismo.

-No, Jack, creo que es una buena inversión -contestó débilmente la voz del padre-. Quiero hacer un viaje para ver todo eso y discutir contigo la operación. ¿Y cómo están Silvia y el niño?

-Muy bien -respondió Jack-. Escucha, no te comprometas a nada. Es bien sabido que cualquier propiedad de Marte alejada de la sección del canal que está en operación -recuerda que sólo una décima parte anda bien-, es poco menos que un fraude.

No podía entender cómo su padre, con su experiencia en inversiones en tierras sin mejorar, podía escuchar un dato tan descabellado. La idea le asustó. Después de todo, hacía muchos años que no veía a su padre; tal vez se estaba volviendo viejo. ¡Las cartas decían tan poco! Además, su padre se las dictaba a una estenógrafa de la compañía.

O quizás en la Tierra el fluir del tiempo fuera distinto al de Marte. Creyó haber leído algo en ese sentido en una revista de psicología. Cuando viera a su padre tal vez le encontraría transformado en un viejo chocho y balbuceante.

Trató de pensar en alguna manera de evitar aquel viaje. A David, naturalmente, le gustaría recibir la visita de su abuelo y Silvia también apreciaba al señor Bohlen. La lejana voz continuaba relatando a Jack noticias de la ciudad de Nueva York, pero a él nada le resultaba interesante. Una década atrás, mediante un tremendo esfuerzo, Jack se había separado de la comunidad terrestre donde había nacido. Sus esfuerzos dieron resultado y ahora se sentía completamente ajeno a todo lo concerniente a su primer hogar.

No quería saber nada más de la Tierra.

Reconocía, por cierto, que aún había lazos que le unían a su padre y, según parecía, dentro de poco se verían reforzados por el primer viaje de su progenitor fuera de la Tierra. El anciano siempre había deseado visitar otro planeta antes de que fuera demasiado tarde; antes de morir, naturalmente. Y, por lo visto, Leo estaba decidido a cumplir con su deseo. Pero a pesar de todos los adelantos de las grandes naves intergalácticas, los vuelos seguían siendo peligrosos. No obstante, eso no parecía desanimar a Leo, quien había hecho ya las reservas de pasaje necesarias.

-¡Caramba, papá! -dijo Jack-; me parece magnifico que te sientas capaz de semejante viaje. Espero que estés en condiciones de hacerlo -concluyó, dándose por vencido.

Su patrón, el señor Yee, le miró desde el otro lado del escritorio mientras levantaba un trozo de papel amarillo con un mensaje pidiendo reparaciones. El señor Yee, largo y delgaducho, con su correcto traje y la corbata de lazo, conservaba el más puro estilo chino, como si estuviera haciendo negocios en el centro de Cantón.

El señor Yee volvió a señalar el trozo de papel y, por medio de la pantomima, ilustró el significado del mensaje: imitó un temblor, vertió algo de la mano derecha a la izquierda, se secó la frente y se tironeó el cuello de la camisa. Después echó un vistazo a su reloj de pulsera. Jack Bohlen entendió que en alguna granja-lechería se había averiado una unidad de refrigeración. Era urgente porque la leche se echaría a perder a medida que aumentara la temperatura, en el transcurso del día.

-Está bien, papá, espero tu cable -dijo, y después de despedirse cortó la comunicación.

-Siento haber estado tanto al teléfono -le dijo al señor Yee y tomó el trozo de papel.

-Una persona de edad no tendría que aventurarse en un viaje hasta aquí -afirmó el señor Yee con una voz tranquila e implacable.

-Ya está decidido -dijo Jack-. Quiere ver cómo nos va.

-¿Y si no les fuera tan bien como él espera, podría ayudarles? -los delgados labios del señor Yee dibujaron una sonrisa sardónica-. ¿Acaso espera que se hayan hecho ricos? Dígale que aquí no hay diamantes. Las Naciones Unidas se encargan de eso. En cuanto a ese pedido de reparación, según el archivo se trata de una unidad que arreglamos hace dos meses, y sigue con el mismo fallo. Debe ser algo en la fuente de energía o en el conducto. A intervalos

irregulares el motor pierde fuerza y funciona más lentamente, por lo que el interruptor automático corta la corriente para evitar que se queme.

-Veré si tienen algo más que usa la energía del generador -dijo Jack.

Mientras iba hacia el techo, donde estaban estacionados los helicópteros de la compañía, pensó en lo difícil que era trabajar para el señor Yee. La empresa funcionaba de una forma estrictamente racional. Tanto por su apariencia como por sus actos, el señor Yee parecía haber nacido para hacer cálculos. Seis años atrás, cuando sólo tenía veintidós, había hecho sus cálculos y llegado a la conclusión de que le resultaba más beneficioso tener un negocio en Marte que en la Tierra. Debido al alto costo del flete entre ambos planetas resultaba muy caro el embarque de nuevas maquinarias hasta Marte y, por lo tanto, había una gran demanda de mano de obra especializada en reparar todo tipo de maquinarias, todo lo que tuviera partes reemplazables. Una vieja tostadora, que en la Tierra se arrojaría a la basura sin pensarlo mucho, en Marte debería mantenerse funcionando a toda costa. Al señor Yee, criado en el medio frugal y puritano de la China Popular, le gustaba la idea de recuperar objetos usados; el desperdicio era contrario a su naturaleza. Además, el título de ingeniero que le había otorgado la provincia de Honan, le habilitaba para ese trabajo. Lo que para otra persona habría significado un intenso desgaste emocional, para él había sido cuestión de tomar una decisión tranquila y metódica. Había empezado a hacer los trámites para emigrar de la Tierra con la misma naturalidad con que se habría decidido a ir al dentista para colocarse una prótesis de acero inoxidable. Sabía hasta el último centavo de dólar de las Naciones Unidas que podía ahorrarse en gastos de instalación si establecía el negocio en Marte. La operación rendía un margen muy pequeño, pero organizándolo como buen profesional, dejaba beneficios. En los seis años transcurridos desde 1988 había logrado expandirse y hacerse conocer y, en el presente, sus mecánicos eran muy solicitados para casos de emergencia. En una colonia que tenía grandes dificultades para cosechar los vegetales que consumía y mantener su pequeña producción lechera, ¿qué era lo que dejaba de ser una emergencia?

Jack Bohlen cerró la portezuela del helicóptero, puso el motor en marcha y, muy pronto, empezó a elevarse por encima de los edificios de Bunchewood Park, atravesando la opaca niebla matinal en camino hacia su primer trabajo del día.

Muy lejos, a la derecha, en el círculo de basalto que constituía la pista para recepción de carga viva, se estaba asentando una enorme nave que acababa de llegar de la Tierra. Los cargamentos de otra naturaleza se recibían a unos cien kilómetros hacia el este. En aquel caso se trataba de un transporte de primera clase y en pocos minutos más aparatos accionados a control remoto penetrarían en su interior para descontaminar a los pasajeros de todo microbio o bacteria, virus, insecto o brizna que pudieran traer consigo. Desnudos, como llegaron al mundo, los pasajeros pasaban por baños químicos especiales y, por regla general, expresaban su resentimiento quejándose y protestando durante las ocho largas horas que duraban las distintas pruebas a que eran sometidos. Sólo entonces, una vez asegurada la supervivencia de la colonia, quedaban libres para preocuparse por su propia supervivencia. Algunos, sobre todo aquellos en los que se descubría algún defecto de tipo genético causado por la tensión del viaje, eran enviados de nuevo a la Tierra. Jack pensó en su padre, quien tendría que soportar pacientemente todo el proceso de emigración. La parecía escucharle diciendo: «No hay más remedio, muchacho; es necesario». Necesario. Recordó que al anciano le gustaba fumar un cigarro mientras pensaba, filósofo cuya única educación escolástica consistía en siete años de la Escuela Pública de Nueva York durante el período más salvaje de toda su historia. Meditó sobre las formas extrañas en que se prueba el carácter. El anciano parecía disponer de un cúmulo de conocimientos que le indicaban cómo comportarse, no en un sentido social, pues eso carecía de importancia, sino en un sentido más profundo y trascendente. «Estoy seguro de que se adaptará a este mundo -concluyó Jack para sí-, posiblemente mucho mejor que Silvia y yo, quizá en el mismo nivel de David».

No tenía dudas de que su padre y su hijo se entenderían muy bien. Tenían ciertas características comunes; ambos eran perspicaces y prácticos y, sin embargo poseían asimismo

ciertos impulsos románticos, como lo demostraba la intención de su padre de comprar terrenos en las Montañas Franklin Delano Roosevelt. El anciano era capaz de abrigar todavía un último aliento de esperanza; se trataba, ni más ni menos, que de la última frontera, una extensión de tierra que se vendía casi por centavos, en la que no había interesados, lo contrario de lo que sucedía con las zonas habitables de Marte. Jack divisó debajo la línea del canal Senador Taft y dirigió el helicóptero paralelamente a su curso.

Siguiendo el canal llegaría a la granja de McAuliff, que comprendía miles de hectáreas de pastos secos y marchitos, manadas de vacas Jersey, antes orgullo de su raza, desmejoradas hasta el punto de parecerse a sus antepasados genéricos a causa del medio ambiente. Era la zona habitable de Marte, una telaraña de líneas y conductos que salían en todas direcciones, cruzándose entre sí, apenas suficientes para mantener la vida, nada más. El canal Taft, que tenía a la vista, era una prueba más del penoso esfuerzo que exigía cualquier empresa esencial para preservar la vida. Sus aguas corrían espesas, perezosas, teñidas de un verde limoso. A pesar de haber sido filtradas varias veces estaban lejos de ser potables. Sólo Dios sabía qué cantidad de sustancias alcalinas había absorbido la población y tendría almacenada en el organismo; sin embargo, a pesar de todo, estaban vivos. El agua, amarillo-pardusca y llena de sedimentos como estaba, no les había matado. Mientras tanto, hacia el oeste, se encontraban las grandes extensiones que aún esperaban el auxilio de la ciencia; algún día llegaría con su milagro.

Ya las misiones arqueológicas que habían llegado en la década de 1970 se habían encargado de plantear metódicamente la retirada de la antigua civilización nativa, cuyo lugar habían empezado a ocupar los nuevos colonos. Como era natural, los habitantes de la Tierra no se habían establecido en medio del desierto sino que, como había ocurrido con la antigua civilización del *Tigris* y el *Eufrates*, se había afincado en las zonas con irrigación fácil. La primitiva cultura marciana, en su momento más culminante, había ocupado sólo una quinta parte de la superficie planetaria y el resto quedó tal cual estaba. La casa de Jack Bohlen, por ejemplo, cerca del cruce del canal William Butler Yeats y el Herodoto, se encontraba casi al borde de la red que había distribuido la fertilidad durante los últimos cinco años. La familia Bohlen había sido una de las últimas en llegar, aunque por aquella época, once años atrás, nadie había previsto que la inmigración decrecería en forma tan alarmante.

De la radio del helicóptero salieron algunos ruidos de estática, y luego la voz del señor Yee, con un tono más metálico que el original, anunció:

-Jack, tengo otro pedido de reparación para agregar a su lista. La Comisión de las Naciones Unidas afirma que el sistema de la Escuela Pública no funciona bien y que el hombre que les atiende normalmente no está disponible.

Jack tomó el micrófono y contestó:

-Lo siento, señor Yee, pero creo haberle dicho que no tengo práctica con esos equipos de la escuela. Será mejor que envíe a Bob o a Pete para que se ocupen de eso.

«Sé que se lo había dicho anteriormente», pensó Jack.

El señor Yee replicó con la misma lógica aplastante de siempre.

-Esta reparación es de vital importancia, Jack, y no podemos rechazarla. Nunca rechazamos ningún pedido de reparación. Me extraña su actitud, es muy negativa; debo insistir que se ocupe del pedido. Tan pronto como pueda enviaré a otro mecánico a la escuela para que le ayude. Gracias, Jack -terminó el señor Yee y cortó la comunicación.

«Gracias a usted», pensó agriamente Jack.

Vio abajo el principio de otra colonia, la de Lewinstown, zona donde residían los del gremio de fontaneros, los primeros en organizarse en todo el planeta y que empleaban como mecánicos a los miembros del mismo Sindicato; no eran clientes del señor Yee. En caso de que su trabajo con el señor Yee se volviera insoportable, Jack tenía siempre la posibilidad de mudarse a Lewinstown, afiliarse al gremio de fontaneros y cambiar de trabajo, quizá con un sueldo mejor. Pero ciertos acontecimientos políticos que habían ocurrido recientemente en la colonia del gremio de fontaneros no le gustaban en absoluto. Después de una campaña

electoral muy peculiar, y diversas irregularidades con la emisión de los votos, Arnie Kott había sido elegido presidente del gremio. Jack creía que no le gustaría vivir bajo el régimen que había implantado la nueva autoridad; por lo que había podido saber, había impuesto un sistema muy similar a una tiranía renacentista, con algunos toques de nepotismo. Sin embargo, desde el punto de vista económico, la colonia parecía estar progresando. Tenía un programa de obras públicas muy avanzado y la política fiscal le había proporcionado una gran reserva de fondos. La colonia no sólo era eficiente y próspera, sino que tenía también capacidad para dar trabajo a todos sus habitantes. Con excepción de la administración israelí, que estaba al norte, la colonia del gremio era la más apta para la vida en todo el planeta. Además, la colonia israelí contaba con unidades de choque formadas por sionistas fanáticos que habían establecido campamentos en medio del desierto, donde se ocupaban en toda clase de mejoras, ya fuera cultivar naranjales o instalar refinerías de fertilizantes químicos. Sin ninguna ayuda, la Nueva Israel había sido capaz de recuperar una parte de los terrenos del desierto, que ahora se encontraban cultivados. Era la única colonia de Marte que producía lo suficiente como para exportar sus productos a la Tierra.

Debajo suyo vio Lewinstown, la capital del gremio de trabajadores del agua, o fontaneros, después del monumento a Alger Hiss, primer mártir de las Naciones Unidas. Más allá se extendía el desierto. Jack se reclinó contra el respaldo y encendió un cigarrillo. En ese momento sintió la falta del termo con café caliente que había olvidado llevar, distraído por las miradas del señor Yee siempre vigilante. «Que no piense que va a hacerme trabajar en la Escuela Pública -pensó para sí, más enojado que convencido-. Soy capaz de renunciar». Pero bien sabía que no podía hacerlo. Tendría que presentarse en la escuela y hacer un poco el chapucero, durante una hora tal vez, hasta que llegaran Bob o Pete para hacer el trabajo. De esa manera se salvaba el prestigio de la firma y ellos podrían volver a la oficina; todo el mundo quedaría satisfecho y el señor Yee no tendría de qué quejarse.

Había visitado varias veces la Escuela Pública, acompañando a su hijo. Pero eso era diferente. David era el mejor alumno de la clase y asistía a los cursos de las máquinas mas adelantadas del equipo. Muchas noches se quedaba estudiando hasta tarde, tratando de aprovechar el sistema educacional que tanto enorgullecía a las Naciones Unidas. Vio, en su reloj, que eran las diez de la mañana. Según recordaba por sus visitas anteriores, y por lo que David le había contado, en ese momento su hijo debía encontrarse ante la *Aristóteles*, aprendiendo los conocimientos básicos de ciencia, filosofía, lógica, gramática, poesía y una física que ya resultaba inútil. Entre todas las máquinas de enseñar, David parecía sacar más provecho de la *Aristóteles*; eso le aliviaba. Casi todos los niños se inclinaban más por los maestros más llamativos de la escuela, como *Sir Francis Drake* -historia de Inglaterra y nociones de comportamiento masculino-, o por la *Abraham Lincoln* -historia de los Estados Unidos, elementos básicos de ciencia bélica moderna y organización del estado contemporáneo-, o por algunos personajes deprimentes como *Julio César* o *Winston Churchill*. Jack había nacido mucho antes de la época del sistema educacional por medio de tutores mecánicos y, por lo tanto, en su niñez había asistido a la escuela junto con otros sesenta compañeros; más adelante, ya en la escuela secundaria, había pasado varios años frente a un televisor de circuito cerrado compartiendo la instrucción impartida por profesores que hablaban para clases compuestas por mil niños. Si hubiera tenido el privilegio de utilizar el nuevo sistema educativo, como pudo comprobar en la primera visita a la escuela de su hijo David en una reunión de padres y maestros, no tenía ninguna duda de dónde estaría su preferencia: la máquina de enseñar *Thomas Alva Edison*. Eso le había gustado. David tardó casi una hora en arrancar a su padre de allí.

Bajo el helicóptero la extensión del desierto fue seguida por una pradera de hierba escasa y rala. Un cerco de alambre de espino marcaba el límite de la granja McAuliff y la zona administrada por el estado de Texas. El padre de McAuliff había sido un petrolero millonario de Texas y financió sus propias naves para la emigración a Marte. Había sobrepasado al gremio de fontaneros. Jack apagó el cigarrillo e inició el descenso, protegiendo sus ojos del

resplandor solar para poder distinguir los edificios de la granja.

El ruido del helicóptero espantó una vacada que salió al trote; las vio dispersarse por el campo y deseó que McAuliff, un irlandés de cara avinagrada que encaraba la vida con una actitud obsesiva, no lo hubiera notado. No sin razón, McAuliff tenía ciertas ideas hipocondríacas con respecto a sus vacas; sospechaba que una infinidad de cosas marcianas se confabulaba para enflaquecer a sus animales, hacerles caer enfermos y mermar su producción de leche.

Jack conectó el transmisor de radio y anunció:

-Se acerca el helicóptero de la *Compañía Yee, Reparaciones.* Jack Bohlen solicita permiso para aterrizar en la pista de McAuliff, en cumplimiento de su pedido.

Esperó unos minutos. La respuesta no se hizo esperar.

-Está bien, Bohlen. Pista despejada. No creo que valga la pena preguntarle por qué ha tardado tanto -gruñó la voz resignada de McAuliff.

-Llegaré enseguida -contestó Jack con un bufido.

Al fin distinguió los edificios, cuya blancura se destacaba contra la arena.

-Sesenta mil litros de leche se echarán a perder -continuó la voz de McAuliff desde el parlante- si no repara ese maldito equipo refrigerador.

-Ahora mismo -respondió Jack y llevándose los pulgares a los oídos hizo una mueca grotesca ante la radio.

2

A las diez de la mañana el ex fontanero Arnie Kott, miembro supremo del gremio de trabajadores del agua, sucursal del cuarto planeta, se levantó de la cama y, como de costumbre, se fue directamente a los baños turcos.

-Hola, Gus.

-Hola, Arnie, ¿cómo te va?

Todo el mundo le tuteaba, y esa era una buena señal. Arnie Kott inclinó la cabeza para saludar a Bill, Eddy y Tom; todos contestaron a su saludo. El aire, saturado de vapor, se condensaba a sus pies y era absorbido a través de los azulejos hacia la salida. Ese detalle le gustaba; habían construido los baños de manera que no conservaran el líquido sobrante. Absorbida por la arena caliente, el agua desaparecía por completo. «¿Quién puede permitirse ese lujo -pensó-. A ver si esos judíos ricos de Nueva Israel tienen un baño para desperdiciar agua».

Arnie Kott se instaló bajo una ducha y empezó a hablar a aquellos que le rodeaban.

-He escuchado ciertos rumores y quiero que los verifiquen lo antes posible. ¿Recordáis aquella sociedad de California? Eran unos portugueses que poseían los títulos originales de la cadena de Montañas Franklin Delano Roosevelt; trataron de extraer mineral de hierro que resultó de baja graduación y el costo era excesivo. Me han dicho que vendieron las acciones.

-Yo también me enteré -dijo uno de los muchachos, mientras el resto asentía-. ¡Quién sabe cuánto salieron perdiendo! Deben haberles dado una buena paliza.

-No -dijo Arnie-; según tengo entendido encontraron un comprador que les dio más de lo que ellos pagaron. Después de tantos años sacaron una ganancia, de manera que les valió la pena haber mantenido la propiedad. Me pregunto quién será lo suficientemente loco como para comprar esas tierras. Tengo algunos derechos de explotación de minerales en ese lugar, ¿sabéis? Quiero que me averigüéis quién compró esas tierras y con qué fin, y además qué tipo de empresa representa. Me gustaría saber qué piensan hacer por allí. Conviene estar siempre al tanto -concluyó, mientras los otros asentían.

Uno de los presentes, parece que fue Fred, dejó la ducha y se alejó a grandes trancos para vestirse.

-Yo lo averiguaré, Arnie -dijo Fred por encima del hombro-. Me pondré enseguida en

acción.

Mientras se enjabonaba cuidadosamente, Arnie se dirigió al resto de sus compañeros y les dijo:

-No puedo permitir que cualquier mequetrefe venga aquí desde la Tierra y convierta esa zona en un parque nacional para excursiones o algo semejante. Os contaré algo que me han dicho: Un grupo de funcionarios comunistas de Rusia y Hungría, todos gente importante, estuvieron aquí hace una semana, metiendo las narices por todos lados. ¿Creéis que porque la última granja colectiva les fracasó se van a dar por vencidos? No. Tienen un cerebro de insecto y vuelven siempre, como los insectos. Os aseguro que los rojos están rabiando por establecer una granja colectiva en Marte; es un sueño que tienen desde hace tiempo. No me extrañaría que los portugueses hayan vendido la propiedad a los comunistas y en ese caso pronto veríamos cómo le cambiaban el nombre a esas montañas. En lugar de llamarse Franklin Delano Roosevelt, como corresponde, serían las montañas José Stalin.

Todos los presentes festejaron el chiste con grandes carcajadas.

-Bueno, tengo muchas cosas importantes que hacer -dijo Arnie enjuagándose la espuma con un abundante chorro de agua caliente-; no puedo perder tiempo con este asunto; confío en que vosotros averiguaréis todo lo necesario. También tengo que viajar hacia el oeste, donde estamos experimentando para cosechar melones. Creo que estamos a punto de producir un melón tipo Nueva Inglaterra en ese clima. Bien, sé que os habéis estado preguntando qué pasa con ese proyecto, porque ¿a quién no le gustaría desayunar con una dulce tajada de melón?

-Es cierto, Arnie -coincidieron los muchachos.

-Pero -dijo Arnie-, no sólo me ocupo de los melones. El otro día, uno de esos tipos de las Naciones Unidas vino a verme y a protestar por nuestras leyes con respecto a los negros. Perdonad, no quise decirlo; tal vez tendría que hablar como esos tipos de las Naciones Unidas y decir, «los restos de la población indígena», o simplemente, los pardos. Están preocupados porque hemos concedido licencia para explotar minas de propiedad de nuestra colonia a firmas que emplean aborígenes a salario más bajo que el que marca la escala; quiero decir, por debajo de la escala de salarios mínimos porque, creedme, ni siquiera esos maricas de las Naciones Unidas pretenden que les paguemos de acuerdo con la escala a esos pardos negros. En realidad no podemos pagarles el salario mínimo; el trabajo que hacen es tan deficiente... tendríamos que declararnos en quiebra. Eso sí, no tenemos más remedio que usarlos para trabajar en las minas; son los únicos que pueden respirar a esas profundidades. Después de todo, no podemos comprar equipos de oxígeno y transportarlos hasta aquí en cantidad suficiente, los precios resultarían astronómicos. Hay alguien, en la Tierra, que se está llenando de oro haciendo tanques de oxígeno, compresores y todas esas cosas. Es una verdadera mafia y no vamos a permitir que se aprovechen de nosotros.

Todos los presentes asintieron, con el ceño fruncido.

-Creo que no podemos permitirles a esos burócratas de las Naciones Unidas que nos digan cómo debemos manejar nuestra colonia -dijo Arnie-. Cuando establecimos nuestra Organización en Marte, las Naciones Unidas tenían una bandera pintada en el suelo. Antes de que ellos tuvieran un lugar donde escupir en Marte nosotros ya habíamos construido casas, incluso en esa franja en disputa entre los Estados Unidos y Francia.

-¡Muy bien, Arnie! -gritaron todos al unísono.

-Sin embargo -continuó Arnie-, tenemos un problema; esos tunantes controlan las vías de agua, y todos necesitamos agua. Es nuestro medio de comunicación entre las colonias, la fuente de energía, artículo de primera necesidad para beber y, como estamos haciendo ahora, para bañarnos. Quiero decir que esos locos pueden cortarnos el agua en cualquier momento. Nos tienen agarrados por donde más duele.

Finalizada la ducha, caminó silenciosamente sobre los mosaicos mojados y calientes para pedirle una toalla al encargado. Sólo de pensar en las Naciones Unidas el estómago parecía gruñirle y su vieja úlcera duodenal empezó a quemarle hacia un lado, cerca de la ingle. Pensó que le convenía tomarse un buen desayuno.

Después que el encargado le ayudase a ponerse los pantalones de franela gris, la camisa, las botas de cuero suave y la gorra de marino, salió del baño turco y, cruzando el corredor, se dirigió al comedor del gremio. Helio, su cocinero pardo, ya tenía preparado el desayuno. No tardó en sentarse ante una pila humeante de tostadas con tocino, café y un buen vaso de zumo de naranja. Sobre la mesa había un ejemplar del *New York Times,* edición del domingo de la semana anterior.

-Buenos días, señor Kott -le saludó una secretaria del gremio, que había respondido a la llamada del timbre.

Era una chica nueva. De un vistazo comprobó que no era tan bonita y siguió leyendo el periódico. Por si eso fuera poco, le había llamado «señor Kott». Mientras bebía a sorbos el zumo de naranjas leyó que habían muerto trescientas personas a consecuencia del naufragio de una nave espacial. Era un transporte comercial japonés cargado de bicicletas. Rió al leer la noticia; se imaginó una gran cantidad de bicicletas flotando por el espacio. ¡Con lo bien que les vendrían en Marte!

Casi sin fuente de energía, salvo el pesado sistema de canales, y debido al elevado precio del carburante, las bicicletas resultaban económicas, ya que uno podía recorrer cientos de kilómetros prácticamente sin ningún gasto, y cruzar grandes extensiones de arena, si se quería. Los únicos que podían emplear medios de transporte con turbina de carburante eran funcionarios vitales para la colonia, como los mecánicos que reparaban equipos y mantenían las instalaciones, y también ejecutivos de importancia, como él. Había transportes públicos, por supuesto, como los autobuses-tractores que unían las distintas colonias entre sí y las zonas residenciales de la periferia con el resto del planeta, pero no tenían horarios regulares ya que dependían de embarques provenientes de la Tierra para abastecerse de combustible. A él, personalmente, el transporte público le causaba claustrofobia; se movía con mucha lentitud.

Mientras leía el *New York Times* se sintió otra vez como en su casa, allá en Pasadena, California. Su familia estaba suscrita a la edición del *Times* de la Costa Oeste y recordó que, de niño, solía traer los ejemplares desde la caja de la correspondencia que estaba en la calle bordeada de árboles de damasco. Recordó la hilera de casitas de una sola planta, limpias, bien cuidadas; los coches aparcados y el césped de los jardines siempre bien recortado, trabajo de los fines de semana. Aquellos jardines y todo lo relacionado con ellos era lo que más encontraba a faltar: las carretillas llenas de fertilizantes, las nuevas semillas para el césped, las tijeras de podar, la tela metálica de alambre para impedir que entraran las aves en primavera... y los surtidores del riego por aspersión siempre girando, en toda la época de verano, durante las horas en que la ley lo permitía. También entonces habían padecido escasez de agua. Recordó que un tío suyo había sido arrestado por lavar el coche un día de racionamiento de agua.

Otro articulo del periódico le llamó la atención. Describía una recepción en la Casa Blanca en honor de una señora Lizner que, como oficial de la Agencia de Control de la Natalidad había efectuado ocho mil abortos terapéuticos, con lo que había sentado un ejemplo para la mujer norteamericana. Debe ser una especie de enfermera, pensó Arnie. Noble profesión femenina. Volvió la página.

Vio enseguida, en caracteres destacados, un anuncio que ocupaba un cuarto de página y que él había contribuido a redactar. Era una incitante llamada para inducir a la gente a emigrar. Mientras lo examinaba, Arnie se recostó contra el respaldo de la silla; estaba satisfecho. Le pareció que estaba bien hecho. Seguramente lograría atraer a la gente, siempre que tuvieran el coraje y suficiente deseo de aventura, como decía el anuncio.

Daba una larga lista de oficios requeridos en Marte; excepto criadores de canarios y procuradores, había de todo. Destacaba lo difícil que resultaba encontrar trabajo en la Tierra con el título de licenciado, mientras que en Marte se podía conseguir un buen trabajo siendo sólo bachiller.

«Ese es un buen anzuelo», pensó Arnie. Recordó su propio caso; había emigrado porque sólo era bachiller. Todas las puertas se le habían cerrado hasta que llegó a Marte como un

simple fontanero del gremio, y ahora ¡a lo que había llegado en tan pocos años! ¿Qué podía esperar en la Tierra un fontanero con título de bachiller? Tal vez que le llevaran al Africa a matar langostas con una cuadrilla de auxilio de las Naciones Unidas. Su hermano, que se había licenciado en la Universidad de California, estaba haciendo justamente eso; nunca había tenido oportunidad de practicar su profesión de probador de leche. Junto a él se había licenciado una clase de mil alumnos, ¿y para qué? «Ya no quedan oportunidades en la Tierra, había que irse a Marte -pensó Arnie-. Aquí podríamos darte trabajo, no tienes más que ver esas vacas flacuchas que tenemos para darte cuenta que necesitan unas buenas pruebas».

Pero ahí estaba la trampa del anuncio. El inmigrante que llegaba a Marte no tenía ninguna garantía, ni siquiera la de poder volver si le iba mal; los viajes de regreso salían mucho más caros, ya que no existían facilidades para vuelos intergalácticos. Tampoco se les aseguraba nada en cuanto a trabajo. Culpables de la situación eran las grandes potencias terrestres, China y Estados Unidos, Rusia y Alemania. En lugar de auspiciar el desarrollo de los planetas, habían concentrado su atención en posteriores exploraciones de planetas más lejanos. Estaban empleando todos sus recursos intelectuales, el tiempo y dinero de que disponían, en proyectos siderales, como ese vuelo programado a Centauro, en el que habían invertido millones de dólares y horas-hombre. A Arnie Kott le importaban un rábano los proyectos siderales. ¿Quién iba a querer hacer un viaje de cuatro años hacia un sistema solar que tal vez no existía? No obstante, en el fondo temía que las grandes potencias terrestres cambiaran de actitud con respecto a los planetas. ¿Qué pasaría si un buen día se decidían a examinar de cerca la situación de las colonias de Marte y Venus? Supongamos que vieran los poblados ruinosos y se decidieran a hacer algo al respecto. En otras palabras, ¿qué sería de Arnie Kott si las grandes potencias volvieran a la realidad? Era algo para pensar.

Sin embargo, las grandes potencias no parecían volver a la razón. Continuaban dominadas por un exceso de rivalidad; ahora mismo estaban probando sus fuerzas entre ellas, a dos años luz de distancia. Para Arnie, era un alivio.

Volviendo las páginas del periódico encontró un breve artículo, referente a una organización femenina de Berna, Suiza, que se había reunido para afirmar, una vez más, su preocupación en cuanto a la colonización.

«COMITE DE SEGURIDAD COLONIAL
PREOCUPADO POR ESTADO DE LAS PISTAS
DE ATERRIZAJE EN MARTE»

Las damas habían presentado una petición al Departamento de Colonias de las Naciones Unidas en la que sostenían que las pistas de Marte donde aterrizaban las naves procedentes de la Tierra estaban demasiado alejadas de los centros de población y aún de la red de canales. El Comité de seguridad Colonial deseaba que las Naciones Unidas dictaran una disposición obligando a las naves a aterrizar en pistas que estuvieran dentro de un radio de treinta y cinco kilómetros de un canal importante.

¡Bah! Benefactoras, pensó Arnie mientras leía el artículo. Posiblemente ninguna de ellas había salido nunca de la Tierra; se guiaban por lo que oían, por las cartas de alguna tía que vivía de su jubilación en Marte, posiblemente en terrenos gratuitos de las Naciones Unidas, y aún se sentía con derecho a quejarse por nimiedades. Como era natural, tenían un miembro residente en Marte, una tal señora Anne Esterhazy. Era la encargada de hacer circular un boletín entre las damas con espíritu cívico que había en las colonias. Arnie había leído un ejemplar de ese boletín; se llamaba *El Oyente Replica;* le causaba náuseas. Asimismo le daban náuseas las exhortaciones de una o dos líneas insertas en los artículos más largos.

«¡RUEGUEN QUE SE PURIFIQUE EL AGUA!
APELEN A FUNCIONARIOS COLONIALES
CARISMATICOS Y OBTENGAMOS UN SISTEMA

DE FILTRACION DE AGUA DEL QUE PODAMOS
ESTAR ORGULLOSOS»

Los artículos de *El Oyente Replica* estaban escritos en una jerigonza tan extraña que Arnie apenas podía desentrañar el significado de muchos de ellos. Pero evidentemente el boletín tenía un público femenino que tomaba muy a pecho el contenido de cada artículo y, de manera individual, cada una de esas dedicadas mujeres estaba dispuesta a hacer algo de lo que se le pedía. Era posible que, con el Comité de Seguridad Colonial en la Tierra, en esos momentos se estuvieran quejando de las peligrosas distancias que había entre los campos de aterrizaje en Marte y las fuentes de agua o los grupos de habitantes. Estaban participando en una de las grandes luchas y, en este caso en particular, Arnie Kott logró controlar la náusea. De la veintena de campos de aterrizaje que había en Marte, sólo uno quedaba a unos treinta y cinco kilómetros de un canal importante; se trataba del campo Samuel Gompers, que correspondía a su colonia. Si, por un golpe de suerte, la presión del Comité de Seguridad Colonial surtía algún efecto, todas las naves que trajeran pasajeros de la Tierra tendrían que aterrizar en la pista de Arnie Kott y los ingresos irían a las arcas de su colonia.

No era ninguna casualidad que el boletín de la señora Esterhazy y su Organización en la Tierra estuvieran apoyando una causa que resultaría beneficiosa económicamente para Arnie. Anne Esterhazy y Arnie habían estado casados anteriormente; todavía mantenían una buena amistad y continuaban juntos en algunas aventuras económicas que habían iniciado durante la época de su matrimonio. Seguían trabajando juntos en varios niveles, si bien, desde un punto de vista personal, no tenían nada en común. Ella era una mujer alta y huesuda; sus zapatos de tacón bajo le facilitaban los grandes pasos con que caminaba; acostumbraba a usar una chaqueta de *tweed* y un bolso colgado del hombro. Arnie la encontraba dominante y agresiva, con ciertas características masculinas, pero reconocía que era muy inteligente para los negocios, astuta y con una inclinación natural a tomar la iniciativa. Siempre que fuera en el terreno de los negocios, podía llevarse bien con ella.

El hecho de que Anne Esterhazy había sido su esposa y que todavía tenían intereses comunes era poco conocido. Cuando quería comunicarse con ella no dictaba una carta a ninguna de las estenógrafas de la colonia; empleaba para ello una pequeña máquina codificadora de dictado que tenía en su escritorio y le enviaba el carrete de la cinta por intermedio de un mensajero. Este dejaba la cinta en un negocio de artículos para regalos que Anne tenía en la colonia israelí. Si había respuesta, ésta era depositada en una fábrica de cemento y grava que quedaba en el canal Bernard Baruc, propiedad de un cuñado de Arnie, el marido de su hermana, llamado Ed Rockingham.

Un año atrás, en la época en que Ed Rockingham había construido la casa para él y su familia, su esposa Patricia y sus tres hijos, había logrado alcanzar lo impensable: su canal propio. En flagrante violación de las leyes lo había hecho construir para su propio uso, sacando el agua de la red de canales comunes. Hasta Arnie se había escandalizado. Pero nadie inició juicio alguno y el canal, bautizado en homenaje al hijo mayor de Rockingham, llevaba agua hasta una distancia de ciento veinte kilómetros en medio del desierto para permitir a Pat tener un césped suntuoso, piscina de natación y un hermoso jardín en el que había logrado cultivar unos arbustos de camelia de tamaño grande, los únicos que sobrevivieron el transplante a Marte. Durante el día, los rociadores de aspersión giraban distribuyendo agua entre las plantas, evitando que se secaran y murieran.

Arnie Kott pensaba que doce plantas de camelia eran algo exagerado y revelaban cierto afán de ostentación. No se llevaba muy bien con su hermana, ni con su cuñado, Ed Rockingham. A veces se preguntaba para qué demonios habían venido a Marte; para darse la misma vida que en la Tierra, merced a penosos esfuerzos y con grandes gastos. A él le parecía ridículo. Para eso se podían haber quedado en la Tierra. Para Arnie, Marte era un nuevo lugar de residencia y, por lo tanto, significaba una nueva vida y un estilo diferente. Tanto él como otros colonos, grandes y pequeños, habían hecho muchos pequeños ajustes durante su estancia

en Marte, pasando por diversas etapas de un proceso de adaptación que les había permitido evolucionar. En realidad, eran personas distintas a las que habían sido en la Tierra. Sus hijos, nacidos en Marte, tenían sus propias peculiaridades y a veces resultaban extraños y enigmáticos a sus propios padres. Tenía dos hijos, nacidos de su matrimonio con Anne, en un campamento en las afueras de Lewinstown. Cuando les visitaba solía sentirse incómodo; le miraban fijamente con ojos inexpresivos, como deseando que se fuera. No sabía interpretar sus sentimientos. De una cosa estaba seguro: los niños carecían de sentido del humor y, sin embargo, daban muestras de sensibilidad; podían hablar durante horas de animales y plantas y también del paisaje. Pero lo que le sucedía con sus hijos le ocurría asimismo con los animales domésticos; unas criaturas marcianas que le resultaban horribles. Grandes como monos, tenían el aspecto de mantis religiosas; esos malditos animales se llamaban *boxeadores,* y muchas veces podía vérseles erectos enfrentándose entre sí, entablando batallas rituales que terminaban, por lo general, con la victoria de uno que devoraba al otro. Los niños, Bert y Ned, habían logrado entrenar a sus cachorros boxeadores para que realizaran ciertas tareas menores y también para que no se devoraran mutuamente. Esos animales eran la única compañía de los niños. En Marte, casi todos los niños llevaban una vida solitaria; en parte porque había muy pocos habitantes de su misma edad y en parte... Arnie no sabía decir por qué. Los grandes ojos de los niños parecían asustados; como si estuvieran viendo fantasmas, y cierta ambigua expresión de ansiedad, aunque distante, trasuntaba un hambre de cosas visibles. Tenían tendencia al aislamiento, la reclusión y a la menor oportunidad salían a vagar por el desierto. De esas excursiones regresaban a veces con algunos recuerdos, objetos sin valor para ellos o los demás; quizá algunos huesos de la antigua civilización negra. Al viajar en helicóptero Arnie solía ver por el páramo algunos niños que vagaban, solitarios, uno por aquí, otro por allá. Los observaba a veces raspando las rocas o revolviendo la arena, como si trataran de hurgar bajo la corteza de Marte para ver qué había debajo.

Arnie abrió el cajón inferior de su escritorio, cerrado con llave, sacó una máquina codificadora de dictado a batería y se dispuso a usarla. Empezó a dictar.

-Anne, quisiera verte para hablar contigo. Creo que en ese comité hay algunas mujeres de más y las cosas no salen bien. Por ejemplo, me preocupa el último anuncio en el *Times* porque...

Se interrumpió porque tras emitir un sonido metálico y raspante la máquina se había detenido. Le dio unos golpecitos; los carretes empezaron a girar lentamente pero en seguida volvieron a quedar inmóviles.

«Creí que estaba reparada -pensó Arnie enojado-. ¿Será posible que esos inútiles no sepan arreglar nada?». Lo único que le faltaba era comprar una nueva codificadora en el Mercado Negro, ¡con lo que costaban! El sólo pensarlo le provocó un estremecimiento.

La secretaria poco agraciada, que había estado esperando en silencio frente a él, respondió al movimiento de cabeza con que la llamó. Empezó a tomar nota de inmediato.

-Comprendo que, por lo general -dijo Arnie Kott-, resulta difícil mantener las máquinas en funcionamiento considerando que casi no hay repuestos y el clima local afecta al metal y a los cables. A pesar de todo, estoy cansado de pedir un buen servicio de reparaciones, más aún tratándose de un aparato de importancia vital como es la codificadora. Tiene que estar en condiciones, eso es todo. Es así muchachos que, si vosotros no la podéis arreglar tendré que despediros y cancelar la concesión para ejercer el oficio dentro de la colonia. Me veré obligado a dar nuestros trabajos de reparación a gente de afuera.

Un nuevo movimiento de cabeza de Arnie y la secretaria dejó de escribir.

-Señor Kott, ¿quiere que le lleve la codificadora al departamento de reparaciones? -preguntó-. No tengo ningún inconveniente, señor.

-No -gruñó Arnie-: siga con lo suyo.

Cuando la secretaria se fue, Arnie tomó el *Times* y continuó leyendo. Leyó algunos anuncios; en la Tierra se podía comprar una máquina codificadora por una suma insignificante. En realidad, allá uno podía... ¡Qué diablos! Mirad todos los artículos que se

ofrecen... desde monedas romanas antiguas hasta abrigos de piel, equipos para campamentos, diamantes, cohetes interestelares, veneno para ratas, ¡Jesús!

Sin embargo, no debía ofuscarse y olvidar su problema más apremiante: ponerse en contacto con su ex mujer. «Tal vez sea conveniente que vaya a verla», se dijo Arnie. Era una buena excusa para salir de la oficina.

Pidió por teléfono que le prepararan un helicóptero en el techo de la sede central del gremio. Terminó el desayuno, se limpió los labios y salió deprisa hacia el ascensor.

-Hola, Arnie -le saludó el piloto.

Era un joven de cara agradable; pertenecía al gremio de pilotos.

-¿Qué tal, muchacho? -dijo Arnie mientras el otro le ayudaba a instalarse en el asiento especial de cuero, hecho especialmente en el taller de tapizado.

Mientras el piloto se instalaba en el primer asiento Arnie se reclinó cómodamente en el suyo, cruzó las piernas y dijo:

-Salgamos primero; cuando estemos arriba te daré instrucciones, y hazme el favor de no darte prisa, tengo tiempo de sobra; además quiero disfrutar de este hermoso día.

-Hermoso día -confirmó el piloto mientras las hélices empezaban a girar-. Sólo tenemos un poco de niebla hacia las Montañas Franklin Delano Roosevelt.

Acababan de ascender cuando el altavoz del helicóptero transmitió un aviso:

«Petición de auxilio. Pequeño grupo de aborígenes en medio del desierto. Posición de brújula giroscópica 4.65003. Se mueren por inanición y falta de agua. Todas las naves al norte de Lewinstown tienen orden de cambiar de rumbo y dirigirse a ese punto a prestar ayuda. Recuerden que las leyes de las Naciones Unidas exigen que todas las naves comerciales y particulares contesten a la llamada».

La voz seca del locutor de las Naciones Unidas repitió la llamada desde un transmisor en el satélite artificial que debía andar por algún lugar encima de ellos.

Arnie vio que el helicóptero cambiaba de rumbo.

-¡Eh, muchacho! ¿Qué estás haciendo?

-Tengo que obedecer, señor; es la ley -contestó el piloto.

¡Por amor de Dios!, pensó Arnie y tomó nota mentalmente para hacer que despidieran al joven o, por lo menos le dieran una suspensión al regreso.

Ya se encontraban sobre el desierto, avanzando a buena velocidad hacia el punto indicado por el anunciante de las Naciones Unidas. ¡Negros aborígenes!, pensó Arnie, tenemos que dejar lo que estamos haciendo para sacarles del apuro... ¡Si serán estúpidos! ¿No saben cruzar el desierto donde nacieron? Cómo si no lo hubieran hecho desde hacía cinco mil años.

En el preciso momento en que Jack Bohlen empezaba el descenso sobre la granja de McAuliff, que podía ver debajo, oyó la demanda de auxilio del locutor de las Naciones Unidas. Muchas veces había oído peticiones similares, pero no pudo reprimir un escalofrío.

«...grupo de aborígenes en medio del desierto... -dijo la voz mecánicamente-... se mueren de inanición y falta de agua. Todas las naves al norte de Lewinstown...».

«Ya lo tengo», se dijo Jack Bohlen, e interrumpiendo la conexión anunció ante el micrófono.

-Aquí, helicóptero de la *Compañía Yee de Reparaciones*, cerca del punto 4.65003, listo para acudir de inmediato. Dentro de tres minutos estaré en esa posición.

Después del aviso, hizo girar el helicóptero hacia el sur, alejándose de la granja de McAuliff. No dejó de experimentar cierta perversa satisfacción pensando en la ira de McAuliff al ver alejarse el helicóptero, sobre todo si adivinaba la razón. Nadie sentía más

hostilidad hacia los aborígenes que los granjeros ricos. Los míseros nativos, nómadas y necesitados, se acercaban con frecuencia a las granjas para pedir comida, agua, medicinas y, a veces, lo que pudieran darles, y nada parecía enfurecer más a los ricos granjeros que ser usados por aquellos a quienes habían despojado de sus tierras.

Otro helicóptero estaba contestando la llamada; pudo oír la voz del piloto.

-Estoy fuera de Lewinstown; posición 4.78995. Iré tan pronto como sea posible. Tengo algunas raciones a bordo y doscientos litros de agua.

Se identificó y cortó la comunicación.

La granja y las vacas quedaron hacia el norte; Jack miró fijamente hacia abajo tratando de localizar al grupo de aborígenes. De pronto los vio; eran cinco y se habían refugiado a la sombra de una pequeña colina pedregosa. No vio ningún movimiento; quizás estarían todos muertos. Pensar que el satélite de las Naciones Unidas les había descubierto en su recorrido celestial y, sin embargo, no había llegado a tiempo para ayudarles... «Sus protectores son impotentes -pensó-, y nosotros que podemos ayudarlos, ¿acaso nos interesamos por ellos? De todas maneras, los aborígenes pertenecen a una raza que se extingue, y a medida que transcurre el tiempo, los supervivientes están más desprotegidos y desesperados. Son los huérfanos de una antigua civilización, amparados por las Naciones Unidas, si a eso podía llamársele amparo».

De todas maneras, ¿qué podía hacerse por una raza que estaba en el ocaso?

El fin de los naturales de Marte había empezado mucho antes, en la década de 1960, cuando se acercó al cielo del planeta la primera nave soviética con sus cámaras de televisión. Nadie conspiró para exterminarlos; no fue necesario. No obstante, al menos al principio, habían sido motivo de curiosidad. Ese solo descubrimiento bien valía los billones gastados en la misión de llegar a Marte: se habla encontrado una raza extraterrestre.

El helicóptero aterrizó en una pequeña planicie arenosa, cerca del grupo de pardos. Después de detener las hélices, Jack abrió la portezuela y descendió.

Mientras se acercaba al grupo sintió el rigor del sol en la espalda. ¡Estaban vivos! Los ojos abiertos se clavaron en el recién llegado.

-De mi brota la lluvia a su estimada persona -dijo Jack, empleando la fórmula correcta de saludo en el dialecto de los pardos.

Al acercarse vio que el grupo consistía en un matrimonio de ancianos arrugados y dos jóvenes, un hombre y una mujer, otra pareja sin duda alguna, con un niño pequeño. Evidentemente se trataba de una familia que había intentado cruzar el desierto a pie, en busca de agua y comida. Tal vez el oasis en que habían vivido hasta entonces terminó por secarse; era el caso típico de la odisea de todos los pardos. Habían llegado al final del camino; imposible seguir adelante. Consumidos y secos, parecían, cada uno de ellos, un montículo de materia vegetal a punto de morir a no ser por el satélite de las Naciones Unidas que los descubrió a tiempo.

El joven pardo se puso lentamente en pie y, después de flexionar la rodilla, logró decir con voz frágil y temblorosa:

-La lluvia que mana de su espléndida presencia nos vivifica y reconforta, señor.

Jack Bohlen arrojó su cantimplora llena de agua fresca al joven pardo, que no tardó en ponerse de rodillas y, después de desenroscar la tapa, pasó la vasija a la pareja de ancianos. La mujer la tomó y bebió algunos grandes sorbos. Tuvo un cambio notable y repentino: pareció hincharse y volver a la vida; ante los ojos de Jack el color gris fangoso de su piel se transformó en un tostado profundo.

-¿Podemos llenar los cascarones de huevos? -preguntó Jack al joven pardo.

Posados verticalmente sobre la arena había varios huevos de paka; eran unas pálidas cáscaras de huevo enormes y vacías, como Jack pudo ver. Los pardos acostumbraban a llevar agua en esos cascarones. Carecían de la mínima destreza manual y no eran capaces, siquiera, de fabricar potes de arcilla. Y sin embargo, pensó Jack, sus antepasados se las habían ingeniado para construir el sistema de canales.

-Por supuesto -dijo-; viene hacia aquí otro helicóptero y trae bastante agua.

Fue hasta el helicóptero y volvió con su almuerzo, que entregó también al pardo.

-Comida -les dijo, tratando de explicarles.

Pero no era necesario. La pareja de ancianos se había levantado y corría con las manos extendidas.

Jack sintió, a sus espaldas, el rugido del otro helicóptero que se acercaba. Ya estaba aterrizando. Era una unidad grande, de dos asientos, que al acercarse paró el motor mientras las hélices continuaban girando lentamente.

-¿Me necesitan? -preguntó a los gritos el piloto-; de lo contrario me voy.

-No tengo mucha agua para darles -dijo Jack.

-Está bien -repuso el piloto, y detuvo las hélices.

Descendió con una lata grande de veinte litros de agua.

-Les puedo dejar esto -dijo.

Jack y el piloto observaron a los pardos mientras éstos llenaban las cáscaras con agua. Tenían escasas posesiones: un carcaj con flechas envenenadas, una piel de animal para cada uno y las mujeres llevaban, además, su objeto más preciado, el mortero para moler la comida; sin él no se consideraban mujeres útiles porque allí preparaban el grano y la carne, o lo que consiguieran en su búsqueda de alimentos.

-El pasajero que llevo -dijo el piloto en voz baja al oído de Jack- está molesto porque las Naciones Unidas nos obligaron a detenernos aquí. No se da cuenta de que hay un satélite evolucionando en la altura y nos puede ver si no nos detenemos. La multa que aplican es algo serio.

Jack se volvió y miró hacia el helicóptero detenido. En su interior había un hombre corpulento, calvo, con todo el aspecto de alguien bien alimentado y satisfecho. El pasajero miraba hacia afuera con gesto avinagrado, sin reparar siquiera en los cinco pardos.

-Tengo obligación de cumplir con la ley -dijo el piloto en tono defensivo-; a mí me corresponde pagar la multa.

Jack se acercó al helicóptero y elevó la voz para hacerse oír por el hombre calvo.

-¿No se siente satisfecho por haber contribuido a salvar la vida a cinco personas? -le preguntó.

-Querrá decir cinco negros. Para mí eso no es salvar a cinco personas. ¿Para usted sí?

-Sí, yo lo considero así -contestó Jack-, y pienso seguir haciéndolo.

-Llámele como le guste; haga lo que le dé la gana -dijo el hombre de la calva, enrojeciendo.

De un vistazo rápido leyó las marcas del helicóptero de Jack.

-Ya verá qué gana con eso.

El joven piloto se acercó presuroso a Jack y le susurró:

-Por si no lo sabe ese es Arnie, Arnie Kott.

Levantó la voz para que el pasajero le oyera.

-Arnie, ya podemos irnos -gritó.

El piloto ascendió a la máquina y desapareció en su interior. Las hélices no tardaron en girar nuevamente.

El helicóptero ascendió, dejando a Jack solo con los cinco pardos. Después de beber agua empezaron a comer el almuerzo que Jack les había dado.

A un lado estaba la lata vacía. Los cascarones de paka, bien llenos, habían sido cuidadosamente tapados. Cuando el helicóptero se fue, los pardos no levantaron siquiera la vista. Tampoco parecían prestar atención a Jack; murmuraban entre ellos en su dialecto.

-¿Hacia dónde van? -les preguntó Jack.

El joven pardo mencionó el nombre de un oasis lejano, que estaba hacia el sur.

-¿Creen que podrán llegar? -preguntó Jack y, señalando a la pareja de ancianos agregó-: ¿Ellos, podrán?

-Sí, señor -contestó el joven-. Con el agua y la comida que nos han proporcionado,

podremos llegar.

Sin embargo, Jack no estaba tan seguro. Naturalmente, pensó, ellos no van a decir que no, aún cuando no sea posible; debe ser una especie de orgullo racial.

-Señor, tenemos algo para usted, por haberse detenido -dijo el joven pardo tendiendo un objeto a Jack.

Con tan escasos recursos, era increíble que pudieran desprenderse de algo. No obstante, tendió la mano y el joven pardo le entregó un objeto pequeño y frío. Al mirarlo, Jack comprobó que era una cosa oscura y seca, algo similar a la raíz de un árbol.

-Es una bruja de agua -dijo el pardo-. Le traerá agua, fuente de vida, en cualquier momento en que la necesite.

-Pero a ustedes no les ha servido, ¿verdad? -dijo Jack.

El joven sonrió irónicamente al contestar:

-Nos ayudó, señor, le trajo a usted.

-¿Qué harán cuando ya no la tengan?

-Tenemos otra, señor. Las hacemos nosotros mismos -y señalando a la pareja de ancianos agregó-: Ellos son expertos en brujas de agua.

Jack inspeccionó con más atención el amuleto; tenía una especie de cara y miembros indefinidos. Parecía un ser extraño, momificado. Pudo distinguir las piernas encogidas, las orejas... sintió un escalofrío; los rasgos eran extrañamente parecidos a la cara de un ser humano; una cara encogida y sufriente, como si la hubieran matado mientras gritaba.

-¿Cómo funciona?

-En épocas pasadas, cuando uno quería agua no tenía más que orinar sobre la bruja de agua, que volvía a la vida. Pero ya no hacemos eso, señor; ustedes nos han enseñado que orinar no está bien. De manera que ahora la escupimos, y ella nos escucha igual. Se despierta, abre los ojos, mira alrededor y después abre la boca y pide agua. Así fue como le llamó a usted, señor, y a ese otro, el hombre grande que no bajó, el señor sin pelo en la cabeza.

-Ese señor es muy poderoso -dijo Jack-; es el monarca del gremio de fontaneros de la colonia. Prácticamente es dueño de todo Lewinstown.

-Puede ser -dijo el joven pardo-. En ese caso no nos detendremos en Lewinstown; hemos notado que no le gustamos al señor sin pelo. Como ha visto, no le dimos ninguna bruja de agua en señal de agradecimiento porque él, en realidad, no deseaba darnos el agua; no puso el corazón en lo que hacía, sólo las manos.

Jack se despidió de los pardos y volvió a su helicóptero. Momentos después el aparato ascendía y los pardos se despedían agitando las manos.

«Cuando llegue a casa este fin de semana le daré la bruja de agua a David. Le diré que puede orinarle o escupirle, como más le guste, hasta que se harte».

3

Norbert Steiner, que trabajaba por cuenta propia, tenía libertad para ir y venir a su antojo. Se dedicaba a la fabricación de productos dietéticos en un pequeño edificio de acero cerca de Bunchewood Park. Sus alimentos se preparaban con plantas y minerales de la región sin agregarles conservantes, productos químicos ni fertilizantes no orgánicos. Los productos eran envasados en cajas, cartones, frascos y sobres muy bien terminados por una firma de Bunchewood Park. Finalmente, Steiner viajaba por todo Marte para vender sus productos directamente al consumidor.

Obtenía buenas ganancias ya que, después de todo, no tenía competencia; la suya era la única empresa de productos dietéticos que operaba en Marte.

Además, tenía otros asuntos que complementaban su negocio. Desde la Tierra importaba una buena lista de productos para la buena mesa y deleite de los conocedores, como trufas, paté de *foie gras*, caviar, sopa de tortuga, queso azul danés, ostras ahumadas, huevos de

codorniz, borrachos al rhum, refinamientos gastronómicos todos, cuya importación estaba prohibida por las Naciones Unidas. Las autoridades de Marte trataban de obligar a la colonia a autoabastecerse en materia alimenticia. Los expertos de las Naciones Unidas afirmaban que era peligroso transportar comida por el espacio debido al peligro de contaminación radioactiva, pero Steiner sabía la verdadera razón; las Naciones Unidas temían las consecuencias en las colonias el día que estallara una guerra en la Tierra. Entonces sería necesario suspender los envíos de alimentos y si las colonias no estaban acostumbradas a abastecerse por sí mismas, en poco tiempo podrían morirse de hambre. Si bien no dejaba de encontrarles razón, Steiner no estaba totalmente de acuerdo con esa premisa. No creía, por ejemplo, que las granjas dejarían de producir leche ni los criadores de cerdos, ovejas y bueyes dejarían de hacer rendir a sus establecimientos por unas pocas latas de trufas francesas importadas con disimulo. Seguirían plantando y cuidando los manzanos, perales y melocotoneros, los rociarían con insecticidas y regarían regularmente aunque apareciera, de tanto en tanto, en las colonias un pequeño frasco de caviar a veinte dólares la unidad.

Empleando mano de obra aborigen, Steiner había hecho construir un pequeño campo de aterrizaje en el páramo de las Montañas Franklin Delano Roosevelt, y en ese momento se encontraba inspeccionando un embarque de latas de *halvah,* un postre turco que había llegado la noche anterior en el cohete auto dirigido que hacía regularmente el trayecto entre Manila y esa pista particular.

El *halvah* tenía mucha demanda, especialmente en Nueva Israel, y mientras examinaba las latas para comprobar si estaban en condiciones, Steiner calculó que podría venderlas por lo menos a cinco dólares cada una. Tampoco se olvidaba de Arnie Kott, su mejor cliente particular, que compraba sin reparar en el precio cualquier producto dulce que Steiner pudiera conseguir, además de toda clase de quesos y pescados en conserva, y ni qué hablar del famoso tocino ahumado canadiense que venía en latas de dos kilos, como los jamones de Holanda.

Desde el barracón de almacenaje, donde se encontraba en ese momento, Steiner podía ver su campito de aterrizaje ilegal.

Puesto que él carecía de toda habilidad manual o conocimientos mecánicos, el técnico que Steiner empleaba estaba preparando el cohete, que en ese momento se erguía sobre la pista, para el vuelo de regreso a Manila. No se trataba de una unidad muy grande, pues tenía sólo unos seis metros de largo, pero era de fabricación suiza y, por lo tanto, bastante sólido. Ya las sombras de las montañas circundantes se alargaban bajo el rojizo sol marciano y Steiner había encendido la estufa de kerosene para entibiar el barracón. Miró por la ventana y el mecánico le indicó con una seña que el cohete estaba listo para recibir la carga y regresar a la Tierra. Steiner dejó por un momento las latas de *halvah* y empuñando la carretilla de mano empezó a arrastrar el cargamento de cajas de cartón por el suelo rocoso del exterior.

-Me parece que eso pesa más de cuarenta y cinco kilos -dijo el técnico con espíritu de crítica cuando Steiner se acercaba con la mercancía.

-Las cajas son ligeras -respondió Steiner.

Contenían una hierba seca que, una vez procesada en las Filipinas, daba un producto muy similar al *hachís*. Se fumaba mezclándolo con tabaco de Virginia, y en Estados Unidos pagaban precios exorbitantes por la mezcla. Steiner, por supuesto, nunca lo había probado; para él la salud física y moral iban de la mano; creía firmemente en sus productos dietéticos y no fumaba ni bebía alcohol.

Ayudó a Otto a cargar el cohete, lo cerraron herméticamente y después el técnico conectó el mecanismo-reloj de dirección. Dentro de algunos días allá en Manila, la otra punta del trayecto, José Pesquito se encargaría de recibir la carga, controlándola con el formulario de pedido que iba incluido; después conseguiría los artículos solicitados por Steiner para el viaje de regreso.

-¿Me lleva en el helicóptero? -preguntó Otto.

-Primero debo ir a Nueva Israel -contestó Steiner.

-Me da igual, tengo tiempo de sobra.

En tiempos pasados, Otto Zitte se había dedicado a su propio negocio en el Mercado Negro; contrabandeaba exclusivamente componentes muy frágiles y de pequeño tamaño para equipos electrónicos diversos, en los transportes comunes que hacían el recorrido entre la Tierra y Marte. Antes de eso había tratado de introducir los artículos clásicos del Mercado Negro: máquinas de escribir, cámaras fotográficas, grabadores, pieles y whisky, pero la tremenda competencia acabó por desalentarlo. Expertos profesionales del Mercado Negro habían acaparado el comercio de esos artículos de primera clase, que se vendían en grandes cantidades en las colonias. Esa gente disponía de enormes capitales y un sistema propio de transportes para respaldar sus operaciones. Además, Otto no ponía el corazón en ese comercio; tenía vocación de mecánico y había emigrado a Marte para trabajar en lo suyo, desconociendo que había ya dos o tres que monopolizaban los servicios de reparaciones y funcionaban como gremios cerrados; una de ellas era la *Compañía Yee*, donde trabajaba Jack Bohlen, vecino de Steiner. Otto se había sometido a las pruebas de capacitación, pero no obtuvo las calificaciones necesarias y, después de un año, se puso a trabajar para Steiner; le ayudaba en su negocio de importación. Para él, se trataba de una situación humillante, pero al menos no había terminado haciendo algún trabajo manual en una de las tantas cuadrillas que había en las colonias ni tenía que sudar trabajando en la recuperación del desierto.

Mientras volvían al depósito Steiner habló.

-Comercio con ellos constantemente -dijo-, y sin embargo no puedo ver a esos israelíes. No me gusta la forma en que viven, en esas barracas; se ufanan siempre tratando de plantar huertos de naranjos y limones, ya sabes. Tienen sobre nosotros la ventaja de que en su patria vivían más o menos en las mismas condiciones que encontramos aquí, al borde del desierto y con escasos recursos.

-Es cierto -dijo Otto-, pero hay que reconocer el mérito que tienen; trabajan como locos, no son nada perezosos.

-No sólo eso -continuó Steiner-: son unos hipócritas en cuanto a comida se refiere. Mira cuantas latas de carne no *kosher* me compran. Ninguno de ellos observa las leyes dietéticas.

-Si critica que le compran ostras ahumadas, ¿por qué se las vende? -dijo Otto.

-Es asunto suyo, a mí no me incumbe -replicó Steiner.

Aunque no se lo había confesado a Otto, Steiner tenía una razón poderosa para ir a Nueva Israel; tenía un hijo internado en un Instituto especial para los llamados «niños anormales». Se denominaba así, por lo general, a todo niño que, por ser diferente a los demás, ya fuera física o psicológicamente, no podía ser educado en la Escuela Pública. El hijo de Steiner era autista y hacía tres años que la instructora del Instituto se ocupaba de él, tratando de establecer alguna comunicación entre el niño y la cultura en la que había nacido.

Tener un hijo autista constituía un baldón, una vergüenza, puesto que los psicólogos opinaban que ese estado tenía origen en algún defecto de los padres, generalmente una personalidad esquizofrénica. Manfred Steiner tenía diez años y nunca había pronunciado una palabra. Se desplazaba de puntillas, evitando a las personas como si fueran objetos que podían lastimarle con sus ángulos. Tenía un hermoso físico; era rubio, de buenas estatura y hasta que tuvo un año el matrimonio Steiner había sido muy feliz con él. Pero ahora, hasta la tutora del Instituto *Ben Gurion* les daba poca esperanza, aún teniendo en cuenta que, por la misma naturaleza de su trabajo, debía tratar de ser optimista.

-Creo que voy a pasar el día en Nueva Israel -dijo Steiner mientras él y Otto cargaban las latas de *halvah* en el helicóptero-. Tengo que visitar todos esos malditos *kibutces*; voy a tardar varias horas.

-¿No quiere que le acompañe? -preguntó Otto, irritado.

Steiner restregó los pies en el suelo, inclinó la cabeza y, sintiéndose culpable, contestó:

-No me interprete mal, me gustaría que me acompañase pero... -casi confesó la verdad a Otto, pero se contuvo a tiempo-... le llevaré hasta la terminal del ómnibus-tractor y le dejaré allí. ¿De acuerdo?

Estaba cansado. Bien sabía que cuando llegara al Instituto *Ben Gurion* encontraría a

Manfred como siempre, evitando mirarlo a los ojos y deslizándose por la periferia, más parecido a un animalito tenso y desconfiado que a un niño. Casi no valía la pena ir a verle; pero así y todo tenía que ir.

En su interior, Steiner culpaba a su mujer. Cuando Manfred era un bebé, jamás le demostró afecto ni le hablaba, como hacen todas las madres con sus hijos. Quizá su profesión de químico era la causa de esa actitud intelectual y demasiado fría, que no concordaba con la maternidad. Es cierto, cuidaba el cuerpo del niño; lo alimentaba y bañaba como si se tratara de un animal de laboratorio, una rata blanca o algo similar. Lo mantenía limpio y se preocupaba de su salud, pero nunca le había cantado, ni reído con él, ni empleado ningún medio de comunicación verbal con la criatura. Era natural, por lo tanto, que se convirtiera en autista. ¿Qué otro remedio le quedaba? Cuanto más pensaba en el tema, más deprimido se sentía Steiner. Esa era la recompensa por haberse casado con una mujer con título universitario. No podía dejar de pensar en David Bohlen, el hijo del vecino, que corría y gritaba todo el día; pero también había que ver a Silvia Bohlen, una mujer atractiva y vital, una verdadera madre, llena de *vida.* Es cierto que dominante y egoísta, con un sentido muy desarrollado de la propiedad, razón de más para admirarla: no se trataba de ninguna sentimental, era una persona fuerte. Recordó, en ese momento, la cuestión del agua y la actitud que ella había asumido. Sus ruegos no habían logrado convencerla, al afirmar que su tanque había perdido la ración de agua de dos semanas, no la conmovió en absoluto. Pensando en el incidente Steiner no pudo menos que sonreír socarronamente. Ni por un segundo había logrado engañar a Silvia Bohlen.

-Entonces déjeme en la terminal -dijo Otto.

-Será lo mejor -contestó Steiner, aliviado-, así evitará aguantar a esos israelíes.

Mirándole de reojo Otto afirmó:

-Ya se lo he dicho muchas veces, Norbert, a mí no me molestan.

Subieron al helicóptero y Steiner se sentó ante los controles; puso en marcha el motor y no volvió a cruzar palabra con Otto.

Mientras aterrizaba en el campo Weizmann, al norte de Nueva Israel, Steiner empezó a sentirse culpable de haber hablado mal de los israelíes. Por cierto se trataba de un argumento más para disuadir a Otto de que le acompañara, pero ni así estaba bien; no reflejaba sus verdaderos sentimientos. Lo había dicho por un sentimiento de vergüenza y lo reconocía. El bochorno de tener un hijo en el Instituto *Ben Gurion* era razón suficiente para hacerle decir cualquier cosa. Reconocía también que, a no ser por los israelíes, no habría quién se ocupara de su hijo. En Marte no había ninguna institución para niños anormales, si bien allá en la patria existían muchas organizaciones de este tipo, así como instituciones asistenciales de todo tipo. Por otra parte, la estadía de Manfred en el Instituto costaba muy poco, era solamente un honorario nominal. Después de estacionar el helicóptero y descender de él, Steiner sintió aumentar su sentimiento de culpabilidad y se preguntó si podría mirar de frente a los israelíes. Era como si, Dios no lo permita, fueran capaces de leerle el pensamiento o pudieran de alguna manera, intuir lo que había dicho de ellos. No obstante, cuando el personal israelí de la pista de aterrizaje le saludó cordialmente, como siempre, su culpa pareció disminuir. Aparentemente no se traslucía nada en su actitud.

Atravesó la pista con sus pesadas maletas y fue hasta el aparcamiento de donde salía el ómnibus-tractor que iba hasta el centro comercial.

Ya se había instalado cómodamente en el ómnibus cuando recordó que no había comprado nada para su hijo. La instructora, la señora Milch, le había dicho que siempre llevara un regalo para el niño, un objeto concreto mediante el cual Manfred pudiera recordar a su padre después de la visita. «Tendré que parar por el camino -pensó Steiner- y comprarle un juguete, o tal vez algún juego». Entonces recordó que la señora Esterhazy, una de las madres que visitaba a un niño en el Instituto tenía una tienda de artículos para regalo en Nueva Israel. Compraría algo allí; la señora Esterhazy había visto a Manfred y entendía bastante de niños anormales. Sabría

qué recomendarle y, además, se evitaría las preguntas embarazosas de costumbre, como, por ejemplo: «¿Cuántos años tiene el niño?».

Descendió del ómnibus en la parada más cercana a la tienda de regalos y caminó por la acera, mirando con agrado las pequeñas tiendas bien cuidadas y las oficinas. En muchos sentidos Nueva Israel le recordaba el lugar donde había nacido; era una verdadera ciudad, no como Bunchewood Park o Lewinstown. Había muchas personas por la calle y casi todos se movían con energía, como si siempre tuvieran algo de qué ocuparse; además, la atmósfera comercial era vigorizante.

Llegó frente a la tienda que lucía un letrero moderno y vitrinas oblicuas. A no ser por el característico arbusto marciano que crecía en el cantero de la ventana, hubiera podido pasar por una tienda del centro de Berlín. Entró; la señora Esterhazy estaba de pie ante el mostrador; al reconocerle le sonrió de inmediato. Era una mujer atractiva, de aspecto maternal; tenía poco más de cuarenta años, cabello oscuro, y estaba siempre bien arreglada. En todo momento se la veía radiante, con una expresión alerta e inteligente. Todo el mundo sabía que la señora Esterhazy se ocupaba activamente en cuestiones de índole cívica y política; editaba un boletín y pertenecía a varias comisiones.

Pero casi nadie sabía que tenía un hijo en el Instituto *Ben Gurion*; sólo los otros padres y el personal del Instituto conocían su secreto. Se trataba de un niño pequeño, de tres años solamente, que sufría un terrible defecto físico, atribuido a la contaminación de rayos gamma durante el período intrauterino. Steiner le había visto sólo una vez. Era preciso reconocer que en el Instituto había anormalidades como para hacer reflexionar a cualquiera y se había acostumbrado a aceptarlas, por mucho que le costara mirarlas. Al principio el niño Esterhazy le había causado un sobresalto; era pequeño y encogido; miraba a todos con sus grandes ojos de ciervo. Tenía los dedos unidos como los palmípedos y parecía preparado para vivir en un mundo acuático. Tuvo el presentimiento de que la criatura poseía una aguda percepción y se sintió observado, como si el pequeño hubiera sido capaz de llegar a las profundidades insondables de los otros seres humanos. Era como si pudiera penetrar en sus secretos más íntimos para volver a concentrarse en sí mismo, después de haberle aceptado en base a lo que pudo descubrir en el adulto.

Llegó a la conclusión de que la criatura era marciana, es decir, nacida en Marte de la unión de la señora Esterhazy con algún hombre que no era su marido, porque todo el mundo sabía que ella no estaba casada. Eso había podido deducir a través de la conversación de la misma mujer; no había tenido pelos en la lengua para referirse al asunto, y se lo dijo con toda naturalidad. Hacía varios años que se había divorciado; evidentemente, el niño había nacido fuera de los lazos matrimoniales pero, como muchas mujeres modernas, la señora Esterhazy no lo consideraba una vergüenza; Steiner compartía su opinión.

-¡Qué tienda más bonita, señora Esterhazy! -dijo Steiner apoyando las maletas en el suelo.

-Gracias -dijo ella, saliendo de detrás del mostrador-. ¿En qué puedo servirle, señor Steiner? ¿Viene a venderme yogur o germen de trigo? -preguntó con los ojos chispeantes.

-Busco un regalo para Manfred -contestó Steiner.

Una suave expresión compasiva dulcificó las facciones de la mujer.

-Entiendo. El otro día, cuando estuve en el Instituto *Ben Gurion* vi a su hijo -dijo, mientras se dirigía a los estantes-. ¿Tiene alguna inclinación musical? Por lo general, a los niños autistas les gusta la música.

-Él prefiere dibujar; se pasa el día haciendo dibujos -contestó Steiner.

La mujer separó un instrumento de madera, parecido a una flauta.

-Esto se fabrica aquí, y está muy bien hecho -explicó mientras se lo daba a Steiner para que lo viera.

-Sí -contestó el hombre-, me lo llevo.

-La señorita Milch emplea la música para comunicarse con los niños autistas -dijo la señora Esterhazy mientras envolvía la flauta-, sobre todo la danza.

Pareció vacilar brevemente; luego, con tono resuelto le dijo:

-Como sabrá, señor Steiner, siempre estoy al tanto de la situación política en nuestro país. Yo... hay ciertos rumores de que las Naciones Unidas están tratando -bajó el tono de voz y palideció-; me cuesta decirlo, señor Steiner y preferiría evitarle el disgusto, pero si hay algo de cierto en los rumores...

-Vamos, anímese -dijo Steiner, empezando a arrepentirse de haber ido allá.

Era de conocimiento general que la señora Esterhazy siempre estaba enterada de los acontecimientos importantes; con sólo pensar en eso se sintió incómodo; no necesitaba escuchar más.

-Según parece, en estos momentos las Naciones Unidas están debatiendo la implantación de cierta legislación con respecto a niños anormales -dijo la señora Esterhazy, con voz entrecortada-: una de las consecuencias sería el cierre del Instituto *Ben Gurion*.

Pasados algunos minutos Steiner logró preguntar:

-Pero, ¿por qué? -dijo, clavando la mirada en ella.

-Tienen ciertos temores... es decir, no quieren que en los planetas colonizados aparezcan ejemplares de lo que ellos denominan «genes defectuosos». Tratan de conservar la pureza de la raza. ¿Entiende usted? Por un lado si, pero por otro, no puedo estar de acuerdo con la idea. No les preocupan los niños anormales que pueda haber en nuestra patria porque no tienen, con respecto a ellos, las mismas aspiraciones que reservan para nosotros. Hay que tratar de comprender todo el idealismo y la ansiedad que existe en torno a la población de las colonias. ¿Recuerda como sentía antes de emigrar a Marte? Y bien, allá piensan que la existencia de niños anormales en los planetas colonizados es signo de que uno de los grandes problemas de la Tierra ha sido transplantado al futuro, porque para ellos el futuro somos *nosotros,* y...

-¿Está segura de esa ley? -preguntó Steiner interrumpiéndola.

-Creo que es algo seguro -dijo ella mirándole de frente, la barbilla en alto, calma e inteligente la mirada-. Todo lo que hagamos será poco; sería un golpe terrible que clausuraran el Instituto y...

No terminó la frase. Sus ojos reflejaron algo que sus labios no se atrevían a decir. Los niños anormales, como su hijo y el de Steiner, serían eliminados instantáneamente mediante algún procedimiento científico e indoloro. ¿Quería decir algo así?

-Dígalo de una vez -ordenó él.

-Pondrían los niños a dormir... -dijo la señora Esterhazy.

-¿Quiere decir que los matarían? -preguntó él, asqueado.

-¡Oh! -exclamó la mujer-. ¿Cómo puede hablar de esa manera? Como si no le importara...

Le miró horrorizada.

-¡Por Dios! -dijo él-; si hay algo de cierto en todo esto...

No podía creer lo que acababa de oír. ¿Lo deseaba, tal vez? Era demasiado espantoso. No, pensó. No podía confiar en el instinto de ella, en su manera de asumir la realidad. Posiblemente no hacía más que repetir algún rumor confuso, una idea histérica que alguien se encargó de hacer circular. Quizá existía algún proyecto de ley, que en forma indirecta tocaba algún aspecto de la cuestión y que podía, en alguna forma, afectar al Instituto y a los niños alojados en él.

Pero los padres de niños anormales estaban acostumbrados a vivir a la sombra de esa nube. Conocían muy bien la esterilización obligatoria para padres e hijos en caso de comprobarse que las gónadas habían sufrido alguna alteración permanente, por lo general en casos de contaminación por rayos gamma en cantidad desusada.

-¿Quienes patrocinan la ley en las Naciones Unidas? -preguntó Steiner.

-Parece que fue redactada por seis miembros del Comité Interplanetario de Salud y Bienestar -dijo la mujer empezando a escribir-. Aquí tiene los nombres. Una cosa, señor Steiner, lo que nosotros deseamos es que escriba a esa gente y haga que todos sus conocidos...

No la dejó terminar. Pagó la compra y después de dar las gracias tomó el paquete y salió de la tienda.

¡Dios mío! ¡Qué arrepentido estaba de haber entrado en ese negocio! ¿Acaso le pagaban a

esa buena señora para que difundiera esos cuentos? ¿No había ya bastantes problemas en este mundo? Esas fábulas de brujas, repetidas por mujeres de edad mediana, estaban de más; no tenían por qué mezclarse en la política.

Sin embargo, una vocecita interior le decía: «Puede tener razón y tendrás que afrontarlo». Cogió sus pesadas maletas y siguió caminando, confuso y atemorizado, sin prestar atención a las pequeñas tiendas ante las que pasó apresurado en el trayecto al Instituto donde le esperaba su hijo.

Al entrar en el gran solarium con el techo de cristal abovedado encontró a la rubia señorita Milch cómodamente vestida con la bata corta de trabajo y un par de sandalias frescas. Cubierta de salpicaduras de arcilla y pintura, su entrecejo fruncido revelaba cierta agitación. Sacudió la cabeza para apartar del rostro algunos mechones de pelo mientras se acercaba a Steiner.

-Hola, señor Steiner -dijo la joven-. Hoy ha sido un día de tensiones; han llegado dos niños nuevos y uno de ellos es terrible...

-Señorita Milch -dijo Steiner-, acabo de hablar con la señora Esterhazy, en la tienda de regalos.

-¿Le habló de ese proyecto de ley de las Naciones Unidas? -preguntó la señorita Milch, con tono fatigado-. Es cierto, existe un proyecto de ley de ese tipo. Anne se las ingenia para enterarse de todos los rumores, aunque no entiendo de dónde los saca. Si es posible, trate de disimular su preocupación ante Manfred, bastante alterado está con los nuevos que han llegado.

Se volvió y empezó a caminar por el corredor, delante de Steiner, hacia la sala de juegos donde estaba el niño. Él apresuró el paso hasta alcanzarla y al fin la detuvo.

-¿Qué podemos hacer con respecto a esa ley? -preguntó casi sin aliento.

Dejó las maletas en el suelo, sosteniendo en la mano el paquete con la flauta que había comprado.

-No sé si podemos hacer algo -admitió la señorita Milch.

Se acercó lentamente a la puerta y la abrió. De pronto oyeron los gritos y chillidos de los niños.

-Naturalmente, tanto las autoridades de Nueva Israel como las de nuestro país han protestado ya, lo mismo que los gobiernos de otros países. Lo único que se sabe es que se trata de una ley secreta, todo ha sido tratado *sotto voce* para no producir pánico. Es un tema muy delicado y nadie, en realidad, está seguro de la reacción del público y ni siquiera de sí es acertado discutirlo.

La voz de la muchacha parecía perder fuerza a medida que hablaba; toda ella parecía fatigada y abatida; de pronto pareció reanimarse y dándole una palmada en el hombro agregó.

-Creo que lo peor que puede esperarse, si cierran el Instituto, sería que deportaran de regreso a sus países a los niños anormales. No creo que se atrevan a disponer de ellos.

-Tal vez los envíen a campamentos en la Tierra -dijo Steiner débilmente.

-Vamos a ver a Manfred -dijo la señorita Milch-; ¿de acuerdo? Creo que debe saber que este es su día de visita; le vi junto a la ventana aunque, por supuesto, muchas veces se para allí.

Se sorprendió a si mismo cuando dijo de súbito, con la voz entrecortada.

-Me pregunto si no estarán en lo cierto. ¿De qué vale tener un hijo que no se puede comunicar ni vivir con los demás?

La maestra le miró sin responderle.

-Nunca podrá trabajar -dijo Steiner-; será siempre una carga para la sociedad, como hasta ahora. ¿Acaso no es verdad lo que digo?

-Los niños autistas siguen siendo una incógnita -explicó la señorita Milch-; no sólo por su condición sino en cuanto a las causas que la determinan; también nos sorprenden a veces con una tendencia a evolucionar en forma repentina, sin motivo aparente, después de varios años

de fracasos en hacerlos reaccionar.

-Sí hago de ello una cuestión de conciencia, no creo que me pueda oponer a esa ley -dijo Steiner-: pensándolo bien, pasada la primera impresión no creo que sea mi deber combatirla. Pienso que, de alguna manera, se trata de una ley justa.

-Y bien, me alegro que no se lo haya dicho a la señora Esterhazy -afirmó la señorita Milch-: no le habría dejado marchar y le hubiera endilgado un discurso para hacerlo cambiar de opinión.

Abrió la puerta de la sala de juegos y agregó:

-Manfred está en aquel rincón.

Viendo a su hijo en la distancia, Steiner pensó que al mirarlo nadie habría sospechado su condición; tenía una cabeza bien formada, cubierta de rizos, hermosas facciones... Absorto, como siempre, el niño estaba inclinado contemplando un objeto que tenía en la mano. Era realmente hermoso; sus ojos brillaban a veces burlonamente y otras con gozo y excitación; además, esa coordinación tan perfecta... ¡Qué manera de deslizarse en torno a la habitación! Lo hacía de puntillas como si danzara al ritmo de una música inaudible para los demás; parecía escuchar una cadencia que surgía de su propia mente y cuyos sones parecían embelesarle. «Comparados con él somos tan prosaicos -pensó Steiner-. Parecemos tener pies de plomo, nos arrastramos como caracoles mientras él danza y salta como si la gravedad no le afectara de la misma manera. Tal vez esté formado por una clase distinta de átomos».

-Hola, Manny -dijo Steiner, saludando a su hijo.

El chico no levantó la cabeza ni dio señal alguna de prestar atención; siguió jugueteando con el mismo objeto.

«Escribiré a los padrinos de esa ley -pensó Steiner-; les diré que tengo un hijo en el Instituto y estoy de acuerdo con ellos».

La naturaleza de sus pensamientos le alarmó.

Sería un asesinato; el de su hijo Manfred. Reconoció que, provocado por la noticia, el odio que sentía hacia el niño se revelaba al fin. Entonces se dio cuenta de por qué mantenían en secreto los debates. Sin reconocerlo, mucha gente debía sentir el mismo odio.

-No te traje la flauta, Manny -dijo-. ¿Por qué habría de dártela? ¿Acaso te importa un ápice? No.

(El niño no le miró ni demostró de ninguna manera haberle escuchado).

-Nada -dijo Steiner-; el vacío.

Mientras, el doctor Glaub, alto y delgado, vistiendo su bata blanca, se acercó con un bloc de notas. Steiner se sobresaltó al notar su presencia.

-¿Sabe usted? Hay una nueva teoría sobre el autismo -dijo el doctor Glaub-; salió de Berghölzei, en Suiza. Quería hablar de eso con usted. Nos ofrece nuevas posibilidades con respecto a su hijo.

-Lo dudo -replicó Steiner.

El doctor Glaub siguió hablando, como si no le hubiera escuchado.

-Según la teoría, en el individuo autista existe un desajuste de tiempo, de modo que el medio que le rodea le parece tan acelerado que es incapaz de habérselas con él; en realidad no puede percibirlo adecuadamente, lo mismo que nos sucede frente a un programa acelerado de televisión en el que los objetos pasan a tanta velocidad que se tornan invisibles y el sonido se convierte en una jerigonza ininteligible. ¿Entiende? Nuestros oídos lo percibirían como un galimatías confuso. Según esta nueva teoría, se coloca al niño autista en una cámara aislada frente a una pantalla sobre la que se proyectan escenas filmadas con cámara lenta. ¿Comprende usted? Tanto el sonido como la imagen serían un poco lentas al principio y, por último, tan lentas que ni usted ni yo lograríamos percibir el movimiento o entender el lenguaje humano.

-Parece fascinante -dijo Steiner, hastiado-: siempre hay algo nuevo en psicoterapia. ¿No es cierto?

-Si -dijo el doctor Glaub-, especialmente de parte de los suizos, que son muy capaces para

entender la visión del mundo de las personas perturbadas, de los individuos aislados de los medios corrientes de comunicación, ¿sabe?

-Sí, lo sé -contestó Steiner.

El doctor Glaub se alejó, moviendo siempre la cabeza en sentido afirmativo y se acercó a otra madre que miraba un libro de láminas con su hijita.

«Es como tener esperanza en vísperas del diluvio -pensó Steiner-. ¿Sabrá el doctor Glaub que las autoridades de la Tierra están pensando en cerrar el Instituto? El médico, inocente, continúa trabajando confiado, feliz con sus pequeños esquemas». Steiner siguió al doctor Glaub y esperó que hiciera una pausa en la conversación para decirle.

-Doctor, quisiera hablar un poco más de esa nueva teoría.

-Sí, ¡como no! -dijo el doctor Glaub, disculpándose ante la madre y la niña.

Llevó a Steiner a un costado, donde podían hablar sin que los molestaran.

-Este nuevo concepto de la evaluación del tiempo podría abrir nuevas puertas para mentes agobiadas por la tarea imposible de comunicarse en un mundo donde todo sucede con tanta rapidez que...

Steiner le interrumpió.

-Supongamos que su teoría es válida. ¿Cómo conseguiría que un individuo con esas características pudiera funcionar? ¿Cree que debería quedarse en la cámara aislada mirando la película a ritmo lento el resto de su vida? Creo, doctor, que lo que ustedes hacen aquí es jugar, simplemente. No afrontan la realidad. Todos ustedes, los del Instituto *Ben Gurion*, son tan virtuosos, tan faltos de malicia... ¡Pero el mundo exterior no es así! Este es un noble lugar, lleno de gente idealista, pero se engañan a ustedes mismos. Por mi parte, opino que también engañan a los padres; discúlpeme por hablar así. Esa cámara lenta tiene mucho en común con todos ustedes, la gente de aquí, la misma actitud.

Sin dejar de mover la cabeza, el doctor Glaub siguió escuchando con una expresión atenta en el rostro.

-Los de *Westinghouse*, en la Tierra -dijo, cuando Steiner terminó de hablar-, han prometido enviarnos cierto equipo. La comunicación social se realiza sobre todo a través del sonido y *Westinghouse* ha diseñado para nosotros un audio grabador que registra el mensaje dirigido al individuo psicótico, su hijo Manfred, por ejemplo; entonces, después de grabar el mensaje en una cinta de óxido de hierro, la vuelve a pasar enseguida a menor velocidad; después se borra automáticamente y graba el siguiente mensaje, y así sucesivamente. Como resultado, se mantiene un contacto con el mundo exterior a la velocidad adecuada para el paciente. Más adelante esperamos disponer de un grabador que le presente una imagen constante, aunque aminorada, de la parte visual de la realidad, sincronizada con la parte auditiva. Reconocemos que siempre estará un poco aparte de la realidad y tenemos también el problema del tacto, que presenta sus propias dificultades, pero no estoy de acuerdo con usted cuando dice que es demasiado idealista para resultar útil. Fíjese sino en la terapia química que se ensayó no hace mucho. Se aceleraba el sentido interior del tiempo del paciente psicótico por medio de estimulantes, que comprendía el estímulo a que se lo sometía. Sin embargo, en cuanto terminaba el efecto del estimulante, la aptitud de comprensión disminuía y volvía a su metabolismo defectuoso, ¿sabe? A pesar de todo, aprendimos mucho de todo eso, pudimos descubrir que la psicosis tiene un fundamento químico, no psicológico. Un solo experimento logró desbaratar sesenta años de conceptos erróneos y mediante el empleo de amital de sodio...

-Sueños -dijo Steiner, interrumpiéndole-; nunca lograrán comunicarse con mi hijo.

Dio la vuelta, dejando solo al doctor Glaub.

Cuando salió del Instituto tomó el ómnibus hasta el *Zorro Rojo*, un restaurante de lujo que siempre le compraba mucha mercancía. Después de hablar con el dueño se sentó ante el mostrador para beber una cerveza.

Pensó en la manera en que había hablado al doctor Glaub. Para empezar, ese tipo de idiotez

tenía la culpa de haberles hecho venir a Marte, un Planeta donde un vaso de cerveza mezclada con buena cantidad de agua costaba el doble que una medida de whisky escocés.

El dueño del *Zorro Rojo*, un hombre bajo y calvo, un poco rollizo, que usaba gafas, se sentó junto a Steiner.

-¿Por qué está tan abatido, Norb? -le preguntó.

-Están a punto de cerrar el Instituto *Ben Gurion*.

-Mejor -dijo el propietario-. ¿Para qué queremos esos monstruos en Marte? Dan una mala imagen.

-De acuerdo -dijo Steiner-, al menos hasta cierto punto.

-Me recuerda a aquella tanda de bebés que nacieron con aletas de foca en la década de 1960, como consecuencia del empleo de cierta droga. Yo creo que tendrían que haberlos eliminado. Por suerte la mayoría de los nacimientos son de niños normales; no veo por qué hay que dejar vivir a los defectuosos. Si usted tuviera la desgracia de que le naciera un hijo anormal, con un brazo de más o cualquier otro tipo de deformidad, no desearía que viviera, ¿verdad? -preguntó el hombre.

-No -contestó Steiner.

No dijo que en la Tierra una hermana suya tenía un hijo focomélico; había nacido sin brazos y le colocaron unos artificiales, fabricados por una firma canadiense especializada en miembros artificiales; se desenvolvía perfectamente con la prótesis.

No dijo nada al hombrecito regordete; siguió bebiendo la cerveza con la mirada perdida en las botellas alineadas detrás del bar. El hombre no le gustaba y nunca le había confiado el caso de Manfred. Conocía los arraigados prejuicios del individuo y estaba seguro de que no era el único que pensaba de esa manera. Steiner no le guardaba rencor, simplemente estaba muy cansado y no deseaba hablar del tema.

-Creo que eso fue el principio de todo -insistió el dueño-; esos bebés de la década de 1960. ¿Hay algunos de esos en el Instituto *Ben Gurion*? Nunca he puesto los pies en ese sitio, ni pienso hacerlo.

-Ese no es lugar para ellos -contestó Steiner-; no son anómalos, la palabra significa único en su tipo.

-¡Ah, claro!, comprendo a qué se refiere -afirmó el hombre-. De todas maneras, si los hubieran eliminado hace años no tendríamos necesidad de instituciones como el *Ben Gurion*; estoy convencido de que existe una relación entre los monstruos que nacieron en 1960 y todos los anormales que nacieron después, según dicen debido a las radiaciones. Creo que en ese aspecto los nazis tenían razón; ya en 1930 se dieron cuenta de la necesidad de hacer una elección y eliminar los ejemplares genéticamente inferiores, comprendieron...

-Tengo un hijo -dijo Steiner y calló.

Después de pronunciar las palabras tuvo conciencia de lo que había dicho.

El hombre regordete le miró.

-Tengo un hijo allí -continuó por fin Steiner-; para mí significa tanto como su hijo para usted. Sé que algún día saldrá de las tinieblas y podrá reincorporarse al mundo.

-¡Norbert, cuánto lo siento! -dijo el hombrecito rollizo-. Voy a invitarle a unas copas para demostrarle cuánto lo siento. Me refiero a la manera en que he hablado.

-Si cierran *Ben Gurion* será una verdadera calamidad para todos los que tenemos a alguien allí. No creo que pueda soportarlo.

-Entiendo lo que le pasa -dijo el otro- y, créame, comprendo sus sentimientos.

-Si es así le admiro -dijo Steiner-, porque yo no consigo entenderlo; para mí no tiene sentido.

Dejó el vaso vacío sobre el mostrador y bajó del taburete.

-No tengo deseos de hablar -dijo-. Disculpe, debo irme.

Y sin más recogió sus pesadas maletas.

-Hace tiempo que viene por aquí -dijo el dueño del bar-, y hemos hablado muchas veces de ese Instituto; usted nunca mencionó que tenía un hijo adentro. Eso no es justo -concluyó el

hombre con expresión de enfado.

-¿Por qué no es justo?

-¡Diablos! De haberlo sabido no habría dicho lo que dije; la culpa es suya, Norbert, tendría que haberme prevenido; quizá lo hizo adrede. No me gusta su actitud.

Cuando terminó de hablar tenía el rostro congestionado de indignación.

Steiner salió del bar cargando las maletas.

-Evidentemente este es un mal día para mí; acabo peleando con todo el mundo -dijo Steiner en voz alta-. La próxima vez que venga no me alcanzará el tiempo para pedir disculpas... si es que vuelvo. Tengo que ir al Instituto; no hay que darle más vueltas.

De pronto pensó que tendría que matarse. La idea se le presentó con toda claridad, como si hubiera estado esperando en un rincón de su mente, agazapada en alguna recóndita parte de su ser. «Es fácil -pensó-. Con hacer chocar el helicóptero, ya está. Estoy cansado de ser Norbert Steiner -siguió cavilando-: yo no lo pedí; tampoco pedí vender alimentos en el Mercado Negro ni nada de lo que estoy haciendo. ¿Qué razón tengo para vivir? No poseo ninguna habilidad manual; soy incapaz de arreglar cosas ni de hacer nada con las manos; tampoco soy ningún intelectual; soy un simple vendedor. Estoy harto de que mi mujer me desprecie porque no sé arreglar la máquina del agua. Estoy cansado de depender de Otto; le tuve que emplear porque soy un inútil para atender mi negocio».

«En realidad -pensó-, ¿a qué esperar hasta llegar al helicóptero?». En ese momento vio que por la calle se acercaba un enorme y destartalado ómnibus-tractor, con los costados cubiertos de arena. Por lo visto acababa de cruzar el desierto y venía a Nueva Israel desde alguna otra colonia. Steiner dejó las maletas en el suelo y corrió hacia la calle, arrojándose al paso del ómnibus-tractor.

El conductor tocó la bocina; se oyó el chirrido de los frenos; otros vehículos se detuvieron de golpe en el momento en que Steiner corría hacia adelante, con la cabeza baja y los ojos cerrados. Sólo en el último momento, cuando el ruido de la bocina fue tan fuerte que resultó insoportable, abrió los ojos a tiempo para ver al conductor del ómnibus mirándole boquiabierto; también alcanzó a ver el volante y el número en la gorra del conductor. Después...

En el solarium del Instituto *Ben Gurion*, la señorita Milch oyó el ruido de sirenas e hizo una pausa en medio de la danza del *«Hada de Azúcar»* de la Suite Cascanueces de Tchaikovsky, que en ese momento tocaba en el piano para que los niños bailaran.

-¡Un incendio! -exclamó uno de los niños, corriendo hacia la ventana.

Los demás le siguieron.

-No, señorita Milch, es una ambulancia -dijo otro niño, junto a la ventana-. Va hacia el centro.

La maestra siguió tocando y los niños al escuchar los compases de la música, volvieron lentamente a sus lugares. En ese momento representaban ser osos del zoológico haciendo travesuras para conseguir cacahuetes; la señorita Milch les había dicho que representaran con movimientos y ademanes lo que la música les sugería.

Manfred estaba a un lado, indiferente a la música, la cabeza baja y una expresión pensativa en el rostro. En el momento en que el aullido de las sirenas se hizo más agudo, levantó la cabeza. Al verlo la señorita Milch contuvo la respiración y susurró una plegaria. ¡Al fin! Manfred había oído. Siguió martilleando el piano con más brío que antes, excitada; tanto ella como los médicos estaban en lo cierto: por medio del sonido habían logrado comunicarse con Manfred.

En ese momento el niño se dirigió lentamente hacia la ventana y miró afuera. Solo, la cabeza apoyada contra el cristal, el niño miraba la calle y los edificios de abajo; buscaba la causa del ruido que le había llamado la atención, despertándole de su ensueño.

«Después de todo hay esperanzas -se dijo la señorita Milch-. ¿Qué dirá su padre cuando se entere? Esto demuestra que nunca hay que darse por vencido».

Continuó tocando el piano con más fuerza. Era feliz.

4

Cuando el helicóptero de la policía de las Naciones Unidas se detuvo ante la casa de los Steiner, David Bohlen, que construía un dique de barro al fuerte sol marciano de la tarde en la huerta familiar, supo de inmediato que algo extraño sucedía.

Un policía, con el clásico uniforme azul y el casco brillante, bajó del aparato y se acercó por el sendero a la puerta de la familia Steiner.

Dos de las niñas salieron enseguida y saludaron al policía. Este dijo algunas palabras en voz baja a la señora Steiner, que le hizo pasar cerrando la puerta tras el recién llegado.

David se puso de pie inmediatamente y salió de la huerta; atravesó la pequeña franja arenosa, saltó la zanja y pasó por el pequeño terreno donde la señora Steiner había tratado de cultivar algunos pensamientos.

Al llegar a la esquina de la casa se encontró súbitamente con una de las chicas Steiner; estaba demasiado quieta mientras deshojaba una flor de cardo, el rostro muy pálido. Parecía a punto de enfermar.

-Oye, ¿qué pasa? -preguntó el niño-. ¿Por qué ha venido el policía?

La hija de los Steiner le miró directamente y, sin responderle, desapareció dejándole solo.

«Me juego la cabeza a que adivino de qué se trata -pensó David-. Deben haber detenido al señor Steiner por algún comercio ilegal». Empezó a corretear y a saltar, excitado por lo que creía haber descubierto. «Quién sabe qué habrá hecho», se decía.

Volvió la esquina de la casa y regresó por donde había venido; saltó nuevamente la acequia y, por último abrió la puerta de su casa.

-¡Mamá! -gritó, corriendo de cuarto en cuarto-. Oye, ¿recuerdas que tú y papá siempre habláis de que el señor Steiner opera fuera de la ley? En su trabajo. Bueno, ¿sabes una cosa?

Pero no encontró a su madre por ningún lado. Debía haber salido a hacer visitas, pensó. Podía ser que estuviera en casa de la señora Hennessy, que vivía a poca distancia, por el canal. Su madre estaba fuera de casa con frecuencia, visitando a otras mujeres con las que tomaba café y compartía las habladurías de la colonia. «Esta vez si que se pierden algo», se dijo David. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera, tratando de no perder detalle.

En ese momento la señora Steiner acompañaba al policía, que estaba saliendo de la casa, y juntos se dirigían al helicóptero estacionado enfrente. La señora Steiner llevaba la cara cubierta con un gran pañuelo y el policía le puso la mano sobre el hombro, como si se tratara de un pariente. Intrigado, David les vio subir al helicóptero. Las niñas de la casa quedaron formando un pequeño corro apretado, con el asombro reflejado en los rostros inocentes. El policía volvió y les dijo algunas palabras; justo entonces vio a David y le hizo señas para que saliera. David obedeció, no sin algún temor, y parpadeando ante el intenso sol se acercó paso a paso al policía de casco reluciente y brazalete, que llevaba un revólver a la cintura.

-¿Cómo te llamas, hijo? -preguntó el policía con acento extranjero.

-David Bohlen -respondió el niño, sintiendo que le temblaban las piernas.

-¿Tu mamá o tu papá están en casa, David?

-No -replicó-. Estoy solo.

-Cuando regresen tus padres diles que vigilen un poco a las niñas Steiner hasta que vuelva su mamá.

Sin más, el policía puso en marcha el motor del helicóptero, y las hélices no tardaron en girar.

-¿Vas a hacerlo, verdad David? ¿Has entendido lo que te he dicho?

-Sí, señor -contestó David.

Justo entonces notó la franja azul que llevaba el poli.

Era sueco. David conocía todos los distintivos de las diversas nacionalidades de las

Naciones Unidas. Se preguntó qué velocidad podría alcanzar el helicóptero de la Policía; parecía una unidad muy veloz y tuvo ganas de subir a dar una vuelta. Ya no estaba aterrorizado a causa del policía y le habría gustado seguir hablando con él. Pero el otro debía irse. El helicóptero se elevó del suelo y grandes ráfagas de viento y arena se arremolinaron en tomo a David, obligándole a cubrirse la cara con el brazo.

Las cuatro niñas Steiner continuaban muy juntas, sin decir palabra. La mayor lloraba silenciosamente; las lágrimas le corrían por las mejillas, pero no hacía ruido alguno. La más pequeña, de tres años apenas, sonrió tímidamente a David.

-¿Queréis ayudarme a construir un dique? -preguntó el niño, elevando la voz-. Podéis venir, el policía os ha dado permiso.

Después de una breve vacilación, la menor se acercó y pronto las otras le siguieron.

-¿Qué ha hecho tu papá? -preguntó David a la mayor. Era de más edad que él; debía tener unos doce años.

-El policía dijo que puedes hablar -agregó.

Pero la niña siguió en silencio y le miró fijamente.

-Te prometo que no se lo diré a nadie; sé guardar un secreto -aseguró David.

Silvia Bohlen escuchó las últimas noticias de la tarde transmitidas por la radio, mientras tomaba baños de sol en el patio emparrado, rodeado de un cerco, en casa de June Hennessy.

La dueña de casa, que estaba a su lado, se incorporó de pronto y dijo.

-Escucha, ¿no es el hombre que vive al lado de tu casa?

-Shhh... -susurró Silvia que escuchaba atentamente al locutor.

Pero no dieron más detalles; sólo un breve anuncio:

> «...Norbert Steiner, negociante en alimentos dietéticos, se había suicidado arrojándose al paso de un ómnibus en el centro de Nueva Israel».

No había duda; era su vecino.

-¡Qué horrible! -exclamó June ajustándose los breteles de su dos piezas a lunares-. Le habré visto un par de veces, a lo sumo, pero de todos modos...

-Era un hombrecito timorato -dijo Silvia-; no me sorprende que haya hecho algo así.

Sin embargo, estaba horrorizada, y la costaba creer la noticia. Se puso de pie mientras continuaba:

-¡Y pensar que tiene cuatro hijas! ¡Pobre mujer! La ha dejado sola para criar cuatro hijos. ¿No es horrible? ¿Qué será de ellos? Son tan inútiles, además.

-Tengo entendido que operaba en el Mercado Negro -dijo Silvia-. ¿Estabas enterada? Tal vez le estaban siguiendo la pista.

-Será mejor que vaya a casa -dijo Silvia- a ver si puedo ayudar en algo a la señora Steiner. Tal vez pueda encargarme de las niñas durante un rato.

Luego pensó para sí si sería culpa suya por haberle negado el agua esta mañana. Podía ser; todavía estaba en casa, aún no había salido a trabajar.

«Tal vez sea culpa nuestra -pensó-. La manera en que le tratamos; ¿acaso alguien tuvo alguna amabilidad con ellos? Está claro que son una gente quejosa, siempre necesitan ayuda, no hay día que no mendiguen o pidan cosas prestadas. De esa manera ¿quién puede tenerles respeto?».

Entró en la casa y, ya en el dormitorio, se cambió, poniéndose un par de pantalones y una camisa. June la acompaño.

-Tienes razón -dijo June-; todos debemos colaborar cuando se presenta la ocasión. Me pregunto si se quedará aquí o si volverá a la Tierra. Yo me iría, en su lugar. Estoy preparada para hacer las maletas e irme en cualquier momento; la vida aquí es tan monótona...

Silvia recogió su bolso y los cigarrillos y, después de despedirse de June, se fue por el sendero a lo largo del canal, hasta llegar a su casa. Llegó casi sin aliento cuando el helicóptero ganaba altura. Pensó que debía ser la Policía que había ido a dar la noticia a la señora Steiner.

Encontró a David y a las cuatro hijas del vecino jugando en el patio.

-¿Se han llevado a la señora Steiner? -preguntó a David en voz alta.

Este se puso de pie de un salto y se acercó, excitado, a su madre.

-Mami, se fue con el policía; estoy cuidando a las niñas.

«Lo que me temía», pensó Silvia. Las cuatro hermanas continuaban sentadas junto al dique jugando apáticamente, con lentos movimientos. Ninguna levantó la vista para saludar, parecían inermes; sin duda a causa de la sorpresa al enterarse de la muerte de su padre. Sólo la pequeña tuvo alguna reacción, y probablemente no había comprendido aún de qué se trataba. «La muerte de ese hombrecito ya empieza a afectar a otros -pensó Silvia-, y la frialdad continuará extendiéndose». Sintió frío en su corazón. Pensar que ni siquiera le gustaba.

Al ver a las niñas, no pudo contener un estremecimiento. Se preguntó si tendría que encargarse de aquellas chiquillas sosas y gordinflonas. Eran gente de clase baja. Dejando a un lado toda consideración, la respuesta le subió espontáneamente de las entrañas: *«¡No quiero!»* Sintió un temor súbito; era evidente que no le quedaba alternativa, ya estaban jugando en su patio. Ya estaban a su cargo.

La más pequeña preguntó, esperanzada.

-Señora Bohlen, ¿no nos podría dar más agua para la represa?

Agua; como siempre, agua, pensó Silvia. Siempre trataban de sacarles algo, como si hubieran nacido para eso. No contestó a la niña; en cambio, se dirigió a su hijo.

-David, entra. Quiero hablar contigo.

Entraron juntos en la casa, donde las hermanas Steiner no pudieran escucharles.

-David -dijo Silvia-. Han anunciado por radio que el padre de las chicas ha muerto. Tendremos que ayudarlas por un tiempo -hizo un esfuerzo por sonreír-, aunque los Steiner nos molesten un poco...

-A mí no me molestan, mamá -prorrumpió David-. ¿Cómo murió, de un ataque al corazón? ¿Cayó en poder de pardos salvajes?

-No interesa cómo murió; ahora, lo importante es ver qué podemos hacer por sus hijas.

Tenía la mente en blanco; no se le ocurría absolutamente nada. Pero de algo estaba segura: no quería tener cerca a aquellas criaturas.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó a David.

-Podríamos darles algo de comer. Me dijeron que no habían comido; la madre estaba a punto de preparar algo cuando...

Silvia salió al sendero que estaba junto a la casa.

-Niñas, voy a preparar la comida, por si alguna quiere algo. En vuestra casa.

Al volverse comprobó que sólo la más pequeña la seguía.

La mayor contestó con la voz ahogada por las lágrimas.

-Gracias, no quiero nada.

-Será mejor que comáis algo -dijo Silvia, aunque sintió alivio-; ven conmigo -dijo a la pequeña-. ¿Cómo te llamas?

-Betty -respondió tímidamente la niña-. ¿Podría tomar un emparedado de huevo y un poco de cocoa?

-Vamos a ver lo que hay -dijo Silvia.

Minutos después, mientras la niña comía el emparedado y bebía la cocoa, Silvia aprovechó para inspeccionar la casa de los Steiner. En el dormitorio encontró algo que le llamó mucho la atención: la fotografía de un niño pequeño, de grandes ojos oscuros y brillantes y cabello ensortijado. Silvia le encontró una expresión de criatura desesperada, de otro mundo, como si perteneciera a algún lugar divino y temible al mismo tiempo, lejos de todo lo conocido.

Llevó la fotografía a la cocina y preguntó a la pequeña Betty quién era el niño.

-Mi hermano Manfred -contestó Betty con la boca llena de pan y huevo.

Emitió algunos chillidos y, mezclados con ellos, logró pronunciar algunas palabras vacilantes, por las que Silvia dedujo que habían prohibido a las niñas mencionar ese hermano a ningún extraño.

-¿Por qué no vive con vosotros? -preguntó Silvia, deseosa de satisfacer su curiosidad.

-Está en un Instituto -contestó Betty-, porque no puede hablar.

-¡Qué vergüenza! -exclamó Silvia.

«Debía estar en ese Instituto de Nueva Israel -pensó Silvia-. No me extraña que sus hermanas tengan orden de no mencionarlo. Será uno de esos niños anormales de los que oímos hablar, pero que nunca vemos». Mientras pensaba sintió cierta tristeza. La tragedia oculta de la familia Steiner. ¡Quién lo hubiera dicho! Entonces recordó que el señor Steiner se había quitado la vida en Nueva Israel; sin duda había estado visitando a su hijo.

Entonces no había sido por nada relacionado con ellos, concluyó para sí mientras volvía al dormitorio para dejar la fotografía en su lugar. Evidentemente, Steiner había tomado tan extrema decisión por problemas personales. Se sintió más aliviada.

Es extraño, pensó, pero al enterarse de un suicidio parece inevitable sentir cierto remordimiento o sensación de si no hubiera hecho aquello, o si hubiera hecho esto otro... tal vez podría haberlo evitado. Es mi culpa. Pero en este caso no era así. Era una completa extraña para la familia Steiner y no compartía con ellos ningún aspecto de su vida presente; sólo a causa de un repentino impulso neurótico podía imaginar que tenía algo que ver con ellos.

-¿Has visto a tu hermano alguna vez? -preguntó a Betty.

-Creo que le vi el año pasado -contestó la niñita, vacilante-; estaba jugando al tejo y había muchos niños más grandes que yo.

Las tres niñas mayores entraron en silencio a la casa y se detuvieron junto a la mesa. Por fin la mayor habló por todas.

-Hemos cambiado de parecer; quisiéramos comer algo.

-Está bien -contestó Silvia-; podéis ayudarme a descascarillar los huevos. ¿Por qué no vais a buscar a David y comerá algo con vosotras? Será más divertido que comáis todos juntos.

Mientras caminaba por la calle principal de Nueva Israel, Arnie Kott vio un grupo de gente a cierta distancia y coches aparcados junto a la acera; se detuvo a mirar por un instante antes de seguir hacia la tienda de regalos artísticos contemporáneos de Anne Esterhazy. «Algo ha sucedido -pensó-. ¿Qué será? ¿Una riña callejera, un robo?»

Pero no tenía tiempo para averiguarlo y siguió caminando hasta llegar a la pequeña tienda de su ex mujer. Entró con paso ágil, las manos metidas en los bolsillos.

-¿No hay nadie? -preguntó en tono jovial.

Nadie contestó. Debía haber salido a ver el tumulto. No tenía sentido comercial, ni siquiera había cerrado la puerta al salir.

Minutos después Anne regresaba a la tienda, casi sin aliento.

-¡Arnie! -exclamó, sorprendida-. ¡Dios mío¡ ¿Sabes lo que ha sucedido? Pensar que acababa de hablar con él... ¿Te imaginas? No hace siquiera una hora y está muerto.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se dejó caer en una silla y, sacando una servilleta de papel, se sonó la nariz.

-Es una cosa terrible -dijo, con voz ahogada-. No fue un accidente; lo hizo a propósito.

-¡Oh! ¡De eso se trataba! -dijo Arnie, deseando haber ido a verlo-. ¿A quién te refieres?

-No creo que le conozcas; tiene un hijo en el Instituto. Le conocí allí.

Se restregó los ojos y permaneció sentada un rato, mientras Arnie caminaba por la tienda.

-¿Y bien? -dijo al fin la mujer-. ¿Puedo ayudarte en algo? Me alegro de verte.

-Mi maldita codificadora se ha estropeado -dijo Arnie-, y sabes lo difícil que es encontrar un buen mecánico. ¿Qué otra cosa podía hacer sino darme una vuelta por aquí? ¿Qué te parece si almorzamos juntos? Cierra la tienda un rato.

-Por supuesto -contestó ella un poco ausente-. Espera que me lave la cara. Arnie, te aseguro que me siento como si se tratara de mí. Le acababa de ver. El ómnibus le pasó por encima, ¡son tan grandes!, no pueden detenerse en seguida. Sí, salgamos a almorzar; no puedo quedarme aquí.

Fue rápidamente al cuarto de baño y cerró la puerta.

Poco después los dos salían caminando por la acera.

-¿Por qué se suicida la gente? -preguntó Anne-; me acosa la idea de que tal vez podría haberlo evitado. Le había vendido una flauta para su hijo; todavía la tenía, estaba tirada en la calle, junto con las maletas. No se la había dado al hijo. ¿Tal vez esa era la razón? ¿Algo referente a la flauta? Vacilé entre la flauta y...

-¡Basta ya! -interrumpió Arnie-. No es culpa tuya. Escucha una cosa: si un hombre está decidido a quitarse la vida, nadie puede impedírselo. Tampoco puedes inducirlo a matarse; es algo que llevan en la sangre, su destino quizá. A veces lo piensan durante años y un buen día, como si fuera una inspiración repentina, ¡pum!, lo hacen y ya está. ¿No ves?

La rodeó con un brazo y le palmeó el hombro.

-En cambio, míranos a nosotros; tenemos un hijo en ese Instituto, pero no por eso olvidamos lo que nos rodea continuó Arnie-. Después de todo, no es el fin del mundo, ¿no es cierto? Seguimos luchando. ¿Dónde te gustaría comer? ¿Qué te parece ese restaurante que está enfrente, el *Zorro Rojo*? ¿Crees que vale la pena? ¡Cómo me gustaría comer unos camarones fritos! Hace más de un año que no los veo por ninguna parte. Si no solucionan pronto el problema del transporte, nadie va a emigrar a Marte.

-No quiero ir al *Zorro Rojo*; no puedo ver al dueño -dijo Anne-; mejor probemos ese restaurante nuevo que hay en la esquina. Todavía no he comido allí y me han dicho que es bastante bueno.

Mientras esperaban que les trajeran la comida, ya en la mesa del restaurante, Arnie siguió hablando sobre el mismo tema.

-De una cosa puedes estar segura; cuando te hablan de un suicida debes estar segura de que el tipo sabe una cosa: no es miembro útil para la sociedad. En definitiva, esa es la verdad que tiene que enfrentar, y por eso lo hace, sabe que no es importante para nadie. Podría jugarme la cabeza. Creo que es la manera en que la naturaleza selecciona a los más aptos; los que están sin hacer nada se eliminan por su propia mano. Por eso no me altero en absoluto cuando oigo hablar de un suicidio. Además, te sorprendería saber cuántas muertes calificadas como naturales en Marte son, en realidad, suicidios. Es decir, este es un ambiente muy duro y separa a los fuertes de los débiles.

Anne Esterhazy asintió, pero no parecía consolarse.

-Toma a ese hombre por ejemplo... -continuó Arnie.

-Steiner -dijo Anne.

-¡Steiner! -la miró sorprendida-. ¿Te refieres a Norbert Steiner, comerciante del Mercado Negro? -preguntó levantando la voz inadvertidamente.

-Vendía productos dietéticos.

-¡El mismo! -Arnie estaba apabullado-. ¡Steiner, no puede ser!

¡Dios santo!, Steiner era el que le vendía los mejores artículos para comidas y ya estaba acostumbrado a depender de él.

En ese momento el mozo les sirvió la comida.

-Esto es terrible -dijo Arnie-; te lo aseguro. ¿Qué voy a hacer?

Todas las fiestas que ofrecía, todas las cenas íntimas para dos que preparaba para alguna joven, como últimamente lo hacía con Doreen... Eran demasiadas contrariedades para un solo día. Primero la codificadora y ahora aquella.

-¿Tendrá algo que ver el hecho de que fuera alemán? -preguntó Anne-. Ha habido tantas amarguras entre los alemanes después de aquella tanda de niños que nacieron con aletas. Algunos con quienes hablé creían que se trataba de un castigo de Dios por ciertas cosas que sucedieron en ese país durante el período nazi. Y no creas que hablo de gente religiosa; hombres de negocios, uno aquí en Marte, y otro en la Tierra, según recuerdo.

-¡Ese imbécil de Steiner! -dijo Arnie-. ¡Cabeza de chorlito!

-Vamos, Arnie, come -dijo Anne, desdoblando la servilleta-; la sopa parece buena.

-No puedo comer -dijo él apartando enojado el tazón-; no quiero esta porquería.

-Sigues siendo un niño mayor -dijo Anne-, aún tienes caprichos infantiles.

La comprensión suavizó el tono de su voz.

-¡Demonios! -contestó él-, a veces siento todo el peso del planeta sobre mis hombros, y dices que soy un niño -la miró furioso, el rostro encendido de ira.

-No sabía que Norbert Steiner operaba en el Mercado Negro -dijo Anne.

-¿Como ibas a saberlo tú? Tú y tus comisiones de damas, ¿crees, acaso que sabéis cómo es el mundo? ¿Estás al tanto de lo que sucede a nuestro alrededor? Esa es una de las razones por la que he venido a verte. Leí el último artículo en el *Times* y me revolvió las tripas. Tienes que terminar con esas idioteces que publicas; la gente inteligente las rechaza, eso es para chiflados como tú.

-Por favor -dijo Anne-; trata de serenarte y comer.

-Voy a designar a un hombre de mi gremio para que revise todo el material antes de que lo distribuyas. Será mejor dejar esas cosas en manos de un profesional.

-¿Estás seguro? -dijo ella, suavemente.

-Tenemos un serio problema; no hay gente idónea, ya no vienen de la Tierra las personas que necesitamos; nos estamos pudriendo solos aquí, y todo el mundo lo sabe. Nos estamos viniendo abajo, Anne.

-No te aflijas, ya aparecerá alguien que ocupe el lugar del señor Steiner. Seguro que debe haber otros traficantes del Mercado Negro.

-Me interpretas mal a propósito -dijo Arnie- para hacerme aparecer pequeño, egoísta y glotón, y en realidad soy uno de los miembros más responsables del intento de colonización en Marte. Por eso fracasó nuestro matrimonio; me despreciabas un poco por celos y otro poco por afán de competencia. No sé para qué he venido hoy aquí. Contigo no se puede razonar, siempre sales con alusiones personales.

-¿Sabes que en las Naciones Unidas están tratando una ley para cerrar el Instituto *Ben Gurion*? -preguntó Anne.

-No -contestó Arnie.

-¿No te preocupa saber que pueden cerrar *Ben Gurion*?

-¡Al diablo con todo! Le pondremos un tutor particular a Sam.

-¿Y los otros niños internados? ¿Qué será de ellos?

-No cambies de tema -dijo Arnie-. Escucha, Anne, tienes que aceptar eso que llaman dominación masculina y permitir que mis empleados censuren lo que vas a publicar. ¡Pero, por Dios! ¿No te das cuenta que haces más daño que bien? Lamento tener que decírtelo en la cara, pero es la pura verdad. A veces pienso que, por la forma en que te comportas conviene más tenerte de enemiga que de amiga. Eres una aficionada, como todas las mujeres. Eres... muy irresponsable -terminó bufando de rabia.

El rostro de la mujer no demostró ninguna reacción; lo que acababa de oír no la afectaba.

-¿Podrías hacer alguna presión para que *Ben Gurion* continúe abierto? -preguntó Anne-; quizá se pueda llegar a un compromiso. Yo quiero que continúe funcionando.

-¡Ah! Ya tienes una causa -dijo Arnie, furibundo.

-Así es.

-¿Quieres una respuesta franca?

Ella asintió, mientras le miraba fríamente.

-Lo lamenté desde el principio, cuando esos judíos abrieron el Instituto.

-Dios te bendiga Arnie, siempre tan franco y tan bruto, amigo de la humanidad.

-Esa es una manera de proclamar al mundo que aquí, en Marte, tenemos chiflados y que si uno se atreve a viajar a esta colonia corre el peligro de perjudicar sus órganos sexuales y engendrar monstruos comparados con los cuales los niños alemanes con aletas parecen bellezas.

-Te pareces al dueño del *Zorro Rojo*. ¡Eres de la misma calaña!

-Seré tozudo, lo reconozco, pero al menos soy realista. Estamos en lucha por nuestras vidas; si no conseguimos que la gente siga emigrando hacia aquí podemos colgarnos de la

parra, Anne. Tú lo sabes bien. A no ser por el Instituto *Ben Gurion* podríamos proclamar que en Marte, lejos de la contaminación ambiental y los experimentos con la bomba H, no hay niños anormales. Eso esperaba yo, pero el Instituto lo arruinó todo.

-¿No entiendes que no se trata del *Ben Gurion*, sino de los hijos que traemos al mundo?

-Pero si no fuera por ese Instituto nadie podría controlar que nacen niños anormales.

-Eres capaz de mentir deliberadamente y asegurarle a la gente de la Tierra que no tiene nada que temer, que están más seguros aquí. Si supieras que nadie te descubre lo harías.

-Por supuesto -dijo Arnie, afirmando con la cabeza.

-Sería un acto inmoral.

-Todo lo contrario. Escucha, tú eres la inmoral; tú y tus damas de las comisiones. Mientras tratéis de tener abierto el Instituto...

-Arnie, será mejor que no continuemos discutiendo; nunca nos pondríamos de acuerdo. Comamos y vuelve a Lewinstown. Yo no lo soporto más.

Comieron el resto del almuerzo en silencio.

Terminada su tarea del día en el Instituto *Ben Gurion*, el doctor Milton Glaub, de la plantilla de psiquiatras, transferido temporariamente del *Gremio Interplanetario de Camioneros*, se sentó en su despacho. En la mano tenía una cuenta por la reparación del techo de su casa, hecha el mes anterior. Había postergado el trabajo todo lo posible (requería el empleo del raspador que evitaba la acumulación de arena), pero finalmente el inspector de edificios de la colonia le había enviado un *ultimátum* de treinta días. Aunque no podía solventar el gasto no tuvo más remedio que ponerse en contacto con el *Gremio de Techistas*; pero en realidad ese mes estaba en déficit; peor que nunca.

Deseó que Jean, su esposa, no fuera tan malgastadora. Pero en eso no estaba la solución. La única solución era tener más pacientes. El gremio le pagaba un salario mensual; recibía, además, una bonificación de cincuenta dólares por cada paciente. Lo llamaban incentivo. Para él ese ingreso era la diferencia entre vivir permanentemente endeudado y tener cierta solvencia. Nadie podía mantener a una familia con el sueldo de psiquiatra y, como todo el mundo sabía, el *Gremio Interplanetario de Camioneros* era muy lento para pagar.

A pesar de todo, el doctor Glaub continuaba viviendo en la colonia del gremio. Era una comunidad muy ordenada y, en ciertos aspectos, similar a ciertas poblaciones terráqueas. Nueva Israel, en cambio, como todas las colonias de carácter nacional, tenía una atmósfera mucho más tensa y explosiva.

En realidad el doctor Glaub había vivido en otra época en una colonia nacional, la de las Repúblicas Arabes Unidas. Era una zona caracterizada por cierta opulencia, en la que habían logrado producir cierta vegetación exótica importada del país de origen. Pero tenía ciertas reservas en cuanto a los colonos. Al principio solamente lo irritó, pero por último no dejaba de asombrarle la constante enemistad de los pobladores contra las colonias vecinas. Por lo general, los hombres, aún mientras efectuaban sus tareas diarias, no dejaban de rumiar sobre ciertas injusticias u ofensas que se les habían infligido, reales o no. Las personas más amables perdían a veces los estribos cuando se mencionaban ciertos temas. Pero lo peor era durante la noche: a esa hora la hostilidad se canalizaba en hechos prácticos; las colonias nacionales vivían de noche. Entonces, los laboratorios de investigación dedicados durante el día a tareas científicas de análisis y experimentación, se abrían al público y las máquinas infernales quedaban exhibidas con gran algarabía y muestras de orgullo nacional de parte de los colonos.

Al diablo con todos, pensó el doctor Glaub; si querían desperdiciar sus vidas de esa manera, era cosa suya. Lo cierto es que se dedicaban a alimentar las viejas querellas y rencores originados en la Tierra, olvidándose del noble propósito de la colonización. Por ejemplo, aquella mañana había leído en el diario de las Naciones Unidas la noticia sobre un tumulto callejero en la colonia de los *Trabajadores de la Electricidad*. El artículo insinuaba que los vecinos italianos eran culpables, puesto que varios de los agresores usaban el largo bigote encerado tan en boga en la colonia italiana...

Alguien llamó a la puerta del despacho, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

-Si -contestó, guardando en un cajón la cuenta del techista.

-¿Estás listo para recibir al compañero Purdy? -preguntó su mujer abriendo la puerta en la forma profesional que él le había enseñado.

-Espera un par de minutos y después dile que pase. Quiero un poco de tiempo para leer su historial.

-¿Has almorzado? -preguntó Jean.

-Por supuesto, como todo el mundo.

-Sin embargo, pareces cansado -dijo ella.

«Qué lástima», pensó el doctor Glaub. Fue hasta el cuarto de baño y se oscureció la cara con el polvo color caramelo que se usaba entonces. Por lo menos mejoró su aspecto, aunque no su estado de ánimo. Había otra razón para el uso del polvo; la mayoría de los miembros del *Gremio Interplanetario de Camioneros* descendía de puertorriqueños y latinoamericanos, que podían experimentar un sentimiento de inferioridad ante una persona demasiado blanca. La propaganda del producto, naturalmente, no proclamaba ese hecho; señalaba a los empleados de la colonia que *«el clima marciano hace palidecer el tono natural de la piel hasta darle un enfermizo tinte blancuzco».*

Llegó el momento de ver al paciente.

-Buenas tardes, compañero Purdy.

-Buenas tardes, doc.

-Veo, por sus antecedentes, que tiene el oficio de panadero.

-Es cierto.

Una pausa.

-¿A qué se debe su visita?

El compañero Purdy vaciló antes de contestar; tenía la vista clavada en el suelo mientras jugaba con la gorra entre las manos.

-Es la primera vez que vengo a un psiquiatra.

-Sí, me he dado cuenta.

-Es por una fiesta que da mi cuñado... no soy muy inclinado a las fiestas.

-¿Tienes obligación de ir? -preguntó el doctor Glaub, mientras colocaba el reloj sobre el escritorio.

Marcaba, minuto a minuto, la media hora disponible para el compañero.

-La organizan por mí. Bueno... quieren que tome a mi sobrino como aprendiz para que entre en el *gremio* cuando sea mayor -la voz de Purdy se tomó más queda-. A veces me despierto de noche pensando cómo salir del compromiso. Pero son mis parientes, ¿comprende?, y no puedo decirles que no. Por otra parte, no puedo ir, no me sentiría bien. Por eso he venido.

-Ya veo -dijo el doctor Glaub-. Y bien, será mejor que me dé todos los datos de esa fiesta; el lugar, la fecha, qué gente va a concurrir. De este modo cuando vaya me comportaré bien.

Purdy, más aliviado, sacó del bolsillo una página escrita a máquina.

-Doc, le agradezco mucho que vaya en mi lugar. Tengo que reconocer que los psiquiatras como usted le sacan a uno de muchos apuros. No crea que es un chiste cuando le digo que esto me quita el sueño.

Miró con agradecida admiración al profesional que sabía desenvolverse en cualquier situación social; capaz de caminar con gracia por el estrecho sendero de las complejas relaciones personales donde, a través de los años, habían sucumbido tantos miembros del gremio.

-No se preocupe más por el asunto -dijo el doctor Glaub-; después de todo, ¿qué tiene de particular un poco de esquizofrenia? Esa es su afección, *¿sabe?* Yo me encargaré de sus relaciones sociales y usted podrá continuar *sin* adaptarse, al menos por algunos meses más. Hasta la próxima vez que se le presente una nueva exigencia social imposible de cumplir.

Cuando se retiró el compañero Purdy el doctor Glaub pensó que la manera de ofrecer

terapia en Marte era, por cierto, muy original. En vez de curar al paciente de sus fobias, uno se convertía en una especie de abogado que tomaba el lugar del cliente en...

En ese momento llamó Jean.

-Milt, hay una llamada de Nueva Israel para ti. Es Bosley Touvim.

«Dios mío», pensó Glaub. Touvim era el presidente de Nueva Israel. Algo debía haber ocurrido. Levantó apresuradamente el receptor.

-Habla el doctor Glaub.

-Doctor -dijo la voz grave y poderosa del presidente- habla Touvim. Aquí hay un cadáver; según tengo entendido se trata de un paciente suyo. ¿Sería tan amable de volar hacia aquí para encargarse del asunto? Primero, permítame que le dé algunos detalles: Norbert Steiner, de Alemania Occidental.

-No es mi paciente -dijo el doctor Glaub, interrumpiendo a su interlocutor-. Atiendo a su hijo, un niño autista que está en el *Ben Gurion*. ¡Steiner muerto! ¿Qué quiere decir? ¡Dios mío, si estuve hablando con él esta mañana! ¿Está seguro de que se trata del mismo Steiner? Si es él, tengo sus antecedentes, como del resto de la familia, sobre la naturaleza de la enfermedad de su hijo. En los casos de niños autistas pensamos que antes de empezar cualquier terapia es preciso comprender la situación familiar. Esta bien, voy para allá.

-Evidentemente se trata de un suicidio -dijo Touvim.

-¡No puedo creerlo! -exclamó Glaub.

-Hace media hora que estamos hablando de lo mismo con el personal del Instituto. Me han dicho que usted tuvo una larga conversación con él antes de que saliera de ver a su hijo. Cuando se lleve a cabo la audiencia, la Policía, seguramente, preguntará si Steiner dio muestras de hallarse deprimido o morbosamente introvertido. Es posible que le diese alguna pauta como para que usted tratara de disuadirlo o, a falta de eso, para que le sugiriera someterse a alguna terapia. Deduzco que esa persona no le dio ningún indicio de las intenciones que tenía.

-Nada, en absoluto -repuso el doctor Glaub.

-Bien, en su lugar no me preocuparía -dijo Touvim-; prepárese, simplemente, para dar los antecedentes clínicos de ese hombre... trate de enumerar los posibles motivos que puedan haberle inducido a quitarse la vida. Usted me entiende.

-Gracias, señor Touvim -dijo Glaub, débilmente-. Es posible que estuviera deprimido a causa de su hijo, aunque le anuncié que existía una nueva terapia en la que teníamos mucha confianza para casos como el suyo. A pesar de todo, me pareció un poco cínico y adoptó una actitud muy cerrada; no reaccionó como yo habría esperado. Pero de ahí a suicidarse...

«¿Qué sucederá si pierdo mi puesto? -pensó para sí el doctor Glaub-. Tengo que evitarlo a toda costa».

Trabajar en el Instituto significaba para él un aumento de ingresos que le permitía imaginarse, si bien no alcanzar, cierta seguridad financiera. El cheque que recibía en *Ben Gurion* hacía que ese sueño no fuera una quimera.

Posiblemente ese idiota de Steiner no pensó en las consecuencias que su muerte podría tener sobre los demás. O tal vez sí, y lo hizo con propósito de venganza. Tal vez actuó por despecho, pero *¿por qué?* ¿Porque intentaban curar a su hijo?

Indudablemente se hallaba en una posición difícil. Menos mal que el señor Touvim le había prevenido... un suicidio así, tan en los talones de una entrevista con el médico... Los diarios no dejarían de explotar ese ángulo y todos aquellos que tuvieran algún interés en hacer cerrar el Instituto *Ben Gurion* sacarían partido de la situación.

Después de reparar el equipo refrigerador de la granja McAuliff, Jack Bohlen volvió al helicóptero, guardó la caja de herramientas tras el asiento y se puso en comunicación con el señor Yee, su patrón.

-Jack, tiene que ir a la escuela -dijo el señor Yee-. Aún no he conseguido a nadie para ese pedido.

-Está bien, señor Yee -dijo Jack resignado, poniendo en marcha el motor.

-Jack, además hay un mensaje de su esposa.

-¿Sí?

Se sorprendió porque al señor Yee no le gustaba que llamaran las esposas de sus empleados y Silvia lo sabía. ¿Le habría pasado algo a David?

-¿Puede decirme qué dijo mi mujer?

-Su esposa pidió a la telefonista que le avisara que su vecino, un tal Steiner, se ha suicidado. Bohlen, su señora quiere informarle que está cuidando a las hijas de Steiner. También dijo si era posible que usted pasara esta noche por su casa. Le dije que lo lamentaba, pero que no podíamos prescindir de usted hasta el fin de semana. Tiene que estar a disposición de los pedidos, Jack.

Así que Steiner había muerto, pensó Jack. ¡El pobre infeliz! Bueno, tal vez fuera mejor así.

-Gracias, señor Yee -dijo Jack ante el micrófono.

Mientras el helicóptero se elevaba, agitando la rala hierba, Jack tuvo una fuerte premonición, un presentimiento repentino: «Quizá esto nos afecte a todos -pensó-. No creo haber cambiado más de veinte palabras con Steiner y, sin embargo, hay algo muy grande en la muerte. Tiene un gran poder; es una transformación tan aterradora como la vida misma, y mucho más difícil de comprender».

Dirigió el helicóptero hacia los Cuarteles Generales de las Naciones Unidas en Marte, en busca de la única entidad con autoridad propia que regia la vida de la comunidad, el original organismo artificial que constituía la Escuela Pública; un lugar que le infundía más temor que cualquier otro, en toda su experiencia lejos de la patria.

5

¿Por qué razón la escuela le deprimía? Al mirar desde arriba vio el blanco edificio con forma de huevo de pato destacándose contra la superficie oscura y borrosa del planeta, como si lo hubieran arrojado allí a toda prisa. No concordaba de ningún modo con el medio circundante.

Después de estacionar el aparato en la pista pavimentada, Jack vio que las puntas de los dedos se le habían quedado blancas e insensibles, lo que le ocurría siempre que estaba en tensión. Sin embargo, a su hijo no le afectaba ir a aquel lugar tres veces por semana, cuando le trasladaban en helicóptero con los otros niños de su mismo nivel intelectual. Sin duda su problema se debía a un factor de origen muy personal; tal vez entendía tanto de máquinas que no podía aceptar la ilusión de la escuela, no se podía abandonar al juego. Por alguna razón los artefactos de la escuela, no eran para él inertes ni vivos; en cierta medida eran ambas cosas a la vez.

Pronto estuvo sentado en la sala de espera, con la caja de herramientas a mano.

Tomó un ejemplar de *«Mundo de motores»* que había en un revistero cuando sus oídos sensibles percibieron el chasquido de un interruptor. La escuela había notado su presencia; tomó nota, sin duda, de la revista que eligió, cuanto tiempo leyó y qué seleccionó después. Le estaba midiendo.

Se abrió una puerta y apareció una mujer de edad mediana, vestida con un traje de *tweed.*

-Usted debe ser el mecánico del señor Yee -le dijo, sonriente.

-Si -contestó él, poniéndose de pie.

-Encantada de verle -le dijo, haciéndole una señal con la cabeza para que la siguiera-; han hecho mucho alboroto con este maestro en particular, aunque está en la etapa de producción total.

Siguió por un corredor; cuando él la alcanzó abrió una puerta.

-El *Conserje Enojado* -dijo, señalándolo.

Recordó que su hijo se lo había descrito.

Librodot

-Se averió súbitamente -le dijo la mujer al oído-. ¿Lo ve? Justo en medio del ciclo; había salido a la calle, gritó agitando el puño cuando...

-El *Circuito Maestro* no sabe si...

-Yo soy el Circuito Maestro -dijo la mujer madura sonriendo para animarle, los ojos brillantes tras los cristales de las gafas de montura metálica.

-Naturalmente -dijo él, apenado.

-Creemos que el fallo puede estar aquí -dijo la mujer, o mejor dicho el peripatético apéndice de la escuela, mientras le alargaba un papel doblado.

Al desplegarlo encontró un cúmulo de diagramas que representaban las válvulas autorreguladoras de realimentación.

-Es un símbolo de autoridad, ¿no es cierto? -dijo Jack-; enseña al niño el respeto por la propiedad. Es un tipo muy severo, comparado con un maestro común.

-Sí -confirmó la mujer.

Montó de nuevo el *Conserje Enojado* en forma manual. Después de emitir repetidos ruidos secos se le enrojeció la cara y, levantando un brazo, exclamó en voz alta:

-Niños, ¡fuera de aquí! ¿Entendéis?

Mientras observaba cómo temblaban de indignación los carrillos cubiertos de espesas patillas, en tanto la boca se abría y cerraba con firmeza, Jack Bohlen imaginó la impresión que debía causar aquello a un niño pequeño. El mismo sentía cierto rechazo. No obstante, aquel artefacto era la quintaesencia de la perfecta máquina de enseñar; cumplía una función y, agregado a otros doce mecanismos similares distribuidos por distintos lugares de los pasillos, como los puestos en una feria de diversiones, constituía el sistema de la escuela. Al mirar hacia otro lado pudo ver la próxima máquina de enseñar; frente a ella, un grupo de niños escuchaba respetuosamente mientras les arengaba.

-...entonces pensé -dijo con tono afable y familiar-: ¡Por Dios! ¿Qué podríamos aprender nosotros, gente común, de una experiencia como esa? ¿Alguno de vosotros puede decírmelo? A ver tú, Sally.

-Pues... bueno, quizá podamos aprender que hay algo de bueno en todos a pesar de que a veces actuemos mal.

-Y tú, Víctor, qué dices? -fanfarroneó la máquina de enseñar-. Escuchemos lo que dice Víctor Plank.

-Yo pienso más o menos como Sally -tartamudeó un niño-. La mayoría de la gente es buena en el fondo, si uno se toma la molestia de conocerla. ¿No es cierto, señor *Whitlock*?

De manera que esa que estaba escuchando era la máquina de enseñar *Whitlock*. Su hijo se la había mencionado muchas veces; era una de sus favoritas. Siguió escuchándola mientras preparaba las herramientas. *Whitlock* estaba personificado en un caballero canoso, de cierta edad, con un característico acento regional... de Kansas quizás. Era amable y daba ocasión a los demás para que se expresaran; era una clase de máquina de enseñar más tolerante, sin el tono autoritario ni los modales bruscos del *Conserje Enojado*. Por lo que Jack podía ver era una combinación de Sócrates y Dwigth D. Eisenhower.

-Las ovejas son animales curiosos -dijo la máquina *Whitlock*-; si las observáis cuando les arrojan algún alimento por encima de la cerca, algunos granos de maíz, por ejemplo, bueno son capaces de verlos a un kilómetro de distancia -el maestro *Whitlock* hizo un chasquido-. Son muy listas para todo aquello que les interesa. Tal vez eso nos enseña a ver en qué consiste la verdadera sabiduría; no se trata de haber leído muchos libros o de emplear palabras largas... sino de ser capaz de distinguir lo que nos conviene. Es muy importante poseer verdadero sentido común.

Jack se arrodilló y empezó a destornillar la espalda del *Conserje Enojado*, bajo la vigilante mirada del *Circuito Maestro* de la escuela.

Sabía que la máquina desarrollaba una serie de acciones y pronunciaba ciertas palabras obedeciendo a una cinta grabada con instrucciones pero, de acuerdo con la conducta de sus oyentes, su actuación era susceptible a ciertas modificaciones en cada etapa del proceso. No

se trataba de un sistema rígido, sino que comparaba las respuestas de los niños con su propia cinta, después hacía coincidir preguntas y respuestas, clasificaba y, por último, respondía. No había lugar para una respuesta única porque la máquina de enseñar reconocía un número limitado de categorías; sin embargo, producía una ilusión bastante convincente de ser algo vivo y animado. Era todo un éxito de la ingeniería.

La ventaja que tenía sobre un maestro humano era su capacidad para tratar con cada niño en forma individual; más que un maestro era un tutor. Una máquina de enseñar podía manejar mil alumnos y no confundir nunca a un niño con otro; las respuestas variaban de tal manera de un niño a otro que la máquina se convertía en una entidad distinta. Era un ente mecánico, por cierto, pero infinitamente complejo. Las máquinas de enseñar eran un perfecto ejemplo de algo que Jack Bohlen conocía muy bien: la asombrosa complejidad de aquello que denominamos *«artificial»*.

No obstante, sentía rechazo hacia las máquinas de enseñar. Todo el sistema de la Escuela Pública estaba orientado a un fin completamente contrario a su espíritu; la misión de la escuela no consistía en informar o educar, sino en moldear siguiendo reglas muy rígidas. Debía ser el nexo con la cultura que constituía la herencia común y, por lo tanto, vendía como un mercachifle esa cultura en un paquete a la joven generación. Su objetivo era moldear a los alumnos con el fin de perpetuar un modelo determinado de civilización; en consecuencia, cualquier característica individual de los niños que pudiera desviarlos de esa dirección era cortada de raíz.

Jack comprendió que se trataba de una verdadera batalla entre la psique compuesta de la escuela y las psiques individuales de los niños; la primera tenía todas las cartas a su favor. Si un niño no respondía como se esperaba, era considerado autista, es decir orientado de acuerdo a un factor subjetivo que predominaba sobre su sentido de la realidad objetiva. Ese niño acababa por ser expulsado de la escuela. Después de eso se le enviaba a otro tipo de institución completamente distinta, con el fin de rehabilitarle: el Instituto *Ben Gurion*. Se renunciaba a enseñarle; de allí en adelante era tratado como un *enfermo.*

Mientras Jack destornillaba la espalda del *Conserje Enojado* llegó a la conclusión de que autismo era un concepto que las autoridades de Marte explotaban en su propio interés. Con él habían reemplazado al antiguo término *«psicópata»* que, a su vez, había sustituido al de *«imbécil»*, sustitutivo del anterior *«demente criminal»*. En el Instituto *Ben Gurion* volvían a atender al niño maestros humanos, o más propiamente, terapeutas.

Desde que David ingresara en la Escuela Pública, Jack había temido siempre recibir una mala noticia: que el niño no podía graduarse de acuerdo con la escala de calificación que la escuela utilizaba con sus alumnos. Sin embargo, David habla respondido de muy buena voluntad a las máquinas de enseñar y había logrado calificarse muy alto. Le gustaban casi todos los maestros, y cuando volvía a su casa contaba maravillas de ellos y se llevaba bien hasta con los más severos. Para entonces resultó evidente que no tenía problemas; no era autista y no le enviarían al Instituto *Ben Gurion*. Pero Jack no se sentía satisfecho con eso; tal como pensaba Silvia, nada le satisfacía del todo. Había algo que inquietaba a Jack; los niños de Marte tenían sólo dos posibilidades: la Escuela Pública o el Instituto *Ben Gurion*, y a Jack no le gustaba ninguna de esas dos instituciones, si bien no podía precisar la razón.

Había llegado a la conclusión de que tal vez se debía a la existencia de una condición denominada autismo, forma de esquizofrenia infantil que afectaba a muchos individuos. La esquizofrenia era una seria enfermedad que, tarde o temprano, se daba en casi todas las familias. Significaba, simplemente, que una persona no podía vivir de acuerdo con las reglas impuestas por la sociedad. La vida de la que se apartaba el individuo esquizofrénico, o a la que nunca se había integrado, era la realidad de la existencia en sociedad, de la vida en una determinada cultura, con ciertos valores establecidos; no se trataba de la vida biológica o alguna forma de vida heredada, sino de *lo que se aprendía como vida.* Se refiere a lo que se recoge poco a poco de aquellos que nos rodean: padres, maestros, personas de autoridad en general... de cada uno y de todos aquellos con los que una persona está en contacto durante

los años de formación.

Por lo tanto, la escuela estaba en lo cierto al rechazar a un niño que no podía aprender. La enseñanza no consistía meramente en hechos o en las bases de una carrera útil para ganarse la vida; era algo mucho más profundo que eso. El niño aprendía que ciertas cosas que le rodeaban debían ser conservadas a cualquier precio. Sus valores se confundían con alguna actividad humana objetiva y, de esa manera, él mismo se convertía en parte de una tradición heredada. Durante su vida debía contribuir a mantener esa tradición y, si era posible, a mejorarla. Para ello debía poner interés de su parte. Jack llegó a la conclusión de que el *verdadero* autismo era, en última instancia, una actitud de apatía hacia el comportamiento público; era una vida particular en la que *un determinado individuo pasaba a ser el creador de todos los valores en vez de ser el depositario de los aprendidos.* Por más esfuerzos que hacía, Jack Bohlen no podía aceptar que la escuela, con sus máquinas de enseñar, fuese el único juez de lo que constituía o no un valor. Los valores de una sociedad se encuentran en permanente cambio y la escuela era un intento por estabilizar esos valores, coagularlos en un punto determinado, en definitiva, momificarlos.

Tiempo atrás había llegado a la conclusión de que la Escuela Pública era neurótica. Deseaba un mundo en el que nada nuevo sucediera, desprovisto de sorpresas. Ese, precisamente era el mundo del neurótico obsesivo; no se trataba, evidentemente, de un mundo sano.

En una ocasión hacía un par de años, había comentado esa teoría con su esposa. Después de escucharle atentamente, Silvia dijo:

-Creo que no te das cuenta, Jack; trata de comprender. Hay cosas mucho peores que la neurosis.

Hablaba en voz baja pero firme y él la escuchó con atención.

-Sólo estamos empezando a entenderla. Tú sabes de qué se trata; *ya has pasado por eso.*

Asintió; sabía perfectamente a qué se refería. Cuando tenía poco más de veinte años había tenido un episodio psicótico. Era algo común, es cierto, muy natural, y además, debía admitirlo, horroroso. En comparación, la Escuela Pública, rígida, estrecha y neurótica, era una tabla de salvación que le permitía a uno volver a la realidad que el resto de los hombres compartía, y quedar agradecido.

Lo comprendió así porque una neurosis era un recurso desesperado al que un individuo enfermo, o una sociedad en crisis, apelan deliberadamente. Era un invento que obedecía a una necesidad.

-No combatas ciegamente la neurosis -dijo Silvia, y él entendió lo que quiso decirle.

Una neurosis era detenerse por elección, una inmovilidad a lo largo del camino de la vida porque más allá estaba...

Todo esquizofrénico sabe lo que hay más allá, y todo ex esquizofrénico también, pensó Jack, recordando su propia experiencia.

Dos hombres que estaban en el lado opuesto de la habitación le miraron con curiosidad. ¿Qué había dicho? *Herbert Hoover fue el mejor Director que tuvo el FBI y Carrington no podrá igualarlo.*

-Sé que tengo razón -agregó-; apuesto lo que queráis.

Mientras bebía la cerveza, sus pensamientos parecían confusos. Todo le pesaba terriblemente; el brazo, la cabeza, el vaso de cerveza; le resultaba más fácil mirar hacia abajo que hacia arriba... Contempló la caja de cerillas sobre la mesa de café.

-No quisiste decir Herbert Hoover -dijo Lou Notting- sino J. Edgar Hoover.

¡Dios mío!, pensó Jack alarmado. Sí, había dicho Herbert Hoover y si los otros no se lo hubieran señalado, no le habría parecido incorrecto. ¿Qué me está sucediendo?, se preguntó. Se sentía como semidormido y, sin embargo, la noche anterior se había ido a la cama a las diez; había dormido casi doce horas.

-Perdonad -dijo-; por supuesto, quise decir...

La lengua se le trababa y terminó la frase con esfuerzo.

-...J. Edgar Hoover.

Las palabras le salieron borrosas y más lentas que lo normal, como un tocadiscos que va perdiendo velocidad. Después le resultó casi imposible levantar la cabeza; se estaba durmiendo sentado, en la sala de Notting, a pesar de que estaba con los ojos abiertos; se dio cuenta cuando intentó cerrarlos y no pudo. No podía apartar su atención de la caja de cerillas. *«Cierre la cobertura antes de encender -decía-. ¿Es capaz de dibujar este caballo? Primera lección de arte, gratis, sin ninguna obligación. Vea al dorso el formulario de inscripción».*

Siguió mirando, sin pestañear, mientras Lou Notting y Fred Clarke discutían sobre nociones abstractas como el proceso democrático, la reducción de libertades... escuchaba las palabras claramente y no le molestaban, pero no tenía deseos de discutir porque sabía que ambos estaban equivocados. Les dejó que siguieran discutiendo; le resultaba más fácil. Era algo que sucedía y él dejaba que sucediera.

-Parece que Jack no está con nosotros -dijo Clarke. Sobresaltado, Jack Bohlen se dio cuenta de que la atención de los dos se había vuelto hacia él. Era preciso que dijera o hiciera algo.

-¡Como que no! -dijo.

Eso le costó un enorme esfuerzo; como si tratara de levantarse en medio del mar.

-Seguid, os escucho.

-Pero si pareces un autómata -dijo Notting-. Vete a casa a dormir, por el amor de Dios.

Phillys, la mujer de Lou, entraba en aquel momento en la sala.

-En el estado en que estás no podrás llegar a Marte, Jack -le dijo.

Alzó el volumen del estéreo; se trataba de un conjunto de jazz progresivo con vibrador y doble bajo, o quizá fuera un instrumento electrónico.

La rubia y jovial Phillys se sentó en el sofá, a su lado, para observarle.

-Jack, ¿estás enfadado con nosotros? Quiero decir, estás tan retraído...

-Es una faceta de su carácter -dijo Notting-; cuando estábamos en el servicio militar se ponía así a veces, sobre todo los sábados por la noche. Silencioso y cabizbajo, rumiaba sus propios pensamientos. ¿En que estás pensando ahora, Jack?

La pregunta le extrañó. No pensaba en nada. Su mente era un perfecto vacío. La caja de cerillas todavía acaparaba toda la gama de sus percepciones. No obstante, se sintió obligado a revelarles el motivo de sus cavilaciones. Era lo que estaban esperando y, por lo tanto, inventó un tema.

-El aire -dijo-; en Marte. ¿Cuánto tardaré en adaptarme? El período de adaptación varía según las personas.

Un bostezo, que no alcanzó a salir, se le ahogó en el pecho y luego se expandió por los pulmones y la tráquea, dejándole con la boca semiabierta; hizo un esfuerzo y juntó las mandíbulas.

-Será mejor que me vaya directo a la cama -dijo.

Recurrió a todas sus fuerzas para ponerse en pie.

-¿A las nueve de la noche? -le gritó Fred Clarke. Mientras volvía a su apartamento, caminando por las calles frescas y oscuras de Oakland, se sintió mejor, aunque no dejaba de preguntarse qué le había sucedido en casa de Notting. Tal vez el aire viciado, la falta de ventilación. Evidentemente, algo andaba mal.

Marte, pensó. Había cortado todos los lazos; sobre todo el trabajo. Había vendido el *Plymouth*, avisó al dueño de casa. ¡Y pensar que había tardado un año en conseguir aquel apartamento! El edificio era propiedad de la *Cooperativa Costa Oeste* y consistía en una enorme estructura, parcialmente subterránea, con miles de unidades habitables. Tenía su propio supermercado, lavadero, clínica, jardín de infancia, hasta psiquiatra, debajo de la galería de negocios, al nivel de la calle. En el último piso, una estación de radio de frecuencia modulada transmitía música clásica, a elección de los residentes. Disponían asimismo de teatro y salón para reuniones. Se trataba del más reciente de los grandes edificios de

apartamentos en cooperativa, y él había renunciado a todo eso. Un día, mientras estaba en la librería del edificio haciendo cola para comprar un libro, se le ocurrió la idea repentinamente.

Después de avisar que se iba vagó por los corredores de la galería del edificio. Se encontró frente al pizarrón con los boletines y empezó a leer automáticamente los anuncios. Algunos niños corrían en torno a él, dirigiéndose al campo de juegos que estaba detrás del edificio. Un anuncio impreso, de gran tamaño, le llamó la atención.

«AYUDE A DIFUNDIR EL MOVIMIENTO EN ZONAS RECIEN COLONIZADAS. LA JUNTA DE LA COOPERATIVA EN SACRAMENTO PREPARA LA EMIGRACION PARA CONTRARRESTAR LA EXPLOTACION DE ZONAS DE MARTE RICAS EN MINERALES POR LOS GRANDES CAPITALES Y LOS PODEROSOS GREMIOS. FIRME AHORA».

Era uno de los tantos anuncios de la *Cooperativa* y, sin embargo, ¿por qué no? Muchos jóvenes se iban. Además ¿qué podía esperar en la Tierra? Había entregado su apartamento en cooperativa aunque todavía era miembro de la misma; aún le quedaban sus acciones y el número.

Más tarde, después de firmar la solicitud para emigrar, en la etapa de la revisación médica y las vacunas para el viaje, la sucesión de acontecimientos se hacía confusa en su mente. Le parecía que la decisión de ir a Marte había sido anterior a la entrega del apartamento y la renuncia a su trabajo. El proceso, de esa manera, parecía más racional y esa era la versión que había dado a sus amigos. Pero no era verdad. *¿Cuál era la verdad?* Durante dos meses había vagado sin rumbo fijo, inseguro con respecto a todo excepto que el 14 de noviembre un grupo de doscientos miembros de su *Cooperativa* partía rumbo a Marte. Entonces todo cambiaría, se disiparía la confusión y sería nuevamente capaz de ver las cosas con claridad, como en el pasado. De una cosa estaba seguro: antes era capaz de establecer el orden de los acontecimientos en el tiempo y en el espacio; ahora, por razones desconocidas para él, el tiempo y el espacio se desplazaban de forma tal que ya no le era posible orientarse en ninguno de los dos.

Su vida no tenía sentido. Durante catorce meses había vivido con una finalidad obsesiva: adquirir un apartamento en el nuevo edificio gigantesco; después de lograrlo ya no le quedaba nada que esperar. El futuro había dejado de existir. Es cierto, escuchaba las *Suites* de Bach cuando lo solicitaba, compraba la comida en el supermercado y curioseaba en la librería del edificio... pero, ¿para qué? Con frecuencia se hacía la misma pregunta: *«¿Quién soy?».* Entretanto, había empezado a rendir menos en el trabajo; esa fue la primera indicación y, en cierto sentido, la más fatídica; fue entonces cuando empezó a tener miedo.

Todo había comenzado con un extraño incidente que nunca pudo reconstruir con precisión. Aparentemente una parte, al menos, había sido pura alucinación. ¿Pero qué parte? Tenía todas las características de un sueño durante el cual había sentido un tremendo pánico; tuvo deseos de correr, de salir a toda costa del lugar.

Trabajaba en una firma de productos electrónicos en Redwood City, al sur de San Francisco. Su tarea consistía en manejar una máquina de control de calidad en la línea de montaje. Su responsabilidad consistía en que uno de los componentes no se apartara de los márgenes de tolerancia establecidos; se trataba de una batería de helio no más grande que la cabeza de un fósforo. Un día, inesperadamente, le llamaron de la oficina del Jefe de Personal; no sabía para qué y mientras subía en el ascensor se puso muy nervioso. Más tarde recordó ese detalle; estaba más nervioso que de costumbre.

Le recibió el Jefe de Personal, un hombre bien parecido, de cabello gris ondulado; quizá fuera una de esas pelucas que se usaban entonces.

-Pase, señor Bohlen, es sólo cuestión de un minuto -dijo, mirándole fijamente-. ¿Puede decirme por qué no ha estado cobrando los cheques del sueldo?

Hubo un silencio.

-¿Acaso no lo he estado haciendo? -preguntó Jack.

Durante toda la entrevista el corazón de Jack le palpitó con fuerza inusitada, haciéndole temblar todo el cuerpo. Se sentía inseguro y muy fatigado. Al menos eso penso.

-Tendría que cambiarse el traje -le dijo el Jefe de Personal-; además, necesita un corte de pelo. Es asunto suyo, naturalmente.

Jack se llevó la mano a la cabeza, asombrado. ¿Era cierto que le hacía falta un corte de pelo? ¿No lo había hecho la semana anterior? O tal vez hacia más tiempo.

-Gracias -dijo, meneando la cabeza-; no dejaré de hacer lo que me acaba de indicar.

Entonces tuvo lugar la alucinación, si de eso se trataba. De pronto vio al Jefe de Personal bajo un aspecto completamente distinto. Le vio muerto.

A través de la piel del otro pudo ver su esqueleto; parecía unido por alambres. Todos los huesos estaban conectados por medio de finos alambres de cobre. Los órganos, ya consumidos, habían sido reemplazados por partes artificiales: corazón, pulmones, riñones, todos eran de plástico y acero inoxidable, y aunque funcionaban simultáneamente, carecían de vida. La voz del gerente, grabada en una cinta, salía a través de un sistema de amplificadores.

Posiblemente en el pasado aquel hombre había sido real, vivo, pero ya no era así. El cambio se había realizado en forma insidiosa, centímetro a centímetro, órgano por órgano, hasta que la estructura fue tan perfecta, en apariencia, que engañaba a los demás; en realidad le engañó también a él, Jack Bohlen.

Estaba solo en la oficina; el Jefe de Personal no estaba; nadie le hablaba, y cuando él lo hacía, no había quien le contestara. Se encontraba en una habitación mecánica completamente desprovista de vida.

No sabía de qué manera comportarse. Trataba de no mirar demasiado fijamente a la estructura simuladamente humana que tenía ante sí. Trató, asimismo, de hablar con calma y naturalidad con respecto a su trabajo, e incluso sus problemas personales. La estructura le sondeaba; estaba tratando de averiguar algo sobre él. Le dijo lo menos posible, naturalmente. Durante todo ese tiempo, a pesar de tener la vista fija sobre la alfombra, no dejó de ver todos los tubos y válvulas y las parte componentes en pleno funcionamiento; no podía evitar verlas.

Todo lo que deseaba era poder escapar lo antes posible. Empezó a transpirar: quedó empapado en sudor y le sacudían fuertes temblores; su corazón latía cada vez con más fuerza.

-Bohlen -dijo la estructura-. ¿Se encuentra mal?

-Sí -contestó-. ¿Puedo volver a mi lugar en la cadena?

Se volvió, dispuesto a marcharse.

-Un momento -le previno la voz a su espalda.

Entonces le dominó el pánico y salió corriendo; abrió la puerta y se lanzó a la carrera por el pasillo.

Una hora después, más o menos, estaba vagando por una calle desconocida en Burlingame. No recordaba lo que había pasado ni cómo llegó hasta aquel lugar. Le dolían las piernas; debía haber caminado varios kilómetros.

Pero sus ideas parecían más claras. Soy un esquizofrénico, se dijo. Lo sé, todo el mundo conoce los síntomas; es una excitación catatónica con rasgos paranoides; nos lo inculca la gente entrenada para atender enfermos mentales, y lo mismo hacen con los niños en la escuela. Soy un caso más, simplemente; eso era lo que estaba tratando de indagar el Jefe de Personal.

Necesito atención médica.

Mientras observaba a Jack quitar la fuente de energía del *Conserje Enojado* y dejarla en el suelo, el *Circuito Maestro* de la escuela dijo.

-Es usted muy hábil.

Al levantar la vista hacia la mujer madura, Jack pensó:

«Ya sé por qué me enerva este lugar; se parece al episodio psicótico que tuve hace algunos años. ¿Tuve una visión del futuro en aquel momento?».

Entonces no existían escuelas de este tipo, o si las había él no estaba enterado.

-Gracias -contestó.

Una idea le había atormentado desde aquel episodio psicótico con el Jefe de Personal de *Corporación Corona*: supongamos que no se trataba de una alucinación y que el denominado Jefe de Personal fuera en realidad como él lo había visto, un artefacto artificial, un aparato semejante a las máquinas de enseñar.

Si ese era el caso no se trataba de una psicosis.

En vez de psicosis debió ser una especie de visión, según pensó más de una vez; un descubrimiento de la realidad absoluta, despojada de toda fachada. Era una idea tan extraña y sorprendente que no podía mezclarse con sus conceptos comunes. Así había empezado su perturbación mental.

Jack introdujo sus largos dedos en el interior del *Conserje Enojado* y tanteando encontró lo que buscaba: un alambre de conexión roto.

-Creo que ya lo tengo -le dijo al *Circuito Maestro* de la escuela.

«Gracias a Dios -pensó-, que no se trata de circuitos únicos». En ese caso habría tenido que descartar la unidad y reemplazarla por una nueva. No habría podido repararla.

-Según tengo entendido -dijo el *Circuito Maestro*-, al diseñar los distintos maestros se tuvieron en cuenta los problemas de reparación. Hasta ahora hemos tenido mucha suerte y nunca hemos sufrido una interrupción prolongada del servicio. Sin embargo, creo que conviene disponer de un servicio preventivo, si es posible. Por lo tanto, si no tiene inconveniente, me gustaría que inspeccionara a otro maestro que todavía no se ha averiado. Le considero vital para el funcionamiento integral de la escuela.

El *Circuito Maestro* esperó pacientemente mientras Jack alargaba el brazo para alcanzar con la punta del soldador un lugar situado detrás de varios rollos de alambre.

-Quiero que revise a *Papá Bondadoso*.

-Papá Bondadoso -repitió Jack.

Pensó agriamente si no tendrían alguna *Tía Soltera* por allí. Cuentos encantadores de la *Tía* para que los niños escuchen embelesados. Sintió asco.

-¿Conoce a ese maestro?

En realidad no; David ni siquiera lo había mencionado.

Aún oía las voces de los niños hablando de la vida con *Whitlock*. Tirado de espaldas en el suelo, mientras sostenía la pistola de soldar por encima de su cabeza para penetrar en el mecanismo del *Conserje Enojado*, manteniendo la punta firme en su lugar, escuchaba las voces infantiles.

-Sí -afirmaba *Whitlock* en ese momento; la voz perfectamente plácida e imperturbable-; el zorrino es una criatura admirable. Ya lo creo que sí; el pequeño zorrino José es digno de verse. Les diré que pude observarlo más de una vez; tiene un buen tamaño, les aseguro; patas largas y fuertes que sorprenden por su agilidad.

-Una vez vi un zorrino -chilló un niño excitado- señor *Whitlock*, una vez vi uno y lo tuve así de cerca.

«¿Un zorrino en Marte?», pensó Jack.

Whitlock hizo un chasquido con la lengua.

-No, Don; no puede ser; aquí no hay zorrinos. Tendrías que hacer el largo viaje hasta la *madre Tierra* para ver una de esas criaturas maravillosas. Pero lo que deseo señalaros, niños y niñas, es otra cosa. Habréis observado cómo el pequeño José toma su alimento, lo lleva con rapidez al agua y lo lava. Y bien, niños, ¿sabéis que tenemos el pequeño zorrino José en este mismo...?

-Creo que terminaré -dijo Jack, guardando el soldador-. ¿Quiere ayudarme a montarlo de nuevo?

-¿Tiene prisa? -preguntó el *Circuito Maestro*.

-No me gusta ese aparato que está hablando -dijo Jack.

Le ponía tan tenso y nervioso que apenas podía hacer su trabajo.

En el corredor, a cierta distancia de ellos, oyó cerrarse una puerta corrediza. Ya no escuchó

más la voz de *Whitlock*.

-¿Está bien así? -preguntó el *Circuito Maestro*.

-Gracias -dijo Jack.

Seguían temblándole las manos y el *Circuito Maestro* no dejó de notarlo. Jack era consciente de que le estaba sometiendo a un verdadero examen. Se preguntó qué pensaría la mujer.

Papá Bondadoso estaba instalado en una habitación con todas las características de una sala hogareña. Tenía chimenea y había un diván, una mesita para café y una amplia ventana panorámica con alegre cortinaje. *Papá Bondadoso* estaba sentado en un sillón cómodo, con el periódico abierto sobre las rodillas. Cuando Jack Bohlen entró junto al *Circuito Maestro*, varios niños estaban sentados en el diván, escuchando la perorata de la máquina de enseñar; ninguno pareció notar la presencia de los recién llegados. El *Circuito Maestro* hizo salir a los niños y se dispuso a irse también.

-No entiendo qué debo hacer -dijo Jack.

-Hágale funcionar un ciclo completo -dijo la supervisora-; según parece, repite ciertas secciones del mismo o se atasca; de todas maneras, se pierde tiempo. El ciclo completo lleva tres horas, más o menos.

Se abrió una puerta y el *Circuito Maestro* salió. Jack quedó solo con *Papá Bondadoso*, no muy a gusto.

-Hola, *Papá Bondadoso* -dijo sin entusiasmo.

Dejó en el suelo la caja de las herramientas y empezó a destornillar la plancha posterior del maestro.

-¿Cómo te llamas, amiguito? -preguntó *Papá Bondadoso* con voz cálida y agradable.

-Me llamo Jack Bohlen, y yo también soy un papá *bondadoso*, como tú. Tengo un hijo de diez años, *Papá Bondadoso*, así que no me llames amiguito, ¿entendido?

Notó que temblaba más que nunca y que había empezado a sudar.

-¡Ohhh! -dijo *Papá Bondadoso*-, ya veo.

-¿Qué ves? -dijo Jack, casi gritando-; escucha, cumple tu condenado ciclo, ¿entendido? Si te resulta más fácil, sigue creyendo que soy un niño pequeño.

«Todo lo que quiero es terminar de una vez y salir de aquí con las menores complicaciones posibles», pensó. No lograba dominar las extrañas emociones que le agitaban en forma alarmante. «¡Tres horas!», pensó alarmado.

-Dime, Jaimito -dijo *Papá Bondadoso*, -creo que hoy tienes un peso en el pecho, ¿tengo razón?

-Hoy, como todos los días -contestó Jack, conectando la luz de emergencia con la que iluminó el mecanismo interno del maestro.

Por el momento todo parecía funcionar de acuerdo al ciclo normal.

-Quizá pueda ayudarte -dijo *Papá Bondadoso*-; con frecuencia una persona mayor, de más experiencia, es capaz de ayudarte con sólo escuchar tus problemas. Sabemos que al compartir una carga ésta se hace más liviana.

-Está bien -contestó Jack-; seguiré el juego. De todos modos, estoy condenado a quedarme tres horas aquí. ¿Quieres que me remonte al principio? ¿Al episodio aquel cuando trabajaba para la *Corporación Corona* en la Tierra y tuve aquel lapso mental?

-Empieza por donde gustes -respondió *Papá Bondadoso* amablemente.

-*Papá Bondadoso*, ¿sabes qué es la esquizofrenia?

-Creo tener una buena noción, Jaimito -contestó *Papá Bondadoso*.

-Y bien, es una de las enfermedades más misteriosas con que se enfrenta la medicina; ataca a una de cada seis personas; mucha gente, como puedes ver.

-Ya lo creo -exclamó *Papá Bondadoso*.

Jack continuaba observando los movimientos de la máquina.

-En una época -dijo- sufrí lo que se llama *esquizofrenia situacional polimorfa simple*. Te

aseguro, *Papá Bondadoso*, que no se lo deseo a nadie.

-No lo dudo -dijo *Papá Bondadoso*.

-¿Sabes una cosa, *Papá Bondadoso*? Me doy perfecta cuenta de cuál es tu propósito -dijo Jack-. Estamos muy lejos de la patria, a millones de kilómetros de distancia, y nuestras comunicaciones con la civilización materna son muy escasas y difíciles. Mucha gente se asusta, *Papá Bondadoso*, porque a medida que pasan los años la comunicación es más débil. Por eso esta Escuela Pública fue establecida para presentar un ambiente fijo, estable, para los niños nacidos en Marte; un ambiente similar al de la Tierra. Mira, por ejemplo, la chimenea. En Marte no tenemos chimeneas; no hacen falta porque obtenemos calor por medio de pequeñas estufas atómicas. En cuanto a esa ventana panorámica con tantos cristales... no tardaría en quedar opaca por las tormentas de arena. En realidad, nada de lo que te rodea se ha originado en el mundo al que perteneces. *Papá Bondadoso*, ¿sabes que es un pardo?

-No puedo contestarte, Jaimito. ¿Qué es un pardo?

-Es una de las razas nativas de Marte. ¿Sabes que estás en Marte, verdad?

Papá Bondadoso asintió.

-La esquizofrenia -continuó Jack- es uno de los problemas más angustiosos que afligen a la humanidad. Debo admitir, *Papá Bondadoso*, que emigré a Marte debido a una experiencia esquizofrénica que tuve a los veintidós años, cuando trabajaba para la *Corporación Corona*. Estuve a punto de volverme chiflado. Entonces decidí cambiar de ambiente; dejar mi vida urbana y compleja por una existencia más simple y libre en un medio primitivo como el de una nueva frontera. No podía tolerar más la presión; para mí era cuestión de emigrar o volverme loco. Piensa, por ejemplo, en el edificio cooperativo en el que vivía. Imagina, por un momento, un edificio construido en varios niveles, alto como un rascacielos, habitado por bastante gente como para tener su propio supermercado. Me volvía loco haciendo cola en la librería. Toda esa gente, *Papá Bondadoso*, cada una de esas personas que esperaba en la librería o en el supermercado vivía en el mismo edificio que yo. Ese edificio, *Papá Bondadoso*, era toda una sociedad y ahora es pequeño en comparación con otros que se construyeron después. ¿Qué me dices a todo eso?

-¡Dios mío! -exclamó *Papá Bondadoso*, meneando la cabeza.

-¿Sabes qué pienso? -dijo Jack-; creo que ésta Escuela Pública y la serie de máquinas de enseñar van a criar otra generación de esquizofrénicos; los descendientes de gente como yo que está haciendo un esfuerzo por adaptarse a este planeta. Vais a lograr dividir la psique de ésta generación de niños porque les enseñáis el sistema de valores de un medio que no existe para ellos; ya no existe siquiera en la Tierra; es completamente inútil. Pregúntale al maestro *Whitlock* si la inteligencia no debe ser práctica para ser verdadera inteligencia. Eso tengo entendido; debe ser una herramienta para la adaptación. ¿No es cierto, *Papá Bondadoso*?

-Si, Jaimito; así debe ser.

-Lo que vosotros deberíais enseñar es como...

-Si, Jaimito -interrumpió *Papá Bondadoso*-; así debe ser.

Cuando el maestro repitió las mismas palabras la luz de emergencia de Jack indicó que una rueda dentada había resbalado y una fase del ciclo volvió a pasar.

-Estás atascado -dijo Jack-. *Papá Bondadoso*, se te ha gastado una rueda dentada.

-Si, Jaimito; así debe ser.

-Tienes razón -replicó Jack-; así debe ser. Tarde o temprano todo se desgasta; nada es permanente*. El cambio es una de las constantes de la vida,* ¿verdad, *Papá Bondadoso*?

-Si, Jaimito -respondió el maestro-; así debe ser.

Jack desconectó la fuente de energía y se puso a desmontar el eje principal de la máquina de enseñar para poder quitarle el engranaje gastado y reemplazarlo por uno nuevo.

Media hora más tarde, cuando Jack salía secándose el sudor con la manga, el *Circuito Maestro* le interceptó.

-De modo que encontró la avería -dijo.

-Sí -contestó el mecánico.

Estaba agotado. Al mirar el reloj vio que eran sólo las cuatro de la tarde; le quedaba una hora de trabajo.

El *Circuito Maestro* le acompañó hasta el aparcamiento.

-Estoy muy satisfecho con la celeridad con que atendió nuestro pedido -dijo-; llamaré al señor Yee por teléfono para darle las gracias.

Jack asintió y subió al helicóptero, sin fuerzas siquiera para saludar. En pocos minutos estuvo arriba, observando cómo el edificio en forma de huevo de pato se hacía cada vez más pequeño y lejano. Por fin se alejaba de la Escuela Pública, administrada por las Naciones Unidas. El lugar le resultaba asfixiante; ahora podía respirar libremente.

Conectó el sistema de comunicación para hablar con su patrón.

-Señor Yee, habla Jack. Terminé con la escuela. ¿Qué hay ahora?

Tras una pausa, la voz pragmática del señor Yee le contestó.

-Jack, recibimos una llamada del señor Arnie Kott de Lewinstown. Pidió que le reparáramos una máquina codificadora de la que depende mucho. Como los otros miembros del equipo están ocupados en otras cosas quiero que vaya usted.

6

Arnie Kott poseía el único clavicordio que había en Marte, pero estaba desafinado y no había quién lo arreglara. Por más vueltas que daba, no había afinadores de clavicordio en Marte.

Hacía un mes que estaba tratando de entrenar a su sirviente pardo para que se encargara de la tarea. Los pardos, en general, tenían un buen oído musical, y aquel en particular, parecía entender lo que Arnie quería. Había dado a Heliogábalo un manual de reparación de instrumentos de tecla traducido al dialecto pardo y Arnie confiaba obtener algún resultado en cualquier momento.

Ya en Lewinstown, después de la visita de Anne Esterhazy, Arnie Kott se sentía deprimido. La muerte de Norbert Steiner, el traficante del Mercado Negro, era un golpe bajo y Arnie sabía que tendría que tomar alguna iniciativa, probablemente hacer algo drástico, para compensar esa pérdida. Eran las tres de la tarde. «¿Qué he logrado con la visita a Nueva Israel? -pensó-. Sólo una mala noticia». Por otra parte, no había conseguido convencer a Anne y ella continuaría, como siempre, con sus campañas para aficionados; parecía no importarle convertirse en el hazmerreír de Marte.

-Maldito seas, Heliogábalo -dijo Arnie, furioso-. O me arreglas pronto ese instrumento o te saco a patadas de Lewinstown. Tendrás que volver a comer insectos y raíces en el desierto, con los otros de tu clase.

Sentado en el suelo, junto al clavicordio, el pardo dio un respingo; miró fijamente a Arnie Kott y volvió la vista al manual que tenía ante sí.

-Aquí nunca se consigue que arreglen nada -protestó Arnie.

En ese momento se le ocurrió que todo Marte era como un gran montón de basura. Al principio todo había sido perfecto, nuevo, ordenado, pero poco a poco, tanto los habitantes como sus posesiones habían empezado a caer en un estado de desgaste y corrosión que los había convertido en ruinas. Recordó después al helicóptero de la *Compañía Yee de Reparaciones* y al piloto descarado. «Son unos hijos de mala madre, altaneros -pensó Arnie-: tendríamos que hacerles inclinar la cabeza, pero ellos saben lo que valen». Caminaban con un aire como diciendo: «Somos vitales para la economía del planeta». «No nos inclinamos ante nadie», etc.

Enfurruñado, las manos en los bolsillos, Arnie recorría a grandes pasos la gran sala de la casa que poseía en Lewinstown, además del apartamento que tenía en Union Hall.

«Imagínate -se dijo Arnie a sí mismo-, que ese tipo me contestó con todo desparpajo. Tiene que ser muy buen mecánico para darse ese lujo».

«Conseguiré a ese tipo, cueste lo que cueste -siguió pensando Arnie-. No voy a permitirle a nadie que se atreva a contestarme así sin afrontar las consecuencias».

Pero, de los dos pensamientos que tuvo con respecto al mecánico de la *Compañía Yee*, el primero predominó sobre el segundo. Después de todo era un hombre práctico y sabía que era preciso mantener las cosas en funcionamiento. Los códigos de conducta eran de importancia secundaria. «Después de todo, no estamos en una sociedad medieval -pensó Arnie-. Si el tipo es competente, que diga lo que quiera, pero a mí me interesan los resultados».

Con esa idea telefoneó a la *Compañía Yee* en Bunchewood Park. No tardó en conseguir hablar con el dueño, el señor Yee.

-Escuche -dijo Arnie-, tengo una codificadora averiada; si ustedes son capaces de repararla tal vez podríamos hablar de un contrato permanente, ¿me entiende?

El señor Yee lo entendía perfectamente; de eso no había duda. Pudo apreciar la oportunidad.

-Le enviaremos de inmediato al mejor mecánico -dijo-. Estoy seguro que quedará plenamente satisfecho y cumpliremos con usted a cualquier hora.

-Conozco a quien deseo que envíe -dijo Arnie, y dio al señor Yee una descripción del mecánico con que se había tropezado en el desierto.

-Joven y delgado, de cabello oscuro -repitió el señor Yee-; usa gafas y tiene ademanes un tanto bruscos. Ese es Jack Bohlen; es el mejor mecánico del equipo.

-Debo decirle una cosa -manifestó Arnie-; este tipo me habló con unos modales que nadie se atreve a emplear conmigo, pero después de pensarlo me di cuenta de que tenía razón y cuando lo vea no tendré inconveniente en decírselo.

En realidad, Arnie no recordaba el motivo de aquel cambio de palabras; no obstante concluyó:

-Ese Bohlen parece tener la cabeza bien puesta sobre los hombros. ¿Podría enviarlo hoy?

El señor Yee contestó sin vacilar que el mecánico llegaría a eso de las cinco.

-Le estaré muy agradecido -dijo Arnie-, y hágale saber que no soy un hombre rencoroso. Reconozco que en el primer momento me tomó por sorpresa; pero eso acabó. Dígale... -quedó pensativo un momento-, dígale a Bohlen que no tiene nada que temer en cuanto a mí se refiere.

Después de cortar la comunicación se recostó contra el respaldo, con una sensación un tanto agria de haber logrado lo que se proponía.

Después de todo, el día no se había perdido. Además, en Nueva Israel se había enterado de algo interesante por intermedio de Anne.

Como quien no quiere la cosa, él le había mencionado los rumores sobre ciertos sucesos referentes a las Montañas Franklin Delano Roosevelt y Anne, de acuerdo con la costumbre, estaba al tanto de algunos secretos de lo que sucedía en la Tierra; se trataba, sin duda alguna, de rumores que se transmitían de boca en boca, en los que siempre había, por supuesto, un fondo de verdad. Las Naciones Unidas en la Tierra estaban preparando uno de sus golpes periódicos. Dentro de un par de semanas descenderían en las Montañas Franklin Delano Roosevelt para proclamarlas «tierras de nadie», pertenecientes al patrimonio público, lo que por otra parte era evidente. ¿Para qué querrían las Naciones Unidas esa vasta porción de tierras sin valor? Ahí comenzaban a mezclarse los hilos de la madeja. De acuerdo con una versión, originada en Ginebra, pensaban construir un enorme Parque Supranacional, una especie de Jardín del Edén, para atraer más inmigrantes de la Tierra. Según otra versión, los ingenieros de las Naciones Unidas harían un intento vital por resolver el problema de las fuentes de energía en Marte y habían pensado instalar una enorme planta atómica-hidrógena, única por su tamaño y envergadura. De esa manera sería posible reforzar todo el sistema de agua. Además, al contar con fuentes adecuadas de energía, la industria pesada podría, al fin, hacer pie en Marte, aprovechando la existencia de tierras gratuitas, la escasa gravedad y los bajos impuestos.

Corría también el rumor de que las Naciones Unidas tenían intención de instalar una Base

Militar en las Montañas Franklin Delano Roosevelt, como respuesta a medidas similares adoptadas por los Estados Unidos y la Unión Soviética.

No importaba cuál de los rumores fuera cierto, un hecho era irrefutable: las tierras de la región de las montañas se cotizarían muy pronto a precios elevados. Ya en ese momento toda la región estaba en venta, desde pequeñas parcelas de media hectárea hasta enormes extensiones de cien mil hectáreas, a precios ridículos. Pero en cuanto los especuladores se enteraran de los planes de las Naciones Unidas, la situación cambiaría. Y, sin duda alguna, ciertos interesados debían estar actuando. Para reclamar tierra en Marte era preciso estar en el lugar, no se podía operar desde la Tierra; así era la ley. Si los rumores de Anne eran ciertos, los especuladores empezarían a llegar en cualquier momento. Se produciría una situación parecida a la del primer año de la colonización, cuando abundaban los especuladores.

Arnie se sentó ante el desafinado clavicordio, abrió un libro de *Sonatas* de Scarlatti y empezó a tocar una de sus favoritas, a manos cruzadas, que había estado practicando en los últimos meses. Era música fuerte, rítmica y vigorosa, y él martilleaba las teclas con entusiasmo, sin prestar atención a las notas desafinadas. En cambio, Heliogábalo se apartó para seguir estudiando el manual; el sonido hacía daño a sus oídos.

-Tengo un disco de larga duración -le dijo Arnie al sirviente-; es tan valioso que no me atrevo a escucharlo.

-¿Qué es un disco de larga duración? -preguntó el pardo.

-No podrías entenderlo aunque te lo explicara. El ejecutante es Glenn Gould; tiene más de cuarenta años y es una herencia familiar; pertenecía a mi madre. Ese tipo sí que sabía tocar Sonatas a manos cruzadas.

Al compararlo con su propia ejecución se desanimó y decidió abandonar.

«Aunque el instrumento estuviera bien afinado, como cuando lo traje de la Tierra, yo nunca sería un ejecutante de primera», pensó.

Si bien había dejado de tocar, Arnie continuaba sentado en el banquillo, reflexionando otra vez sobre la magnífica oportunidad que ofrecían las Montañas Franklin Delano Roosevelt. «Yo podría comprar en cualquier momento, con fondos del gremio -pensó-; ¿pero dónde? Es una cordillera muy grande y no puedo comprarla *toda*».

«¿Quien conocerá bien la zona -se preguntó-. Probablemente Steiner era la persona indicada; según tengo entendido su base de operaciones está, o mejor dicho estaba, en un lugar de las montañas. No faltan exploradores que van y vienen; además, allí viven también algunos pardos».

-Dime Helio -dijo- ¿conoces bien las Montañas Franklin Delano Roosevelt?

-Las conozco, señor -contestó el pardo-, pero las evito; son frías y yermas y carecen de vida.

-¿Es verdad que hay una piedra oráculo a la que los pardos consultan el futuro?

-Sí, señor, los pardos incivilizados creen en eso, pero es vana superstición. La piedra se llama *Monte Sucio*.

-¿Tú nunca la has consultado?

-No, señor.

-Si yo te lo pidiera, ¿podrías encontrar esa roca?

-Sí, señor.

-Te daré un dólar -dijo Arnie- para que le hagas una pregunta en mi nombre a ese maldito *Monte Sucio*.

-Gracias, señor, pero es imposible.

-¿Pero por qué, Helio?

-Consultar a ese fraude sería una manera de proclamar mi ignorancia.

-¡Cristo! Hazte la idea de que se trata de un juego. ¿No serías capaz? Es una broma.

El pardo no contestó, pero los músculos de la cara se le contrajeron de resentimiento y fingió leer el manual.

-Vosotros cometisteis una estupidez al renunciar a vuestra religión nativa, en eso

demostrasteis debilidad -dijo Arnie-; yo no lo hubiera hecho. Si me dices cómo puedo encontrar *Monte Sucio* yo mismo iré a hacerle una pregunta. Sé de sobra, maldito sea, que vuestra religión enseña que no puede predecirse el futuro. ¿Puedes decirme qué tiene eso de particular? En nuestra patria surgen a veces individuos con cierta sensibilidad extrasensorial y algunos son capaces de vaticinar el futuro; naturalmente les encerramos con los demás locos porque ese es un síntoma de esquizofrenia, aunque dudo que conozcas el término.

-Sí, señor -contestó Heliogábalo-; sé lo que es esquizofrenia: es el salvaje que el hombre lleva dentro.

-Claro, es el retorno a maneras primitivas de pensar. Pero, ¿eso qué tiene que ver con la habilidad para predecir el futuro? Quien sabe cuántos individuos capaces de predecirlo están encerrados en los manicomios de la Tierra...

A Arnie se le ocurrió entonces una idea. «Tal vez aquí en Marte, tengamos algunos ejemplares en el Instituto *Ben Gurion*. Al diablo con ese *Monte Sucio* -concluyó Arnie para si-, un día de estos me presento en *Ben Gurion* antes de que cierren y consigo a uno de esos locos con capacidad para predecir el futuro; lo saco del Instituto y lo pongo en la lista de personal, aquí en Lewinstown».

Sin perder más tiempo fue hacia el teléfono y llamó a Edward L. Goggins, mayordomo del Sindicato.

-Eddy -dijo cuando logró comunicarse-: ve hasta la Clínica Psiquiátrica, acogota a cualquiera de esos médicos y que te dé una descripción de lo que es un chiflado de esos que vaticinan el futuro; qué síntomas tiene y pregúntale si en el Instituto *Ben Gurion* tienen alguno para echarle el guante.

-Está bien, Arnie, en seguida -dijo el otro.

-Eddy, ¿sabes quién es el mejor psiquiatra de Marte?

-Caramba, Arnie, tendría que averiguarlo. Creo que los Camioneros tienen uno bueno, un tal Milton Glaub. El hermano de mi mujer es camionero y el año pasado se hizo analizar por Glaub.

-Ese Glaub debe conocer bien el Instituto.

-¡Ah, sí! Va allí una vez por semana; todos se turnan. Los judíos son buenos para pagar, como tienen tanto dinero... Ya sabes que les envían fondos de Israel, allí en la Tierra.

-Bueno, trata de localizar a ese Glaub y le pides que consiga un esquizofrénico vaticinador del futuro lo antes posible. Puedes incluir a Glaub en la lista de personal, pero sólo si es muy necesario; a todos esos psiquiatras les gusta tener una entrada regular, no creo que vean muchos billetes. *¿Me entiendes, Eddy?*

-Correcto, Arnie -dijo el mayordomo y colgó.

-Dime una cosa, Helio, ¿alguna vez te has psicoanalizado? -preguntó Arnie, ya de mejor humor.

-No, señor. Toda la cuestión del psicoanálisis es una tontería jactanciosa.

-¿Qué estás diciendo, Helio?

-Lo más importante, y a lo que nunca prestan atención, es cómo transformar a una persona enferma, basándose en qué proceder para remodelarla. No hay un *cómo* ni un *por qué*, señor.

-No te entiendo, Helio.

-Si desconocemos el propósito de la vida, si la verdadera manera de ser está *oculta* a los ojos de los seres vivos, ¿quién puede decir que los esquizofrénicos no están en lo cierto? Créame, señor, emprenden un viaje muy arriesgado; vuelven la espalda a las meras cosas que usamos con fines prácticos. En cambio, vuelven hacia adentro en busca del *sentido.* Se enfrentan con el pozo, la negra noche sin fondo. ¿Quién puede decir si serán capaces de volver? ¿Y si lo hacen, a qué se asemejarán, después de haber descubierto el sentido? Yo les admiro.

-Por el amor de Cristo -dijo Arnie con sarcasmo-. Tú sí que eres un monigote semieducado. Apuesto a que si la civilización desapareciera de Marte no tardarías en estar de vuelta entre esos salvajes, adorando a los ídolos y todo lo demás. ¿Por qué finges que quieres

Librodot

ser nuestro igual? ¿Por qué lees ese manual?

-La civilización del hombre ya nunca se irá de Marte -dijo Heliogábalo-. Por esa razón leo este libro.

-Será mejor que aprendas a afinar el clavicordio con ese libro -dijo Arnie, en tono amenazante- o volverás al desierto, continúe o no el hombre civilizado en Marte.

-Sí, señor -contestó el pardo.

La vida de Otto Zitte había sido un caos permanente desde la pérdida de su tarjeta del Gremio, lo que le impedía ejercer legalmente su oficio. De haber tenido la tarjeta, en ese momento sería un mecánico de primera categoría. Era un secreto que no había revelado siquiera a su patrón, Norbert Steiner. Por razones que él mismo quería ignorar, prefería que todos creyeran que había fracasado en los exámenes de capacitación. Tal vez le resultara más fácil considerarse un fracasado ya que, después de todo, era casi imposible entrar en el ramo de reparaciones, pero una vez admitido era casi imposible hacerse echar.

Todo fue por su culpa. Hacía tres años había sido un miembro con buena reputación en el Gremio, pagaba su cuota y gozaba de plenos derechos; era un compañero en toda la línea. Por esa época el futuro le sonreía; era joven, tenía novia y un helicóptero, y si bien éste era alquilado y aquella compartida, aún lo ignoraba. ¿Qué podía interponerse en su camino? Sólo un acto de estupidez, evidentemente.

Había burlado una de las reglas básicas del Gremio. Él la consideraba una disposición tonta, pero la venganza era un arma poderosa del *Gremio de Mecánicos Extraterrestres*, Sucursal Marte. ¡Cómo odiaba a aquellos mal nacidos! Era el primero en reconocer que ese odio había torcido su vida, pero no podía impedirlo. Al contrario, quería seguir aborreciendo a esa enorme y monolítica Organización donde sea que estuviera.

Lo habían sorprendido haciendo reparaciones socializadas. Lo peor del caso era que en realidad no se trataba de servicios socializados, ya que él esperaba una ganancia en compensación. Se trataba, simplemente, de una nueva manera de cobrar a los clientes, aunque no tan nueva tampoco, preciso era reconocerlo. Consistía en un trueque; el sistema de intercambio más antiguo del mundo. El inconveniente consistía en que la ganancia no podía dividirse entre los demás miembros del Gremio. Había realizado su comercio con ciertas amas de casa que vivían en parajes remotos; mujeres solitarias, la mayoría, cuyos maridos permanecían en la ciudad durante la semana y volvían a su hogar sólo durante los fines de semana. El buen mozo de Otto, alto, delgado, de cabello negro peinado hacia atrás (al menos él se describía así), había entretenido a algunas de esas mujeres solitarias.

Un marido despechado, al descubrirlo, en vez de intentar matarle se había presentado al Gremio con una denuncia concreta: Otto había efectuado reparaciones sin cobrar de acuerdo con la tarifa del Gremio.

Bueno, tenía que reconocer que no se trataba de tarifa, precisamente.

Desde entonces había quedado condenado a aquel trabajo con Steiner, que le había traído como consecuencia, además, vivir en medio de las desoladas Montañas Franklin Delano Roosevelt, separado de toda vida social durante semanas enteras. Se estaba sintiendo cada vez más solitario y amargado. Su necesidad de contacto íntimo y personal le había ocasionado grandes problemas y ahora se encontraba ahí, sentado en el barracón que servía de almacén, esperando la aparición del próximo cohete. Tenía tiempo de sobra para meditar en su vida pasada y llegó a la amarga conclusión de que ni siquiera los pardos desearían vivir como él, separado del resto del mundo. ¡Si al menos hubiera tenido éxito con su pequeña operación de contrabando! Al igual que Norbert Steiner, él había podido viajar a diario por el planeta para visitar a distintas personas. ¿Tuvo la culpa, acaso, de que los artículos que empezó a importar tuvieran tanta demanda entre los tipos importantes? Su criterio había sido excelente, su intuición no le falló, pero los artículos que manejaba resultaron *demasiado* buenos y buscados.

Odiaba a los grandes propietarios tanto como a los grandes Gremios, quizá porque odiaba todo lo que se hacía a lo grande. La grandeza había acabado por destruir el sistema

norteamericano de vida; la libre empresa, el pequeño comerciante, habían sido arruinados por la gran Organización. Quizá, en realidad, él había sido el último ejemplar de pequeño comerciante que quedaba en el Sistema Solar. En eso consistía su crimen; había tratado de ser un ejemplo viviente del sistema americano de vida, en vez de limitarse a hablar solamente de sí mismo.

«¡Que se jodan!», se dijo, sentado sobre un banco, rodeado de cajas y cartones, y paquetes y mecanismos de varios cohetes que había estado desmontando. Más allá de la ventana del barracón, hasta donde la vista alcanzaba, veía sólo colinas desnudas y desoladas, algunos arbustos secos y escasos. ¿Por dónde andaría Norbert Steiner en aquel momento? Refugiado, sin duda, en algún bar o restaurante acogedor, o quizá en la coqueta sala de alguna ama de casa, haciéndole la propaganda de sus productos, entregando latas de salmón ahumado a cambio de... ¿quién sabe qué?

-¡Que se jodan todos! -farfulló Otto poniéndose de pie, frustrado y empezando a caminar de un lado a otro-. Si eso es lo que quieren, ¡allá ellos! Jauría de bestias.

De pronto se le ocurrió dónde podía estar Steiner. Seguramente con algunas muchachas israelíes, en algún *kibutz* lleno de esas morenas cálidas, con ojos oscuros y labios generosos; jóvenes atractivas de alto pecho que se tostaban al sol mientras trabajaban los campos vestidas con *shorts* y camisas ligeras, sin sostén; la tela pegada a la piel a causa del sudor dejaba entrever los pezones... «Por eso no quiso que le acompañara», pensó Otto.

Las únicas mujeres que tenía ocasión de ver eran esos ejemplares negros y resecos, mal desarrollados: las mujeres de los pardos. Ni siquiera podía considerarlas como personas; para él, al menos, no lo eran. Que no le vinieran esos antropólogos con el cuento de que los pardos descendían del mismo tronco que el *Homo Sapiens* y que probablemente los dos planetas habían sido colonizados hacía millones de años por la misma raza interplanetaria. ¿Podía llamarse humanos a esos escuerzos? ¿Acostarse con una de ésas? Cristo Santo, prefería cortársela.

Como a propósito, en ese mismo momento se acercó un grupo de pardos, caminando a saltitos, descalzos, por la superficie irregular y rocosa de una colina del norte. «Vienen hacia aquí -pensó Otto-; como siempre».

Abrió la puerta del barracón, esperando que llegaran. Eran cuatro varones, dos de ellos viejos, una mujer madura y algunos niños raquíticos. Como de costumbre, todos traían algo: flechas, morteros para la comida, cáscaras de huevo de paka.

Se detuvieron y se quedaron mirándole en silencio durante un rato. Después, uno de los varones le dirigió la palabra.

-La lluvia surge de mí hacia tu valiosa persona -saludó.

-Lo mismo digo -contestó Otto, apoyado contra el barracón, aburrido y sin ningún entusiasmo-. ¿Qué queréis?-preguntó.

Uno de los varones pardos levantó un trozo de papel que traía en la mano. Era una etiqueta de sopa de tortuga. Indudablemente habían probado la sopa y guardaron la etiqueta porque querían más; no podían decirle cómo se llamaba lo que buscaban, porque no lo sabían.

-Está bien -dijo Otto-. ¿Cuántas?

Empezaron a levantar los dedos; uno por uno. Al quinto asintieron; querían cinco latas.

-¿Qué vais a darme a cambio? -preguntó Otto sin moverse.

Una de las jóvenes aborígenes se adelantó y señaló ese lugar de su anatomía que tantos desvelos había causado a Otto en los últimos tiempos.

-¡Cristo! -exclamó Otto desesperado-. ¡No! Marchaos. Fuera de aquí. No quiero más.

Les dio la espalda, entró en el barracón cerrando la puerta con tanta fuerza que hizo temblar las paredes. Se dejó caer sobre un cajón de embalaje, con la cabeza entre las manos.

-Voy a volverme loco -se dijo, con la mandíbula rígida y la lengua tan hinchada que apenas podía hablar.

Empezó a dolerle el pecho y de pronto sintió, asombrado, que había empezado a llorar. «Jesús -pensó asustado-, estoy enloqueciendo de veras; me estoy viniendo abajo. ¿Qué

pasa?».

Hacía años que no lloraba y sentía que las lágrimas le corrían por las mejillas. No sabía a qué se debía su estado actual. Su mente no tenía ninguna participación; era simplemente su cuerpo que se quejaba. Otto era un simple espectador.

Pero se sintió aliviado y, después de un rato, se enjugó la cara con el pañuelo y se secó los ojos. Soltó una maldición al ver que tenía los dedos rígidos como garras y retorcidos.

Por la ventana pudo ver que los pardos no se habían alejado del barracón. Tal vez podían verle, no sabría decirlo. Sus rostros eran completamente inexpresivos, pero estaba seguro de que le habían visto y tal vez estuvieran tan perplejos como él. «Esto si que es un misterio -pensó-, estoy de acuerdo con vosotros».

Los pardos formaron un corro apretado y cambiaron algunas palabras entre ellos; después uno se adelantó y se acercó al barracón. Otto oyó que golpeaba la puerta; cuando abrió, encontró a un joven ante sí, sosteniendo algo en la mano.

-Esto, entonces -dijo el joven pardo.

Otto lo tomó, pero aunque en ello le fuera la vida no habría podido decir de qué se trataba. Era un trozo de vidrio y metal con algunas graduaciones marcadas. Pensó entonces que se trataba de un instrumento usado en agrimensura. En un lado tenía una inscripción: *«Propiedad de las Naciones Unidas».*

-No lo quiero -contestó irritado.

Lo hizo girar entre sus dedos, para verlo bien. Los pardos debían haberlo robado, y se lo devolvió. El joven lo aceptó estoicamente y se reintegró al grupo. Otto cerró la puerta.

Esa vez se marcharon; pudo ver por la ventana cómo se alejaban en fila por un lado de la colina. Otto pensó que eran capaces de robarle a uno la camisa. Pero enseguida otro pensamiento le hizo olvidarse de los pardos. *¿Qué estaría haciendo una compañía agrimensora de las Naciones Unidas en las montañas de Marte?*

Para levantarse un poco el ánimo empezó a buscar entre las cajas hasta que encontró una lata de patas de ranas ahumadas; la abrió y se sentó a comer lentamente. No encontraba ningún sabor al manjar, pero de todos modos comió metódicamente hasta terminar el contenido del envase.

Jack Bohlen anunció ante el micrófono del helicóptero;

-No me pida que vaya, señor Yee; hoy me encontré casualmente con Kott y le ofendí.

Se sentía desalentado. «Naturalmente, por primera vez en la vida me he encontrado con él -pensó-, y muy naturalmente también he acabado insultándole; todo es así en mi vida. Y ahora a Arnie Kott se le antoja llamar a la *Compañía Yee* para pedir un servicio de reparaciones. Es otro típico ejemplo del juego en que constantemente me meten las fuerzas de la vida».

-Jack, el señor Kott mencionó haberle encontrado en el desierto -dijo el señor Yee-. Parece que decidió llamarnos a raíz de ese encuentro.

-¡Demonios! -exclamó Jack, confundido.

-Escuche, no sé de qué asunto se trata pero créame, no hubo perjuicio alguno. Vaya con su helicóptero a Lewinstown, y si pasa de las cinco de la tarde le pagaremos el cincuenta por ciento más. El señor Kott, que es conocido por su generosidad, está impaciente por hacer arreglar una máquina codificadora y nos aseguró que le brindará una buena comida.

-Está bien -dijo Jack.

Eran demasiadas ventajas para desperdiciarlas. Después de todo, qué sabía él de las ideas de Arnie Kott.

Poco después descendía con el helicóptero en el techo de la Sede Central perteneciente al *Gremio de los Fontaneros*, en Lewinstown.

Un sirviente se le acercó al trote, mirándole con desconfianza.

-Mecánico de la *Compañía Yee* -dijo Jack-. Llamó Arnie Kott.

-Está bien, compañero -dijo el sirviente y le condujo hasta el ascensor.

Encontró a Arnie Kott en una cómoda sala, amueblada al estilo terráqueo. En aquel

momento el hombre calvo y corpulento estaba hablando por teléfono, y al verle entrar asintió con la cabeza. Con un movimiento le indicó el escritorio, sobre el que había un dictáfono portátil codificador. Jack se acercó al aparato, le quitó la tapa y lo conectó. Mientras tanto Arnie seguía junto al teléfono.

-Claro; sé muy bien que se trata de una aptitud rara y por alguna razón poderosa nadie la ha empleado hasta ahora. Pero qué quiere que haga, ¿renunciar a la idea? No puedo imaginar que no existe sólo porque durante cincuenta mil años la gente ha sido demasiado estúpida para tomarla en serio. Insisto en que quiero intentarlo.

Hubo una larga pausa.

-Está bien doctor, gracias.

Arnie colgó el teléfono y se acercó a Jack mientras le preguntaba:

-¿Ha estado alguna vez en el Instituto *Ben Gurion*?

-No -contestó Jack, abriendo la codificadora.

Arnie dio unos pasos y se paró junto a él. Mientras trabajaba, el mecánico podía sentir la penetrante mirada del otro clavada en él. Se puso nervioso, pero lo único que hizo fue ignorarle y seguir trabajando. *«Me recuerda al Circuito Maestro»*, se dijo. Como le ocurría con cierta frecuencia, se preguntó si no tendría otro ataque. Era cierto que había pasado mucho tiempo desde el último, pero se encontraba otra vez ante alguien importante que le observaba de cerca, le vigilaba y, en cierta manera, se sintió como en aquella vieja entrevista con el Jefe de Personal de la *Corporación Corona*.

-He estado hablando por teléfono con Glaub, el psiquiatra -dijo Arnie Kott-. ¿Alguna vez oyó hablar de él?

-No -contestó Jack.

-Dígame, ¿qué hace usted? ¿Se pasa la vida con la cabeza metida en la parte posterior de las máquinas?

Jack levantó la vista y sostuvo la mirada del otro.

-Soy casado y tengo un hijo -dijo-. Esa es mi vida; lo que estoy haciendo ahora es sólo un medio para mantener mi familia.

Habló con calma y Arnie no pareció ofenderse; sonrió.

-¿Quiere un trago? -le preguntó Arnie.

-Café, si tiene.

-Tengo café legítimo, importado -contestó Arnie-. ¿Lo quiere negro?

-Negro.

-Si, tiene todo el aspecto de un hombre que toma café negro -observó Arnie-. ¿Cree que podrá arreglar esa máquina aquí, o tendrá que llevársela?

-Puedo arreglarla aquí.

Arnie sonrió con satisfacción.

-Excelente. Necesito mucho esa máquina.

-¿Y el café?

Arnie se volvió mansamente para traer el café. Jack le oyó hacer algunos ruidos en otra habitación y poco después el otro volvía con dos tazas de cerámica llenas de café. Las dejó sobre el escritorio, junto a Jack.

-Escuche, Bohlen. Dentro de algunos minutos voy a recibir la visita de una persona. Se trata de una muchacha. Espero que no le moleste para trabajar. ¿Está bien?

Jack le miró, creyendo que el otro quería ser irónico; pero no era así. Arnie les prestaba atención a él y a la máquina, tratando de adivinar cómo iba el trabajo. «Por lo visto depende mucho de este aparato -pensó Jack-. Es extraña la manera en que mucha gente se aferra a sus posesiones como si fueran parte de su propio cuerpo; a veces desarrollan una hipocondría de la máquina. Cualquiera diría que un tipo como Arnie Kott no puede mandar esta máquina a la chatarra y desembolsar el dinero suficiente para comprarse una nueva».

Alguien llamó a la puerta y Arnie corrió a abrir.

-Oh, hola -dijo a modo de saludo-. Entra. Me están arreglando mi aparatito.

Jack no perdió palabra del diálogo que se inició.

-¡Pero Arnie! -dijo la voz de una joven-; *nunca podrán arreglar tu aparatito.*

Arnie dejó escapar una risita nerviosa.

-Ven, quiero presentarte a mi nuevo mecánico: Jack Bohlen. Bohlen: esta es Doreen Anderton, tesorera del Gremio.

-Hola -dijo Jack.

Sin apartar la vista de su trabajo pudo ver, por el rabillo del ojo, que se trataba de una magnífica pelirroja de cutis muy blanco y ojos magníficos.

«Todo el mundo está incluido en la lista del personal -pensó agriamente-. ¡Qué mundo fantástico! ¡Qué Gremio tan generoso tienes a tu disposición, Arnie Kott!».

-¿Parece que está ocupado, verdad? -dijo la joven.

-Ya lo creo -agregó Arnie-; estos técnicos son como hormigas para su trabajo. Me refiero a los mecánicos de afuera, no a los nuestros; esos son una banda de estúpidos que se pasan el día jugando a nuestra costa. Pero he terminado con ellos, Doreen. Mira, este Bohlen es un mago; en unos pocos minutos me dejará la codificadora como nueva. ¿Verdad, Jack?

-Sí -contestó el mecánico.

-¿No me saluda, Jack? -preguntó la muchacha.

Él dejó de trabajar y atendió a la joven. La miró de frente. Debía reconocer que tenía una expresión tranquila e inteligente, con un cierto gesto irónico que era a la vez agradable y molesto.

-Hola -dijo Jack.

-Vi su helicóptero en el techo -dijo la joven.

-Déjale trabajar -le advirtió Arnie-. Ven, quítate el abrigo.

Y se paró tras ella para ayudarla a quitarse el abrigo. Debajo la joven llevaba un traje de lana oscura, evidentemente importado de la Tierra y, por tanto sumamente caro.

Jack pensó que ese traje había significado una buena disminución en los Fondos de Pensiones del Gremio.

Al observar mejor a la joven pensó en la veracidad de un antiguo dicho, muy sabio: «Hermosos ojos, cabello y piel forman una mujer bonita; pero una nariz perfecta crea una mujer hermosa». La joven tenía ese tipo de nariz, fuerte y recta, que dominaba el resto de sus facciones. En general, las mujeres de la zona mediterránea alcanzan más fácilmente ese grado de belleza que, pongamos por caso, las mujeres inglesas o irlandesas. Llegó a esa conclusión porque por lo común la nariz mediterránea, fuera española o hebrea, turca o italiana, jugaba un papel más importante en la proporción de las facciones de una mujer. Su esposa Silvia, por ejemplo, tenía una alegre naricita respingona, de tipo irlandés; era bonita, no podía negarlo, pero... había una diferencia.

Le calculó a Doreen poco más de treinta años. Sin embargo, tenía una frescura que le confería cierto carácter perdurable. Sólo en niñas escolares que se aproximaban a la pubertad había encontrado un tono tan claro de piel y, muy de vez en cuando lo había visto en alguna mujer de cincuenta años, con hermoso pelo gris y magníficos ojos separados. Al cabo de veinte años aquella joven continuaría siendo atractiva, como probablemente había sido siempre; no podía imaginársela de otra manera. Arnie había sabido invertir los fondos que le confiaran; aquella mujer no era de las que se marchitan pronto. Ya se podía ver cierta madurez en su rostro, cosa rara en las mujeres.

-Si arreglas esa máquina pronto iremos a tomar unas copas -dijo Arnie.

-Ya está arreglada -contestó Jack.

Había encontrado una correa rota y la cambió por una nueva que tenía en la caja de herramientas.

-¡Buen trabajo! -exclamó Arnie, sonriendo como un niño feliz-. Ven con nosotros, entonces.

Dirigiéndose a la muchacha explicó.

-Vamos a conocer a Milton Glaub, el famoso psiquiatra; tal vez haya oído nombrarle.

Acabo de hablar con él por teléfono y prometió tomar unas copas con nosotros; creo que es una persona de primera clase.

Después dio una palmada en el hombro de Jack y le dijo:

-Apuesto a que cuando bajaste con tu helicóptero no te imaginabas que ibas a tomar unas copas con uno de los mejores psicoanalistas de todo el Sistema Solar, ¿eh?

Jack pensó si le convendría unirse al grupo. «¿Por qué no?», se contestó a sí mismo.

-Está bien, Arnie -dijo.

-Doc Glaub va a conseguirme un esquizofrénico, aunque tenga que revolver cielo y Marte -dijo Arnie, con los ojos brillantes-. Necesito sus servicios profesionales.

Rió estrepitosamente, divertido por su propia ocurrencia.

-¿Es cierto? -dijo Jack-. Yo soy esquizofrénico.

Arnie dejó de reír.

-Bromeas -dijo-. Jamás lo hubiera imaginado; quiero decir que pareces normal.

Jack terminó de montar la codificadora.

-Ahora estoy bien. Me he curado -agregó.

-Nadie se cura de esquizofrenia -dijo Doreen en un tono desprovisto de pasión. Había enunciado un hecho, simplemente.

-Sí, pueden curarse -dijo Jack- si lo que tienen es lo que se llama esquizofrenia situacional.

Arnie le miró con mayor interés, aunque con cierta sospecha.

-Me estás tomando el pelo -dijo-; lo que pasa es que quieres ganarte mi confianza.

Jack se encogió de hombros, sintiendo que se ruborizaba, y volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo.

-No te ofendas -dijo Arnie-. ¿Pero lo eres realmente, no bromeas? Escucha, Jack, ¿tú tienes el don o el poder de leer el futuro?

-No -contestó Jack tras una larga pausa.

-¿Estás seguro? -preguntó Arnie, desconfiado.

-Seguro -afirmó Jack.

Entonces lamentó no haber rechazado la invitación para acompañarles. Las insistentes preguntas de Arnie le hacían sentirse observado. Aquel hombre que acababa de conocer se le estaba acercando demasiado, le abrumaba, haciéndole difícil respirar. Jack se movió hasta el otro lado del escritorio para apartarse un poco del fontanero.

-¿Qué te pasa? -preguntó Arnie incisivamente.

-Nada -contestó Jack, sin mirar a Arnie ni a la chica.

No obstante, sintió que ambos le estaban mirando y empezaron a temblarle las manos. Antes de que pasara mucho tiempo Arnie rompió el silencio.

-Jack, quiero que sepas cómo llegué a la posición en que estoy. Tengo una virtud, y es la de ser capaz de juzgar a la gente y saber cómo es por dentro, como es en realidad, no sólo lo que se dice o demuestra. Te lo digo con franqueza: no te creo. Estoy seguro de que me has mentido con respecto a tu poder de predecir el futuro. ¿No es así? Pero no me contestes si no quieres.

Arnie se volvió entonces hacia Doreen y le dijo.

-¿Qué estamos haciendo todavía aquí? Vamos a tomarnos unas copas.

Con la cabeza hizo señas a Jack para que les siguiera.

El mecánico dejó sus herramientas y obedeció con desgana.

7

Mientras iba en su helicóptero a encontrarse con Arnie Kott, el doctor Milton Glaub no dejaba de maravillarse de su buena suerte. Le parecía mentira que un cambio decisivo en su vida pudiera ocurrir en forma tan imprevista.

No sabía con seguridad qué pretendía Arnie; lo inesperado de la llamada telefónica y la

rapidez con que había hablado Arnie dejaron perplejo al doctor Glaub. Lo único que entendió es que se trataba de algo relacionado con los aspectos parapsicológicos de los enfermos mentales. Y bien... podía decirle a Arnie prácticamente todo lo que se sabía en la materia. Aunque Glaub presentía la existencia de algo más en el fondo de esa pregunta.

Generalmente, el que alguien demostrara cierta inquietud con respecto a la esquizofrenia era síntoma seguro de su propia lucha interna al respecto. Ahora bien, era un hecho bien conocido que uno de los primeros síntomas de la velada aparición del proceso esquizofrénico era la incapacidad del individuo para comer en público. En cambio, Arnie había anunciado en voz alta su intención de encontrarse con Glaub no en su propia casa, ni en el consultorio del médico, sino en *Willows*, un bar y restaurante muy conocido, por lo general lleno de gente. ¿Podría tratarse de una reacción defensiva? Podría ser que Arnie, que quizá sufriera tensiones inexplicables en situaciones en público, sobre todo aquellas que incluyen la función de la nutrición, estuviera haciendo un esfuerzo consciente para recuperar la normalidad que le abandonaba.

Este tipo de elucubraciones ocupó la imaginación del doctor Glaub mientras pilotaba su helicóptero; sin embargo, volvió lenta y progresivamente al tema de sus problemas personales.

Se trataba, nada menos, que de Arnie Kott, un hombre que controlaba los fondos multimillonarios de un poderoso Gremio. Aunque era un desconocido en su patria de origen, se había convertido en toda una potencia en la sociedad colonial. Se trataba, casi, de una especie de barón feudal. Glaub pensó que si Kott le incluía en la lista de personal del *Gremio* le sería posible pagar todas las deudas que había ido acumulando; podría eliminar todos los créditos al veinte por ciento de interés que siempre parecían estarle acosando y que nunca disminuían ni desaparecían. Entonces podría empezar de nuevo, pensó, vivir de acuerdo con sus medios, aunque en un nivel superior, por supuesto.

Además, Arnie era sueco o danés, algo así, y Glaub no tendría necesidad de realzar el tono de su piel para atender a cada paciente. Además, Arnie tenía fama de ser poco ceremonioso. Posiblemente no tardarían en tutearse y se llamarían por sus apodos: Milt y Arnie.

El doctor Glaub sonrió satisfecho.

Eso si, debía saber jugar sus cartas y, en ese primer encuentro, tendría que alentar las ideas de Arnie, aunque estuvieran fuera de lugar. Debía tener tacto suficiente como para seguirle el juego y no arrojarle un cubo de agua fría. No le convenía desanimar a aquel hombre, cosa que, por otra parte, no resultaría demasiado fácil.

Mientras seguía pilotando el helicóptero camino a Lewinstown, el doctor Glaub empezó a practicar un diálogo imaginario.

«Comprendo tu punto de vista, Arnie». «¡Oh, si! Indudablemente hay mucho de cierto en esa teoría».

Para él que tenía tanta práctica en representar a sus pacientes en todo tipo de situaciones sociales, aquello sería un juego de niños. Después de todo, había aparecido en público representando a sus tímidos pacientes, cuyas cerradas personalidades esquizofrénicas les impedían cualquier contacto con otras personas. Si el proceso esquizofrénico de Arnie estaba muy avanzado, tendría que apoyarse en él para poder sobrevivir.

«¡Caramba!», se dijo el doctor Glaub mientras aumentaba la velocidad del helicóptero.

Un foso de agua azul y limpia rodeaba el *Willows*. Las fuentes arrojaban al aire ramilletes acuáticos, y campanillas multicolores en tonos de púrpura, ámbar y rojo sangre crecían hasta gran altura en torno al edificio de cristal de una sola planta.

En cuanto descendió del estacionamiento por una escalera de hierro forjado, el doctor Glaub vio al grupo que le estaba esperando; Arnie Kott estaba al lado de una magnífica pelirroja y un acompañante masculino, difícil de clasificar, vestido con el mono de los mecánicos y camisa de lienzo.

«Estoy frente a un ejemplo concreto de una sociedad sin clases», pensó Glaub.

Atravesó el foso por un puente en arco iris; las puertas se abrieron automáticamente a su

paso y se encontró en el vestíbulo. Pasó frente al bar, hizo un alto para observar a un pequeño conjunto de jazz que estaba improvisando con entusiasmo y saludó a Arnie.

-Hola, Arnie.

-Hola, doc.

Arnie se puso de pie para hacer las presentaciones:

-Dory, este es el doctor Glaub. Doreen Anderton. Y este es mi mecánico, Jack Bohlen, un genio. Jack, este es el famoso psiquiatra, Milt Glaub.

Hubo varios movimientos de cabeza y apretones de mano.

-Eso de famoso es una exageración -murmuró el doctor Glaub mientras todos se sentaban-, hasta ahora los que dominan el campo son los psiquiatras existencialistas que están en Berghölzlei, en Suiza.

Aunque la presentación de Arnie fue exagerada, no pudo evitar cierta satisfacción mientras el rubor le subía hasta la raíz de los cabellos.

-Lamento haberme retrasado, pero tuve que ir a Nueva Israel. Bosley Touvim quiso consultarme profesionalmente una cuestión muy urgente.

-Ese Bos es una gran persona -dijo Arnie encendiendo un cigarro genuino *Optimo Admiral* fabricado en la Tierra-. Es un zorro. Pero hablemos de negocios. Espere, le pediré una copa.

Miró inquisitivamente a Glaub mientras hacía señas a la camarera para que se acercara.

-Un whisky escocés, si tienen -dijo Glaub.

-*Cutty Sark*, señor -contestó la camarera.

-Está bien; sin hielo, por favor.

-Bueno -dijo Arnie, impaciente, observando al médico-. A ver, doc, ¿me ha conseguido un esquizofrénico bien avanzado, o no?

-Ah... -dijo Glaub vacilante, pero recordó en seguida su última visita a Nueva Israel-: Manfred Steiner.

-¿Tiene alguna relación con Norbert Steiner?

-Es su hijo, casualmente -dijo el doctor Glaub-. Está en el Instituto *Ben Gurion*. Yo... bien, creo no traicionar la ética profesional al decírselo, pero el niño es completamente autista de nacimiento. La madre es del tipo intelectual y frío, también con personalidad esquizofrénica, que hace todo según las reglas de los libros. El padre...

-El padre ha muerto -dijo Arnie secamente.

-Así es. Muy lamentable, en realidad. Buena persona, pero de tipo depresivo. Se suicidó, ¿lo sabían? Tuvo el impulso característico durante un periodo bajo. Me extraña que no lo haya hecho antes.

-Cuando hablamos por teléfono -dijo Arnie- usted me dijo que, de acuerdo con cierta teoría, los esquizofrénicos sufren cierta distorsión temporal.

-Sí, se trata de un desequilibrio en el sentido interior del tiempo.

La atención con que los demás escuchaban las palabras del médico logró entusiasmar a éste.

-Es preciso someter la tesis a pruebas experimentales, naturalmente -dijo-, pero ya habrá tiempo para eso.

Luego, sin ninguna vacilación ni vergüenza, expuso la teoría de Berghölzlei como propia.

Resultó evidente que Arnie había quedado muy impresionado.

-¡Qué interesante! -comentó.

Se dirigió al mecánico Jack Bohlen y a boca de jarro le preguntó:

-¿Sería posible construir una cámara lenta con esas características?

-Sí, ¿por qué no? -repuso Jack.

-Y sensores además -agregó el doctor Glaub-, para sacar al paciente de la cámara y enfrentarle al mundo real. Vista, oído...

-¿Qué les parece esta idea? -aventuró Arnie, impaciente-. ¿Puede ser que el tiempo avance tan rápidamente para el esquizofrénico que él llegue al futuro antes que la gente normal? ¿No sería esa una forma de explicar que pueda anticipar los hechos?

Sus ojos claros se iluminaron de excitación.

Glaub se encogió de hombros, sin confirmar ni disentir.

Arnie se volvió a Bohlen y, con voz entrecortada exclamó:

-¡Diablos, Jack! Ahí lo tienes. ¡Caramba, yo tendría que haber estudiado para psiquiatra! Yo te digo que lo aminores, que lo aceleres, déjalo que viva en otra fase del tiempo, si quiere, pero logremos que comparta con nosotros sus percepciones. ¿Verdad, Bohlen?

Entonces intervino Glaub.

-Ahí, precisamente, está el quid de la cuestión. En los casos de autismo es precisamente la facultad de las relaciones personales la que está más drásticamente afectada.

-Ya veo -dijo Arnie, sin intimidarse-. ¡Diablos!, entiendo bastante de todo esto para ver que hay una salida. ¿Acaso Carl Jung no había logrado desde un principio descifrar el lenguaje esquizofrénico?

-Sí -confirmó Glaub-: hace varias décadas que Jung logró desentrañar el lenguaje individual del esquizofrénico. Pero en los casos de niños autistas como Manfred no hay ningún lenguaje, por lo menos lenguaje hablado. Puede haber pensamientos personales y secretos... pero no los expresan en palabras.

-¡Mierda! -exclamó Arnie.

La joven le dirigió una mirada de reproche.

-Se trata de algo muy serio -dijo Arnie a la joven-. Tenemos que lograr que estos desgraciados niños puedan hablar y decirnos lo que saben. ¿No es cierto, doc?

-Claro -contestó Glaub.

-Ahora ese chico es huérfano -dijo Arnie-; el hijo de Steiner.

-Todavía tiene a su madre -dijo Glaub.

Arnie agitó la mano como restándole importancia al hecho.

-Si el niño les importara bastante le tendrían en casa; le dejaron allí, en ese Instituto. ¡Qué demonios! Yo lo sacaré y me lo traeré conmigo. Y Jack, tú ocúpate de esa máquina para hacer contacto con él, ¿captas la idea?

Tras una pausa de vacilación Bohlen contestó:

-No sé que decir -y sonrió levemente.

-¿Cómo que no sabes qué decir? Para ti debe ser fácil, si es cierto que eres esquizofrénico, como dijiste.

-¿Es verdad? -preguntó Glaub con repentino interés. Mientras bebía de su vaso a sorbos había notado ya algunas tensiones reflejadas en los huesos del mecánico, así como la musculatura rígida; tampoco le había pasado desapercibida su débil constitución.

-Por lo que veo se ha recuperado muy bien.

Bohlen levantó la cabeza y su mirada encontró la del médico.

-Hace varios años que estoy totalmente recuperado -afirmó con afectación.

«Nadie se recupera totalmente», pensó Glaub, pero no lo dijo en voz alta. En cambio manifestó:

-Quizás Arnie tenga razón y usted logre establecer una comunicación con el niño autista y resolver así nuestro problema básico. Los autistas no pueden asumir nuestro rol, ver el mundo como lo vemos nosotros, y nosotros no podemos hacer lo contrario. Estamos separados por un abismo.

-Tú tienes que ser capaz de cruzar ese abismo, Jack -dijo Arnie, y con una fuerte palmada en el hombro de Bohlen agregó-: Ese será tu trabajo, desde hoy quedas incluido en la lista de personal.

La envidia dominó al doctor Glaub. Miró su vaso tratando de ocultar su reacción; Doreen le miró sonriente, pero él no devolvió la sonrisa.

Mientras observaba al doctor Glaub, sentado frente a él, Jack Bohlen tuvo los primeros síntomas de que perdía gradualmente la percepción, además de cierto cambio en sus facultades, similar al de aquella entrevista lejana con el Gerente de la *Corporación Corona*, síntomas que parecían estar acechándole constantemente desde la periferia de su conciencia.

No veía al psiquiatra como a un ser humano, hecho de carne y hueso, Sino como a una realidad absoluta, un objeto compuesto de alambres e interruptores. La envoltura muscular se hacía transparente y, por último, desaparecía para dejar ver un mecanismo automático. Sin embargo, no dejó entrever ese peculiar estado de conciencia y continuó absorto en su copa, escuchando y asintiendo de vez en cuando. Su estado de ánimo pasó desapercibido tanto a Arnie Kott como al doctor Glaub.

En cambio la joven lo percibió e inclinándose hacia Jack le murmuró suavemente al oído:

-¿No se encuentra bien?

Él negó con la cabeza. «No -quiso decir-, no me encuentro bien».

-Vámonos de aquí -susurró la muchacha-; yo tampoco lo soporto más.

Se dirigió a Arnie en voz alta para anunciarle.

-Jack y yo vamos a dar una vuelta. Vamos -dijo.

Al ponerse de pie dio unos golpecitos en el hombro de Jack; bajo la presión de los dedos delicados pero fuertes, éste también se puso en pie.

-No tardéis mucho -dijo Arnie, y siguió conversando entusiasmado con el doctor Glaub.

-Gracias -le dijo Jack a la joven mientras se alejaban por el pasillo, entre las mesas.

-¿Notó lo celoso que se puso cuando Arnie dijo que le incluiría a usted en la lista de personal?

-¿Glaub? No -dijo, aunque no se sorprendió-. A veces me sucede esto -dijo a la joven a modo de excusa-. Se debe a mis ojos, tengo un poco de astigmatismo causado por la tensión.

-¿Quiere sentarse en el bar? -preguntó la joven-. ¿O prefiere salir?

-Vayamos fuera -contestó Jack.

Poco después se detenían en medio del puente en arco iris, donde se quedaron contemplando el agua. Los peces se deslizaban, vagos y luminosos, seres casi irreales, tan raros en Marte como cualquier otra expresión de materia. En aquel mundo constituían un verdadero milagro y tanto Jack como la joven, al mirar hacia abajo, eran conscientes de lo mismo. Ambos sabían que sus pensamientos eran idénticos sin necesidad de expresarlo en voz alta.

-Todo esto es muy hermoso -dijo al fin Doreen.

-Sí -admitió Jack, que no tenía ganas de hablar.

-Todo el mundo ha conocido alguna vez a algún esquizofrénico -aclaró Doreen-... si no es uno mismo. En mi casa teníamos a mi hermano, el menor.

-Me pondré bien -dijo Jack-; en este momento ya me siento mejor.

-Pero no es cierto -dijo Doreen.

-No -admitió él-. ¿Pero qué demonios puedo hacer? Usted misma acaba de decirlo: el esquizofrénico no se cura nunca.

Después de decir eso permaneció en silencio contemplando los pálidos peces que se deslizaban por el agua.

-Arnie tiene muy buen concepto de usted -dijo la joven-. Es cierto lo que afirma sobre su habilidad especial para juzgar a la gente. Ya se ha dado cuenta de que Glaub está ansioso por venderse, para que le incluyan en la lista de personal. Creo que la psiquiatría ha dejado de ser el gran negocio que era antes; hay demasiados en el mismo campo. Sólo en esta colonia hay ya unos veinte psiquiatras, y a ninguno le va demasiado bien. Dígame, cuando presentó la solicitud para emigrar, ¿su estado de ánimo no le causó ningún inconveniente?

-Por favor, no tengo deseos de hablar de eso.

-Vamos a caminar -dijo la joven.

Caminando lentamente por la calle pasaron frente a las tiendas, la mayoría de las cuales, terminada la actividad del día, habían cerrado ya.

-¿Qué veía cuando observaba a Glaub en la mesa, hace algunos minutos?

-Nada -respondió Jack.

-Prefiere no hablar de eso, tampoco.

-Así es.

Librodot

-¿Cree que al decírmelo las cosas empeorarán?

-El que empeorará soy yo.

-Tal vez se trate de cosas -dijo Doreen-; quizá haya algo de cierto en su visión, por más distorsionada y confusa que parezca. No lo sé. Recuerdo que hacía grandes esfuerzos por entender lo que Clay -mi hermano- veía y escuchaba. Él no podía decirlo, pero yo sabía que su mundo era completamente distinto al del resto de la familia. Acabó suicidándose, igual que Steiner.

Se detuvieron ante un puesto de periódicos para leer los titulares sobre Norbert Steiner en la primera página.

-Los psiquiatras existencialistas afirman con frecuencia que es mejor dejarles que hagan lo que desean, aunque eso signifique quitarse la vida; para algunos es la única salida cuando la visión se torna dolorosamente insoportable.

Jack no hizo ningún comentario.

-¿Es tan horrible? -insistió Doreen.

-No. Sólo... desconcertante -dijo Jack-. Lo grave es que no hay forma de conciliarlo con lo que en realidad uno tendría que ver y saber; eso nos impide seguir adelante en la forma acostumbrada.

-¿Acaso muchas veces no finge seguir la corriente y representar su parte? ¿Cómo un actor?- Como él no contestó la joven siguió hablando-. Es lo que trató de hacer antes, cuando estábamos adentro.

-Me encantaría engañar a todo el mundo -admitió él-. Daría cualquier cosa por seguir actuando, interpretando un papel. Es entonces cuando se produce la escisión, pues hasta ese momento no ha habido una verdadera grieta; se equivocan cuando dicen que es una división de la mente. Si yo hubiera querido que la visión fuera completa, tendría que haberme acercado al doctor Glaub y decirle...

Se interrumpió.

-Dígalo -pidió la joven.

-Y bien -continuó, suspirando profundamente-; tendría que haberle dicho: *«Doctor, le estoy viendo bajo el aspecto de la eternidad, y usted está muerto».* Esa es, en resumen, la visión morbosa del enfermo; yo no la quiero ni la busco.

La joven pasó su brazo por debajo del de él.

-Nunca se lo había dicho a nadie -dijo Jack-, ni siquiera a Silvia, mi mujer, ni a mi hijo David. ¿Entiende? Todos los días le miro para asegurarme que él no revela los síntomas. Es muy fácil transmitir esto, como sucedió en la familia Steiner. Yo no sabía siquiera que tuvieran un hijo en el Instituto *Ben Gurion* hasta que Glaub lo mencionó, y hace años que somos vecinos. Steiner nunca dio a entender nada.

-Nos están esperando en *Willows* para cenar -dijo Doreen-. ¿Quieres ir? Creo que sería mejor. Escucha, no tienes obligación de aceptar la oferta de Arnie; quizá te convenga más quedarte con el señor Yee. Después de todo, tienes un hermoso helicóptero y no es preciso que renuncies a todo eso por conveniencia de Arnie; tal vez a ti no te convenga.

Él se encogió de hombros al contestar.

-Es un desafío y, por lo tanto, interesante. Hay algo de singular en construir un medio de comunicación entre un niño autista y el mundo. Creo que hay mucho de cierto en lo que dice Arnie: yo sería una especie de intermediario; sería una obra útil. No me interesa el propósito de Arnie respecto al niño de Steiner y posiblemente se trate de razones egoístas y de provecho inmediato. Pero eso no me interesa.

Mientras tanto pensó para sí: «En realidad puedo compartir lo mejor de dos mundos, El señor Yee puede prestar mis servicios al *Gremio de los Fontaneros*; yo seguiría a sueldo del señor Yee y él, a su vez, estaría pagado por Arnie. Todo el mundo feliz. ¿Por que no? Después de todo, es preferible arreglar la mente enferma y distorsionada de un niño, que codificadoras. Si ese chico tiene ciertas visiones con las que estoy familiarizado...

Conocía la teoría del tiempo que Glaub había expuesto como propia. La había leído en la

revista *«Scientific American»* ya que, como era natural, leía todo lo que tenía a su alcance relativo a esquizofrenia. Sabía que la teoría se había originado entre los suizos, que Glaub no la había inventado, y que a pesar de parecer extraña tenía visos de realidad.

-Volvamos al restaurante -dijo.

Tenía hambre y, sin duda, sería una comida fuera de lo común.

-Admiro tu coraje, Jack Bohlen -dijo ella.

-¿Por qué? -le preguntó.

-Porque te atreves a volver al lugar que te perturbó, a enfrentarte con la gente que provocó tu visión de eternidad, como la llamas. Yo no haría nada parecido, creo que saldría huyendo.

-Esa es, precisamente, la cuestión -dijo él-; ese es el propósito de la visión; hacerte huir, anular tus relaciones con otra gente, aislarte. Si permites que triunfe, tu vida con otros seres humanos queda truncada. A eso se refieren cuando afirman que el término esquizofrenia no es un diagnóstico, sino una *prognosis*; no indica lo que uno tiene sino como va uno a terminar.

«Y yo no pienso terminar así», pensó con decisión. Muerto como Manfred Steiner, o en una institución. Estoy decidido a seguir con mi trabajo; tener mi mujer, mi hijo, amistades y, mirando a la joven que llevaba del brazo, si, también alguna aventura amorosa, cuando se presente.

«Estoy dispuesto a continuar el esfuerzo». Al caminar hundió la mano en el bolsillo y tocó en el fondo algo pequeño, duro y frío. Lo levantó y vio, sorprendido, una cosita arrugada como la raíz de un árbol.

-¿Qué es eso tan extraño? -preguntó Doreen.

Era la bruja de agua que el pardo le había dado por la mañana en el desierto. Ya había olvidado que la tenía.

-Es un amuleto de buena suerte -contestó.

-Es feísimo -dijo ella, temblando.

-Si -admitió él-, pero es una prenda de amistad; como sabes, los esquizofrénicos somos muy sensibles a la hostilidad de los demás.

-Lo sé. El síntoma de la telepatía... en Clay se agudizó cada vez más hasta... -vaciló y mirándolo continuó-, hasta el desenlace paranoico.

-Es quizá la peor característica de nuestra condición; la conciencia agudizada del sadismo y la agresividad de los demás, aunque esté reprimida y se trate de extraños. ¡Cómo desearía no poseer esa sensibilidad! Lo notamos aún entre la gente de un restaurante (pensó en Glaub), en un ómnibus, en el teatro. Entre una multitud.

-¿Tienes alguna idea de lo que Arnie quiere saber del niño Steiner? -dijo Doreen.

-Bueno, se trata de la teoría sobre la predicción del futuro...

-Pero en cuanto a lo que Arnie desea saber del futuro, no tienes la menor idea, ¿no es cierto? Y ni siquiera se te ocurrirá averiguarlo.

Era cierto; no sentía curiosidad.

Mientras le observaba atentamente la joven sentenció.

-Te conformas con hacer la parte técnica del trabajo, montar la máquina apropiada; pero eso no está bien, Jack Bohlen; no es un buen signo, en absoluto.

-Oh... -dijo él, encogiéndose de hombros-, creo que es muy característico de un esquizofrénico contentarse con una relación puramente técnica.

-¿Se lo preguntarás a Arnie?

Se sintió incómodo al responder:

-Es asunto suyo, no mío. El trabajo es interesante y Arnie me gusta. Le prefiero al señor Yee. Sólo que... no tengo el acicate de la curiosidad; soy así, esto es todo.

-Creo que en el fondo tienes miedo, aunque no entiendo por qué, ya que has demostrado ser valiente. Aunque en un último sentido tienes mucho, mucho miedo.

-Es posible -dijo Jack melancólicamente.

Juntos regresaron a *Willows*.

Librodot

Por la noche, cuando todos se hubieron retirado, incluso Doreen Anderton, Arnie Kott se sentó satisfecho en la sala, regodeándose. El día no podía haber sido mejor. En primer lugar había conseguido un buen mecánico; ya le había arreglado la codificadora y le iba a construir un artefacto electrónico que permitiría grabar la facultad vaticinadora de un niño autista.

Sin hacer ningún desembolso había obtenido información de un psiquiatra y después se había desentendido del profesional.

Teniendo en cuenta todo eso había sido un día excepcional. Le quedaban solamente dos problemas: el clavicordio, que todavía estaba desafinado y... ¿qué diablos era lo otro? Se le había olvidado. Siguió pensando en qué podía ser mientras contemplaba en la televisión un combate desde Hermosa América, la colonia estadounidense en Marte.

Entonces recordó: la muerte de Steiner; ya no tenía un proveedor de apetitosos bocados y golosinas.

-Ya me ocuparé de eso -dijo Arnie en voz alta.

Apagó la televisión y después de sacar la codificadora se sentó y, micrófono en mano, grabó un mensaje para Scott Temple, con quien había compartido numerosas aventuras comerciales. Temple era primo de Ed Rockingham, y un individuo al que valía la pena conocer. A través de un arreglo con las Naciones Unidas podía controlar casi todos los medicamentos que entraban en Marte, y eso constituía un monopolio muy lucrativo.

Los tambores de la codificadora comenzaron a girar en forma alentadora.

-Scott -dijo Arnie-. ¿Cómo estás? ¿Recuerdas a ese pobre tipo Steiner? ¡Qué lástima, ¿verdad? Quiero decir que muriera de esa manera... tengo entendido que era un enfermo mental, ya sabes a qué me refiero. Ahora eso representa un pequeño problema; cómo conseguir mercancía, ¿no es cierto? Bien, escucha, quiero hablar contigo de eso. Toma nota ¿entiendes? Pasa por aquí dentro de un par de días para arreglar todos los detalles. Creo que debemos dejar a un lado toda la Organización de Steiner; empezaremos de cero con nuestra pequeña pista de aterrizaje en algún lugar apartado, nuestros cohetes automáticos y todo lo que haga falta. *¡No permitiremos que nos falten las ostras ahumadas!*

Después de desconectar la máquina quedó pensando si no tenía algo más que agregar. No; entre él y un hombre como Scott Temple no era necesario nada más. Trato hecho y todo se terminaba en un momento.

-Esta bien, muchacho -dijo-; espero verte pronto.

Sacó la bobina y se dispuso a escuchar la cinta para comprobar si el mensaje estaba codificado; hubiera sido un desastre que por alguna coincidencia sus palabras resultaran inteligibles.

Pero por suerte estaba en código, y en uno de sus preferidos. La máquina había mezclado las unidades semánticas y el resultado era una especie de pelea de gatos muy similar a la música electrónica contemporánea. Al escuchar los chirridos, quejas, aullidos, estridencias y disonancias, Arnie rió con tantas ganas que las lágrimas le corrieron por las mejillas. Para calmarse tuvo que ir al baño y enjugarse la cara con agua fría.

Cuando volvió, marcó la caja en la que había colocado la bobina con la siguiente leyenda:

«Canto del Espíritu del Viento»
Cantata de Karl William Dittershand

Karl William Dittershand era el compositor de moda del momento entre los intelectuales de la Tierra y Arnie odiaba su música electrónica. En cuestiones musicales era un purista y su gusto se detenía en Brahms. Arnie se divirtió enormemente mientras registraba la proposición a Scott de entrar en el Mercado Negro de importación de alimentos como una Cantata de Dittershand. Después llamó a un empleado del Gremio para que llevara la bobina con la cinta a Nova Británica, la colonia inglesa de Marte.

Con eso, a las ocho y media de la noche, dio por terminada su actividad del día y volvió a conectar la televisión para terminar de ver el combate de boxeo. Encendió un aromático

Librodot

cigarro *Optimo* extrasuave, y reclinándose hacia atrás suspiró, tranquilo.

«Por qué todos los días no serán como hoy? -pensó-. Creo que así podría vivir eternamente». Días como ese le hacían sentirse más joven, no más viejo, como si tuviera por delante otros cuarenta años, por lo menos.

Trató de imaginarse comerciando en el Mercado Negro, ocupado en artículos pequeños como frascos de jalea de grosellas, salmón o anguila ahumada. Nadie podía negar que eran artículos esenciales, al menos para él. «Nadie me impedirá que me siga dando esos gustos -pensó-. Si ese pobre Steiner creyó que matándose me iba a golpear donde más me duele...».

-¡Vamos, pega! -le gritó al boxeador negro que se las estaba viendo moradas frente a las cámaras de televisión-; ¡levántate, perezoso y devuelve esos golpes!

El boxeador negro se puso de pie de un salto, como si hubiera escuchado, y Arnie dejó escapar un suspiro de placer.

En su cuarto de hotel en Bunchewood Park, donde se hospedaba las noches de la semana que estaba de servicio, Jack Bohlen fumaba un cigarrillo junto a la ventana, mientras pensaba.

Había vuelto a producirse aquello que tanto temiera en los últimos años, y tenía que hacerle frente. No se trataba esta vez de una angustiosa anticipación; era una realidad. «¡Dios mío! -pensó con amargura-. Tienen razón, una vez que te enfermas no te curas más». La visita a la Escuela Pública le había predispuesto, y luego la entrevista en el restaurante fue la gota que desborda el vaso; había vuelto a sentir la mordedura del mal con tanta fuerza y claridad como cuando tenía veinte años en la Tierra y trabajaba para la *Corporación Corona*.

«También sé que la muerte de Norbert Steiner tiene algo que ver con todo esto -pensó-. La muerte tiene el poder de perturbarlo todo; nos hace hacer cosas extrañas, su efecto sobre nuestros actos y emociones se expande desde un punto hacia la periferia, se extiende cada vez más lejos hasta afectar a otras personas y alcanzar otras cosas. Será mejor que llame a Silvia -reflexionó-, y le pregunte cómo le va con *frau* Steiner y los niños».

Pero cambió de opinión al pensar que no podía hacer nada por ayudarles. Tenía que estar disponible las veinticuatro horas del día para que la telefonista del señor Yee pudiera localizarle. Y ahora, además, tenía que estar dispuesto a atender a Arnie Kott en Lewinstown.

Sin embargo, tenía una compensación, si bien sutil. Tenía una nueva posibilidad con la virtud de renovarlo: en la billetera guardaba un papel con la dirección y el número de teléfono de Doreen Anderton.

Se preguntó si convenía llamarla esa misma noche. Imaginó encontrar otra persona, mujer para más, con la que podía hablar con toda libertad, que entendía su situación y estaba sinceramente dispuesta a escucharle, sin asustarse de lo que pudiera decirle. Sería una gran ayuda.

La última persona en el mundo con la que podía hablar de esquizofrenia era su esposa. En las pocas ocasiones que había intentado hacerlo Silvia había quedado paralizada de terror. Como a cualquiera, la horrorizaba que esa enfermedad pudiera formar parte de su vida. Ella se empecinaba en mantenerla a distancia por el mágico encanto de las drogas... como si el fenobarbital pudiera detener el proceso psíquico más insidioso y peligroso que el hombre conocía. Sólo Dios sabía la cantidad de píldoras que él mismo había ingerido en los últimos diez años; con ellas bastaría para pavimentar el camino de su casa al hotel, y también el de regreso.

Después de pensarlo un poco decidió no llamar a Doreen. La dejaría como último recurso, para cuando la situación se volviese realmente insoportable. En ese momento se sentía bastante aplacado. Ya habría en el futuro ocasión propicia para buscar a Doreen Anderton. Naturalmente, debería proceder con cautela; era evidente que Doreen era la amante de Arnie Kott, pero la joven parecía saber muy bien lo que hacía y, además, conocía muy bien a Arnie. Debió tenerlo en cuenta al darle su número de teléfono y dirección y, por supuesto también cuando se levantó y se fue del restaurante.

Jack confiaba en ella y, para alguien con una veta esquizofrénica, era mucho decir.

Mientras reflexionaba de este modo Jack apagó el cigarrillo, buscó su pijama y se dispuso a acostarse.

Se estaba metiendo entre las mantas cuando sonó el teléfono. Una llamada para reparaciones, pensó, saltando automáticamente para atenderla.

Pero no era así, una suave voz femenina le dijo al oído.

-¿Jack?

-Sí -contestó.

-Habla Doreen. Quiero saber cómo te sientes.

-Estoy bien -contestó él, sentándose al borde de la cama.

-¿No te gustaría venir a verme esta noche? A mi casa.

Él vaciló.

-Ah... -dijo.

-Podríamos escuchar algunos discos y charlar un poco. Arnie me prestó muchos discos estereofónicos antiguos, de su colección; algunos están un poco rayados, pero otros se escuchan muy bien. No sé si estás enterado, pero tiene una colección fabulosa, con decirte que es el que más obras de Bach tiene en todo Marte. Y has visto el clavicordio...

De manera que eso era lo que había visto en la sala de Arnie.

-¿No corremos ningún riesgo? -preguntó.

-No -contestó Doreen-. No te preocupes por Arnie, no es celoso. Creo que me entiendes.

-Está bien -dijo Jack-; voy para allá.

Recordó que no podía salir porque debía estar disponible para las posibles llamadas pidiendo servicio. A menos que pudiera pasarlos al teléfono de Doreen.

-No habrá ningún inconveniente -dijo ella-; llamaré a Arnie y se lo diré.

-Pero... -dijo Jack, sorprendido.

-Jack, estás loco si crees que podremos mantenerlo en secreto. Arnie se entera de todo cuanto ocurre en la colonia. No te preocupes, yo me encargo del asunto. Le llamaré en seguida; tú ven para acá. Si hay alguna llamada mientras estás en camino tomaré nota, pero no lo creo; Arnie no tiene interés en que andes reparando las tostadoras de todo el mundo. Quiere que atiendas su proyecto, y te encargues de ese máquina para hacer hablar al niño de Steiner.

-Está bien -dijo él-. No tardaré. Adiós.

Y colgó el teléfono.

Diez minutos más tarde estaba en camino, volando por el cielo nocturno de Marte en el helicóptero de la *Compañía Yee*. Se dirigía a Lewinstown, a encontrarse con la amante de Arnie Kott.

8

David Bohlen sabía que su abuelo tenía mucho dinero y lo gastaba con liberalidad. Aún antes de salir del edificio terminal de vuelos en cohete, el anciano, vestido con un traje bien confeccionado con chaleco y gemelos de oro en los puños de la camisa (la misma vestimenta con que le había visto bajar por la escalinata entre los demás pasajeros), se detuvo en el puesto de flores y compró para su nuera un ramo enorme de flores azules de la Tierra. También quiso comprar algo para David, pero no había juguetes, sólo bombones, y el abuelo Leo compró una caja de un kilo.

Al llegar, el anciano llevaba bajo el brazo una caja blanca atada con un hilo; no había permitido que los funcionarios de la nave cohete la colocaran con el resto del equipaje. Nada más salir del edificio de la terminal y ascender al helicóptero de papá, el abuelo Leo abrió el paquete. Contenía un apetitoso surtido de pan judío con *pickles,* cecina cortada en rodajas envueltas en un plástico protector; en total, un kilo y medio de carne.

-¡Dios mío! -exclamó Jack, gratamente sorprendido-. ¡Todo esto de Nueva York! Aquí, en las colonias, no se consiguen estas cosas, papá.

-Lo sé -dijo el abuelo Leo-; un hombre judío me dijo donde podía conseguirlo y, como me gusta tanto, sabía que a ti también tendría que gustarte. Tenemos los mismos gustos -soltó un suspiro de satisfacción al ver contentos a todos-. Cuando lleguemos a tu casa -agregó- pienso preparar unos ricos emparedados. Es lo primero que voy a hacer.

El helicóptero empezó a atravesar el oscuro desierto.

-¿Qué tiempo habéis tenido aquí en los últimos días? -preguntó el abuelo.

-Muchas tormentas -contestó Jack-. La semana pasada casi quedamos sepultados por el polvo. Tuvimos que alquilar un equipo pesado para librarnos de todo eso.

-¡Qué lástima! -dijo el abuelo Leo-. Tendríais que levantar esa pared de cemento que mencionasteis en las cartas.

-Cualquier construcción cuesta una fortuna aquí -dijo Silvia-. No es como en la Tierra.

-Lo sé -dijo el abuelo-, pero es preciso mantener las inversiones; vuestra casa vale mucho, y también el terreno; recordad que tenéis agua cerca.

-¡Como para olvidarlo! -dijo Silvia-. ¡Dios mío!, sin la acequia nos moriríamos.

-¿Han ensanchado el canal este año? -preguntó el abuelo.

-Está como siempre -contestó Jack.

David se encargó de dar más detalles.

-¿Sabes abuelo? Lo dragaron. Vino un equipo de las Naciones Unidas. Yo les vi trabajar. Usaron una máquina muy grande que absorbía la arena del fondo; de esa manera el agua se mantiene más limpia. Mi papá cerró los filtros y ahora, cuando viene el cuidador y abre la compuerta que nos corresponde, el agua se bombea tan rápido que me dejaron plantar la huerta. Con lo que sobra de agua puedo regar las plantas; tengo maíz, limones, algunas zanahorias, pero una plaga atacó las remolachas. Anoche comimos maíz de la huerta. Tuvimos que colocar un cerco para que no entren esos animalitos... ¿cómo se llaman, papá?

-Son ratas de arena -dijo Jack-; en cuanto la huerta de David empezó a producir tuvimos una invasión de ratas de arena. Son de este tamaño -dijo y apartó las manos para demostrarlo-. No son dañinas, pero comen tanto como pesan en menos de diez minutos. Los colonos antiguos nos previnieron, pero quisimos hacer la prueba de todas maneras.

-Es bueno cosechar la verdura para la mesa -dijo el abuelo Leo-. Sí, David, recuerdo que en tus cartas me hablabas del huerto; mañana quisiera verlo. Hoy me siento muy cansado, acabo de llegar de un largo viaje. Aún con esas naves modernas... ¿cómo lo dicen? Veloces como la luz, eso es. Asimismo se pierde mucho tiempo en despegar, en llegar y uno se zarandea demasiado. Una mujer que viajó en el asiento de al lado estaba horrorizada, el aire dentro de la cabina era tan caliente que creyó que íbamos a quemarnos. No tenéis idea del calor que hace dentro de la nave, aún con el aire acondicionado. No sé por qué no mantienen una temperatura más agradable. Pero, en realidad, no hay que quejarse; han mejorado mucho. ¿Recordáis la nave que os trajo cuando emigrásteis? ¡Dos meses de viaje!

-Leo -dijo Jack-, espero que hayas traído tu máscara de oxígeno; la nuestra es demasiado vieja y no podemos depender mucho de ella.

-Por supuesto, la tengo en la maleta marrón. Pero no te preocupes por mí; puedo arreglármelas en esta atmósfera. Tengo una pastilla nueva para el corazón; es mejor que las otras. En la Tierra todo sigue mejorando, naturalmente, pero estamos muy apiñados, por eso cada vez emigrará más gente hacia aquí; se lo que digo. Allá, en nuestro país, el *smog* es tan espeso que uno siente morir.

-Abuelo Leo -dijo David-. Nuestro vecino, el señor Steiner, se suicidó y ahora su hijo Manfred está en casa. Le sacaron de la colonia para niños anormales y mi papá le va a construir una máquina para que pueda hablar.

-Bueno -dijo el abuelo Leo, en tono agradable, y dirigiendo una amplia sonrisa a su nieto agregó-; me parece muy interesante, David. ¿Qué edad tiene ese chico?

-Diez años -respondió David-, pero no dice nada. Mi papá va a hacerle una máquina especial. ¿Y sabes para quién está trabajando mi papá en este momento? Para el señor Kott, Presidente del *Gremio de Fontaneros* y Director de la Colonia. Es una persona muy

importante.

-Creo que oí hablar de él -dijo Leo guiñando el ojo a Jack, lo que no pasó desapercibido a David.

Jack interrogó a su padre.

-¿Papá, sigues con la idea de comprar tierras en las Montañas Franklin Delano Roosevelt?

-¡Por supuesto! -contestó el abuelo Leo-. Puedes estar seguro. Naturalmente hice este viaje para veros, pero no podría tomarme tanto tiempo sólo para una visita de carácter social, debía combinarla con negocios.

-Esperaba que hubieses abandonado el proyecto -dijo Jack.

-Escucha, Jack -dijo el abuelo-. Te ruego que no te preocupes; eso es asunto mío. Después de todo hace muchos años que invierto en terrenos. Escucha, tú te encargas de llevarme hasta allí para que pueda verlo todo de cerca. Tengo muchos mapas, pero quiero verlo todo con mis propios ojos.

-Cuando lo veas te desilusionarás -dijo Silvia-; es todo muy desolado, no hay casi agua y muy poca vida.

-Dejemos a un lado esa preocupación -dijo el abuelo Leo, sonriendo a David-. Da gusto ver un muchacho que crece sano y fuerte aquí, lejos del aire contaminado que tenemos en la Tierra. -¿Qué ves? -preguntó Jack

-Bueno, pero Marte también tiene sus desventajas -dijo Silvia- haga la prueba de vivir un tiempo con poca agua, no muy limpia, y ya verá.

-Entiendo -dijo el abuelo Leo juiciosamente-. Reconozco que es preciso tener agallas para vivir aquí, como vosotros; pero no olvidéis que es muy sano.

Las luces de Bunchewood Park brillaban abajo. Jack dirigió el helicóptero hacia el norte, donde estaba su casa.

Mientras pilotaba el helicóptero de la *Compañía Yee*, Jack Bohlen miraba de reojo a su padre y se maravilló de lo poco que había envejecido. Para un hombre de su edad, más de setenta años, Leo estaba muy bien conservado, alerta y vigoroso y pensar que todavía trabajaba todo el día y disfrutaba con sus operaciones de especulación...

Pero aunque no lo aparentara, Jack estaba seguro de que el viaje desde la Tierra le había cansado más de lo que admitía. De cualquier manera, ya habían llegado casi a la casa. La brújula giroscópica señalaba el punto 7.08054; faltaban pocos minutos.

Después de bajar con el helicóptero sobre el techo y cuando todos entraron, Leo cumplió de inmediato su promesa. Se puso a trabajar alegremente en la cocina y preparó un emparedado de cecina en pan judío para cada uno. En pocos minutos se habían reunido en la sala y mientras comían todo el mundo parecía satisfecho y en paz.

-No sabes cuánto echamos en falta este tipo de comida -dijo Silvia al fin-; aún en el Mercado Negro... -miró de reojo a Jack.

-A veces se consiguen productos de charcutería de calidad en el Mercado Negro -dijo Jack-, aunque últimamente se ha vuelto más difícil; nosotros no los compramos, no por razones morales, sino porque resulta muy caro.

Durante un rato continuaron hablando del viaje de Leo y de la vida en la Tierra. A eso de las diez enviaron a David a acostarse y a las once Silvia se excusó y también se fue a dormir. Leo y Jack quedaron solos en la sala.

-¿Podemos ir a ver la huerta del niño? ¿Tienes linterna?

Jack encontró su linterna de emergencia y salieron de la casa al aire fresco de la noche. Mientras miraban la parcela de maíz, Leo preguntó en voz baja a Jack:

-¿Cómo os lleváis Silvia y tú en los últimos tiempos?

-Bien -contestó Jack, un tanto sorprendido por la pregunta.

-Me parece notar cierta frialdad entre vosotros -dijo Leo-; Jack, sería terrible que empezarais a apartaros. Tienes una buena esposa, no hay muchas como ella, créeme.

-Lo reconozco -dijo Jack, un poco molesto.

-Allá en casa -dijo Leo-, cuando eras muchacho, solías tener algunas aventuras; pero ahora estás asentado.

-Está claro -dijo Jack-; creo que estás imaginando cosas que no existen.

-Me preocupa el verte retraído, Jack -dijo su padre-. Espero que tu viejo mal, sabes a qué me refiero, no te esté perturbando otra vez. Quiero decir...

-Sé bien lo que quieres decir.

Pero Leo no se dejó amedrentar y siguió hablando.

-Cuando yo era niño no había tantas enfermedades mentales como ahora. Creo que es una característica de la época en que nos toca vivir; demasiada gente, demasiado hacinamiento. Recuerdo que en la época en que te pusiste enfermo, y un tiempo antes, cuando tenías unos diecisiete años, te mostrabas frío con la gente, no te interesaba nadie. Eras taciturno, también. Me parece que ahora estás igual.

Jack dirigió una dura mirada a su padre. Ese era el inconveniente de la visita de los padres, no podían resistir la tentación de asumir el rol del que *Todo lo Sabe*, el que *Todo lo Ve*. Para Leo, Jack no era un hombre maduro, casado y con un hijo; seguía siendo su hijo Jack.

-Escucha, Leo -dijo Jack-; aquí hay muy poca gente, el planeta está escasamente poblado todavía y, naturalmente, tendemos a ser menos sociales. Por fuerza debemos concentrarnos más en nuestra vida interior que allá en la Tierra donde, como tú dijiste, no se puede evitar estar siempre en medio de una multitud.

Leo asintió.

-Ajá -dijo-; pero por esa misma razón deberías estar más contento de encontrarte con otra gente.

-Si te refieres a ti, puedo asegurarte que estoy muy contento de verte.

-Claro, Jack, lo sé -dijo Leo-. Quizá estoy un poco cansado, pero tú no hablas mucho, pareces preocupado.

-Es mi trabajo -dijo Jack-, no puedo sacarme de la cabeza a ese niño, Manfred, que es autista.

Pero, como en los viejos tiempos, su padre era capaz de adivinar sin esfuerzo a través de sus pretextos; su instinto paternal no fallaba.

-Vamos, muchacho -dijo Leo-, piensas demasiado. Conozco tu trabajo y sé que en él empleas las manos. Yo me refiero a tu mente; es tu mente la que está dirigida hacia adentro. Aquí en Marte, ¿disponéis de psicoterapia, o como la llamen? No me digas que no, porque estoy enterado.

-No voy a decirte que no -replicó Jack-, te diré que no te importa.

Su padre pareció encogerse en la oscuridad; se dijo que tenía que tranquilizarse.

-Está bien hijo -dijo-, siento haber metido la pata.

Entre los dos se produjo un silencio incómodo.

-¡Demonios papá! -dijo Jack-. No empecemos a discutir; será mejor que entremos, nos tomamos una copa y después vamos a descansar. Silvia te preparó una buena cama en el otro cuarto. Estoy seguro que dormirás bien.

-Silvia es muy atenta con las necesidades de los demás -dijo Leo con un leve tono de reproche.

Luego, en voz más baja dijo:

-Jack, siempre me he preocupado por ti; quizá soy un poco anticuado y no entiendo bien lo referente a las enfermedades mentales. Ahora todo el mundo padece de lo mismo, es tan común como antes eran la gripe o la parálisis infantil, o como cuando éramos chicos y todos teníamos el sarampión; ahora, en cambio, sufrís esto. Según escuché por televisión ataca a una de cada tres personas; esquizo... no se cuanto. Lo que yo me pregunto es lo siguiente: si la vida tiene tanto que ofrecer, ¿por qué volverle la espalda como hacen los esquizofrénicos? Yo no le encuentro sentido. Aquí, por ejemplo, todavía tenéis todo un planeta por conquistar. Mañana iremos a ver las Montañas Franklin Delano Roosevelt y podrás enseñármelo todo. Ya tengo los detalles de todos los trámites legales que es necesario cumplir. Voy a comprar

tierras; escucha, tú también puedes comprar, ¿entendido? Yo te presto el dinero -sonrió esperanzado a Jack, mostrando sus dientes de acero inoxidable.

-No me entusiasma -dijo Jack-; pero gracias, de todas maneras.

-Yo te elegiré una parcela -ofreció Leo.

-No, no tengo interés.

-Dime, Jack ¿te gusta tu trabajo ahora? Quiero decir, hacer esa máquina para que el niño pueda hablar. Parece algo muy digno y me hace sentir orgulloso de ti. David es un muchacho excelente y también está muy orgulloso de su padre.

-Lo sé -dijo Jack.

-David no tiene síntomas de esa esquizo... ¿verdad?

-No -contestó Jack.

-No sé de dónde la sacaste tú; no de mí, eso es seguro, adoro a la gente -dijo Leo.

-Yo también -aclaró Jack.

Se preguntó cómo reaccionaría su padre si supiera lo de Doreen. Probablemente se enfadaría. No debía olvidar que pertenecía a una generación muy puritana, había nacido en 1924, hacía mucho, mucho tiempo, en un mundo diferente. Le resultaba sorprendente lo bien que su padre se había adaptado al mundo actual. Leo, que había nacido en el período de auge posterior a la Primera Guerra Mundial, se encontraba ahora en este lugar, al borde del desierto marciano... Así y todo no lograría entender lo de Doreen, lo vital que era para él mantener una relación íntima de esa clase, a cualquier precio, o casi a cualquier precio.

-¿Cómo se llama la joven? -preguntó Leo.

-¿Queeé? -tartamudeó Jack.

-Yo también poseo cierto sentido de la telepatía -dijo Leo sin expresión en la voz-. ¿No lo crees?

-Es evidente -dijo Jack después de una pausa.

-¿Silvia lo sabe?

-No.

-Me di cuenta porque no me miraste a los ojos.

-¡Pamplinas! -exclamó Jack.

-Esa otra mujer con la que andas enredado ¿también es casada? ¿tiene hijos?

-¿Por qué no lo averiguas con tu telepatía? -repuso Jack con la voz más serena que pudo.

-No quiero que hieras a Silvia -dijo Leo.

-No te preocupes, no le pasará nada -afirmó Jack.

-¡Qué mala suerte! -exclamó Leo-; hacer un viaje tan largo para enterarme de esto. Bueno -suspiró-, de todas maneras tengo que atender mis negocios. Mañana nos levantaremos bien temprano para salir.

-No seas un juez tan implacable, papá -rogó Jack.

-Está bien -asintió Leo-, ya sé que esta es otra época; vosotros sois modernos. ¿Crees que tal vez distrayéndote así te mantienes mejor? ¿Es eso? Quizá sea así, tal vez de esa manera puedas mantener mejor tu cordura. No quiero decir que no estés cuerdo...

-Sólo corrompido -dijo Jack con amargura y violencia.

«¡Por amor de Cristo! Mi propio padre. ¡Qué mal momento! Esto sí que es una tragedia».

-Sé que saldrás bien de todo esto -afirmó Leo-. Me doy cuenta que estás luchando; no se trata, simplemente, de una aventura banal. Por el tono de tu voz me doy cuenta de que tienes problemas. Lo mismo de siempre, sólo que a medida que uno se vuelve viejo la lucha se hace más difícil, ¿verdad? Sí, ya lo sé. En este planeta hay demasiada soledad. Es un verdadero milagro que todos vosotros, los que habéis emigrado, no hayáis perdido los estribos. Entiendo porqué valoráis tanto el amor, donde quiera que lo encontréis. Lo que necesitas es algo como lo que yo tengo; este afán mío por la tierra. Tal vez encuentres lo mismo al construir la máquina para ese chico mudo. Me gustaría verlo.

-Ya lo verás -dijo Jack-. Posiblemente mañana.

Permanecieron de pie algunos minutos más y después entraron en la casa.

-¿Silvia sigue tomando drogas? -preguntó Leo.

-¡Drogas! -exclamó Jack, riendo-; sí, toma fenobarbital.

-¡Una joven tan buena! -dijo Leo-. Lástima que esté tan tensa y llena de preocupaciones. Además, ayuda a esa pobre viuda, como me dijiste.

Ya en la sala, Leo se puso cómodo en el sillón favorito de Jack, se cruzó de piernas y se reclinó hacia atrás, suspirando, dispuesto a seguir la conversación. Era evidente que aún le quedaba mucho que decir, sobre muchos temas, y que no tenía intención de callarse.

Mientras, Silvia, en su cama, estaba al borde del sueño, con las facultades aletargadas por la tableta de cien miligramos de fenobarbital que había tomado, como siempre, al acostarse. Oía vagamente el murmullo de las voces de su marido y su suegro desde el patio. Por un momento había escuchado que discutían y se sentó preocupada en la cama.

«¿Se estarán peleando? -se preguntó-. ¡Dios!, espero que no. Confío que la visita de Leo no nos traiga inconvenientes». Después las voces habían vuelto a su tono normal y ella volvió a descansar.

«Es un viejo admirable -pensó-, muy parecido a Jack, sólo que con hábitos más arraigados».

Ultimamente, desde que había empezado a trabajar para Arnie Kott, había notado ciertos cambios en su marido. Se debía, sin duda, a ese trabajo algo indefinido que le habían encargado. El hijo autista de los Steiner la alteraba y desde el primer momento que le vio sintió pena por él. La vida ya era bastante complicada. El niño revoloteaba al entrar y salir de la casa, siempre de puntillas, la mirada saltando continuamente de una cosa a otra, como si viera objetos que no estaban presentes y oyera sonidos más allá del alcance de oídos humanos. ¡Ojalá que el tiempo pudiera volverse atrás! ¡Ojalá que Norb Steiner pudiera volver a la vida! Ojalá tantas cosas...

Su mente drogada imaginó en un relámpago al hombrecito ineficaz, saliendo por la mañana cargado con sus maletas llenas de yogur y miel, dispuesto a hacer su recorrido.

«¿Vivirá en alguna parte? Tal vez Manfred pudo verlo, perdido como está en un tiempo dislocado, según Jack. ¿Qué triste sorpresa encontrarán cuando puedan comunicarse con el niño? ¿Qué pasará cuando logren encender el frágil pabilo de ese triste espectro?».

«Es probable que haya algo de cierto en la teoría y que él vea lo que está próximo, lo futuro. Conseguirán lo que buscan. Pero, *¿qué es? ¿Para qué lo quieren, Jack?* ¿Hallar la afinidad entre tú y el niño enfermo? ¿Se trata de eso? Oh...».

Sus pensamientos se perdieron en la oscuridad.

«¿Qué sucederá después? ¿Volveré a importarte? No hay afinidad entre el sano y el enfermo. Tú eres diferente, me pesa. Leo lo sabe; yo lo sé. ¿A ti, te importa?».

Se durmió.

Las aves de rapiña revoloteaban por el cielo encapotado. Al pie del edificio con ventanas estaban esparcidos sus excrementos. Recogió con la mano algunos de los desperdicios, hasta que tuvo unos cuantos. Sabía que adentro tenían seres vivientes porque se retorcían, palpitando e hinchándose como una masa; los llevó con cuidado por el desierto corredor del edificio. Uno de los excrementos se abrió, partiéndose por el costado, y se volvió demasiado grande para sostenerlo. Después lo vio en un nicho en la pared, sobre un costado, y la hendidura era tan ancha que pudo ver la criatura que se retorcía en su interior.

¡Bazofia! Gusano del cuerpo de una persona, enroscado en pliegues blancos y húmedos. Deseó que las aves lo encontraran y devoraran; así. Bajó corriendo los escalones que cedían a su peso; faltaban algunos tablones.

A través de la criba de madera pudo ver el suelo de abajo, la cavidad oscura y fría, llena de madera tan podrida que se había convertido en polvo húmedo, carcomido por la bazofia.

Alzó los brazos y se impulsó hacia arriba, hacia los pájaros en vuelo. Su cuerpo flotaba y descendía suavemente. Le comieron la cabeza. Después se detuvo en un puente sobre el mar.

En el agua aparecieron unos tiburones de aletas agudas y afiladas. Cogió uno con la línea y lo acercó deslizándolo sobre el agua, con la boca abierta, dispuesto a tragarlo. Dio un paso hacia atrás, pero el puente cedió, hundiéndose hasta que el centro quedó en el agua.

Ahora llovía bazofia; dondequiera que miraba, todo era bazofia.

Al final del puente apareció un grupo de los que no le querían sosteniendo un lazo hecho con dientes de tiburón. Era emperador y le coronaron con el lazo; él trató de darles las gracias, pero forzaron el lazo hasta colocárselo en torno al cuello; querían estrangularle. Apretaron más el lazo y los dientes de tiburón le cortaron la cabeza. Se encontró nuevamente sentado en el sótano húmedo y oscuro, rodeado del polvo podrido, y del rumor de las olas. Un mundo donde reinaba la bazofia y él no tenía voz. Los dientes de tiburón le habían cortado la voz.

«Soy Manfred», dijo.

-Puedo asegurarte algo -dijo Arnie Kott a la joven tendida a su lado, en la amplia cama-: vas a quedar asombrada cuando logremos comunicarnos con él.

«Quiero decir, tenemos una pista secreta. Se trata del futuro. ¿Dónde crees que suceden los hechos, sino en el futuro?».

Doreen Anderton se sacudió un poco en la cama y dejó escapar un murmullo.

-No te duermas -dijo Arnie, inclinándose para encender otro cigarrillo-. Escucha; adivina qué pasó. Hoy llegó un importante especulador en tierras; viene de allá. Enviamos a un tipo del Gremio a la terminal de cohetes y lo reconoció, aunque se había apuntado con un nombre falso. El recién llegado se escabulló y logró burlar a nuestro espía. ¿No te dije yo que empezarían a venir? Escucha, cuando tengamos noticias del chico Steiner destaparemos la olla, ¿comprendes?

Meneó a la joven dormida.

-Si no despiertas te daré un buen puntapié en el trasero y tendrás que volver andando a tu apartamento.

Doreen gruñó, se dio la vuelta y se sentó en la cama. A la luz difusa del dormitorio principal de Arnie Kott tenía una palidez casi translúcida, mientras retiraba el cabello que le caía sobre los ojos. Bostezó; un bretel del camisón se deslizó por el brazo dejando al descubierto un seno alto y firme, con el pezón reluciendo en el centro como una gema.

«¡Dios, que magnífica hembra me ha tocado en suerte! pensó Arnie-. Además, gracias a ella ese Bohlen no lo abandonó todo y se fue como hacen siempre esos esquizofrénicos. Se lo debo todo a ella; quiero decir, es bien sabido que es casi imposible mantener a esos tipos en la noria, son variables e irresponsables. Ese Bohlen, por ejemplo, es un sabio idiota. Un idiota capaz de reparar cualquier cosa; tenemos que mantenerle satisfecho, ceder en ciertas cosas. Es imposible forzar a un individuo como él. No obedecen a la fuerza».

Arnie tomó las mantas y las llevó hacia un costado, destapando a Doreen. Sonrió al ver las piernas desnudas de la muchacha y sonrió aún más al ver cómo ella trataba de cubrirse las rodillas con el camisón.

-¿Cómo es posible que estés tan cansada? -le preguntó-. No has hecho más que estar tirada, ¿no es así? ¿Resulta tan cansado estar acostada?

-Basta ya -dijo ella, mirándole con los ojos entrecerrados.

-¿Qué? ¿Estás bromeando? -dijo él-; acabamos de empezar. Quítate ese camisón.

Levantó el cuerpo inerte de la muchacha pasándole el brazo bajo la espalda, tomó la prenda por el ruedo y la pasó por encima de la cabeza de Doreen. Después dejó el camisón sobre la silla que estaba al lado de la cama.

-Si no te importa, quiero dormir -dijo Doreen con los ojos cerrados.

-¿Por qué habría de importarme? Dormida o despierta te tengo aquí -dijo él-, en carne y hueso. ¡Y de qué manera!

-Huyyy -se quejó ella.

-Lo siento -dijo él, besándola en la boca-. No quise hacerte daño.

La cabeza de la joven cayó hacia el costado. ¡Era cierto que pensaba dormir! Arnie se

sintió ofendido. *«Pero ¡qué importa!* -pensó-. *¡Por lo que hace!».*

-Cuando termines vuelve a ponerme el camisón -murmuró Doreen.

-Está bien, pero todavía no he terminado.

«Tengo para toda una buena hora -pensó Arnie-, quizá dos. No deja de gustarme de esta manera. Una mujer dormida no habla; eso es lo que arruina todo, cuando empiezan a hablar. O cuando gimen». No podía soportar los gemidos.

«Me muero por ver los resultados de ese proyecto de Bohlen -pensó-. Ardo de impaciencia; sé que cuando empiece a funcionar vamos a dar con algo maravilloso. La mente cerrada del niño. No puedo dejar de pensar en los tesoros que puede esconder. Debe ser como el país de las hadas, todo hermoso, puro e inocente».

Doreen gimió entredormida.

9

Jack depositó una gran semilla verde en la mano de su padre, Leo Bohlen.

-¿Qué ves? -preguntó Jack-. ¿Ha sucedido algo?

Leo se quedó pensando, pero no se le ocurrió qué podía estar viendo.

-No -contestó al fin.

Jack estaba sentado ante el proyector de películas.

-Mira ahora -le dijo.

Apagó las luces, el proyector empezó a chirriar y apareció una imagen en la pantalla. Se trataba de una semilla, enterrada en el suelo. Mientras Leo miraba la semilla se abrió, le salieron dos tentáculos exploratorios: uno apuntó hacia arriba; tras dividirse en finos cabellos, el otro se dirigió hacia abajo. Mientras tanto, la semilla pasaba por distintas fases en la tierra. Del tentáculo superior surgieron enormes proyecciones que dejaron a Leo con la boca abierta.

-Oye, Jack -dijo-. ¡Qué semillas fantásticas tenéis en Marte! Mira cómo crecen; Dios mío, es para volverse loco.

-Es una simple haba, como la que acabo de darte. La película está acelerada y cinco días se han comprimido en algunos segundos. De esta forma podemos presenciar el movimiento que tiene lugar en la germinación de una semilla. Según tengo entendido, las cosas que se mueven para nosotros, para él giran con tanta rapidez que le resultan prácticamente invisibles. En cambio, cuando se trata de procesos muy lentos estoy seguro que los ve como nosotros vemos esta semilla. Apuesto a que si sale al jardín es capaz de contemplar el crecimiento de las plantas; para él cinco días son como diez minutos para nosotros.

-Esa es sólo una teoría -dijo Jack.

Después trató de explicar a Jack cómo funcionaba la cámara, aunque Leo no entendió bien la explicación, salpicada de términos técnicos. Mientras Jack continuaba con su perorata comenzó a sentirse irritado. Ya eran las once de la mañana y su hijo no daba muestras de querer llevarlo a las montañas. Estaba completamente absorto en aquello.

-Muy interesante -comentó Leo en cierto momento.

-Tenemos una cinta grabada a una velocidad de quince milímetros por segundo y la pasamos para Manfred a una velocidad de tres y tres cuartos de milímetro. Por ejemplo, una palabra simple como «árbol», y al mismo tiempo proyectamos la foto de un árbol, con la palabra al pie, y la mantenemos fija durante quince o veinte minutos. Lo que dice Manfred se graba entonces a una velocidad de tres y tres cuarto de milímetro y para escucharla nosotros la pasamos a quince milímetros por segundo.

-Escucha, Jack -dijo Leo-. Quiero hacer ese viaje.

-¡Cristo! ¿No ves que estoy trabajando? -dijo Jack, con un gesto de ira-. Creí que querías verlo. Va a llegar de un momento a otro, ella lo va a mandar...

Leo no le dejó terminar.

-Escucha, hijo; recorrí millones de kilómetros para darle un vistazo a esas tierras. ¿Me vas

Librodot

a llevar, sí o no?

-Espera a que venga el niño e iremos con él -dijo Jack.

-Está bien -contestó Leo.

Quería evitar disputas y estaba dispuesto a hacer lo humanamente posible para adoptar una actitud conciliadora.

-¡Dios mío! Por primera vez en la vida estás sobre la faz de otro planeta y ni siquiera has salido a caminar un poco. No has visto el canal -dijo Jack, señalando a la derecha-. No te has dignado echarles un vistazo cuando tanta gente ha deseado conocer estos canales y discutió si existían o no durante siglos.

Dolorido, Leo dijo con tono obediente.

-Muéstramelo, entonces.

Salió del taller detrás de Jack bajo la luz opaca y rojiza del sol.

-Frío -observó Leo olisqueando el aire-. ¿Sabes una cosa? Resulta fácil caminar; anoche me di cuenta, me sentía como si pesara sólo veinticinco kilos. Quizá se deba a que Marte es tan pequeño... debe ser bueno para los enfermos del corazón, ¿verdad? Pero el aire es tan ligero. Anoche pensé que fue la cecina que me hizo...

-Leo -dijo Jack-. Cállate un momento y mira a tu alrededor.

Leo miró. Todo lo que pudo ver fue un desierto plano y, en la distancia, algunas montañas mezquinas. Había un canal profundo, lleno de agua pardusca y espesa; junto al canal una vegetación verdosa que parecía musgo. Eso era todo, con excepción de la casa de Jack y la de Steiner un poco más allá. Vio la huerta, pero ya la había visto la noche anterior.

-¿Y bien? -dijo Jack.

Leo trató de dejarle satisfecho.

-Jack, es impresionante. Tienes una hermosa casa, pequeña y moderna. Con unas plantas más y un mejor arreglo del terreno sería perfecta.

-Esto es la realización de un sueño que ha durado siglos -dijo Jack sonriendo y mirándole de costado.

-Lo sé, hijo, lo sé y te felicito por lo que has hecho hasta ahora, tanto tú como esa excelente mujer -mientras hablaba Leo meneó la cabeza solemnemente-. ¿Qué te parece si emprendemos el camino? Quizá deberías ir a la casa vecina y buscar a ese niño. ¿O fue David a buscarle?. No le veo por ninguna parte.

-David está en la escuela, vinieron a buscarle mientras tú dormías.

-No tengo inconveniente en ir a buscar a ese Manfred, o como se llame, si a ti te da igual.

-Vamos -dijo Jack-; voy contigo.

Cruzaron una pequeña acequia, después un terreno arenoso con algunas plantas ralas, parecidas a helechos, y llegaron a la casa vecina. Leo oyó voces de chiquillas desde el interior. Sin vacilar subió los escalones del porche y tocó el timbre.

Una mujer rubia y corpulenta salió al abrirse la puerta; tenía los ojos cansados y opacos de tristeza.

-Buen día -dijo Leo-, soy el padre de Jack Bohlen. Usted debe ser la dueña de casa. Queremos llevar a su hijo a un corto viaje, se lo traeremos sano y salvo.

La rubia corpulenta miró a Jack, que estaba en el porche, por encima del hombro de Leo. Sin decir nada se volvió y entró en la casa. Regresó con un niño pequeño. «De manera que este es el muchachito esquizofrénico -pensó Leo-. ¡Qué guapo es! ¡Quién lo hubiera imaginado!».

-Vamos a hacer un viaje, jovencito -dijo Leo-. ¿Qué te parece?

Recordó entonces lo que Jack le había dicho con respecto al sentido del tiempo del niño y repitió las mismas palabras lentamente, arrastrando cada sílaba.

El niño pasó corriendo delante de él y bajó a toda velocidad los escalones, hasta llegar al canal. Se movía con tanta rapidez que en pocos segundos desapareció tras la casa de Bohlen.

-Señora Steiner -dijo Jack-, deseo presentarle a mi padre.

La mujer rubia alargó la mano distraídamente. Leo observó que no parecía estar del todo

allí. Se dieron la mano.

-Encantado de conocerla -dijo él, amablemente-. Lamento enterarme de la pérdida de su esposo; es un hecho terrible que algo nos golpee de esta manera, sin ningún aviso. Yo tenía un amigo, en Detroit, que hizo lo mismo un fin de semana. Salió del negocio, se despidió de todos, y nunca más le vieron.

-¿Cómo está, señor Bohlen? -dijo la señora Steiner.

-Vamos a buscar a Manfred -dijo Jack-, estaremos de regreso a última hora de la tarde.

La mujer permaneció en el porche mirando a Leo y a su padre mientras se retiraban.

-Ella también es bastante rara -murmuró Leo.

Jack no respondió.

Encontraron al niño en el jardín de David. Poco después los tres subían al helicóptero de la *Compañía Yee* y volaban sobre el desierto hacia la cadena de montañas que estaba al norte. Leo desplegó un gran mapa que había traído y marcó algunos lugares.

-¿Podemos hablar con toda libertad, no es cierto?-preguntó a su hijo señalando con la cabeza al niño-. ¿El no será capaz de...?

-Si nos entendiera -dijo Jack- sería un verdadero...

-Está bien; está bien -afirmó Leo-, sólo quería estar seguro.

Pero se abstuvo de marcar en el mapa el lugar que, según había oído, comprarían las Naciones Unidas. En cambio, marcó el camino que estaban siguiendo y tomó nota de las indicaciones de la brújula giroscópica del tablero del helicóptero.

-Hijo, ¿has oído algún rumor sobre el interés de las Naciones Unidas en la Cordillera Franklin Delano Roosevelt?

-Si, oí mencionar algo sobre un Parque o una Estación de Energía.

-¿Te interesa saber de qué se trata exactamente?

-Seguro.

Leo sacó un sobre de su bolsillo interior y extrajo una foto que pasó a Jack.

-¿Qué te recuerda esto?

Jack vio en seguida que se trataba de la foto de un edificio alto y estrecho. Lo miró un rato.

-Las Naciones Unidas van a construir edificios como este; serán unidades multihabitacionales. Levantarán verdaderos bloques de varias unidades, que se extenderán kilómetros y kilómetros. Estarán provistos de todo lo necesario: centros de compras, supermercados, farmacias, lavaderos, pastelerías. Toda la construcción se hará mediante equipo esclavo; se trata de maquinaria automática.

Jack habló después.

-Se parece a la casa de apartamentos en cooperativa donde yo vivía hace años, cuando tuve la depresión nerviosa.

-Eso es. Las Naciones Unidas traerán aquí el movimiento cooperativo. Como todo el mundo sabe, estas montañas fueron fértiles en una época y había agua en abundancia por los alrededores. Los ingenieros hidráulicos de las Naciones Unidas piensan que pueden hacer surgir agua de las capas subterráneas. Aunque parezca mentira, la capa de agua está mucho más cerca de la superficie aquí, en estas montañas, que en cualquier otro lugar de Marte. Según opinan los ingenieros, aquí estaba la fuente original de agua para el sistema de canales.

-La Cooperativa -dijo Jack, con voz extraña-; aquí, en Marte.

-Construirán estructuras modernas -comentó Leo-; es un proyecto de gran envergadura. Las Naciones Unidas darán pasajes gratis a todas las personas que deseen venir a establecerse en su nuevo hogar; además, el costo por unidad será muy bajo. De esa manera, como puedes imaginarte, quitarán una buena rebanada a esas montañas. Por lo que tengo entendido, el proyecto tardará unos diez o quince años en terminarse.

Jack no dijo nada.

-Con esto quedará asegurada la emigración a Marte -dijo Leo.

-Eso supongo -acotó Jack.

-Hay una cantidad fantástica de fondos destinada para esto -explicó Leo-. Sólo la

Cooperativa invertirá más de un trillón de dólares; como sabes, tienen enormes reservas de dinero; es uno de los Grupos Financieros más ricos de toda la Tierra y posee más capital que el Grupo de Seguros o cualquiera de los Sistemas Bancarios. Si ellos participan, puedes estar seguro que la empresa no fracasará. Ya hace seis años que las Naciones Unidas están negociando con ellos para este fin -concluyó Leo.

-¡Qué cambio para Marte! -afirmó Jack-, con sólo convertir en tierra fértil estas montañas.

-Y con una densa población -le recordó Leo.

-Cuesta creerlo -dijo Jack.

-Lo sé, hijo, pero es seguro; dentro de pocas semanas todo el mundo lo sabrá. Yo me enteré hace un mes y he estado entrevistando a inversores que conozco para que arriesguen capitales. Yo les represento, Jack; imagínate que yo solo no dispongo de tantos medios.

-Quieres decir -aclaró Jack- que tu idea consiste en llegar aquí antes de que las Naciones Unidas tomen los terrenos; vas a comprar a bajo precio para revendérselos a un precio más elevado.

-Vamos a comprar grandes extensiones -dijo Leo- y en seguida, sin demora, subdividiremos todo en pequeñas parcelas. Lo dividiremos en lotes de cincuenta y cinco por veinticinco metros. Los títulos de propiedad estarán repartidos entre muchos individuos, las mujeres, primos, amigos y empleados de los miembros de mi Grupo.

-De tu *Sindicato*, quieres decir -aclaró Jack.

-Sí, de eso se trata -dijo Leo, satisfecho-: de un *Sindicato*.

Después de una pausa, con voz ronca, Jack dijo:

-Y tú no encuentras nada de malo en hacer esto, ¿verdad?

-¿Malo? ¿En qué sentido? No te entiendo, hijo.

-¡Dios! Es obvio.

-Para mí no. Explícate.

-Estás robando a toda la población de la Tierra; ellos son los que van a poner el dinero. Mediante tu operación aumentas los costos del proyecto y te quedas con la diferencia.

-¡Pero Jack! En eso se basa la especulación de tierras -exclamó Leo sorprendido-. ¿En qué crees que consiste la especulación de propiedades? Es una costumbre que viene de siglos. Uno compra tierras baratas porque nadie las quiere y sabes que por una razón u otra algún día valdrán mucho dinero. Uno se guía por datos confidenciales; de eso se trata, en resumidas cuentas. Cuando oigan el rumor, todos los especuladores querrán entrar en la trenza, es lo que están haciendo en estos momentos. Yo les llevo unos días de ventaja, nada más. Lo que les para es la reglamentación de que hay que estar en Marte; nadie está preparado para venir aquí de un momento a otro. Por eso perdieron la carrera. Antes del anochecer espero haber clavado una estaca en la tierra que queremos -señaló con el dedo hacia adelante-. Está allí. Traje una gran variedad de mapas y no tendré ningún problema en localizar el terreno. Se encuentra en una gran Cañada que se llama Henry Wallace. Para cumplir con la Ley debo poner el pie en la tierra que pienso comprar y colocar un marcador permanente, bien identificable, en un lugar a la vista. Traje el marcador; es una estaca de acero con mi nombre grabado de acuerdo con el reglamento. Bajaremos en la Cañada Henry Wallace y me ayudarás a enterrar la estaca. Es sólo una formalidad que llevará unos minutos -concluyó, sonriendo a su hijo.

«Está loco», pensó Jack mirando a su padre. Pero Leo sonreía plácidamente y Jack sabía que su padre no estaba loco; era, en realidad como él le había dicho. Los especuladores en la Tierra procedían de esa manera, era así como hacían negocio y en verdad el beneficio gigantesco de las Naciones Unidas estaba por empezar. Leo Bohlen y los otros que participaban en la empresa no se guiaban por rumores solamente. Tenían conexiones a alto nivel y tuvo que tratarse de una confidencia, ya fuera de parte de la *Cooperativa*, de las Naciones Unidas, o de ambos lados. Leo ponía en juego todos sus recursos para aprovechar la oportunidad.

-Es una noticia bomba -dijo Jack- con respecto al desarrollo de Marte.

Todavía le costaba creerlo.

-Ya era hora -dijo Leo-; tendrían que haberlo hecho desde el principio, pero esperaban que se arriesgara el capital privado. Esperaron a que lo hiciera el vecino.

-Esto cambiará la vida de todos los que vivimos en Marte -dijo Jack.

Pensó en que alteraría el equilibrio de poder creando una nueva clase dominante. Arnie Kott, Bosley Touvim -tanto las colonias de los *Gremios* como las de las distintas nacionalidades- se convertirían en peces pequeños cuando la poderosa *Cooperativa*, junto con las Naciones Unidas pusiera el pie en el planeta.

«Pobre Arnie -pensó-. No podrá sobreponerse a esto; los tiempos, el progreso, la civilización, le dejarán atrás. Arnie y sus baños de vapor con el consiguiente desperdicio de agua... Su pequeño símbolo de lujo será cosa del pasado».

-Escucha una cosa, Jack -dijo Leo-. No divulgues esta información; se trata de algo muy confidencial. Queremos evitar que se hagan negocios a nivel de la *Compañía Abstracta* -es la Organización que registra los títulos de propiedad-. Quiero decir, nosotros ponemos el depósito y después otros especuladores, especialmente los locales, reciben aviso y empiezan a llamar a la *Compañía Abstracta*, sucede así que...

-Entiendo -dijo Jack-. La *Compañía Abstracta* antepone el depósito de un especulador local, dándole una falsa prioridad sobre Leo.

Esa será una de las tantas trampas que pueden hacerse en este juego; con razón Leo opera con tanta cautela.

-Hemos investigado la *Compañía Abstracta* de aquí -dijo Leo-; aparentemente es honesta y correcta, pero cuando hay tantos intereses de por medio uno nunca puede estar seguro.

De pronto Manfred Steiner dejó escapar un gruñido ronco.

Tanto Jack como Leo levantaron la mirada, asombrados. Se habían olvidado del niño que iba en la parte posterior del helicóptero, el rostro aplastado contra el vidrio, mirando hacia abajo. Señaló algo, evidentemente excitado.

Abajo Jack pudo ver un grupo de pardos que desfilaban por un sendero montañés.

-Es cierto -dijo Jack-; hay gente por allá, quizá estén cazando.

Se le ocurrió que era posible que Manfred nunca hubiera visto un pardo. «Me pregunto cómo reaccionaría -rumiaba Jack-, si se encontrara de súbito frente a ellos». Era fácil de averiguarlo, sólo debía aterrizar con el helicóptero delante de ese grupo.

-¿Qué son esos? -preguntó Leo, mirando hacia abajo-. ¿Marcianos?

-Eso es lo que son -contestó Jack.

-¡Que me cuelguen! -rió Leo-. De manera que esos son marcianos... se parecen más a negros aborígenes, a los africanos de la selva.

-Son cercanos a esa raza -dijo Jack.

Manfred daba muestras de gran excitación; tenía los ojos brillantes y corría de una ventanilla a la otra, sin dejar de mirar hacia abajo mientras murmuraba.

Jack se preguntó qué sucedería si Manfred viviera con una familia de pardos por un tiempo.

«Sus movimientos son más lentos que los nuestros, llevan una vida menos compleja y apresurada. Es posible que tengan un sentido del tiempo más similar al del niño. Nosotros, los terráqueos, somos unos maniáticos que corremos a gran velocidad por todas partes, gastando mucha energía para nada. Aunque mezclar a Manfred con los pardos sería apartarle de su propia sociedad; tal vez le estamos apartando más irremediablemente de nosotros y perdamos la posibilidad de llegar a comunicarnos con él».

Cuando llegó a esa conclusión decidió no aterrizar allí.

-¿Esa gente, los marcianos, se dedica a algún trabajo? -preguntó Leo.

-Algunos han sido domesticados, como se dice aquí -contestó Jack-, pero la mayoría sigue viviendo como siempre; se dedican a la caza y a recoger frutos. Todavía no han llegado a la etapa de la agricultura.

Cuando vieron el lugar denominado Henry Wallace, Jack hizo descender el helicóptero y los tres, su padre, Manfred y él, hicieron pie en el terreno seco y rocoso. Dieron a Manfred

papel y lápices de colores para que se entretuviera, mientras padre e hijo iban en busca de un lugar propicio para clavar la estaca.

Encontraron el sitio, una meseta baja, y en él hundieron la estaca. Jack se encargó de hacerlo mientras su padre caminaba por los alrededores, inspeccionando plantas y formaciones rocosas, con el ceño fruncido, irritable e impaciente. No le causaba ningún placer encontrarse en una región tan árida y deshabitada. Pero no dijo nada; tomó nota amablemente de un resto fósil que Jack le señaló.

Sacaron fotografías de la estaca y del área circundante; cumplida su tarea se dirigieron al helicóptero. Allí encontraron a Manfred, sentado en el suelo, ocupado con los lápices de colores. Jack llegó a la conclusión de que la desolación de la zona no le inquietaba. Concentrado en su mundo interior, el niño dibujaba, haciendo caso omiso de ellos. De vez en cuando miraba hacia arriba, pero no a los hombres. Tenía los ojos en blanco.

Jack sintió curiosidad por lo que el niño dibujaba y caminó alrededor de él hasta situarse a su espalda.

De vez en cuando Manfred levantaba la vista y miraba, sin verlo, el paisaje que le rodeaba, mientras seguía concentrado en su dibujo, que representaba grandes edificios de departamentos.

-Mira esto, papá -dijo Jack, haciendo un gran esfuerzo para controlar la voz.

Ambos permanecieron detrás del niño observando como dibujaba grandes edificios cuyos contornos se volvían cada vez más claros en el papel.

«No hay duda -pensó Jack-, *el niño está dibujando los edificios que se levantarán en este lugar. Está representando el paisaje que vendrá, no el que tenemos a la vista».*

-¿No habrá visto la foto que te enseñé? -dijo Leo-; aquella de los modelos a construir.

-Tal vez -dijo Jack.

Esa sería una explicación; el chico había oído la conversación, vio los papeles y se había inspirado para dibujar. Pero en la foto los edificios se veían desde arriba; era una perspectiva diferente a la del dibujo. El niño, en cambio, había bosquejado los edificios como los vería un observador en el mismo terreno, alguien que estuviera en el mismo lugar que ellos, pensó Jack.

-No me sorprendería que estuvieras acertado con esa teoría del tiempo -dijo Leo, echando una mirada al reloj-, y hablando del tiempo, yo diría que es...

-Sí -coincidió Jack meditativo-, emprenderemos el regreso.

Había notado algo más en el dibujo del niño. Se preguntó si su padre también se había dado cuenta. Los grandes edificios de departamentos que el niño estaba delineando se desarrollaban en forma *funesta* a la vista. Mientras siguieron mirando, algunos detalles sorprendieron a Leo. Miró con atención y tras lanzar un resoplido de sorpresa, miró a su hijo.

Los edificios eran viejos, decrépitos. Grandes grietas salían de los cimientos y se extendían hacia arriba. Las ventanas estaban rotas y el terrenos circundante invadido de una maleza salvaje. Era un paisaje de ruina y desolación; una pesada inercia y abandono parecían dominarlo todo.

-Jack. *¡Está dibujando ruinas!* -exclamó Leo.

De eso se trataba, de un barrio en decadencia. Los edificios, que se habían levantado orgullosos durante décadas, habían dejado atrás su época de esplendor y se desmoronaban en el dibujo como gigantes seniles, hacia un ocaso de abandono y de tristeza.

Manfred señaló una grieta abierta que acababa de dibujar.

-Gubbish -dijo.

Con trazos rápidos, su mano siguió dibujando los matorrales, las ventanas desvencijadas.

-Gubbish -repitió mirándoles mientras sonreía con cara asustada.

-¿Qué significa *eso*, Manfred? -preguntó Jack.

No obtuvo respuesta. El niño seguía dibujando; cuanto más avanzaba el dibujo, más viejos y destartalados se tornaban los edificios, convertidos en ruinas miserables a medida que pasaban los minutos.

-¡Vamos! -dijo Leo con voz ronca.

Jack recogió los lápices y el papel e hizo poner al niño de pie. Todos subieron al helicóptero.

-Mira, Jack -señaló Leo que miraba atentamente el dibujo del niño-. ¿Qué ha escrito a la entrada del edificio?

Con letra temblorosa y desigual Manfred había escrito:

«AM-WEB»

-Tiene que ser el nombre del edificio -dijo Leo.

-Sí, es eso -dijo Jack al identificar las sílabas-, es una contracción del refrán usado por la *Cooperativa*:

«Alle Menschen werden Brüder»
(Todos los hombres se vuelven hermanos).

Figuraba en el papel de la *Cooperativa*.

Lo recordaba perfectamente.

Manfred volvió a tomar los lápices de colores y continuó su tarea.

Mientras padre e hijo miraban, el niño empezó a dibujar nuevas formas en la parte superior del dibujo: aves oscuras, eran enormes aves aterradoras, parecidas a buitres amenazantes.

En una de las destrozadas ventanas del edificio Manfred dibujó una cara redonda con ojos, nariz, una boca con las comisuras caídas, con expresión desesperante; era alguien, que, desde el edificio, miraba hacia afuera silencioso y sin esperanzas, como si estuviera atrapado.

-Sí -dijo Leo- es interesante -pero su expresión sombría no ocultaba el enojo que sentía-. Pero dime, ¿a quién se le ocurre dibujar algo así? No me parece que corresponda a una actitud sana y positiva. ¿Por qué no dibuja cómo van a ser las cosas? Los edificios nuevos, resplandecientes, con niños jugando sobre el césped y animales domésticos que corretean libremente, gentes con rostros felices.

-Tal vez dibuja lo que él ve -aventuró Jack.

-Bueno, si es eso lo que ve, está enfermo -afirmó Leo-. Habiendo tantas cosas bonitas y maravillosas que puede ver, ¿por qué las ve de esa manera?

-Posiblemente no depende de su voluntad -dijo Jack.

«Gubbish -pensó-. *Me pregunto si eso significará tiempo. Es una fuerza que para el niño representa la ruina, el deterioro, la destrucción y por fin, ¿la muerte? Es una fuerza activa en todo el universo, por todas partes».*

«¿Será eso todo lo que ve?».

«En ese caso -pensó Jack-, no es de extrañar que sea autista y no me sorprende que no logre comunicarse con nosotros. Una visión tan parcial del tiempo -porque no se trata de una visión completa, ya que el tiempo crea cosas nuevas- implica un proceso de maduración y crecimiento. Es evidente que Manfred no percibe el tiempo en ese aspecto».

«¿Acaso está enfermo porque ve esto? ¿O ve esto porque está enfermo? Tal vez se trate de una pregunta irrelevante, o que carece de respuesta. Pero esta es la visión de la realidad que tiene Manfred y, de acuerdo con ella, está desesperadamente enfermo, no percibe el resto de la realidad como nosotros. La parte que él ve es terrible; la realidad en su aspecto más negativo y repugnante. Y pensar que la gente habla de la enfermedad mental como una huida».

Tuvo un escalofrío. No se trataba de una huida, era la contracción de la vida en una angosta tumba sombría, un lugar donde nada puede llegar y de donde nadie puede salir; un lugar de muerte.

«Pobre niño desgraciado -pensó-. ¿Cómo es posible vivir día a día frente a una realidad semejante?».

Con el ánimo sombrío, Jack se concentró en la tarea de pilotar el helicóptero.

Leo miraba por la ventanilla, contemplando el desierto que se deslizaba abajo. Manfred continuaba dibujando con una expresión tensa y asustada.

Rezumaba sin cesar. Se llevó las manos a los oídos, pero la materia le salió por la nariz. Después vio el lugar. Era donde él se desgastaba. Le habían arrojado allí; había pilas de *gubbish* que le llegaban a la cintura; el *gubbish* emponzoñaba el aire.

-¿Cómo te llamas?

-Steiner, Manfred.

-¿Edad?

-Ochenta y tres años.

-¿Vacunado contra la viruela?

-Sí.

-¿Alguna enfermedad venérea?

-Sólo un poco de blenorragia.

-Este hombre va a la Clínica de *Enfermedades Venéreas*.

-Por favor, señor, mi dentadura; está en la bolsa, junto con los ojos.

-¡Oh, sí! Sus ojos. Antes de llevarle a Clínica de *Enfermedades Venéreas* entreguen a este hombre sus dientes y ojos. ¿Cómo van sus oídos, Steiner?

-Todavía los tengo; gracias, señor.

Le amarraron las manos a los costados de la cama porque trató de sacarse la sonda. Estaba tendido de costado, mirando hacia la ventana y podía ver a través de los vidrios sucios y resquebrajados.

Afuera, un insecto de patas largas comía entre los montículos. Comía; algo se aplastaba y continuaba, dejando los dientes marcados en lo que había aplastado, pues quería comerlo. Por último, sus dientes muertos salieron de la boca y se arrastraron en todas direcciones.

Quedó tirado allí ciento veintitrés años; después se estropeó su hígado artificial, se desmayó y en seguida murió. Para entonces ya le habían quitado ambos brazos y piernas hasta la altura de la pelvis; esas partes ya estaban putrefactas.

De todas maneras, ya no las necesitaba y, sin brazos, no podía tratar de quitarse la sonda.

Con eso quedaron contentos.

«He estado demasiado tiempo en AM-WEB -se dijo-. ¿Por qué no me dan una radio a transistores para sintonizar el *«Alegre Club del Desayuno de Freddy»*? Me gustaría oír las canciones, suelen tocar muchos de los temas de antes.

«Hay algo afuera que me causa alegría. Deben ser esas hierbas con flores amarillas. ¿Por qué permiten que crezcan tan alto?».

«Una vez vi un partido de fútbol».

Había estado dos días tirado en el suelo, en medio de un charco, hasta que la dueña de casa le encontró y llamó al camión para que le trajeran aquí.

Roncó durante todo el trayecto y sus mismos ronquidos terminaron por despertarle. Cuando trataron de darle jugo de pomelo sólo logró levantar un brazo, el otro quedó inutilizado para siempre. Cómo deseaba poder seguir haciendo esos cinturones de cuero... Lo tenían ocupado mucho tiempo; además, era divertido. A veces los vendía a la gente que venía los fines de semana.

-Manfred, ¿sabes quién soy?

-No.

-Arnie Kott. Dime, ¿porqué no ríes, o sonríes siquiera alguna vez? ¿No te gusta correr y jugar?

Mientras Arnie Kott hablaba le salía bazofia por los ojos.

-Arnie, es obvio que no hace nada de eso, pero no nos incumbe, de todas maneras.

-¿Qué ves, Manfred? Comparte el secreto de lo que ves. Toda esa gente, ¿va a vivir aquí, no es cierto? ¿Es verdad, Manfred? ¿Puedes ver que toda esa gente terminará viviendo aquí?

Se llevó las manos a la cara y la bazofia dejó de salir.

-No entiendo porqué este niño nunca ríe.

-Gubble, gubble.

10

Dentro de la piel del señor Kott había huesos muertos; brillaban húmedos. El señor Kott estaba convertido en un saco de huesos sucios, a pesar de lo húmedo-brillante. Su cabeza era una calavera que absorbía cosas verdes y las mordía; dentro se pudrían mientras alguien las comía hasta dejarlas muertas.

Podía ver todo lo que pasaba dentro del señor Kott, la fecunda vida del *gubbish.*

Entretanto, lo de afuera decía:

-Me encanta Mozart; pondré esta cinta.

Estaba en una caja que decía *«Sinfonía N. 40 en Si bemol, Kegel 550».* El señor Kott jugueteó con los mandos del amplificador.

-Dirige Bruno Walter -dijo a sus invitados-; es un verdadero tesoro de la edad de oro de las grabaciones.

Una odiosa barahúnda de chillidos y aullidos salió de los altavoces, como las convulsiones de un cadáver, y el señor Kott detuvo el carrete de la cinta.

-Lo siento -murmuro.

Se trataba de un viejo mensaje codificado, de Rockingham tal vez, o de Scott Temple, o de Anne, o de cualquiera. El señor Kott se dio cuenta enseguida y pensó que había ido a parar accidentalmente a su biblioteca musical.

Mientras sorbía un trago Doreen Anderton dijo:

-¡Arnie, qué sorpresa! Podrías haberlo evitado. Tienes un sentido del humor...

-Fue un accidente -dijo Arnie Kott, enojado, y empezó a revolver para buscar otra cinta.

«Bah, al diablo con todo», pensó.

-Escucha, Jack -dijo, volviéndose-, lamento hacerte venir mientras tu padre está de visita. Pero me queda poco tiempo y quiero saber qué resultados has logrado con el niño Steiner. ¿Entendido?

La ansiedad y la preocupación le hicieron tartamudear. Miró a Jack lleno de esperanzas.

Pero Jack Bohlen no le escuchaba, le estaba hablando a Doreen, que estaba junto a él, sentada en el diván.

-Nos hemos quedado sin bebida -dijo Jack, dejando su vaso sobre la mesa.

-¡Por el amor de Dios! -dijo Arnie-. Necesito saber qué es lo que has hecho hasta ahora, Jack. ¿No puedes adelantarme nada? ¿O pensáis quedaros todo el tiempo ahí, murmurando y sobándoos? No me encuentro bien.

Se fue hacia la cocina, tambaleándose. Allí estaba Heliogábalo, sentado en un taburete alto, leyendo una revista.

-Prepárame un vaso de agua tibia y levadura -dijo Arnie.

-Sí, señor -dijo Heliogábalo dejando la revista mientras se ponía de pie-. Ya escuché. ¿Por que no les echa? Esa gente no sirve, señor; no sirve para nada.

Del armario que estaba sobre el fregadero sacó un sobre de bicarbonato; sirvió una cucharada de té.

-¿Acaso alguien te ha pedido tu opinión? -dijo Arnie. Demacrada, con el cansancio estampado en la cara, Doreen entró en la cocina.

-Arnie, creo que me voy a casa; no puedo aguantar mucho tiempo a Manfred. No deja de moverse a mi alrededor, nunca se sienta. No lo soporto.

Acercándose a Arnie le besó junto a la oreja.

-Buenas noches, querido.

-Leí el caso de un chico que creía ser una máquina -dijo Arnie-. Para que funcionara tenían

que enchufarlo. Quiero decir, tienes que hacer un esfuerzo y soportar a esos locos. No te vayas, te lo pido por mí. No sé porqué, pero Manfred está más tranquilo en presencia de una mujer. Tengo la sensación de que Bohlen no ha logrado ningún resultado. Iré a decírselo en la cara.

El pardo doméstico le puso el vaso de agua tibia y bicarbonato en la mano.

-Gracias -dijo Arnie y lo bebió aliviado.

-A pesar de las condiciones difíciles Jack Bohlen ha hecho un excelente trabajo -dijo Doreen-, no me gusta que hables mal de él.

Se balanceó ligeramente y sonrió.

-Estoy un poco mareada -concluyó.

-No eres la única -dijo Arnie.

Y rodeándole la cintura con el brazo la apretó con fuerza.

-Estoy tan borracho que me siento mal. Os confieso una cosa: ese chico me deprime también. Ya ves, puse esa vieja cinta en código. Debo estar loco.

Dejó el vaso y comenzó a desabrochar la parte superior de la blusa de ella.

-Helio, mira para otro lado, o sigue leyendo.

El pardo miró hacia otra parte.

Abrazado con fuerza a Doreen, Arnie siguió desabrochando la blusa y después empezó a hacer lo mismo con la falda.

-Ya sé que tienen ventaja sobre mí todos esos miserables terráqueos que están apareciendo ahora. El espía que tengo en la terminal no alcanza a contarlos a todos. Van a volverme loco. Vamos a la cama -dijo, besándola en la clavícula.

Siguió restregando la nariz, cada vez más abajo, hasta que ella le levantó la cara entre las manos.

En la sala, el gran técnico en reparaciones que había logrado quitar al señor Yee estaba chapuceando con el grabador a cinta; con dedos temblorosos consiguió colocar una nueva cinta. En un descuido había tirado el vaso al suelo.

«¿Qué pasará si llegan antes que yo? -se preguntó Arnie Kott, abrazado todavía a Doreen, moviéndose lentamente con ella en la cocina mientras Heliogábalo seguía leyendo-. ¿Y si no puedo comprar nada? Sería preferible morirse. -Obligó a Doreen a arquearse hacia atrás, sin dejar de pensar por un minuto-. Adoro a este planeta -se dijo-, tiene que haber un lugar para mí».

La música retumbó; Jack Bohlen había conseguido colocar otra cinta.

Doreen le dio un fuerte pellizco y él la soltó. Se fue hasta la sala y después de bajar el volumen dijo:

-Jack, hablemos de negocios.

-Bien -contestó Jack.

Doreen volvió de la cocina abotonándose la blusa e hizo un amplio círculo para evitar a Manfred, que estaba de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo. Tenía tendido ante sí un gran trozo de papel grueso, y usando engrudo pegaba sobre él figuras recortadas de revistas. Había manchas blancas sobre la alfombra, en los lugares donde había esparcido engrudo.

Arnie se acercó al niño e inclinándose hacia él le preguntó:

-¿Sabes quién soy, Manfred?

El niño no respondió ni dio señales de haber escuchado la pregunta.

-Soy Arnie Kott -dijo Arnie-. ¿Por qué no ríes a veces, o al menos sonríes? ¿No quieres ir a jugar?

Sentía pena por el niño, pena y angustia.

-Tendrías que darte cuenta de que no quiere, Arnie -dijo Jack con voz espesa e insegura-. Pero de todas maneras no es eso lo que nos preocupa.

Tenía la mirada turbia y la mano que sostenía el vaso temblaba.

Pero Arnie insistió.

-Dime *qué* ves, Manfred. Comparte el secreto con nosotros.

Esperó, pero sólo hubo silencio. El niño continuaba ensimismado en su pegatina. Había creado una especie de *«collage»* sobre el papel: una tira dentada de color verde, después una vertical gris, densa y amenazante.

-¿Qué significa? -preguntó Arnie.

-Es un lugar -dijo Jack-. Un edificio. Lo he traído.

Se fue y volvió con un sobre de papel manila, de adentro sacó un dibujo arrugado, hecho por un niño y se lo dio a Arnie para que lo viera.

-Ahí lo tienes; es eso -dijo Jack-. Querías que estableciera una comunicación con él; este es el resultado.

Tenía dificultad en pronunciar las palabras largas; se le trababa la lengua.

A Arnie, sin embargo, no le importaba lo ebrio que estuviese el mecánico. Estaba acostumbrado a que sus invitados se excedieran con la bebida. La de buena calidad es escasa en Marte y cuando la gente venía a casa de Arnie, en general actuaban como Jack Bohlen. Lo que le importaba era la tarea que había encomendado a Jack. Tomó el dibujo y empezó a estudiarlo.

-¿Es esto? -preguntó Arnie-. ¿Nada más?

-Nada más.

-¿Qué pasa con la cámara de movimiento retardado?

-Nada -contestó Jack.

-¿El niño puede predecir el futuro?

-Con toda seguridad -replicó Jack-. No hay duda de eso. El dibujo es una prueba de ello, a menos que nos haya oído hablar.

Volviéndose hacia Doreen, en voz lenta y pastosa le preguntó:

-¿Crees que nos oyó hablar? Ah, no, es cierto, tú no estabas. Era papá. No creo que haya oído. Escucha, Arnie; no tendría que haberte mostrado esto, pero me imagino que está bien; después de todo, ya es tarde. No debería mostrarle a nadie este dibujo. Así estarán los edificios dentro de un siglo; convertidos en ruinas.

-¿Qué demonios es? No entiendo el dibujo chiflado del niño. Tendrás que explicármelo.

-Se trata de «AM-WEB» -dijo Jack-, un enorme proyecto de Edificios de Apartamentos. Miles de personas habitarán allí; será el más grande de Marte; sólo que se cae a pedazos, es una ruina; así está en el dibujo.

Hubo una pausa. Arnie estaba estupefacto.

-Tal vez no te interesa -dijo Jack.

-¡Cómo que no! -exclamó Arnie, enojado.

Apretujó a Doreen, que estaba pensativa a su lado.

-¿Entiendes este dibujo?- le preguntó.

-No, querido -contestó ella.

-Escucha, Jack -dijo Arnie-. Quise que vinieras para darme un informe y mira lo que me muestras: un dibujo hecho por un retardado. ¿Quieres decirme dónde está el proyecto de vivienda?

-En las Montañas Franklin Delano Roosevelt -contestó Jack.

Arnie sintió que el pulso se le aminoraba; hizo un esfuerzo y volvió a la normalidad.

-Ah, sí, ya veo -dijo-. Ahora comprendo.

Jack, sonriente agregó.

-Ya me parecía, Arnie, porqué estás interesado en eso. Tú crees que soy un esquizofrénico, y Doreen también, mi padre piensa lo mismo... pero a mí me importan tus motivos. Puedo darte mucha información sobre el Proyecto de las Naciones Unidas en las montañas. ¿Qué más quieres saber? No se trata de una Estación de Energía ni de un Parque de Recreo. Se trata de un Proyecto Multihabitacional en colaboración con la *Cooperativa*. Será una estructura enorme con sus propios supermercados, panaderías, justo en medio del Cañón Henry Wallace.

-¿El chico dijo todo eso? -preguntó Arnie.

-No, mi padre.

-¿Tu padre es un especulador? -preguntó Arnie.

-Sí -respondió Jack.

-¡Jesús! -dijo Arnie a Doreen-, es el padre de este tipo, y ya ha comprado.

-Así es -confirmó Jack.

-¿Queda algo todavía? -preguntó Arnie.

Jack hizo un movimiento de asentimiento.

-¡Jesús! ¡Pensar que está entre mi personal! Nunca en la vida tuve tanta mala suerte.

-Hasta ahora no supe que era esto lo que querías averiguar, Arnie.

-Es cierto -dijo Arnie, y volviéndose a Doreen agregó-. Nunca le expliqué de qué se trataba; de modo que él no tiene la culpa.

Tomó, desganado, el dibujo del niño.

-Y tendrá este aspecto...

-Con el transcurso del tiempo -dijo Jack-. Al principio no.

-Tú sabías todo esto, pero nos avisaste demasiado tarde -dijo Arnie a Manfred.

-Demasiado tarde -repitió Jack.

Por fin acababa de entender y parecía abatido.

-Lo siento mucho, Arnie; lo siento de veras. Debiste avisarme.

-No te culpo a ti; todavía seguimos siendo amigos, Bohlen. Es mala suerte, nada más. Me doy cuenta que has sido honesto conmigo. ¡Maldita sea! ¡Qué mala suerte! Tu padre ya registró su participación, ¿no es cierto? Bueno, así están las cosas.

-Representa a un Grupo de Inversores -dijo Jack con la voz enronquecida.

-Por supuesto -agregó Arnie-, y disponen de capital ilimitado. ¿Qué puedo hacer contra eso? No puedo competir con ellos, soy un individuo solo.

-Toda esa gente -dijo dirigiéndose a Manfred y señalando el dibujo- va a vivir allí, ¿no es cierto? ¿No es cierto, Manfred? ¿Ves que allí va a vivir mucha gente? -su voz se elevó por encima de lo normal, perdido el control.

-Por favor, Arnie cálmate -dijo Doreen-, veo que estás muy alterado y no debe ser así.

Levantando la cabeza hacia ella, Arnie dijo en voz baja.

-No entiendo porqué este niño no ríe nunca.

El niño habló de súbito.

-Gubble, gubble.

-Eso es -dijo Arnie con amargura-, eso es. Ahora tenemos una verdadera comunicación, niño. *Gubble, gubble.*

Dirigiéndose a Jack dijo:

-Veo que has logrado establecer una verdadera comunicación según parece.

Jack no contestó; parecía triste e inquieto.

-Por lo visto nos llevará mucho más tiempo de lo que pensábamos -dijo Arnie- hacer que este niño hable con nosotros. ¿Verdad? Lástima que no vamos a seguir con el proyecto. No quiero saber nada más.

-No hay razón para que continúes -dijo Jack.

-Eso es -dijo Arnie-. Esto lo arregla todo; se terminó tu trabajo.

-Pero puedes seguir empleándole para... -dijo Doreen.

-Naturalmente -dijo Arnie-, siempre se necesita un buen mecánico en reparaciones para cosas como la codificadora. Todos los días se estropean miles de aparatos. Me refiero a este trabajo en particular; en cuanto al niño, enviadlo de vuelta al Instituto *Ben Gurion*. «AM-WEB». ¡Qué os parece! Los edificios cooperativa siempre tienen nombres raros como ese. Y pensar que la *Cooperativa* se traslada a Marte. Es una empresa muy importante, estoy seguro que pagarán muy bien las tierras que compren; ellos tienen el dinero. Dile a tu padre, de mi parte, que es un astuto hombre de negocios.

-Arnie, quisiera darte la mano -dijo Jack.

-Cómo no, Jack.

Arnie alargó la mano y los dos se dieron un largo apretón, en silencio, mirándose

directamente a los ojos.

-Espero verte a menudo, Jack. Esto no es el fin entre nosotros; al contrario, es el principio.

Soltó la mano de Jack y se fue hacia la cocina, donde quedó solo, pensativo.

Doreen fue a hacerle compañía a los pocos minutos.

-¿Ha sido un golpe terrible para ti, no es cierto? -dijo la joven, rodeándole con sus brazos.

-Muy mala noticia -dijo Arnie-. Hacía tiempo que no recibía tan malas noticias. Pero no temas, ya me repondré. La *Cooperativa* no me asusta. Lewinstown y el *Gremio de los Fontaneros* estuvieron aquí antes que ellos; mucho después que se hayan ido, nosotros seguiremos aquí. Todo habría sido distinto si hubiera empezado este asunto con el niño Steiner un tiempo antes. Y no le echo la culpa a Jack.

Pero en el fondo de su corazón era otra cosa lo que pensaba. *«Jack, desde el principio estuviste contra mí. Estabas del lado de tu padre, también desde el principio, desde el momento que te contraté».*

Volvió a la sala. Jack estaba manejando los mandos de la grabadora, silencioso y apesadumbrado.

-No lo tomes a pecho -le advirtió Arnie.

-Gracias, Arnie -dijo Jack con los ojos opacos-, siento haberte desilusionado.

-A mí no, Jack, eso es imposible.

Manfred continuaba pegoteando en el suelo, ajeno a todo y a todos.

Mientras llevaba a su padre de regreso a casa, después de dejar atrás la Cordillera Franklin Delano Roosevelt, Jack se preguntaba si debía enseñarle a Arnie el dibujo de Manfred. «¿Lo llevaré a Lewinstown para enseñárselo? -se preguntó-. Parece tan poca cosa... Después de tanto tiempo supongo que tendría que haber conseguido algo más». De todas maneras, sabía que esa noche tendría que encontrarme con Arnie-Tengo que seguir adelante.

-¡Qué desolado es este lugar! -dijo su padre, señalando el desierto con la cabeza-. Es asombroso lo que han hecho en materia de recuperación. Tendrían que estar orgullosos.

Pero tenía la atención puesta en los mapas; hablaba por pura formalidad, para cubrir las apariencias.

Jack se comunicó con Arnie, en Lewinstown, a través de la radio del helicóptero.

-Disculpa un momento papá, tengo que hablar con mi jefe.

Los ruidos iniciales de la radio lograron atraer, por un momento, la atención de Manfred. Dejó de mirar los dibujos y levantó la cabeza.

-Vendrás conmigo -dijo Jack al niño.

La comunicación no tardó en establecerse.

-Hola, Jack -resonó la voz de Arnie-; estuve tratando de comunicarme contigo, ¿puedes...?

-Iré a verte esta noche -dijo Jack.

-¿No podría ser antes, por la tarde quizá?

-Temo que no pueda ser antes de la noche -repuso Jack- No hay... -vaciló un instante-... nada para mostrarte hasta entonces.

Jack pensó que si le veía en ese momento le diría todo lo que sabía en cuanto al proyecto de las Naciones Unidas. Decidió esperar hasta que su padre presentara la petición y después ya no importaría lo que pudiera averiguar Arnie.

-Entonces esta noche -confirmó Arnie-. Estaré sentado sobre alfileres Jack. Sé que me traerás alguna novedad, tengo confianza en ti.

Jack le dio las gracias y, después de despedirse, cortó la comunicación.

Cuando terminó de hablar su padre comentó:

-Tu jefe parece todo un caballero y, por lo que veo, tiene un alto concepto de ti. Me imagino que un hombre con tu habilidad es muy valioso en cualquier Organización.

Jack no dijo nada; comenzaba a sentirse culpable. Se dirigió a Manfred y le dio una hoja de papel en blanco después de quitarle la hoja con un dibujo que el niño tenía.

-Hazme un dibujo -dijo- de lo que sucederá esta noche entre el señor Kott y yo. ¿Eres

capaz de hacerlo, Manfred? ¿Puedes ver lo que pasará esta noche? Tú, yo, el señor Kott, todos en la casa del señor Kott.

Después de elegir un lápiz azul, el niño empezó a dibujar y Jack no dejó de observarle mientras pilotaba el helicóptero.

Manfred empezó a trazar algunas líneas con todo esmero; al principio Jack no podía descifrar lo que estaba haciendo, pero cuando la escena estuvo terminada, porque de eso se trataba, Jack quedó con la respiración cortada por el asombro. El niño había dibujado dos hombres; uno le pegaba al otro en el ojo.

Al terminar, Manfred soltó una risita chillona y nerviosa y apretó el dibujo contra sí.

Jack sintió un escalofrío por todo el cuerpo; transpiraba un sudor frío causado por la ansiedad que aumentó su malestar. A pesar de eso concentró más la atención en los mandos.

«¿Eso es lo que sucederá? -se preguntó en silencio-. Arnie y yo nos pelearemos y tú serás testigo, o al menos algún día lo sabrás».

-Jack -dijo Leo-, vas a llevarme hasta la *Compañía Abstracta*, ¿verdad? Quiero bajar allí para presentar todos los documentos. Preferiría ir directamente a la *Compañía* y no pasar por casa. Te confieso que estoy algo intranquilo. No creo que no haya negociantes locales que no estén a la expectativa y debo tener mucho cuidado.

-Lo único que puedo decirte es que estás haciendo algo inmoral -dijo Jack.

-Deja que maneje mis asuntos a mi manera -dijo el padre-; así hice siempre mis negocios Jack, y no tengo intenciones de cambiar.

-Yo lo llamo usura -contestó el hijo.

-No tengo ganas de discutir contigo -dijo Leo-; esto no te interesa. Si no quieres ayudarme, después de haber viajado miles de kilómetros para venir hasta aquí, me las arreglaré con el transporte público.

Habló en tono suave, pero la cara se le había congestionado.

-Te llevaré -dijo Jack.

-No puedo soportar que me den lecciones de moral -agregó el padre.

Jack no replicó e hizo girar el helicóptero hacia el sur, donde se encontraba el edificio de las Naciones Unidas, en Pax Grove.

Manfred continuaba dibujando con los lápices de colores. El hombre que había recibido el golpe en el ojo estaba caído y parecía muerto. Jack pudo verlo; la silueta caía de espaldas y después quedaba inmóvil. *«¿Seré yo?* -se preguntó-. *¿O es Arnie? Algún día, quizá pronto lo sabré».*

Dentro de la piel del señor Kott los huesos estaban muertos, brillantes y húmedos. El señor Kott era un saco de huesos sucios, a pesar de lo húmedo-brillante. La cabeza era una calavera que aspiraba verduras y las mordía; dentro, las verduras se pudrían y alguien las comía para matarlas.

Jack Bohlen también era un saco muerto, lleno de bazofia. El exterior engañaba a cualquiera, estaba bien pintado y tenía un hermoso color. Le vio reclinado sobre la señorita Anderton. La deseaba con locura. Vertía su yo húmedo y pegajoso cerca de ella y las palabras de gusanos muertos le salían de la boca.

-Me encanta Mozart -dijo el señor Kott-; pondré esta cinta.

Jugueteó nerviosamente con los mandos del amplificador.

-Dirige Bruno Walter -agregó-. Es un tesoro de la era dorada de las grabaciones.

De los altavoces salió un odioso barullo de chillidos y aullidos, como convulsiones de un cadáver, y el señor Kott detuvo la cinta.

-Lo siento -murmuró Arnie Kott.

Sobresaltado por el ruido, Jack Bohlen olió el cuerpo de la mujer que estaba junto a él; vio cómo la respiración perlaba el labio superior donde el lápiz labial corrido parecía un tajo. Deseó morder esos labios, hacerlos sangrar. Quería hundirle los pulgares en las axilas y mover las manos en círculo para acariciarle los pechos; entonces sentiría que le pertenecían y

podía hacer lo que quisiera con ellos. Ya había empezado a hacerlo; era divertido.

-¡Qué sorpresa! -dijo ella-. Podrías haberlo evitado, Arnie. ¡Tienes un sentido del humor!

-Fue un accidente -dijo Arnie, y empezó a buscar otra cinta.

Jack alargó la mano hasta tocar los muslos de la mujer. Pudo sentir que no llevaba nada bajo la falda. Le acarició largamente las piernas y las levantó hacia arriba, hasta dejar las rodillas apretadas contra sí y ella parecía un animal sentado en cuclillas, a la expectativa. Jack pensó: «No puedo esperar a salir de aquí para que podamos estar solos y juntos. ¡Dios mío!, cómo deseo sentirte sin ninguna ropa entre los dos». Después le apretó los tobillos entre las manos, haciéndola chillar de dolor y placer. Ella le sonrió.

-Escucha, Jack -dijo Arnie Kott, volviéndose hacia él-. Lo siento.

Las palabras se ahogaron y Jack no escuchó el resto. A su lado, la mujer le estaba diciendo algo. «Date prisa -parecía decirle-, tampoco yo puedo esperar». Entre los labios el aliento entrecortado se escapaba siseando mientras le miraba fijamente, la cara muy cerca del rostro de él, los ojos enormes como si estuviera empalada.

Ninguno escuchaba lo que Arnie decía; la habitación estaba en silencio.

¿Había perdido algo de lo que dijo Arnie? Jack extendió la mano para tomar el vaso, pero estaba vacío.

-No hay más bebida -dijo, dejando el vaso sobre la mesa de café.

-¡Por Dios, Jack! Estoy ardiendo por saber lo que has logrado. ¿No puedes adelantarme nada? -dijo, yendo hacia la cocina, y su voz se fue apagando.

La mujer continuaba mirando a Jack con la boca floja, como si estuviera tan apretada contra él que apenas podía respirar.

«Tenemos que salir de aquí enseguida -pensó Jack-, para estar solos».

Sólo entonces miró alrededor y comprobó que ya estaban solos. Arnie había salido de la habitación y no les veía. Le oyó conversar con su sirviente pardo en la cocina. Entonces estaban solos.

-Aquí no -dijo Doreen.

Pero un estremecimiento la sacudió, incapaz de resistir el contacto de él al ceñirle la cintura; ella también lo deseaba y no podía resistir más.

-Sí; pronto, por favor -dijo, y cerrando los ojos con fuerza le clavó las uñas en los hombros, mientras todo su cuerpo se estremecía de ansiedad-. En el costado, los botones de la falda -susurró.

Al inclinarse sobre ella, la lánguida belleza se deshojó. Grietas amarillas surcaban los dientes rajados que se hundían en las encías verdes y secas como el cuero. Ella tosió, escupiéndole una nube de polvo sobre el rostro. Se dio cuenta de que la bazofia la había poseído antes de que él pudiera hacerlo. La dejó caer. Al desplomarse hacia atrás, los huesos de ella crujieron como astillas que se rompen.

Se fundió la sustancia opaca de los ojos y la pestaña de uno de ellos se convirtió en la pata mullida y temblorosa de un insecto atascado en la órbita, luchando por salir. Un ojillo pequeño, como la punta de un alfiler rojo, espiaba desde el borde del ojo ciego; luego se escondió. Enseguida el insecto se agitó, hinchando el ojo de la mujer, y miró de aquí para allá, a través de la lente visual. Lo vio sin lograr distinguir si era un objeto o una persona; ya no podía hacer uso del mecanismo podrido detrás del cual se encontraba.

Como un par de balones maduros sus senos se desinflaron con un zumbido sibilante y, de las bolsas vacías, a través de la telaraña de grietas que los atravesaba, se elevó una nube de esporas que flotó hasta el rostro de él. Era el olor viejo y enmohecido de la bazofia que hacía tiempo se había adueñado del interior y ahora se abría paso hacia la superficie.

La boca muerta se contorsionó desde lo más profundo; el conducto que era la garganta emitió una voz.

-Tardaste demasiado -susurró.

La cabeza cayó hacia un lado, dejando expuesta la punta blanca como un palo donde terminaba el cuello.

Cuando Jack la soltó, formó un montículo de escamas casi transparentes, como la piel desechada por las serpientes; no pesaba casi nada. El se las sacudió con un movimiento de la mano y al mismo tiempo, sorprendido, la oyó hablar en la cocina.

-Arnie, creo que me voy a casa. No puedo soportar a Manfred, no deja de moverse un minuto.

Volvió la cabeza y la vio junto a Arnie, en el momento en que le besaba la oreja.

-Buenas noches, querido -dijo la joven al despedirse.

-En alguna parte leí sobre un chico que creía ser una máquina -dijo Arnie, cerrando la puerta.

Jack no pudo verles más ni oír lo que decían. Se restregó la frente. «¿Qué me sucede? -pensó-. ¡Que borrachera tengo! Se me parte la cabeza...». Parpadeó varias veces, tratando de despejarse. No lejos de él, sobre la alfombra, Manfred recortaba una figurita de una revista con unas tijeras afiladas. El crujido del papel distrajo a Jack, haciéndole más difícil concentrar su difusa atención.

Tras la puerta de la cocina escuchó una respiración afanosa y luego algunos gruñidos profundos. «¿Qué están haciendo?», se preguntó. Los tres estaban encerrados en aquel lugar: ella, Arnie y el sirviente pardo... Los gruñidos se hicieron más lentos y después se apagaron. No oyó nada más.

En medio de su confusión, casi desesperado, Jack deseó encontrarse en su casa. Se preguntó qué debía hacer para salir de aquel lugar. Era incapaz de actuar o pensar claramente. Sintiéndose enfermo y muy débil se dejó estar en el sofá, sin moverse.

En su cerebro sintió una voz que decía: *«Gubble, gubble, gubble.* Soy *gubble, gubble, gubble».*

«Basta», le dijo.

«Gubble, gubble, gubble», le contestó.

Sintió que le caía polvo desde las paredes. En torno de sí la habitación empezó a crujir, vetusta y podrida. *«Gubble, gubble, gubble* -decía la habitación-. La *Gubbler* está aquí para *gubble, gubble* y transformarte en *gubbish».*

Logró ponerse en pie con un gran esfuerzo; le temblaban las piernas. Paso a paso se acercó al amplificador y grabador de Arnie. Abrió la caja y tomó un carrete de cinta; tras varios intentos su mano insegura logró colocar el carrete en el eje.

La puerta se abrió levemente y notó que un ojo le miraba por la hendija, pero no sabía de quién se trataba.

«Tengo que salir de aquí -se dijo Jack Bohlen-; contra esto. Tengo que romper este cerco o me devorará».

«Me está devorando».

Con un movimiento convulsivo hizo girar el botón del volumen y la música estalló en la habitación, ensordeciéndole; inundó la habitación, se derramó por las paredes, fustigó la puerta entreabierta de la cocina, atacó a todos y a todo lo que estaba cerca.

Saltaron las bisagras de la puerta y ésta cayó hacia adelante, con estrépito. Un objeto, arrancado por la música, salió del lado de la cocina. La cosa se escurrió junto a él y se detuvo contra el mando del volumen. La música se apagó.

Se sintió mejor; gracias a Dios había recuperado la cordura una vez más.

Jack Bohlen dejó a su padre en la *Compañía Abstracta* y siguió rumbo a Lewinstown, llevando a Manfred al apartamento de Doreen Anderton.

-¿Qué sucede, Jack? -preguntó la joven al abrir la puerta y encontrarle allí.

Él y Manfred entraron por la puerta abierta, sin vacilar.

-Vamos a pasar una mala noche -dijo él.

-¿Estás seguro? -preguntó ella sentándose frente a él-. ¿Tienes obligación de ir? Si, claro, me imagino que sí; pero tal vez te equivocas.

-Manfred me avisó a su manera; él ya lo vio -dijo Jack.

-No temas -dijo Doreen suavemente.

-No puedo evitarlo -contestó Jack.

-¿Por qué piensas que te va ir mal?

-No lo sé, Manfred no pudo explicármelo.

-Pero, después de todo, has podido comunicarte con él. Eso es lo que Arnie quiere.

-Espero que tú estés, también -dijo él.

-Por supuesto que estaré -dijo ella-, aunque no sé de qué puede servir. ¿Acaso mi opinión vale algo? Estoy segura de que Arnie quedará muy satisfecho. A decir verdad creo que tienes un ataque de ansiedad injustificado.

-Esta noche será el fin entre Arnie y yo -dijo Jack-, lo presiento no sé por qué.

Sintió náuseas en el estómago, al agregar:

-A veces me parece que Manfred no sólo conoce el futuro sino que, de alguna manera, lo *controla,* y es capaz de hacerlo lo peor posible porque es lo natural para él; así es como ve la realidad. Ya está empezando a influenciarnos a nosotros para cambiar el modo como vemos las cosas, y los acontecimientos que estamos acostumbrados a presenciar, por alguna razón, no se realizan de la misma forma. Parece que al estar junto a él nos hundiéramos en su propia realidad. No estoy acostumbrado a sentirme de esta manera; nunca había tenido un sentimiento así con respecto al futuro.

Después permaneció en silencio.

-Lo que sucede -dijo Doreen- es que has estado demasiado con él. Ciertas tendencias tuyas... tendencias a la inestabilidad -dijo, tras vacilar-; todo se ha complicado. Tendrías que haberlo atraído hacia nuestro mundo para que compartiera la realidad de nuestra sociedad, y en cambio creo que él te ha llevado hacia la suya. No creo que se trate de ningún preconocimiento; pienso que en cuanto a eso hubo un error desde el principio. Será mejor que te desentiendas de todo. Si dejaras al niño... -miro a Manfred que estaba junto a la ventana mirando hacia la calle- si no tuvieras nada más que ver con él.

-Ya es demasiado tarde -dijo Jack.

-No eres psicoterapeuta ni médico -dijo Doreen-; una cosa es que el doctor Glaub esté en contacto día a día con personas autistas o esquizofrénicas, pero tú..., tú eres simplemente un mecánico que tropezó con esto debido, simplemente, a un loco impulso de Arnie. Estabas de casualidad cerca de él, arreglando la codificadora, y terminaste con este encargo. Jack, creo que no deberías ser tan pasivo. No permitas que la casualidad cambie tu vida. ¡Por el amor de Dios! ¿No te das cuenta qué significa esa pasividad?

-Imagino que sí -dijo él tras una pausa.

-Dilo, entonces.

-Toda persona esquizofrénica tiene tendencia a la pasividad. Lo sé -afirmó Jack.

-Toma una decisión, no sigas adelante con esto. Llama a Arnie y dile francamente que no te sientes capacitado para encargarte de Manfred. Tendría que volver al Instituto *Ben Gurion* para que el doctor Glaub pueda seguir tratándole. Allí pueden construir la cámara lenta, ¿acaso no estaban a punto de hacerlo?

-No creo que nunca lo concreten; hablaban de importar el equipo desde la Tierra. Ya sabes lo que eso significa -dijo Jack.

-Tampoco tú podrás concretarlo nunca -afirmó Doreen-, porque antes de terminar habrás perdido la razón. Yo también puedo prever el futuro. ¿Quieres saber lo que veo? Te veo con un desequilibrio peor que el primero y anticipo que tendrás un colapso psicológico total, si continuas con este trabajo. Ya estás dominado por una aguda ansiedad esquizofrénica, el pánico se está apoderando de ti. ¿No es verdad?

Él asintió.

-Tuve la experiencia de mi hermano -dijo Doreen-, pánico esquizofrénico. Una vez que ataca a una persona es imposible de olvidar. El colapso de la realidad que los rodea, el derrumbe de las percepciones de tiempo y espacio, causa y efecto... ¿No es eso lo que te está sucediendo ti? Hablas como si ningún acto tuyo pudiera alterar la reunión con Arnie, y creo

que ese es un gran retroceso de tu parte, considerando que eres un adulto maduro y responsable. Te desconozco.

La joven respiraba profundamente, con el pecho agitado de indignación, cuando anunció:

-Llamaré a Arnie para decirle que abandonas el proyecto. Tendrá que llamar a otro para que termine lo de Manfred. Le diré, además, que no has conseguido nada y es inútil que continúes en esto. Ya he visto antes algunos caprichos de Arnie, los elabora por algunos días o unas semanas, y después los olvida. También se olvidará de esto.

-No, estoy seguro de que no lo olvidará -afirmó Jack.

-Prueba -le dijo ella.

-No -contestó él-. Tengo que presentarme esta noche y darle el informe de los resultados obtenidos. Se lo prometí y, por lo tanto, tengo esa obligación con él.

-Eres un idiota -dijo Doreen.

-Lo sé -reconoció Jack-, pero no por lo que tú piensas. Soy un idiota porque acepté un trabajo sin pensar en las consecuencias. Yo... -se interrumpió-, quizá tienes razón. No estoy capacitado para trabajar con Manfred. Eso es. Punto.

-Pero no obstante sigues adelante. ¿Qué piensas enseñar a Arnie esta noche? Enséñamelo ahora.

Jack sacó el sobre y extrajo de él el dibujo de los edificios que había hecho Manfred. Doreen lo estudió atentamente; luego se lo devolvió a Jack.

-Es un dibujo enfermo y maligno -dijo la joven con voz casi inaudible-. Sé de qué se trata. *Es el mundo de la tumba.* ¿No es cierto? Eso es lo que dibujó. *El mundo después de la muerte.* Es lo que él ve y, a través de él, lo estás empezando a ver tú. ¿Es eso lo que vas a enseñarle a Arnie? Creo que estás perdiendo el sentido de la realidad. ¿Crees que Arnie quiere ver algo tan abominable como eso? Será mejor que lo quemes.

-No es para tanto -dijo él, profundamente perturbado por la reacción de Doreen.

-Claro que lo es -afirmó la joven-, y me parece muy mal síntoma que no te cause la misma impresión. ¿No fue al principio?

Tuvo que asentir con la cabeza.

-Ya ves que tengo razón -dijo ella.

-Tengo que seguir adelante -insistió él-; esta noche te veré en su casa.

Fue hasta la ventana y golpeó suavemente el hombro de Manfred.

-Ahora tenemos que irnos; esta noche volveremos a ver a esta señora y también al señor Kott -le dijo.

-Adiós, Jack -dijo Doreen, acompañándole hasta la puerta, con la desesperación reflejada en los grandes ojos oscuros-. Veo que no puedo hacer nada por detenerte; has cambiado; estás mucho menos... vivo que hace uno o dos días. ¿Lo sabías?

-No -admitió él-; no me había dado cuenta.

No fue una sorpresa escucharlo, pues de alguna manera lo sentía; había algo que le hacía pesar los miembros y le ahogaba el corazón. Inclinándose hacia ella la besó en los labios generosos y dulces.

-Nos veremos por la noche -dijo.

Ella permaneció junto a la puerta, en silencio, alejarse con el niño.

Antes de que cayera la noche Jack decidió pasar por la Escuela Pública y buscar a su hijo. En ese lugar más que en ningún otro se daría cuenta de si Doreen tenía razón. Podría establecer si su estado moral y su habilidad para distinguir la realidad de las proyecciones de su inconsciente habían quedado bloqueados o no. La Escuela Pública era la prueba máxima para él. Mientras conducía el helicóptero de la *Compañía Yee* hacia ese lugar sintió, en lo profundo, que era capaz de controlarse en una segunda visita a la escuela.

Sentía una profunda curiosidad, también, por comprobar la reacción de Manfred ante el lugar y las máquinas de enseñar y todo el equipo de simulación. Desde hacía tiempo tenía el presentimiento de que Manfred tendría una reacción notable al enfrentarse a los maestros de la escuela, similar a la suya tal vez, o quizá diametralmente opuesta; tendría alguna reacción,

de eso no le cabía la menor duda.

Pero se preguntó resignado si no sería demasiado tarde. ¿Acaso el trabajo no había quedado anulado porque a Arnie ya no le importaba?

«¿No estuve aquí ya, esta misma noche? ¿Qué hora es? -pensó con temor-. He perdido el sentido del tiempo».

-Vamos a la Escuela Pública -le dijo a Manfred-. ¿Te gusta la idea? Verás la escuela a la que va David.

Los ojos del niño brillaron de entusiasmo. «Sí -parecía decir-. Me gusta mucho. Vamos».

-Está bien -dijo Jack.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para dominar los controles del helicóptero. Se sentía en el fondo de un mar estancado, luchando desesperadamente por respirar, casi imposibilitado de moverse. ¿Pero, por qué?

No lo sabía. Siguió adelante como mejor pudo.

11

Dentro de la piel del señor Kott los huesos muertos brillaban húmedos. El señor Kott estaba convertido en un saco de huesos sucios, y sin embargo húmedo-brillantes. Su cabeza era una calavera que absorbía verduras y las mordía; adentro se pudrían mientras alguien las comía para matarlas. También Jack Bohlen era un saco muerto, palpitante de bazofia. El exterior engañaba a todos, con lindos colores y buen olor, mientras se inclinaba sobre la señorita Anderton; él lo vio y pudo ver también que la deseaba de una manera sucia. Vertía su yo pegajoso cada vez más cerca de ella. Los gusanos muertos de sus palabras se escondían entre los pliegues de la ropa de ella, algunos se adhirieron a la piel y le entraron en el cuerpo.

-Me encanta Mozart -dijo el señor Kott-; voy a poner esta cinta.

Estaba en una caja que decía «*Sinfonía N. 40 en Si bemol, Kegel 550*».

La ropa le molestaba; estaba llena de cabellos, polvos y los excrementos de las palabras-insectos. Ella se rascó y las ropas se hicieron jirones. Clavó los dientes en los harapos y empezó a chuparlos.

-Dirige Bruno Walter -dijo el señor Kott manejando la perilla del amplificador-; un verdadero tesoro de la edad de oro de las grabaciones.

Una odiosa barahúnda de chillidos y aullidos salió de algún lugar de la habitación; después de un rato se dio cuenta que era ella; tenía convulsiones internas, todas las cosas-cadáveres que había en ella tenían convulsiones, se arrastraban luchando por salir a la luz de la habitación. ¡Dios! ¿Qué podría hacer para detenerlos? Le salían por los poros, una membrana pegajosa que caía al suelo, metiéndose las rendijas de los tablones.

-Lo siento -murmuró Arnie Kott.

-¡Qué sorpresa! -dijo ella-. Arnie tendrías que ahorrarnos el susto.

Se levantó del sofá, sacudiéndose la cosa negra y maloliente que tenía adherida.

-¡Qué sentido del humor! -dijo la joven.

Al volverse la vio quitarse la última prenda de vestir. Él dejó la cinta grabada y se acercó hacia ella, con los brazos extendidos.

-Hazlo -dijo ella.

Luego les vio a los dos juntos en el suelo. Él se sacó ropas ayudándose con los pies, enganchó la tela con el dedo grande y empujó hasta quitársela por completo. Ambos rodaron por el suelo, en un abrazo apretado, llegaron a la cocina y allí siguieron, agitados y sudorosos, jadeando en medio del calor y el polvo y la humedad de sus cuerpos.

-Más -dijo ella, clavando las rodillas en los costados de él para hacerle daño.

-Fue un accidente -dijo él, aplastándola contra el suelo y respirando sobre su cara.

Un par de ojos se asomó sobre el borde de la cocina; algo les espiaba mientras permanecían tendidos en la oscuridad. Algo vigilaba. Había dejado a un lado las tijeras, el

engrudo y las revistas. Había tirado todo eso para mirar y regodearse y saborear cada tumbo de los dos.

-Vete -dijo ella a eso.

Pero no se fue.

-Más -repitió ella entonces.

Y eso rió, rió más y más mientras ella seguía moviéndose a pesar del peso que la aplastaba. No podían parar.

«Gubble, gubble -decía ella-. *Gubble, gubble, gubble.* Pon tu *gubble* dentro de mí, en mi *gubble.* Me gusta. No pares. *Gubble, gubble, gubble».*

Mientras Jack Bohlen pilotaba el helicóptero hacia el campo de aterrizaje de la escuela, justo debajo de ellos, miró a Manfred tratando de adivinar sus pensamientos. Absorto en su mundo interior, Manfred Steiner miraba sin ver, con los rasgos contorsionados en una mueca que repugnó a Jack, obligándole a desviar la mirada.

Se preguntó por qué se había mezclado con el niño. Doreen tenía razón. Era algo superior a sí mismo y la presencia que tenía cerca sólo lograba reactivar las tendencias esquizofrénicas y el aspecto inestable de su personalidad. Asimismo, no sabía cómo salir de la situación. Por alguna razón pensaba que era demasiado tarde; como si el tiempo se hubiera desplomado dejándole allí para el resto de la eternidad, atrapado en una extraña simbiosis con esta criatura muda y desgraciada que sólo parecía indagar en su interior y examinar sin cesar su mundo íntimo.

Evidentemente a través de su contacto con el niño se había impregnado con la visión del mundo de éste y, como consecuencia, se estaba produciendo una desintegración paulatina y fatal de su propia actitud frente a la vida.

«Esta noche -pensó-. Tengo que seguir hasta esta noche. De alguna manera debo aguantar hasta encontrarme con Arnie Kott. Sólo entonces podré desligarme de todo esto y volver a mi propio mundo, a mi propio espacio. No tendré necesidad de volver a ver a Manfred Steiner. Por Dios, Arnie, sálvame».

-Hemos llegado -dijo, mientras el helicóptero se detenía bruscamente en el techo.

Apagó el motor.

Ansioso por salir, Manfred no tardó en intentar abrir la puerta.

«De manera que deseas ver esto -pensó Jack-. Me pregunto por qué».

Se paró para abrir la puerta del helicóptero. Manfred bajó al techo de un salto y salió corriendo a la rampa de descenso, como si supiera el camino de memoria.

Cuando Jack bajó del helicóptero, el niño ya se había perdido de vista. Salió corriendo solo por la rampa y se metió en la escuela.

Jack pensó en Doreen Anderton y Arnie Kott, las dos personas con las que en ese momento tenía relaciones más intimas, lazos más fuertes. Manfred había abierto una brecha entre ellos, alterando el delicado equilibrio de esa conexión.

«¿Después de esto qué me espera?», se preguntó. Si se aislaba de ellos, todo lo demás, su hijo, su mujer, su padre, el señor Yee, todo se desmoronaba automáticamente, sin ofrecer resistencia.

Si continuaba a merced del niño psicótico sólo podía imaginar una triste perspectiva. Empezó a comprender con más claridad en qué consistía la psicosis: la absoluta alienación de las percepciones del mundo exterior, especialmente de lo que más nos importa, la gente con sentimientos cálidos que nos rodea. Y en su lugar, ¿qué encontramos? Una obsesiva preocupación por la interminable marea del yo íntimo; cambios originados en uno mismo que sólo afectan al mundo interior. Se produce un desbordamiento de ambos mundos, el interno y el exterior, de modo tal que ninguno se vincula con el otro. Los dos continúan existiendo, sí, pero cada cual por su lado.

Significa la paralización del tiempo; el fin de toda experiencia, de lo nuevo. Cuando una persona se convierte en psicótica nada más vuelve a sucederle.

Llegó a un punto que estaba en el umbral de una situación similar; quizá siempre había sido así y llevaba el estigma implícito desde el principio. Pero el encuentro con el niño había acelerado el proceso.

Imaginó un yo coagulado, inmóvil e inmenso que anulaba todo lo demás, ocupando el lugar de la realidad. Entonces al cambio más insignificante se prestaba la mayor atención.

Nos encontramos ahora en terrenos de Manfred; desde el principio fue así. La última etapa del proceso psicótico.

-Espera Manfred- gritó mientras seguía al niño por la rampa que llevaba al interior de la Escuela Pública.

Mientras bebía café en la cocina de June Hennessy, Silvia Bohlen se descargaba de sus últimos problemas.

-Lo peor de ellos -dijo, refiriéndose a Ema Steiner y sus hijos- es que son tan vulgares; hay que reconocerlo. Está mal hablar de esta manera, pero estoy obligada a tener mucho contacto con ellos y no puedo dejar de notarlo. A diario me he dado de narices con la verdad.

Vistiendo shorts blancos y un diminuto corpiño, Hennessy caminaba descalza mientras regaba con una jarra de cristal varias plantas de interior que adornaban la casa.

-Ese niño es un caso raro, ¿verdad? -preguntó.

-Y lo malo es que lo tenemos todo el día -dijo Silvia estremeciéndose-. Jack trabaja con él, ya sabes, tratando de incorporarle al mundo. Por mi parte creo que tendrían que exterminar a todos los anormales. A la larga, resulta destructivo permitirles que sigan viviendo; es una falsa piedad para ellos y para nosotros. Piensa que ese niño necesitará atención mientras viva; jamás podrá salir de una institución.

June volvió a la cocina con la jarra vacía.

-Quiero contarte lo que Tony hizo el otro día -dijo. Tony era su amante del momento y tenían una aventura desde hacía seis meses. June se encargaba de informar a sus amigas de todos los detalles, especialmente a Silvia.

-Estuvimos almorzando en un restaurante francés muy bueno, que hay en Ginebra II. Pedimos caracoles, ¿sabes? Los sirven dentro del caparazón y hay que sacarlos con un tenedor raro, muy largo. Por supuesto son comidas que se consiguen en el Mercado Negro. ¡Y pensar que hay restaurantes que sólo sirven exquisiteces del Mercado Negro! Yo no lo sabía hasta que Tony me llevó; claro, no puedo decirte como se llama.

-Caracoles... -dijo Silvia con repugnancia.

Pensó en los platos deliciosos que ella habría pedido si hubiera tenido un amante que la llevara a cenar.

¿Cómo sería tener una aventura? Arriesgado, por cierto, pero bien valía la pena siempre que una fuera capaz de ocultárselo al marido. David era el único inconveniente; además, ahora Jack trabajaba en casa buena parte del día, y estaba su suegro de visita. Pensó también en Ema Steiner, que vivía al lado; nunca podría recibir a un amante en su casa. La corpulenta y deforme mujer podía ver algo y sería capaz de sacar sus propias conclusiones, y no sería raro que, inspirada en cierto sentido prusiano del deber, informara a Jack. Después de todo, ¿no era el riesgo, precisamente lo que hacía más excitante la aventura? ¿No contribuía a darle cierto sabor especial?

-¿Qué haría tu marido si se enterara? -preguntó Silvia-; cortarte en pedacitos; eso es lo que haría Jack.

-Después que nos casamos Mike tuvo varias aventuras amorosas. Se enfadaría, es cierto, y quizá me pondría un ojo morado y tal vez se iría de juerga una semana con alguna amiguita, dejándome plantada con los chicos. Pero estoy completamente segura de que pronto se le pasaría. Silvia se preguntó si Jack habría tenido alguna aventura. No lo creía posible. Se preguntó, a su vez, cómo reaccionaría ella de enterarse. ¿Sería el fin de su matrimonio? Sí, se dijo, buscaría enseguida un abogado. ¿Pero estoy segura? Es difícil predecir nuestras reacciones con anticipación.

-¿Cómo te llevas con tu suegro? -preguntó June.

-¡Oh!, bastante bien. Hoy él y Jack salieron con el niño Steiner; andan por allí en un viaje de negocios. No creas que Leo está mucho en casa; vino sobre todo por negocios. Dime, June ¿cuántos asuntos has tenido?

-Seis -contestó June.

-¡Vaya! -exclamó Silvia-, pensar que yo no tuve ninguno.

-Algunas mujeres no nacieron para eso.

La observación le sonó a Silvia como un insulto personal.

-¿Qué quieres decir? -preguntó a su amiga.

-No están hechas psicológicamente para eso -dijo con ligereza June-. Es preciso cierto tipo de mujer, capaz de mantener una compleja ficción día tras día. Yo disfruto al inventar una excusa para ver a Tony. Tú, en cambio, eres distinta, tienes una mentalidad más simple y directa, no creo que la decepción sea tu fuerte. Además, tienes un buen marido -dijo, levantando una ceja para subrayar la autoridad de su juicio.

-Antes Jack estaba fuera de casa toda la semana -dijo Silvia-, entonces debí buscar un amante. Ahora sería mucho más difícil.

Deseó intensamente tener algo útil e interesante que hacer para llenar sus tardes largas y vacías; se aburría enormemente yendo a la casa de alguna vecina a tomar café y hablar de los demás. No era extraño que tantas mujeres tuvieran aventuras extramatrimoniales; era una forma de no volverse loca.

-Si te limitas a tu marido como fuente de experiencias emocionales -dijo June- no puedes hacer comparaciones, quedas limitada a lo que él puede ofrecerte, pero si te acuestas con otros hombres estás en condiciones de saber cuáles son las deficiencias de tu marido y puedes ser más objetiva con respecto a él. Si algo de él necesita cambio, puedes insistir para que cambie. Por otra parte, también puedes notar tus puntos débiles, tus fallos, y con otros hombres aprendes a mejorar y estarás en condiciones de satisfacer más a tu marido. Yo creo que todo el mundo sale ganando.

Considerada de esa manera, parecía una idea buena y saludable para todos los afectados; hasta el marido salía beneficiado.

Mientras saboreaba el café meditando de esta manera, Silvia miró por la ventana y vio, sorprendida, que había aterrizado un helicóptero frente a la casa.

-¿Quién es? -preguntó.

-¡Santo cielo! No lo sé -dijo June, mirando hacia afuera.

El helicóptero carreteó hasta detenerse enfrente. Se abrió la puerta y bajó un hombre apuesto, de cabello oscuro, con una alegre camisa de nylon y corbata y mocasines europeos. Detrás de él venía un pardo que descargó dos maletas pesadas.

Silvia sintió un súbito estremecimiento al mirar al hombre de cabello oscuro acercarse a la casa seguido del pardo con las dos maletas. Así había imaginado a Tony.

-Caramba -dijo June-. ¿Quién podrá ser? ¿Un vendedor?

Llamaron a la puerta. Silvia dejó la taza de café y se levantó mientras la dueña de casa se dirigía a la puerta para atender, pero antes de abrirla June se detuvo de golpe.

-Me siento... no estoy vestida del todo -dijo June llevando nerviosamente la mano al escueto sostén-. No esperaba visita de ningún desconocido. Hazme el favor y atiéndele mientras me cambio. Tenemos que tener cuidado, estamos tan aisladas cuando no están nuestros maridos...

Se fue al dormitorio, con el pelo flotándole encima de los hombros.

Silvia abrió la puerta.

-Buenos días -dijo el apuesto individuo con una amplia sonrisa que dejó al descubierto una perfecta dentadura mediterránea-. ¿Usted es la dueña de casa? (tenía un acento extranjero).

-Creo que sí -dijo Silvia tímidamente, sintiéndose incomoda.

Se echó un vistazo preguntándose si estaba bien vestida para encontrarse en ese lugar hablando con un hombre.

-Quiero ofrecerle una excelente línea de productos dietéticos que quizá usted ya conozca -dijo el hombre. Aunque mantenía la vista fija en el rostro de Silvia, esta tuvo la certeza de que la estaba examinando en todos los detalles. Se sintió un poco más insegura, aunque no resentida. El hombre tenía buenos modales; era tímido y al mismo tiempo un poco atrevido.

-Productos dietéticos -dijo Silvia-, bueno, yo...

A una señal del hombre se acercó el pardo, y dejando una de las maletas en el suelo la abrió; estaba llena de cestos, botellas, paquetes... con un aspecto tan intrigante que interesó a Silvia.

-Manteca de cacahuetes no homogeneizada -explicó el hombre-; también dulces sintéticos con pocas calorías para mantener su hermosa silueta; germen de trigo; levadura; vitamina E, la vitamina que da *vitalidad* aunque, naturalmente, una mujer como usted no necesita...

Siguió escuchando el canturrear de la voz mientras enumeraba los diversos artículos, uno por uno. Ella se inclinó en un momento y sus hombros estuvieron tan cerca que casi se rozaron. Se incorporó con un sobresalto, un poco a la defensiva.

Justo a tiempo apareció June, vistiendo una falda y suéter de lana. Se quedó algunos minutos mirando detrás de Silvia y después cerró la puerta. El hombre no la vio siquiera.

-También tengo muchos bocados deliciosos para expertos -continuó el vendedor- quizá le interese a la señorita...

Levantó un frasquito y ella contuvo el aliento; era caviar.

-¡Dios mío! -exclamó ella, como magnetizada-. ¿De dónde sacó eso?

-Es caro, pero vale la pena -los ojos del hombre se clavaron en los de ella-, ¿no esta de acuerdo? Es un recuerdo de tiempos pasados en nuestra Tierra: cenas alumbradas por velitas y la música suave de una orquesta... época de romances en lugares exóticos que eran un regalo para los ojos y el oído.

Terminada la evocación le sonrió amplia y directamente.

«Mercado negro», pensó Silvia.

-Mire, yo no vivo aquí -el pulso le latía con fuerza en la garganta-, mi casa está casi a un kilómetro de distancia, por el canal (e hizo una seña); tengo... estoy muy interesada.

El hombre la abrasó con su sonrisa.

-No creo haberle visto antes. ¿Nunca pasó por aquí, verdad? -dijo ella tartamudeando-. ¿Cómo se llama? quiero decir el nombre de la firma.

-Me llamo Otto Zitte -dijo él dándole una tarjeta que ella apenas miró, no podía apartar la vista de él.

-Es una firma establecida hace tiempo, pero sólo ahora, debido a una circunstancia imprevista, se está reorganizando. Sólo ahora puedo visitar personalmente a los clientes como usted.

-¿Volverá a pasar?

-Sí, hoy mismo, pero por la tarde; entonces podremos probar con tranquilidad un surtido de manjares importados de los que soy único distribuidor. Buenas tardes -dijo él, incorporándose como un felino.

En ese momento volvió a aparecer June Hennessy.

-¡Hola! -dijo en voz baja, cauta e interesada al mismo tiempo.

-Mi tarjeta -dijo Otto Zitte, entregando un rectángulo impreso.

Ambas mujeres sostenían una tarjeta y la leían con interés.

Sonriendo astutamente, Otto Zitte hizo señas al pardo para que acercara la otra maleta y la abriera.

Sentado en su despacho en el Instituto *Ben Gurion*, el doctor Milton Glaub escuchó la voz de una mujer en el pasillo: era ronca y autoritaria sin dejar de ser femenina. Siguió prestando atención y oyó que la enfermera cedía a la presión de la otra. Era Anne Esterhazy que venía a visitar a su hijo Sam.

Abrió el archivo y buscó el apartado de la letra E. No tardó en tener sobre el escritorio una

carpeta marcada *Esterhazy, Samuel.*

Resultaba interesante: el niño había nacido fuera del vínculo matrimonial, un año después del divorcio de Anne Esterhazy y Arnie Kott. Había entrado en el Instituto con el apellido de la madre: sin embargo, estaba seguro que era hijo de Arnie Kott, y el archivo contenía amplia información sobre el padre porque los médicos examinadores habían establecido que existía un parentesco sanguíneo.

Aunque el matrimonio había terminado hacía mucho tiempo, era evidente que Arnie y Anne continuaban viéndose, y no sólo por razones comerciales; la prueba era que habían tenido ese hijo.

El doctor Glaub se puso a reflexionar sobre el uso que podía dar a esa información. ¿Arnie tendría enemigos? Él no sabía de ninguno y, según parecía, Arnie gustaba a todo el mundo; es decir, a todos menos al doctor Glaub. Aparentemente el doctor Glaub era la única persona que había sufrido algo a causa de Arnie; ser la excepción no era ningún consuelo.

Aquel hombre se atrevió a tratarle en la forma más inhumana y pedante que pueda imaginarse, se dijo por milésima vez. ¿Podía hacer algo al respecto? Si, enviarle una factura para cobrarle los servicios prestados. Pero eso no era lo que deseaba. Él quería -se sentía con derecho- a mucho más.

El doctor Glaub volvió a examinar la carpeta; Samuel Esterhazy era un caso raro, no conocía a otro de las mismas características. El niño presentaba el aspecto de un tipo casi-humano, una variedad que no había sobrevivido hasta nuestra época; alguna especie que vivía parcialmente en el agua. Al doctor Glaub el caso le recordaba una teoría de ciertos antropólogos según la cual el hombre descendía de ciertos monos acuáticos que habían vivido en las marejadas y los bajíos.

Sam tenía un cociente intelectual de setenta y tres solamente. Una verdadera lástima, sobre todo si tenía en cuenta (pensó súbitamente) que Sam podía calificarse por eso como retardado mental, en lugar de anormal. El propósito del Instituto no era atender a chicos retardados y la directora, Susan Haynes, había rechazado varios niños pseudoautistas, que habían resultado imbéciles comunes. Había un problema de diagnóstico que impidió su calificación, por cierto, en el caso del niño Esterhazy, y estaba, además, el estigma físico.

«No hay duda -pensó Glaub-. Tengo una buena para enviar al niño Esterhazy a su casa. Podrían enviarlo a la Escuela Pública y aprendería, siempre que le hicieran un programa adecuado a su nivel. Sólo en cuanto a su apariencia física se le puede calificar como «anormal», pero no es nuestra misión encargarnos de niños lisiados.

«¿Cuáles son mis motivos? -pensó-. Quizá sea una forma de venganza por el trato cruel e inhumano que me infligió Arnie Kott».

«No -concluyó tras pensarlo mejor-; psicológicamente no soy el tipo que busca vengarse (eso estaría más de acuerdo con el tipo expulsivo-anal o con el mordiente-oral)». Hacía tiempo se había autoclasificado como el tipo genital tardío, dedicado a las actividades genitales propias de los hombres maduros.

Por otra parte, su altercado con Arnie Kott le había impulsado a revisar los antecedentes del niño; ahí podía ver una conexión de causalidad.

Al releer la carpeta volvió a asombrarle la extraña relación que la existencia del niño implicaba. Esas dos personas habían estado manteniendo una relación sexual años después de haberse terminado el matrimonio. Entonces, ¿por qué se habían divorciado? Tal vez se trataba de un conflicto de personalidades; evidentemente Anne Esterhazy era una mujer dominante, con tendencias masculinas, el tipo de mujer que Jung había llamado *«animus-ridden».* Para tratar con éxito a ese tipo de mujer había que asumir un rol muy definido, ocupar la posición de autoridad desde el comienzo y no renunciar nunca a ella. Si uno no respondía a las características del macho ancestral, estaba perdido.

El doctor Glaub dejó la carpeta y salió caminando a saltos por el pasillo hacia la sala de juegos. La señora Esterhazy estaba jugando con su hijo. Quedó discretamente apartado del pequeño grupo familiar hasta que ella notó su presencia e hizo una pausa.

-¡Hola, doctor Glaub! -saludó con entusiasmo.

-Buenas tardes, señora Esterhazy. Ejem..., cuando termine la visita, ¿puedo verla en mi despacho?

-Como no, doctor.

Tuvo la satisfacción de ver cómo cambiaba la expresión de aquella mujer competente y satisfecha, ensombrecida por una preocupación repentina.

Veinte minutos después estaban sentados frente a frente, a ambos lados del escritorio.

-Señora Esterhazy; cuando su niño entró en el Instituto hubo grandes dudas con respecto a la naturaleza de su problema. Por un tiempo se creyó que su perturbación estaba en el aspecto mental, tal vez una neurosis traumática o...

La mujer le interrumpió con firmeza.

-Doctor, usted quiere decir que como Sam no tiene otro problema que su dificultad para aprender, no puede permanecer aquí. ¿Correcto?

-Y el aspecto físico de su problema -agregó el doctor Glaub.

-Pero eso no les concierne -dijo ella.

Él hizo un gesto de acuerdo y alzó los hombros, aparentando resignación.

-¿Cuándo debo llevarlo a casa? -preguntó la mujer, pálida y temblorosa, tomando con fuerza el bolso para dominar su nerviosidad.

-Oh... en tres o cuatro días. Una semana -dijo él.

La señora Esterhazy se mordió los nudillos y miró ciegamente la alfombra de la oficina. Pasó un tiempo. Con la voz poco firme habló.

-Doctor, como usted sabe, estoy empeñada en la lucha contra una ley que está a consideración de las Naciones Unidas para cerrar el Instituto (su voz cobró fuerza). Si me obligan a retirar a Sam, no seguiré ayudando a la causa y puede estar seguro que la Ley será aprobada. También le diré a Susan Haynes la razón por la que dejo de ayudar.

En aquel momento una lenta oleada de fría sorpresa pasó por la imaginación del doctor Glaub. No sabía qué responder.

-¿Entiende doctor? -preguntó la señora Esterhazy.

Él logró asentir con la cabeza.

-Doctor, hace mucho tiempo que actúo en política -dijo ella, poniéndose de pie-, Arnie Kott me considera una aficionada, sólo una ciudadana de buena voluntad, pero está muy equivocado. Créame que, llegada la ocasión soy una política muy astuta.

-Sí -afirmó el doctor Glaub-, ya lo veo.

Se puso automáticamente de pie para acompañarla hasta la puerta.

-Tenga a bien no volver a referirse al asunto de Sam -dijo la mujer abriendo la puerta-, me resulta muy doloroso; es mucho más fácil considerarlo anormal -y mirando fijamente al médico agregó-, no entra en mis posibilidades considerarle retardado.

Se volvió, alejándose con paso rápido.

Las cosas no habían salido como él quería, pensó el doctor Glaub mientras cerraba la puerta del despacho. Aquella mujer era una sádica, era evidente, tenía una gran tendencia a la hostilidad, además de ser abiertamente agresiva. Se sentó ante el escritorio y empezó a fumar un cigarrillo, tratando de recobrar el aplomo y aplacar su contrariedad.

Jack Bohlen no vio rastros de Manfred al llegar al pie de la rampa de descenso. Varios niños pasaron correteando, sin duda en busca de sus respectivos maestros y Jack, algo desorientado, empezó a vagar por los alrededores preguntándose dónde habría ido a parar el niño. ¡Había tardado tan poco en desaparecer! Eso no auguraba nada bueno.

Había delante un grupo de niños reunidos en torno a un maestro alto y canoso, de cejas hirsutas, en quien Jack reconoció a *Mark Twain*, pero Manfred no estaba allí. Cuando pasó frente a *Mark Twain* este empezó un monólogo dirigido a los niños; echó varias bocanadas de humo y gritó en dirección a Jack.

-Dígame, amigo, ¿puedo ayudarle en algo?

Jack hizo una pausa para responderle.

-Busco a un niño que vino conmigo.

-Conozco a todos estos jovencitos -dijo Mark-. ¿Cómo se llama?

-Manfred Steiner -dijo Jack y describió al niño mientras la máquina de enseñar escuchaba con atención.

-Ajá -dijo cuando el otro terminó; siguió fumando un momento y luego se quitó el cigarro de la boca-. Creo que encontrará a ese jovencito en un entretenido diálogo con el emperador romano *Tiberio*, al menos eso me informan las autoridades que atienden la organización; me refiero al *Circuito Maestro*, señor.

Tiberio. Ignoraba que en la Escuela Pública estuviesen representados tales personajes, los caracteres más bajos y desequilibrados de la historia. Por su expresión, *Mark Twain* pareció comprender su pensamiento.

-Con el fin de evitar, y no para emular, tenemos aquí en la escuela toda clase de bribones, piratas y pícaros. Podrá encontrarles sermoneando en tono lamentable y repitiendo sus historias para aleccionar a los niños.

Después de echar otra bocanada de humo, *Mark Twain* guiñó el ojo a Jack que, desconcertado, siguió su camino.

Se detuvo para orientarse frente a *Emmanuel Kant*; varios alumnos, adolescentes ya, se hicieron a un lado.

-*Tiberio* se encuentra por ese lado -dijo con un marcado acento inglés, sin vacilar al dar la dirección.

Jack se dirigió presuroso al punto indicado y, poco después, se encontró cerca del menudo emperador romano, aspecto frágil y cabello cano. Cuando Bohlen se acercó parecía perdido en profunda meditación, pero antes de que hablara miró en esa dirección.

-El niño que andáis buscando ya ha pasado por aquí. ¿Es vuestro, verdad? Un niño muy hermoso.

Guardó silencio, como si estuviera en comunión consigo mismo y Jack presintió que estaba volviendo a conectarse con el *Circuito Maestro* de la escuela, que estaba utilizando a todas las máquinas de enseñar para encontrar a Manfred.

-En este momento no habla con nadie -dijo *Tiberio* después de una pausa.

Jack continuó su búsqueda. Una silueta de mujer de edad mediana, sin ojos, le sonrió. No sabía quién era y no había niños junto a ella, pero de pronto dijo:

-El niño que busca está con *Felipe II* de España -y señalando hacia el corredor de la derecha agregó-. Dese prisa, por favor, le agradeceremos que lo saque cuanto antes de la escuela. Gracias.

Volvió a quedar en silencio Jack corrió apresurado por el pasillo que le había indicado. Poco después dio vuelta por otro pasillo y se encontró frente a la figura barbada y ascética de *Felipe II*. Manfred tampoco estaba allí, aunque una intangible esencia de él parecía permanecer en el lugar.

-Estimado señor, se ha retirado -dijo la máquina de enseñar con el mismo tono de urgencia que la última voz femenina-; le ruego que lo encuentre y se lo lleve de aquí. Quedaremos agradecidos.

Sin esperar más, Jack salió a la carrera por el corredor, atenazado por extraños temores.

-...quedaremos agradecidos -repitió una silueta con manto blanco frente a la que acertó a pasar.

Un hombre de pelo gris, con una chaqueta elegante que encontró después repitió la misma letanía.

-...lo antes posible.

Dobló una esquina y allí, por fin, estaba Manfred.

Solo, sentado en el suelo, descansaba con la espalda apoyada contra la pared. Tenía baja la cabeza, agobiado aparentemente por profundos pensamientos.

-¿Por qué saliste corriendo? -preguntó al niño, inclinándose sobre él.

El muchachito no contestó. Jack le tocó, para hacerlo reaccionar, pero no pareció verle.

-¿Te encuentras bien? -insistió Jack.

El niño reaccionó de súbito, se puso de pie y se enfrentó con Jack.

-¿Qué pasa? -preguntó el hombre.

No obtuvo respuesta. Ensombrecían la cara de Manfred emociones profundas y turbulentas que no hallaban salida. Miraba sin ver a Jack, totalmente absorto en sí mismo, incapaz de comunicarse con el mundo exterior.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Jack, sabiendo que nunca obtendría respuesta. La criatura que tenía ante sí no había hallado la manera de expresarse. Sólo hubo un silencio, la ausencia total de comunicación entre ambos, un vacío que no se podía llenar.

Manfred miró hacia otro lado y después se dejó caer, inerte, en el suelo.

-Espérame aquí -dijo Jack-; les pediré que busquen a David.

Dejó al chico, no sin desconfianza, pero no hizo un movimiento. Cuando se encontró con una máquina de enseñar se dirigió a ella.

-Quiero encontrar a David Bohlen, por favor; soy su padre y deseo llevarlo a casa.

Era un hombre de cierta edad; miró hacia arriba y se llevó la mano al oído, para escuchar mejor. Jack reconoció a *Thomas Alva Edison* y repitió lo que había dicho.

El anciano movió la cabeza en señal afirmativa:

-Gubble, gubble -dijo.

Jack le miró asombrado y volvió la vista hacia donde estaba Manfred. Este seguía tirado en el suelo.

La máquina de enseñar *Thomas Alva Edison* volvió a abrir la boca:

-Gubble, gubble -repitió.

Nada más. Después quedó en silencio.

«¿Seré yo? -se preguntó Jack-. ¿Será mi colapso total y definitivo?». No podía creer en otra alternativa; le resultaba imposible.

Más allá, por el pasillo, había otra máquina que se dirigía a los niños. Jack escuchó a la distancia el eco metálico de la voz; hizo un esfuerzo por escuchar.

-Gubble, gubble- decía la máquina a los niños. Cerró los ojos. Supo, en ese momento, que su conciencia era perfecta: su psiquis, sus percepciones, no le habían engañado. Todo lo que oía y veía estaba sucediendo en realidad.

La presencia de Manfred Steiner había invadido la Escuela Pública, penetrándola hasta lo más profundo de su ser.

12

El doctor Milton Glaub no se había movido aún de su escritorio en el Instituto *Ben Gurion*, cavilando sobre el comportamiento de Anne Esterhazy, cuando recibió una llamada urgente. Era el *Circuito Maestro* de la Escuela Pública de las Naciones Unidas.

-Lamento molestarle, doctor -dijo una voz inexpresiva-, pero necesitamos su asistencia. Hay un ciudadano que está recorriendo nuestras instalaciones en un estado mental completamente anormal. Desearíamos que venga a sacarlo de aquí.

-Por supuesto -contestó el doctor Glaub-. Iré de inmediato.

Poco después se hallaba pilotando su helicóptero sobre el desierto de Nueva Israel, rumbo a la Escuela Pública.

Cuando llegó, el *Circuito Maestro* le estaba esperando y le acompañó sin tardanza por el edificio, hasta llegar a un pasillo clausurado.

-Creemos conveniente mantener a los niños aislados de él -explicó el *Circuito Maestro*, haciendo retroceder la puerta para dejar el pasillo al descubierto.

Vio un hombre, de expresión aturdida, cuyo rostro resultó familiar al doctor Glaub. El médico tuvo una reacción de satisfacción, a pesar suyo. Comprobó que la esquizofrenia de

Jack Bohlen había hecho crisis. El hombre tenía la mirada perdida, desenfocada y se hallaba, evidentemente, en un estado catatónico, después de haber pasado por una gran excitación. Parecía agotado y junto a él estaba alguien, también conocido del doctor Glaub: Manfred Steiner, acurrucado en el suelo e inclinado hacia adelante, parecía estar también completamente ausente de la realidad.

«Vuestro encuentro no benefició a ninguno de los dos», pensó el doctor Glaub.

Con ayuda del *Circuito Maestro* subió a Bohlen y a Manfred al helicóptero y, poco después, volaba de regreso al Instituto *Ben Gurion* en Nueva Israel.

Inclinado hacia adelante, las manos apretadas, Jack empezó a hablar.

-Permítame que le diga qué sucedió -le dijo.

-Sí, por favor -dijo el doctor Glaub, dueño al fin de la situación.

-Fui a la escuela a buscar a mi hijo -dijo Jack con la voz entrecortada- y llevé a Manfred.

Volviéndose en el asiento miró al niño, que aún no había salido de su estado cataléptico; el chico continuaba acurrucado en el piso del helicóptero, rígido como una estatua.

-Manfred se alejó de mí. Entonces... noté que se interrumpieron las comunicaciones entre la escuela y yo. Lo único que oía era...

No pudo continuar.

-Folie a deux -murmuró el doctor Glaub-. Locura de dos.

-No escuchaba a la escuela, sino a él -prosiguió Jack-. Su voz salía de la boca de los maestro mecánicos.

Luego hizo una pausa.

-Manfred tiene una fuerte personalidad -observó el doctor-, requiere un esfuerzo enorme poder estar cerca de él durante un período prolongado. Por su propio bienestar, por su salud, creo que sería conveniente que abandonase ese proyecto. Corre un riesgo demasiado grande.

-Esta noche debo verme con Arnie -dijo Bohlen en un áspero susurro.

-¿Y usted? -dijo el doctor Glaub-. ¿Qué va a pasar con usted?

Bohlen no contestó.

-Aún puedo tratarle en sus presentes dificultades -dijo el médico-; más tarde... no estoy seguro.

-Fue la escuela -afirmó Bohlen-; esa maldita escuela que logró confundirme por completo. No sabía qué hacer; empecé a andar y andar, buscando a alguien con quien hablar, alguien que no fuese como él -dijo, señalando al niño.

-Para el esquizofrénico, relacionarse con la escuela es un serio problema -dijo Glaub-. Ese tipo de enfermo, como es su caso, se relaciona con la gente a través del subconsciente. Las máquinas de enseñar, por supuesto. son personalidades simples; todo lo que son está en la superficie y como el esquizofrénico está acostumbrado a desechar la superficie y mirar hacia adentro, con ellas se desorienta, se pierde. No las puede comprender.

-No pude entender lo que decían -admitió Bohlen- era el lenguaje sin sentido que usa Manfred.

-Tiene suerte de haber salido de eso -sentenció el doctor Glaub.

-Lo sé.

-Ahora debe decidir qué hará con su vida, Bohlen. ¿Qué será? ¿Descanso y recuperación? ¿O piensa continuar en contacto con un niño tan inestable que...

-No puedo elegir -dijo Jack Bohlen.

-Es cierto, no tiene elección; debe retirarse.

-Pero aprendí algo -afirmó Jack-. Aprendí el riesgo enorme que corro con todo esto. Ahora sé lo que significa estar separado del mundo, aislado como Manfred. Haría cualquier cosa por evitarlo; ahora no tengo intención de entregarme.

Con mano temblorosa sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

-Su prognosis no es muy alentadora -dijo el médico.

Jack asintió.

-Ha tenido una mejoría en su condición debido, sin duda, a haber salido del ambiente de la

escuela. ¿Puedo serle franco? Es imposible decir por cuánto tiempo será capaz de funcionar: diez minutos quizá, o tal vez una hora... posiblemente hasta la noche. Después puede tener una recaída peor. Las horas nocturnas son las peores. ¿no es cierto?

-Sí -admitió Jack.

-Hay dos maneras en que puedo ayudarle. Podría llevar a Manfred de vuelta al Instituto y esta noche puedo ir en lugar suyo a ver a Arnie; me presentaría como su psiquiatra. Lo hago constantemente; es parte de mis funciones. Si me da un poder puedo dejarlo en su casa.

-Tal vez después de esta noche -dijo Bohlen- si las cosas empeoran, ya habrá ocasión de que me represente más adelante, pero esta noche pienso llevar a Manfred a ver a Arnie Kott.

El doctor Glaub se encogió de hombros. «Inflexible a toda sugerencia -pensó-. Señal de autismo». Resultaba imposible convencer a Jack Bohlen; estaba ya demasiado aparte para oír y entender. La palabra, para él, era un ritual vacío, sin ninguna significación.

-Mi hijo David -dijo Jack de pronto-, debo volver a la escuela para llevármelo. Mi helicóptero de la *Compañía Yee* también está allí.

Tenía la mirada clara, como si estuviera saliendo de su estado anterior.

-No debe volver a ese lugar -le previno el doctor Glaub.

-Lléveme de regreso.

-No entre en la escuela, entonces; permanezca en el terreno. Les diré que le envíen a su hijo. Será mejor que le espere en el helicóptero, eso no le hará mal. Yo trataré en nombre suyo con el *Circuito Maestro*.

El médico sintió un impulso piadoso hacia el hombre, con su fuerte instinto de seguir adelante a su modo.

-Gracias -dijo Bohlen-, le quedaré agradecido.

Sonrió al médico y éste le devolvió la sonrisa.

-¿Dónde está Jack Bohlen? -preguntó Arnie Kott en tono quejumbroso.

Eran las seis de la tarde y Arnie estaba solo, bebiendo un *Old Fashioned* demasiado dulce que Helio le había preparado.

El sirviente doméstico estaba en la cocina preparando una cena con mercancía del Mercado Negro; todo provenía del nuevo *stock* de Arnie. Conseguir los productos a precio de mayorista era un motivo más de satisfacción para Arnie. Le resultaba más conveniente que el antiguo sistema, en que la ganancia era para Steiner. Arnie esperaba la llegada de sus invitados saboreando su bebida. La música fluía de los altavoces desde los rincones, sutil pero penetrante; sus ecos llenaban la habitación y adormecían suavemente a Kott. Arrullado hacia un estado semihipnótico fue despertado súbitamente por la campanilla del teléfono.

-Arnie, habla Scott.

-¿Oh? -dijo Arnie, molesto, ya que prefería entenderse por su sistema de código.

-Oye, esta noche tengo una importante reunión de negocios y a menos que se trate de algo...

-Es algo muy importante -dijo Scott-. Alguien nos está mordiendo el hueso.

-¿Qué? -preguntó Arnie, asombrado, tardando en entender lo que Scott quería decir.

-¿Te refieres a la mercancía? -preguntó.

-Sí -dijo Scott-; el otro ya está instalado, tiene su propio campo de aterrizaje, cohetes, una ruta determinada... debe haberse incautado de lo de Stei...

-Ni una palabra más -interrumpió Arnie-. Ven de inmediato.

-Así se hará -dijo Scott y colgó.

«¿Qué te parece? -se preguntó Arnie-. Justo cuando empezaba a organizarlo, hay alguien que mete la cuchara. ¡Y pensar que no tenía interés en este negocio del Mercado Negro! ¿Por qué no me dijo este fulano que quería hacerse cargo de lo que Steiner dejó? Ahora es demasiado tarde, me puse en esto y nadie va a obligarme a abandonar».

Media hora después apareció agitado en la puerta. Empezó a caminar a grandes zancadas por la sala de Arnie, mientras deglutía bocaditos y hablaba sin parar.

-Este tipo es un profesional; debe tener experiencia en el negocio. Ya ha visitado prácticamente a toda la población de Marte, hasta las casas aisladas de los alrededores, incluso esas amas de casa que compran una latita de vez en cuando. No da puntada sin hilo, no creo que deje nada para nosotros, y sólo estamos empezando nuestra Organización. Tenemos que reconocer que nos lleva una gran ventaja.

-Ya veo -dijo Arnie, acariciándose la parte calva del cráneo.

-Arnie, tenemos que hacer algo.

-¿Sabes dónde tiene la base de operaciones?

-No lo sé con seguridad, pero tal vez esté en las Montañas Franklin Delano Roosevelt. Ahí tenía el campo Norbert Steiner. Busquemos allí primero.

Scott tomó nota en su libreta de apuntes.

-Cuando encuentres la pista -dijo Arnie-, me avisas. Enviaré un helicóptero de la Policía hasta el lugar.

-Pero así sabrá a quién tiene en contra -dijo Scott.

-Eso es, quiero que sepa que se las tiene que ver con Arnie Kott, no con uno del montón. Ordenaré al helicóptero que arroje una bomba A no muy poderosa o algún proyectil pequeño para destruir la pista. Esa sabandija se dará cuenta de que estamos muy enojados ante su osadía. ¡Qué sepa quién soy! Tener la desfachatez de competir conmigo... Si yo ni siquiera tenía interés en el negocio; bastante difícil ya es y no vamos a permitir que él lo empeore.

Scott tomaba nota de todo *«... y no vamos a permitir que él lo empeore... etc.».*

-Encárgate de averiguar la ubicación que yo me ocupo de él. No quiero mezclar a la Policía en esto; a ver si tenemos problemas con las Naciones Unidas. Esto es algo fácil, un tipo solo, ¿no crees? No se trata de una empresa importante de la Tierra.

-Según los rumores es uno solo.

-Magnífico -dijo Arnie, y despidió a Scott.

Cuando la puerta se cerró tras su agente, Arnie se encontró solo otra vez en la sala, mientras Helio trajinaba en la cocina.

-¿Cómo va la *bouillabaise*? -preguntó Arnie.

-Bien, amo -contestó Heliogábalo-. ¿Podría preguntarle quién vendrá esta noche para comer todo eso?

Estaba ocupado en la cocina, rodeado de varias clases de pescado, hierbas y especies.

-Vendrán Jack Bohlen, Doreen Anderton y un niño autista que recomendó el doctor Glaub, el hijo del señor Steiner con el que Jack está trabajando.

-Gente de baja estofa -murmuró Heliogábalo.

«Mira quién habla», pensó Arnie.

-Tú prepara bien esa comida -dijo Arnie irritado, y cerrando la puerta de la cocina volvió a la sala.

«Pensar que fuiste tú, negro mal nacido, quien causó todo esto. Tú con tu famosa piedra oracular me diste la idea. Será mejor que todo salga bien porque he puesto demasiado en esto. Además...».

Se oyeron las campanillas de la puerta de entrada, a pesar de la música.

Arnie abrió la puerta y se encontró frente a Doreen, que le sonrió cálidamente.

Entró en la sala con sus zapatos de tacón alto y piel alrededor de los hombros.

-¡Qué buen olor! ¿Algo apetitoso...? -preguntó.

-Un maldito pescado -dijo Arnie.

Le quitó el abrigo, dejando al desnudo sus hombros suaves, levemente tostados y salpicados con algunas pecas.

-No se trata de una velada como la que tú piensas -dijo él sin vacilar-. Es una cena de negocios, de manera que vas y te pones una blusa decente -concluyó, empujándola suavemente hacia el dormitorio.

Permaneció junto a la puerta viendo cómo se cambiaba, y pensó en su suerte al encontrar tan magnífica mujer.

Ella dejó el vestido sin breteles sobre la cama. «Yo se lo regalé», pensó él. Recordó también el día en que lo compraron, cuando la modelo de la tienda lo exhibió; pero quedaba mucho mejor en Doreen, con esa cabellera roja que le caía sobre los hombros en cascadas de fuego.

-Arnie -dijo ella, volviéndose hacia él mientras se abotonaba la blusa-, será mejor que esta noche trates con cuidado a Jack Bohlen.

-¡Demonios! ¿Qué quieres decir? Lo único que pretendo del viejo Jack son resultados. Es decir, ya le di mucho tiempo... no puedo esperar más.

-Ten cuidado, Arnie -dijo ella amenazante-, o nunca te lo perdonaré.

Él fue hasta el aparador para prepararle un trago.

-¿Qué quieres tomar? Tengo una botella de whisky irlandés de diez años. Es muy bueno.

-Tomaré eso -dijo Doreen saliendo del dormitorio, y se sentó alisándose la falda sobre las rodillas cruzadas.

-Quedas guapa con cualquier cosa -dijo Arnie.

-Gracias.

-Escucha, lo que haces con Jack Bohlen cuenta con mi aprobación, por supuesto, pero espero que se trate de algo superficial, ¿no es cierto? Creo que muy dentro de ti te reservas para mi.

-¿Qué quieres decir con eso de *«muy dentro de ti»*? -preguntó Doreen en tono burlón.

Le sostuvo la mirada hasta hacerle reír.

-Cuidado -dijo ella-; claro, Arnie, soy tuya. Aquí, en Lewinstown todo es tuyo, hasta los ladrillos, la paja. Cada vez que dejo correr un poco de agua en la cocina, pienso en ti.

-¿Y eso, por qué?

-Porque eres el *dios tótem* del agua desperdiciada -dijo ella, sonriendo-; es sólo un chiste. Pensé en tu baño vapor y todo el agua que corre allí.

-Sí -dijo Arnie-. ¿Recuerdas la noche que fuimos juntos? Yo abrí con mi llave y nos metimos dentro como dos chiquilines traviesos... Entramos a escondidas y abrimos las duchas de agua caliente hasta que todo el local quedó lleno de vapor. Después nos desnudamos. ¡Qué borrachera debíamos tener! Corrimos jugando al escondite, desnudos, en medio del vapor -sonrió-. Recuerdo que te hice el amor junto al banco donde la masajista nos da esos golpes para achatar el trasero. ¡Cómo nos divertimos en ese banco!

-Muy primitivo -dijo Doreen, recordando.

-Esa noche me sentí otra vez como un muchacho de diecinueve años -dijo Arnie-. Para la edad que tengo soy muy joven. Quiero decir, todavía puedo dar mucho.

Empezó a caminar por la habitación.

-¿Cuándo llegará ese Bohlen, por amor de Dios?

Entonces sonó el teléfono.

-Señor -dijo Heliogábalo-, estoy imposibilitado de atender y debo pedirle que conteste.

-Si es Bohlen para decir que no puede venir... -dijo Arnie e hizo un gesto de cortarse la garganta mientras tomaba el receptor.

-Arnie -dijo una voz masculina-, lamento molestarle; habla el doctor Glaub.

Arnie, aliviado, contestó el saludo.

-Hola, doc Glaub. No es Bohlen -dijo, dirigiéndose Doreen.

-Arnie, sé que esta noche espera a Jack Bohlen. Todavía no ha llegado, ¿verdad?

-No.

-Pues bien -dijo Glaub vacilante-, hoy estuve un rato con Jack y aunque...

-¿Qué sucede? ¿Ha tenido otra crisis esquizofrénica? -preguntó Arnie. Su intuición le decía que a eso se debía la llamada del médico-. Admito que ha estado bajo presión por falta de tiempo, pero eso nos sucede a todos. Si tiene intención de disculparle como a un chico que falta a la escuela porque está enfermo, lo siento pero no me interesa. Bohlen sabía muy bien en lo que se metía; si para esta noche no me trae algún resultado, ya me encargaré de él. Nadie en Marte le dará siquiera una tostadora para reparar.

El doctor Glaub permaneció en silencio por un momento.

-Gente como usted, desconsiderada y exigente con los demás, muchas veces causa estos casos de esquizofrenia.

-¿Y entonces? Tengo mis reglas y debe cumplirlas. Reconozco que soy exigente. Él también debe cumplir ciertas reglas.

-No como las mías. Bueno, doctor, ¿tiene algo más que decirme?

-No -dijo el doctor Glaub- sólo que... -la voz le tembló-. Nada más, gracias por escucharme.

-Gracias por llamar -dijo Arnie, y colgó-. Este tipo no tiene agallas; es demasiado cobarde para decir lo que piensa.

Disgustado, se alejó del teléfono.

-Tipos así provocan mi desprecio; no tiene valentía para defender todo lo que cree. ¿Para qué llama si no tiene agallas?

-Me sorprende que se arriesgara llamando -dijo Doreen-. ¿Qué dijo de Jack?

Se acercó a Arnie, los ojos oscurecidos de preocupación, y le puso la mano sobre el brazo para que dejara de caminar.

-Dime -le pidió.

-¡Uh!, dijo que estuvo un rato con Bohlen; imagino que Jack ha tenido alguna crisis; su enfermedad... tú sabes.

-¿Va a venir?

-Por Dios, no lo sé. ¿Por qué se complican tanto las cosas? El doctor que llama, tú que me acaricias como a perro apaleado.

Lleno de asco y resentimiento apartó los dedos de ella de su brazo y la hizo a un lado.

-Y ese negro loco, allí en la cocina ¿Qué está haciendo? ¿Algún caldo de brujas? Hace horas que está con lo mismo.

Con voz queda pero segura Doreen le advirtió.

-Escucha, Arnie, si empujas demasiado a Jack como para causarle algún daño, nunca más volveré a acostarme contigo. Te lo juro.

-Todo el mundo le protege. No me extraña que esté enfermo.

-Es una buena persona.

-Más le conviene ser también un buen técnico. Mejor que tenga la mente de ese niño descifrada como un mapa para que yo pueda leerla.

Se miraron frente a frente.

Doreen recogió su vaso y se alejó, meneando la cabeza, después de dar la espalda a Arnie.

-Está bien. No puedo decirte lo que debes hacer. Puedes encontrar una docena de mujeres tan buenas como yo en la cama. ¿Qué soy yo para el gran Arnie Kott, después de todo? -dijo en un tono de voz sombrío y envenenado.

Él la siguió torpemente.

-Demonios, Doreen, eres única. Te aseguro que no hay otra como tú, con esa espalda tan suave que tienes... y el vestido que trajiste la mostraba tan bien -dijo, y mientras le acariciaba el cuello agregó-: eres estupenda, aún para el nivel de la Tierra.

Sonaron las campanillas de la puerta.

-Es él -dijo Arnie yendo a abrir.

Al hacerlo se encontró con Jack Bohlen. Parecía cansado y venía acompañado de un niño que bailaba sin cesar de puntillas, ya a un lado de Jack, ya al otro. Sus ojos brillantes parecían posarse sobre todo sin enfocar nada en particular. El niño se deslizó junto a Arnie y entró en la sala. Arnie no le vio más.

-Entra -dijo Arnie, desconcertado.

-Gracias -respondió Jack.

Arnie cerró la puerta y ambos miraron alrededor en busca de Manfred.

-Está en la cocina -dijo Doreen.

Era cierto; Arnie abrió la puerta de la cocina y vio al niño mirando absorto a Heliogábalo.

-¿Qué sucede? ¿Nunca has visto a un pardo? -preguntó Arnie al niño.

Manfred no contestó.

-¿Qué postres estás preparando, Helio? -preguntó Arnie.

-Flan -repuso Heliogábalo-; es un plato filipino. Son unas natillas al caramelo. Lo saqué del libro de cocina de la señora Rombauer.

-Manfred -dijo Arnie-, te presento a Heliogábalo.

Desde la puerta de la cocina, Doreen y Jack presenciaban la escena.

Arnie notó que el niño parecía profundamente impresionado por el pardo. Parecía encontrarse hechizado y seguía con la vista cada movimiento que hacía Helio. En ese momento el sirviente vertía con cuidado la mezcla del flan en moldes acaramelados que después guardaba en el compartimiento congelador de la nevera.

-Hola -dijo Manfred tímidamente.

-Escuchad -dijo Arnie-, pronunció una palabra completa.

-Debo pedirles a todos que se retiren de la cocina -dijo Helio contrariado-. La presencia de todos ustedes me hace sentir incómodo y me impide trabajar.

Les miró con tanta firmeza que, uno por uno, fueron saliendo de la cocina. Helio cerró la puerta tras ellos, quedando en libertad de trabajar lejos de las miradas de los demás.

-Es un tipo un poco raro -dijo Arnie excusándolo-, pero cocina bien.

-Es la primera vez que Manfred hace eso -dijo Jack a Doreen.

Parecía sorprendido y, apartándose de los otros, se acercó a la ventana. Arnie le siguió.

-¿Qué te gustaría beber? -le preguntó.

-Aguardiente con un poco de agua.

-Ya te lo sirvo -dijo Arnie, sonriendo-, no puedo molestar a Helio por una cosa insignificante.

Jack no sonrió.

Los tres permanecieron con los vasos en la mano durante un rato. Manfred encontró algunas revistas y se tiró en el suelo, sobre la alfombra, olvidado una vez más de la presencia de los otros.

-Ya vais a saborear esa comida -dijo Arnie.

-Tiene un olor delicioso -dijo Doreen.

-Todo es del Mercado Negro -señaló Arnie.

Sentados en el sofá, Doreen y Jack asintieron.

-Es una gran noche -dijo Arnie.

Los otros volvieron a asentir.

-Brindo por la comunicación -dijo Arnie, levantando su copa-. Sin eso nada valdría un cuerno.

-Me uno a tu brindis, Arnie -dijo Jack con tono sombrío, pero no tuvo con qué brindar porque ya había terminado el contenido de su copa. Se quedó mirando la copa sin saber qué hacer.

-Te la vuelvo a llenar -dijo Arnie, quitándole la copa.

Mientras preparaba un nuevo trago para Jack junto al bufete, vio que Manfred se había cansado de las revistas y recorría la sala de puntillas, como era su costumbre. Arnie pensó que tal vez sería mejor dejarle recortar figuritas. Le dio la copa a Jack y fue hasta la cocina para hablar con su sirviente.

-Helio, consigue un poco de engrudo y unas tijeras para este chico, y dale también un pedazo de papel para pegar cosas.

Terminado su trabajo de preparar el flan, Helio se había sentado para leer un ejemplar de *Life.* Se levantó a desgana y fue a buscar las tijeras, el engrudo y un trozo de papel.

-¡Qué niño más extraño! -dijo Arnie a Helio cuando el pardo volvió-. Y tú, ¿qué piensas de él? ¿Opinas como yo?

-Todos los chicos son iguales -dijo Helio y salió de cocina, dejando solo a Arnie.

-La cena ya casi está -anunció Arnie-. ¿Habéis probado los canapés de queso roquefort?

¿Alguien desea otra cosa?

Sonó el teléfono y Doreen, que estaba cerca, se lo pasó a Arnie.

-Para ti, es un hombre -dijo.

Era otra vez el doctor Glaub.

-Señor Kott -dijo el doctor Glaub con voz aflautada y poco natural-, mi integridad profesional me obliga a proteger a mis pacientes. Este es un juego con dos contendientes. Como usted sabe, su hijo bastardo Sam Esterhazy está en el Instituto *Ben Gurion*, donde yo trabajo.

Arnie dejó escapar un gruñido.

-Si usted no trata a Jack Bohlen como corresponde -continuó Glaub-, si insiste en infligirle un trato inhumano, cruel y agresivo como es su costumbre, tomaré represalias dando de baja a Sam Esterhazy del Instituto por retardado mental. ¿Me entiende?

-¡Oh, Dios!. Lo que usted diga -murmuró Arnie-; mañana hablaremos del asunto. Vaya a acostarse, tome una pastilla, haga lo que quiera, pero déjeme en paz.

Colgó el teléfono de un golpe seco.

La cinta había llegado al final, y hacía rato que la música había terminado; Arnie fue a la biblioteca musical y sacó una caja al azar.

«Ese médico -pensó-; ya me encargaré de él, pero no ahora. Ahora no tengo tiempo. Algo le debe estar ocurriendo; debe tener pájaros en la azotea».

Miró el título de la cinta y leyó.

W. A. Mozart, Sinfonía Número Cuarenta en Si Bemol, Kegel 550.

-Me encanta Mozart -dijo a Doreen, Jack y Manfred- voy a ponerlo.

Sacó la bobina de la caja y la colocó en el eje; sus dedos juguetearon con los mandos del amplificador hasta que se oyó el siseo de la cinta que pasaba por la cabeza.

-Dirige Bruno Walter -dijo a sus invitados-, un verdadero tesoro de la edad dorada de las grabaciones.

Una odiosa barahúnda de chillidos y aullidos salió de algún lugar de la habitación. *«Parecen las convulsiones de un muerto»* -pensó Arnie horrorizado, y corrió para detener el carrete con la cinta.

Manfred Steiner escuchó el ruido desde el lugar donde estaba, tirado sobre el piso, recortando figuritas de las revistas con las tijeras y pegándolas sobre un papel para formar nuevas figuras. Levantó la vista y vio que el señor Kott se apresuraba a desconectar la cinta. La silueta del hombre se tornaba borrosa; le costaba verle cuando se movía con tanta rapidez; era como si de alguna manera se las hubiera arreglado para desaparecer de la habitación y reaparecer después en otro lugar. Manfred tuvo miedo.

El ruido también le asustaba. Miró hacia donde estaba el señor Bohlen, sentado en el sofá, para ver si él también estaba inquieto. Pero el señor Bohlen permanecía en el mismo lugar, junto a Doreen Anderton, enlazado con ella de una manera que le hacía estremecer. ¿Cómo podían dos personas tolerar tanta proximidad? Para Manfred, era como si sus dos identidades se hubieran fundido en una sola y la idea de semejante confusión le horrorizaba. Fingía no verles y miraba más allá de donde estaban los dos, hacia la pared desnuda y segura.

Cerca de su oído se quebró la voz del señor Kott, en tonos cortantes y rústicos que él no podía entender. Después habló Doreen Anderton y más tarde Jack Bohlen; la charla de los tres era un caos que obligó al niño a taparse los oídos con las manos. De pronto, sin ningún aviso, el señor Kott cruzó la habitación y desapareció.

¿Adónde había ido? Por más que miraba, el niño no podía encontrarle. Empezó a temblar, preguntándose que iría a suceder. Vio, con sorpresa, que el señor Kott había aparecido en el lugar donde estaba la comida y hablaba con la silueta oscura que permanecía allí.

Con gracia rítmica, la silueta oscura flotó desde el banquillo alto y fue a buscar un vaso al

aparador. Aterrorizado por los movimientos del hombre, Manfred le miró de frente; en ese momento su mirada se cruzó con la del hombre oscuro.

-Debes morir -le dijo el hombre oscuro con su voz lejana- *para volver a renacer.* ¿Entiendes, niño? Como eres ahora no puedes esperar nada, ya que no ves, ni oyes, ni sientes. Nadie puede ayudarte. ¿Entiendes, niño?

-Si -dijo Manfred.

La silueta oscura se acercó al fregadero, vertió un polvo y un poco de agua en un vaso y se lo dio al señor Kott, que lo bebió sin dejar de hablar.

«¡Qué hermosa es la silueta oscura! ¿Por qué no puedo ser como ella?», pensó Manfred. Aquel hombre era distinto a los demás.

De pronto, las miradas, el contacto que había establecido con el hombre-sombra, se cortó. Doreen Anderton, al ir a la cocina, se había interpuesto entre los dos. Se puso a hablar con voz chillona y Manfred volvió a taparse los oídos con las manos, pero le fue imposible aislarse de los ruidos.

Miró hacia adelante, en busca de una huida. Se alejó del ruido y de las idas y venidas borrosas y confusas.

Vio ante sí un sendero montañés. Encima de su cabeza el cielo era pesado y rojizo; entonces vio motas grandes, cientos de lunares gigantescos que se agrandaban y acercaban cada vez más. De esas manchas llovían cosas; era hombres con pensamientos degenerados. Después de chocar contra el suelo, los hombres se movían en círculos. Hacían líneas en el suelo y después aterrizaban unas cosas grandes, parecidas a enormes cartuchos; venían una tras otra, sin pensamiento propio, y empezaban a cavar.

Vio un hueco grande como un mundo; la tierra desapareció convirtiéndose en una nada negra y vacía... Los hombres se arrojaban uno por uno dentro del pozo, hasta que no quedó ninguno. Se había quedado solo en el silencioso hueco-mundo.

Se acercó al borde del hueco y miró hacia abajo. En el fondo, en la nada, se destacó una criatura retorcida, como si estuviera liberada. Serpenteó hacia arriba, se ensanchó, formando espacio dentro si y adquiriendo color.

«Estoy en ti -pensó Manfred-. *Una vez más».*

Una voz dijo:

-Llegó a AM-WEB antes que nadie. Ya estaba aquí cuando vinimos nosotros. Es viejísimo.

-¿Le gusta estar aquí?

-¿Cómo puede saberlo? No sabe caminar ni comer solo. Todos los documentos se perdieron en aquel incendio; no se sabe, pero tal vez tenga más de doscientos años. Le amputaron todos los miembros y, como es natural, al entrar aquí le quitaron la mayoría de los órganos. Se queja de alergia, sobre todo.

«No -pensó Manfred-, *no puedo soportarlo; me quema la nariz. No puedo respirar. ¿Será este el comienzo de la vida que me prometió la silueta oscura? ¿El comienzo donde todo será diferente y habrá alguien que me ayude?».*

«Por favor, ayudadme, dijo. Necesito a alguien, cualquiera; no puedo quedarme esperando para siempre; ahora o nunca. Si no sucede algo pronto seguiré creciendo y me transformaré en el hueco-mundo, y el hueco se lo tragará todo».

Debajo de AM-WEB, el hueco esperaba ser todos aquellos que pasaban por arriba, o que habían pasado por allí; esperaba ser todos y todas las cosas. Sólo Manfred Steiner podía contenerlo.

Cuando dejó el vaso, Jack Bohlen sintió que todo su cuerpo se desintegraba.

-No tenemos más bebida -logró decir a la joven sentada a su lado.

-Jack, recuerda una cosa, por favor -dijo Doreen en un susurro-; tienes amigos. Yo soy tu amiga y el doctor Glaub llamó, él es tu amigo también -le miró ansiosamente a la cara-. ¿Crees que te pondrás bien?

-¡Por Dios! -gritó Arnie-; Jack, quiero saber como te ha ido. ¿No puedes adelantarme

nada?

Se enfrentó a los dos con envidia y Doreen se apartó imperceptiblemente de Jack.

-¿Pensáis seguir así, sobándoos y murmurando? No me encuentro bien -dijo, y se fue hacia la cocina.

Doreen se inclinó hacia Jack.

-Te amo -susurró con los labios casi rozando los de él.

Jack trató de sonreírle, pero no pudo. El rostro se le había endurecido, no podía hacer ningún gesto.

-Gracias -dijo.

Le habría gustado saber qué significaba para él. La besó en los labios, sintiéndolos suaves y tibios de amor; le entregaban todo lo que había en ellos, sin reservas.

Ella habló con los ojos llenos de lágrimas.

-Te siento retraerte dentro de ti otra vez; cada vez más lejano.

-No -dijo él-, estoy bien.

Pero no era cierto y lo sabía.

-Gubble, gubble -dijo la joven.

«Imposible huir -pensó Jack cerrando los ojos-. *Me rodea por todas partes».*

Al abrir los ojos vio que Doreen se había levantado del sofá y estaba en la cocina. Le llegaron las voces de ella y de Arnie.

-Gubble, gubble, gubble. Gubble.

Jack se volvió al niño que recortaba revistas sobre la alfombra y le dijo:

-¿Me escuchas? ¿Puedes oírme?

Manfred lo miró sonriente.

-Háblame -dijo Jack-, necesito que me ayudes.

No le respondió.

Jack se puso de pie y se acercó al grabador. Empezó a examinarlo, de espaldas a la habitación. Se preguntó si estaría vivo ahora si hubiese escuchado el consejo del doctor Glaub. Si le hubiera permitido que le representara en vez de ir él.

Probablemente no. Es como el primer ataque, habría sucedido de todas maneras. Se trata de un proceso que debe desarrollarse, evolucionar y llegar a su fin.

Cuando se recuperó estaba en una acera negra y desierta. Habían desaparecido la habitación y la gente que había en ella. Estaba solo.

A ambos lados se levantaban edificios rectos, de fachada gris. ¿Era AM-WEB? Desesperado, miró hacia todos lados. Aquí y allá vio algunas luces; estaba en una ciudad; de pronto reconoció a Lewinstown y empezó a caminar.

-Espera -dijo tras él una voz femenina.

Por la puerta de un edificio salió una mujer con abrigo de piel: los tacones altos repiqueteaban sobre la acera, despertando ecos. Jack se detuvo.

-Después de todo no salió tan mal -dijo ella, sin aliento, poniéndose a su altura-. Gracias a Dios que terminó, ¡estabas tan tenso! Lo sentí toda la noche. Arnie está muy disgustado por la noticia de la *Cooperativa*. Son muy ricos y poderosos y él se siente muy insignificante en comparación.

La joven le tomó del brazo y caminaron sin rumbo fijo.

-Además, dijo que seguirás como su técnico para reparaciones -dijo la joven-. Estoy segura de que cumplirá su palabra. Eso sí, está enojado, Jack; se nota en toda su persona. Yo lo sé, te lo aseguro.

El trataba en vano de recordar lo que había sucedido, pero no podía.

-Di algo -le pidió Doreen.

Pasados unos minutos habló.

-No conviene tenerlo como enemigo.

-Temo que sea cierto -dijo ella mirándole a la cara-. ¿Vamos a casa, o prefieres tomar un trago en algún lado?

-Caminemos simplemente -dijo Jack.

-¿Todavía me quieres? -preguntó ella.

-Por supuesto -contestó él.

-¿Tienes miedo a Arnie? Es posible que intente vengarse de ti porque... no entiende lo de tu padre, cree que en algún momento tienes que haberle... -la joven sacudió la cabeza-. Jack, estoy segura que tratará de vengarse. En el fondo te culpa a ti, y es tan primitivo...

-Es cierto -dijo Jack.

-Por favor, di algo -urgió Doreen-. Pareces un tronco, como si no estuvieras vivo. ¿Después de todo, fue tan terrible? Parecías haberte recuperado.

-No le temo a lo que pueda hacer -dijo él con esfuerzo.

-Jack, dime ¿dejarías a tu mujer por mí? Dijiste que me amabas. Tal vez podríamos volver a la Tierra, o algo así.

Siguieron andando juntos, sin rumbo fijo.

13

Otto Zitte se hacía la ilusión de que había empezado a vivir. Desde la muerte de Norb Steiner se desplazaba por Marte como en los viejos tiempos; tenía oportunidad de vender, entregar la mercancía, conocer personalmente a la gente y charlar con todos.

Especialmente había encontrado ya varias mujeres atractivas, amas de casa solitarias aisladas en el desierto de la domesticidad, que ansiaban estar bien acompañadas, por así decirlo.

Hasta entonces no había tenido oportunidad de visitar a la señora Silvia Bohlen, pero sabía exactamente dónde vivía; lo había señalado en el mapa.

Hoy tenía intención de ir hasta allí.

Vistió, para la ocasión, su mejor traje, de chaqueta recta, hecho en piel de tiburón inglés de color gris, que hacía años no usaba. Lamentablemente, tanto los zapatos como la camisa eran de fabricación casera. ¡Ah, eso sí, la corbata!, recién llegada de Nueva York, era de colores vivos y alegres, y en la punta tenía un corte que la dividía en dos. La sostuvo ante sí para admirarla mejor; después se la puso.

El cabello oscuro brillaba. Se sentía confiado y optimista. El nuevo día empezaba prometedoramente con la perspectiva de encontrarse con una mujer como Silvia; en eso pensaba mientras se ponía el abrigo de lana, recogía las maletas y salía del depósito, convertido ahora en cómoda vivienda, para ir al helicóptero.

Al ascender, la máquina describió un amplio arco y luego se dirigió hacia el este. Las yermas montañas quedaron atrás, pasó sobre el desierto y por fin vio el Canal George Washington, que le sirvió de guía. Mantuvo derecho el rumbo, encontró después un sistema de canales más pequeños que derivaba del primero y no tardó en llegar a la confluencia del William Butler Yeats y el Herodoto; cerca de allí vivía la familia Bohlen.

Pensó que ambas mujeres, tanto June Hennessy como Silvia Bohlen, eran atractivas, pero de las dos Silvia le gustaba más; tenía ese aire somnoliento y sensual carácter característico de las mujeres muy emotivas. June, en cambio, era pizpireta y traviesa, la clase de mujer que habla sin cesar y tiene siempre una respuesta para todo. «Me gusta una mujer que sepa escuchar», pensó.

Recordó el problema que había tenido antes y se preguntó cómo sería el marido. Tendría que averiguarlo. Muchos de esos emigrantes tomaban muy en serio la vida de pioneros, sobre todo los que vivían alejados de la ciudad; son capaces de tener armas en la casa, por ejemplo. Siempre se corría algún riesgo, pero valía la pena.

Por las dudas, Otto Zitte también iba armado; tenía una pequeña pistola calibre veintidós, en un compartimento lateral secreto de una de sus maletas.

La cargó y la puso allí. «Nadie me va a llevar por delante -pensó-; si buscan camorra, la

van a encontrar».

Animado con ese pensamiento se zambulló en el aire con el helicóptero. Miró el terreno de abajo y no vio ningún helicóptero frente a la casa de los Bohlen; entonces se preparó para aterrizar.

Sólo por pura precaución estacionó casi a un kilómetro de la casa, a la entrada de un canal de servicio. Desde allí decidió ir a pie, aún soportando el peso de las maletas; no tenía alternativa. Mientras se dirigía al hogar de Silvia Bohlen, pasó delante de varias casas, pero no llamó a ninguna puerta. Caminó directamente siguiendo el curso del canal, sin hacer paradas.

Cuando se acercaba a la casa de los Bohlen aminoró el paso para recuperar el aliento.

De un rápido vistazo inspeccionó las casas cercanas, sobre todo la vecina, de la que salían gritos infantiles. Había gente allí, de manera que se acercó a la de Silvia por el lado opuesto, caminando en silencio por una línea que le mantenía escondido de la casa con las voces de niños.

Llegó, subió los escalones del porche, y tocó el timbre.

Sintió que alguien le espiaba desde detrás de las cortinas rojas de la sala. Otto no dejaba de sonreír correcta y convencionalmente, cosa que hacía siempre.

Se abrió la puerta y apareció Silvia Bohlen con el pelo bien arreglado, los labios pintados, vestida con un suéter y ajustados pantalones de color rosa. Las sandalias dejaban al descubierto los dedos de los pies y las uñas pintadas de un vivo tono escarlata. Notó todos los detalles con el rabillo del ojo. Era evidente que ella se había arreglado esperando su visita. No obstante, y como era de esperar, asumió una actitud lánguida e indiferente. La miró en silenció, con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

-Señora Bohlen -dijo él con un tono de voz preñado de intimidad-, vale la pena cruzar varios kilómetros de desierto desolado para verla una vez más. ¿Estaría interesada en nuestra oferta especial de sopa de canguro? Es algo delicioso y diferente que llega a Marte por primera vez. La he traído directamente, seguro que usted es capaz de apreciar lo bueno y distinguir la mejor calidad sin reparar en el precio.

Mientras desarrollaba su discurso aprovechó para acercarse sin dejar atrás la mercancía.

No sin antes vacilar, Silvia murmuró.

-Ah, entre, por favor.

Soltó la puerta y él entró sin dudarlo al interior de la sala, dejando las maletas cerca de la mesa baja.

Le llamó la atención un juego de arco y flecha.

-¿Su hijito está en casa? preguntó.

-No -repuso Silvia, caminando un tanto nerviosa con los brazos delante del pecho-; hoy está en la escuela -trató de sonreír antes de agregar-: Mi suegro fue al centro y no regresará hasta muy tarde.

«Bien -pensó Otto-. Ya veo».

-Hágame el favor de sentarse -rogó él-. Así podré mostrarle mejor lo que traigo, ¿no cree?

Con un solo movimiento cambió la silla de lugar y Silvia se sentó en el borde, con los brazos apretados contra sí y los labios cerrados con firmeza. Toda su actitud revelaba la tensión que la dominaba; mucho mejor, pensó él, quiere decir que es consciente de lo que esto significa: la visita, la ausencia del hijo, la puerta que había tenido la precaución de cerrar, las cortinas de la sala aún corridas.

-¿Quiere un poco de café? -preguntó súbitamente.

Dejó la silla de un salto y fue hasta la cocina. Poco después volvía con una bandeja con dos tazas de porcelana, café, azúcar y crema.

-Gracias -dijo él pronunciando la palabra como ronroneo.

Mientras ella estaba ocupada, había acercado otra silla.

Tomaron el café.

-¿No teme vivir aquí sola buena parte del tiempo? -preguntó él-. Esta zona es muy

desolada.

-Caramba, creo que estoy acostumbrada -dijo mirándole de reojo.

-¿De qué parte de la Tierra es usted?

-De San Luis -contestó Silvia.

-Aquí es muy distinto. Una vida nueva, completamente renovada, donde uno puede desprenderse de las ataduras y ser uno mismo. Aquí... aquí vemos la explosión de lo extraordinario, señora Bohlen, el pulso de la oportunidad que llama a las personas sólo una vez en la vida...

Mientras hablaba en esos términos miró la sala, con su moblaje común; había visto sillas y alfombras como esas muchas veces: hasta los adornos eran siempre repetidos; todas las casas se parecían.

-¿Qué otra cosa tiene, aparte de la sopa de canguro?

-Bien -dijo él concentrándose interiormente-, excelentes huevos de codorniz, manteca genuina, de leche de vaca; crema agria, ostras ahumadas. Traiga unas galletitas por favor, y yo suministraré la manteca y el caviar; es un obsequio.

La sonrisa con que terminó la frase tuvo eco en la amplia y resplandeciente de ella; con los ojos brillantes de expectativa se puso impulsivamente de pie y corrió a la cocina, un niño travieso.

Poco después estaban juntos, inclinados sobre la mesa, sacando del pequeño frasquito de vidrio los últimos huevos de pescado, negros y aceitosos, con los que untaban las galletitas.

-No hay nada como un legítimo caviar -dijo Silvia suspirando-. Lo había probado una vez en mi vida, en un buen restaurante de San Francisco.

-Mire que he traído además -dijo él, sacando una botella de la maleta: vino húngaro, de la Bodega *Buena Vista* de California.

Probaron el vino en copas altas que él también había tenido la precaución de llevar.

Con los ojos entrecerrados, Silvia se recostó contra el respaldo del sofá.

-¡Oh, Dios! Parece un sueño; no creo que sea verdad.

-Claro que sí -dijo Otto, y dejando su copa sobre la mesita se inclinó sobre ella.

Silvia respiraba lenta y acompasadamente, como si estuviera dormida, pero le miraba fijamente. Sabía exactamente lo que estaba sucediendo. Él se inclinó más y más; ella no se movió, no trató de escabullirse.

Mientras la tomaba en sus brazos pensó que el vino y la comida significaban una pérdida de unos cien dólares de las Naciones Unidas, precio minorista, pero bien valía la pena; al menos para él.

Volvía a repetirse la vieja historia; una vez más, no se trataba de sueldo a escala fija establecido por el Gremio. Era mucho más que eso, pensaba Otto. Poco después estaban en el dormitorio silencioso e invitador, con las cortinas bajas, envuelto en una penumbra acogedora, bien preparado, como él sabía, para semejante acontecimiento.

-Nunca me había sucedido algo así -murmuró Silvia-: ni una vez en la vida.

Su voz que dejaba traslucir una agradable satisfacción y conformidad, parecía venir de lejos.

-¿Estaré borracha, acaso? ¡Oh, Dios mío!

Permaneció en silencio largo rato.

-¿Me estaré volviendo loca? -susurró luego-. Sí, eso es, me enloqueces. No puedo creerlo, no pertenece a este mundo. ¿Qué puede haber de malo en un sueño?

Después de eso, no volvió a decir nada más.

Como había anticipado, era la clase de mujer que le gustaba. No hablaba demasiado.

«¿Qué es la demencia?», pensó Jack Bohlen. En su caso era haber perdido a Manfred Steiner y no recordar dónde ni cómo. Casi no recordaba lo sucedido anoche en casa de Arnie. Sólo a través de lo que Doreen le había dicho logró reconstruir poco a poco, una idea general de lo que había sucedido.

Demencia era tener que reconstruir un cuadro de la vida de uno preguntando a los demás.

Ese lapso sin memoria era, en realidad, síntoma de una profunda perturbación. Indicaba que su psique había dado un gran salto hacia adelante en materia de tiempo. Y había ocurrido tras un período en el que vivió varias veces, en algún plano del subconsciente, el mismo capítulo que ahora le faltaba.

Concluyó que había estado varias veces en la sala de Arnie Kott, experimentando los sucesos de la noche anterior con anticipación a la realidad; en cambio, cuando habían tenido lugar, los había salteado. Ahora padecía una dislocación mental del sentido del tiempo que, según el doctor Glaub, era la base de todo el proceso esquizofrénico.

La noche en casa de Arnie había transcurrido en realidad, había existido para él, pero fuera de su orden.

De todos modos, ya no había forma de remediarlo, puesto que todo pertenecía al pasado. Perturbaciones del tiempo pasado no son sintomáticas de esquizofrenia, sino de una neurosis compulsiva obsesiva. Como esquizofrénico su problema estaba completamente en el futuro.

Como podía verlo ahora, su futuro dependía de Arnie Kott y su deseo de venganza.

Se preguntó qué posibilidad tenía contra Arnie. Casi ninguna.

Se apartó de la ventana de la sala para entrar al dormitorio de Doreen. Caminó silenciosamente y la miró mientras dormía en la gran cama desordenada.

Aún estaba mirándola cuando ella despertó, le miró a su vez y le sonrió.

-Tuve un sueño muy extraño -dijo ella-. En él dirigía la *«Misa en Re Menor»* de Bach, la parte del kirie, en un tiempo de cuatro por cuatro. Cuando estaba en el medio alguien se acercó y me quitó la batuta diciendo que el tiempo estaba equivocado -frunció el ceño, pensativa-; pero en realidad. ¿Qué podrá significar que estuviera dirigiendo eso? Ni me gusta la *«Misa en Re Menor»* de Bach. Arnie tiene una cinta grabada y la pasa siempre, sobre todo por la noche.

Él pensó en los sueños que había tenido en los últimos tiempos y que consistían en formas difusas que flotaban, se movían y desaparecían; se referían a un edificio alto, con muchas habitaciones y grandes cuervos que revoloteaban alrededor. También había algo horrible oculto en un armario... no lo había visto pero presentía su presencia.

-En general los sueños se relacionan con el futuro -dijo Doreen-; están determinados por el potencial del individuo. Arnie quiere organizar una orquesta sinfónica en Lewinstown y estuvo hablando con Bosley Touvim, en Nueva Israel. Quizá yo seré la directora, y esa es la razón del sueño.

Se deslizó de la cama y se quedó de pie, esbelta y suave.

-Doreen -dijo él con voz firme-; no recuerdo lo de anoche. ¿Qué sucedió con Manfred?

-Quedó en casa de Arnie. Tiene que volver al Instituto y Arnie dijo que él se encargaría de llevarle. Siempre va a Nueva Israel por su hijo, Sam Esterhazy. Te dijo que hoy debía ir.

Después de una pausa le preguntó.

-Jack... ¿has sufrido de amnesia antes?

-No -contestó él.

-Tal vez se debe a la conmoción de tu disputa con Arnie; he observado que resulta muy duro discutir con él.

-Tal vez sea esa la causa -dijo él.

-¿Quieres desayunar? -dijo mientras empezaba a sacar ropa limpia de los cajones: una blusa, ropa interior-. Prepararé huevos con tocino; tengo un delicioso tocino irlandés -agregó ella, y tras vacilar un poco dijo-: Es mercancía de Arnie, del Mercado Negro. Todo es muy bueno.

-Está bien -dijo él.

-Anoche, después que nos acostamos, estuve horas despierta pensando qué va a hacer Arnie. Me refiero a nosotros. Con respecto a ti creo que será algo relacionado con el trabajo, posiblemente presione al señor Yee para que te despida, y es mejor que estés preparado. Los dos debemos estarlo. A mí va a dejarme, eso es evidente. Pero no me importa... te tengo a ti.

-Eso es, me tienes a mí- dijo él como un eco.

-La venganza de Arnie Kott -dijo Doreen mientras se lavaba la cara en el baño-. ¡Es tan humano! No infunde terror, le prefiero a ese niño, Manfred. No lo soporto. Lo de anoche fue una verdadera pesadilla. Sentía una especie de tentáculos fríos que colgaban por la habitación y en mi mente... insinuaciones de algo sucio y dañino que no estaba en mí ni fuera de mí, simplemente cerca. Sé muy bien de dónde procedía. Era ese niño, se trataba de sus pensamientos -concluyó tras una pausa.

Mientras él preparaba la mesa ella se encargó de freír el tocino y preparar el café. Después se sentaron a desayunar. El suculento aroma de la comida pareció darle vigor. Se sintió mucho mejor mientras saboreaba el desayuno, consciente de la joven que tenía frente a sí, con el pelo rojo, largo y abundante, atado con una cinta de colores alegres.

-¿Tu hijo se parece a Manfred? -preguntó ella.

-No, diablos.

-¿Acaso se parece a...?

-Silvia -dijo él-, se parece a la madre.

-¿Es bonita, verdad?

-Para mi gusto...

-¿Sabes una cosa, Jack? Anoche, mientras permanecía quieta y pensaba... se me ocurrió algo. ¿Y si Arnie no lleva a Manfred de vuelta al Instituto? ¿Qué podría hacer él con una criatura así? Arnie tiene mucha imaginación y ahora que ha descubierto el plan de comprar tierras en las montañas quizá encuentre un nuevo uso para las dotes de predicción que tiene Manfred. Se me ocurrió una cosa que tal vez te haga reír: quizá consiga comunicarse con el niño a través de Heliogábalo, el pardo domesticado que tiene en su casa.

Calló y siguió desayunando, pensativa.

-Puedes estar en lo cierto -dijo Jack, sintiéndose ligeramente indispuesto; había mucho de verdad en lo que ella decía.

-Tú nunca has hablado con Helio -continuó Doreen-. Es la persona más cínica y amarga que conozco. Su ironía alcanza a Arnie; odia a todo el mundo, es una personalidad verdaderamente torcida.

-Yo le pedí a Arnie que llevara al chico... ¿o fue idea suya?

-Él lo sugirió: al principio tú te negaste, pero te habías quedado tan... retraído e inerte... era muy tarde y habíamos bebido demasiado. ¿Te acuerdas de eso?

Él asintió.

-Arnie siempre tiene ese *Jack Daniels etiqueta negra*; yo sola debo haberme tomado tres cuartos de litro -movió la cabeza con pesar-: en Marte nadie tiene la bebida que Arnie sirve. Voy a echarla de menos.

-Es poco lo que puedo hacer en ese sentido -observó Jack.

-Lo sé y no me importa. No pretendo eso de ti; en realidad no pretendo nada. Anoche todo fue tan rápido; en un momento todos parecíamos estar de acuerdo: tú, Arnie y al poco rato pareció como si todos estuviéramos en bandos contrarios y que nunca más volveríamos a estar juntos, por lo menos como amigos. Es triste.

Se restregó un ojo con el dorso de la mano y una lágrima rodó por la mejilla.

-¡Jesús!, estoy llorando -dijo, enojada.

-Si pudiéramos volver atrás y vivir otra vez lo de anoche...

-Yo no cambiaría nada -afirmó ella-; no me arrepiento en absoluto y tú tampoco tienes por qué.

-Gracias -dijo él, tomándole la mano-; espero que no tengas quejas de mí. Como dijo alguien, no valgo demasiado, pero puedes contar conmigo tal como soy.

Ella le sonrió y siguió desayunando.

Anne Esterhazy estaba preparando un encargo sobre el mostrador de su negocio. Mientras escribía la etiqueta alguien entró y al levantar la vista vio a un hombre alto y delgado, con

gafas demasiado grandes para él. No le causó ningún placer recordar de quién se trataba: el doctor Glaub.

-Señora Esterhazy -dijo él-, desearía hablar con usted, si es posible. Lamento nuestro altercado del otro día y reconozco que estuve agresivo. Quiero pedirle disculpas.

-¿Qué desea, doctor? -dijo ella con frialdad-. Estoy muy ocupada.

En voz baja, usando un tono rápido y regular él le explicó de qué se trataba.

-Voy a decirle algo que se refiere a un proyecto de Arnie Kott con un niño anormal que sacó del Instituto *Ben Gurion*. Deseo apelar a su celo, por causas humanitarias, para que ejerza su influencia sobre el señor Kott para evitar que cometa un acto cruel con una persona inocente, un esquizoide introvertido que cae dentro de los planes del señor Kott por la especialidad en que trabaja. Ese hombre...

-Espere -interrumpió ella-: no entiendo -y le hizo señas de que entrara en la trastienda, donde nadie podría escucharles.

-Se trata de Jack Bohlen, y temo que debido al deseo de venganza del señor Kott se convierta en un psicótico incurable. Lo que le pido, señora Esterhazy... -y el doctor Glaub siguió apelando a la mujer para que lo ayudara.

«¡Dios mío! -pensó ella-. Alguien quiere enrolarme en otra causa. ¡Como si ya no tuviera bastantes!». Pero no tenía más remedio que escuchar; además estaba en su naturaleza hacerlo así.

El doctor Glaub siguió mascullando los detalles del caso y al poco rato ella tuvo una idea bastante clara del mismo. Resultaba evidente que el profesional sentía rencor hacia Arnie; pero eso no era todo. El doctor Glaub era una mezcla extraña de la persona idealista e infantilmente envidiosa al mismo tiempo. Un tipo de hombre raro, pensó Anne mientras le escuchaba.

-Sí -dijo ella en un momento-; Arnie es así.

-Pensé en acudir a la Policía -farfulló el doctor-; o a las autoridades de las Naciones Unidas, pero me acordé de usted y aquí me tiene.

Aún apelando a falsos subterfugios, estaba decidido a adivinar la reacción de la mujer.

Eran las diez de la mañana cuando Arnie Kott llegó a la puerta de entrada de la oficina de la *Compañía Yee* en Bunchewood Park. Un chino larguirucho, de unos treinta años, le salió al encuentro para preguntarle qué deseaba.

-Soy el señor Yee -dijo, y se dieron la mano.

-Ese tipo Bohlen, ¿recuerda? Usted me cedió sus servicios.

-¡Ah, sí! Es uno de nuestros mejores técnicos, ya lo creo; de primera categoría -dijo el señor Yee mirándole astutamente.

-Me gusta tanto que quiero comprarle su contrato -dijo Arnie sacando la libreta de cheques-. Dígame cuánto quiere.

-¡Oh, no! No podemos prescindir del señor Bohlen -protestó el señor Yee levantando ambas manos-. De ninguna manera; podemos alquilar sus servicios pero nunca desprendernos completamente de él.

-Diga el precio -dijo Arnie, mientras pensaba: «Te conozco, flaco pícaro».

-¿Prescindir del señor Bohlen? ¡No! No hay quien lo reemplace.

Arnie siguió esperando.

Después de pensar un poco, el señor Yee dijo al fin:

-Déjeme revisar nuestros archivos, pero le aviso que llevará varias horas determinar el valor del señor Bohlen.

Arnie siguió esperando con la libreta de cheques lista.

Cuando hubo comprado a la *Compañía Yee* el contrato de trabajo de Jack Bohlen, Arnie Kott voló de regreso a Lewinstown. En la sala encontró a Helio y a Manfred. El sirviente leía en voz alta para el niño.

-¿En qué brujerías andas? -preguntó Arnie.

Helio bajó el libro para contestarle.

-Este niño tiene un problema fonético, y estoy tratando de ayudarle.

-¡Al cuerno! -exclamó Arnie-. No lograrás nada -y sacándose la chaqueta se la entregó al pardo.

Después de una pausa, el sirviente dejó el libro con cierta reluctancia y tomó la chaqueta, que colgó en el armario del vestíbulo.

Manfred parecía mirar a Arnie por el rabillo del ojo.

-¿Cómo te va, muchacho? -preguntó Arnie en tono amistoso, dando una fuerte palmada en la espalda del niño-. Escucha, ¿quieres volver a esa casa de locos, el Instituto *Ben Gurion*, que no sirve para nada? ¿O te gustaría quedarte conmigo? Tienes diez minutos para pensarlo.

Arnie pensaba entretanto: «Te quedarás conmigo; qué me importa lo que decidas, pequeño chiflado. ¡Con los pájaros que tienes en la cabeza...! Siempre bailando por la habitación, sin hablar, sin reparar en nadie. Pero sé que en esa cabeza loca tienes la habilidad de leer el futuro. Anoche quedó demostrado».

Cuando regresó, Helio contestó.

-Quiere quedarse con usted, señor.

-Por supuesto -dijo Arnie, satisfecho.

-Sus pensamientos me resultan tan claros como una lámina de plástico, y lo mismo le sucede a él con los míos. Ambos somos prisioneros, señor, en una tierra hostil.

Arnie no pudo reprimir una carcajada estentórea y prolongada.

-El ignorante se divierte al escuchar las verdades -sentenció Helio.

-Está bien, soy un ignorante, pero me divierte ver cómo te gusta este niño descarriado, esto es todo. No quise insultarte. ¿De modo que vosotros dos tenéis algo en común? No me sorprende -Arnie tomó el libro que Helio estaba leyendo-. Pascal -leyó- *«Cartas de Provincia».* ¡Cristo crucificado! ¿De qué sirve esto? No le veo la utilidad.

-Es por el ritmo -dijo Helio-. La buena prosa posee una cadencia que atrapa la atención errante del niño.

-¿Y por qué es errante?

-Por miedo.

-¿Miedo a qué?

-A la muerte.

-¡Ah, bueno! -dijo Arnie-. ¿A su muerte, o a la muerte en general?

-Este niño es capaz de anticipar su propia vejez; verse, con décadas de anticipación, yaciendo en un hogar para ancianos que aún no se ha construido, aquí en Marte. Un lugar en ruinas que le inspira la aversión más profunda. En este lugar del futuro pasa muchos años vacíos, miserables, inmovilizado en la cama, convertido no ya en persona sino en un objeto que se mantiene con vida por mera formalidad. Al hacer un esfuerzo por ver el presente no tarda en ser asaltado por esa visión espantosa de sí mismo en el futuro.

-Dime algo más sobre ese hogar para ancianos -dijo Arnie.

-Pronto empezarán a construirlo -dijo Helio-. No para ese fin, sino como un gran dormitorio para los inmigrantes a Marte.

-Eso es -dijo Arnie, identificando el proyecto-, será en las Montañas Franklin Delano Roosevelt.

-Llegará mucha gente -dijo Helio-. Se establecerán para vivir aquí y echarán a los pardos de su último refugio. En venganza, los nativos echarán una maldición a la tierra, ya estéril por naturaleza. Los colonos de la Tierra fracasarán en su empresa y, año tras año, los edificios comenzarán a deteriorarse aceleradamente. Descorazonados, los colonos regresan a la Tierra más rápido de lo que van llegando. Por último, el edificio se destinará a otro uso: será un hogar para los viejos, los pobres, los desvalidos y seniles.

-¿Por qué no habla? Explícame eso.

-Para escapar a una visión tan horrenda busca refugio en días más felices, retrocede al tiempo en que estaba en el vientre de su madre, cuando no compartía nada con nadie, no había

cambios, ni tiempo ni sufrimiento. La vida intrauterina. Elige ese período porque es la única felicidad que ha conocido. Por eso se niega a abandonar ese lugar de privilegio, señor.

-Ya veo -dijo Arnie, creyendo a medias las palabras del pardo.

-Él sufre tanto como cualquiera, sólo que para él es peor porque posee preconocimiento, del que nosotros carecemos. Es terrible tener ese don; no resulta extraño que se haya vuelto... oscuro por dentro.

-Sí, es tan oscuro como tú -acordó Arnie-, y no por fuera, como bien has dicho, por dentro. ¿Cómo puedes soportarlo?

-Soy capaz de soportarlo todo -contestó el pardo.

-¿Sabes qué pienso? -dijo Arnie-; creo que él hace más que ver en el tiempo, creo que lo controla.

Los ojos del pardo se tornaron opacos y se encogió de hombros.

-¿No lo crees? -insistió Arnie-. Escucha, Heliogábalo, negro hijo de mala madre, este muchachito hizo malabarismos con el tiempo. Lo sé. Vio con anticipación lo que iba a suceder y lo manejó a su antojo. ¿Trató de evitar que sucediera? Creo que trataba de detener el tiempo.

-Quizá -dijo Helio.

-Es una seria actitud -dijo Arnie-; tal vez sea capaz de volver al pasado, de acuerdo a sus deseos, y también alterar el presente. Quiero que te ocupes de él y trates de ver lo que te digo. Dime, esa Doreen Anderton, ¿llamó o vino por aquí durante la mañana? Quiero hablar con ella.

-No.

-¿Me crees loco, verdad? Por lo que pienso del niño y su capacidad de...

-La ira lo motiva, señor -contestó el pardo-, y un hombre impulsado por la ira puede tropezar con la verdad en su camino.

-¡Pamplinas! -dijo Arnie-. ¿Por qué no contestas sí o no? Siempre necesitas un discurso para todo.

-Señor -dijo Helio-, tengo algo que decirle con respecto al señor Bohlen, a quien usted se ha propuesto herir. Es muy venerable...

-Vulnerable -corrigió Arnie.

-Gracias; es un hombre frágil, sensible, predispuesto a darse por vencido. No le resultará difícil aniquilar a esa persona, pero tiene un amuleto que le entregó alguien que lo ama, o quizás varios que lo aman. Es un amuleto de la bruja de agua. Quizá le garantice su seguridad.

-Bien, ya veremos -dijo Arnie después de una pausa.

-Sí -dijo Helio en un tono de voz que Arnie no le conocía-; tendremos que esperar para comprobar la fuerza de esas viejas reliquias.

-La prueba palpable de que toda esa basura carece de valor eres tú mismo. ¿Por qué sino, estás aquí, a mis órdenes, cocinando y fregando el piso, cuidando mi ropa en lugar de andar vagando por el desierto marciano donde te encontré? ¿Por qué no estás en el desierto, muriéndote como un animal e implorando agua?

-¡Ajá! -murmuró el pardo-, es posible.

-Y que no se te olvide -amenazó Arnie-, si no quieres encontrarte otra vez en ese lugar, con tus huevos de paka y las flechas, trastabillando en el camino que no lleva a ningún lugar. Reconoce que te hago un favor permitiéndote vivir aquí, como un ser humano.

A primeras horas de la tarde Arnie Kott recibió un mensaje de Scott Temple. Lo colocó en el eje de su equipo decodificador y no tardó en escuchar el contenido.

«Arnie, pudimos localizar el campo de este personaje; es en las Montañas Franklin Delano Roosevelt. En ese momento no estaba, pero acababa de aterrizar un cohete autodirigido. En realidad fue por eso que no tardamos en encontrarlo; sólo tuvimos que seguir el curso del cohete. De todos modos, ese tipo tiene un

depósito grande, lleno de mercancía. Sacamos todo de allí y lo llevamos a nuestro almacén. Después colocamos un proyectil tipo A, modelo semilla, y lo hicimos volar todo: pista, depósito y el equipo que había por allí».

Bien hecho, pensó Arnie.

«Y como dijiste, para que sepa con quién se las tiene que ver, le dejamos un mensaje. En los restos de la torre de guía para aterrizaje dejamos un cartel que dice:

«ARNIE KOTT NO ESTÁ DE ACUERDO CON TUS ACTIVIDADES»

«Arnie, ¿qué te parece?».

-Muy bien, muy bien -dijo Arnie en voz alta.
En realidad el mensaje le sonaba un poco... ¿cuál era la palabra? Cursi.

«Cuando el tipo vuelva va a encontrarse con la novedad -continuaba el mensaje-. Por mi parte pensé (es idea mía, sujeta a tu aprobación) que dentro de unos días tendríamos que volver por el lugar para asegurarnos que no vuelva a construir. Como sabes, algunos de esos agentes independientes son un poco chiflados, como aquellos tipos que el año pasado trataron de instalar su propio sistema telefónico. De todos modos, creo que el asunto está arreglado. Ah... de paso debo decirte que estaba usando todo el material de Norb Steiner. Encontramos algunos papeles con el nombre de Steiner. Tenias razón; le cortamos el camino a ese tipo. Más tarde nos habría acarreado problemas».

Terminó el mensaje. Arnie puso el carrete en la codificadora y tomando el micrófono contestó.

-Has hecho muy bien, Scott. Gracias. Espero no volver a oír hablar de ese tipo. Apruebo que le hayáis confiscado la mercancía; ya le daremos un buen destino. Ven una noche de estas para tomar unas copas.

Detuvo el mecanismo y volvió a rebobinar el carrete.

De la cocina llegaba el murmullo persistente y apagado de Heliogábalo, que leía en voz alta a Manfred Steiner. Al escucharlo, Arnie sintió una irritación que exacerbó su resentimiento hacia el pardo. «¿Por qué permitiste que me enredara con Jack Bohlen si eres capaz de leer la mente del niño? -se preguntó-. ¿Por qué no hablaste?».

Sintió un odio feroz hacia Heliogábalo y se sintió traicionado por él como por todos los demás, Anne y Jack y también Doreen. *Sí, todos.*

Mientras se acercaba a la cocina preguntó:

-Bien, ¿tienes algún resultado o qué?

-Señor, esto requiere tiempo y esfuerzo -dijo Helio bajando el libro.

-¡Tiempo! -exclamó Arnie-. Diablos, ese es el problema. Hazme el favor y envíalo al pasado, uno o dos años atrás, y haz que compre en mi nombre la Cañada Henry Wallace. ¿Crees que es capaz?

No hubo respuesta. La pregunta era tan absurda que Heliogábalo se negaba siquiera a considerarla. Rojo de ira, Arnie dio un portazo y volvió a la sala.

«Entonces, que me envíe a mí al pasado -se dijo Arnie-. Esta capacidad de viajar a través del tiempo debe valer algo. ¿Por qué no puedo conseguir lo que quiero? ¿Qué le pasa a todo el mundo? Me hacen esperar sólo para enfurecerme -se dijo-; pero no voy a esperar mucho tiempo más».

Era la una de la tarde y aún no había recibido ningún pedido de reparaciones de la *Compañía Yee*. Mientras esperaba en el apartamento de Doreen Anderton, cerca del teléfono, Jack Bohlen presintió que algo andaba mal.

A la una y media telefoneó al señor Yee.

-Jack, pensé que el señor Kott le informaría -dijo el señor Yee, práctico como de costumbre-. Usted ha dejado de ser mi empleado, ahora él es su patrón. Gracias por su impecable hoja de servicios.

-¿Kott compró mi contrato? -preguntó Jack, desmoralizado por la noticia.

-Eso es, Jack.

El mecánico colgó.

-¿Qué te dijo? -preguntó Doreen con los ojos muy abiertos.

-Me pasaron a Arnie.

-¿Qué pensará hacer?

-No lo sé -contestó él-; será mejor que le llame para preguntárselo. Parece que él no tiene intención de llamar.

«Ese tipo está jugando conmigo -pensó Jack-. Es un sádico».

-No te servirá de nada telefonearle -dijo Doreen-, nunca dice nada importante por teléfono. Tendremos que ir a su casa. Quiero acompañarte, deja que vaya contigo.

-Está bien -dijo él yendo hacia el armario a buscar su chaqueta-. Vamos.

14

A las dos de la tarde Otto Zitte asomó la cabeza por la puerta lateral de la casa de los Bohlen para ver si alguien estaba vigilando. Al ver lo que estaba haciendo Silvia pensó que había llegado el momento de que se fuera.

«¿Qué he hecho? -se preguntó mientras se abotonaba torpemente la blusa, parada en medio del dormitorio-. ¿Podré mantenerlo en secreto?». Aún suponiendo que la señora Steiner no lo hubiera visto, estaba segura que el hombre no tardaría en contárselo a June Hennessy, quién lo comentaría a todo el vecindario del William Butler Yeats. Con lo que le gustaban a todos las murmuraciones. «Sé que Jack se enterará», pensó. Después se le ocurrió que Leo pudo haber llegado temprano. Pero ya era demasiado tarde; a lo hecho, pecho.

Otto estaba preparando las maletas para marcharse.

«Quisiera estar muerta», se dijo.

-Adiós, Silvia -se despidió Otto, mientras se dirigía rápidamente hacia la puerta de la calle-. Te llamaré.

No le contestó, ocupada en ponerse los zapatos.

-¿No piensas despedirte? -le preguntó él, asomándose a la puerta del dormitorio.

Ella le miró furiosa.

-No, y vete de una vez. No quiero que vuelvas nunca... ¡te odio!, y lo digo de todo corazón.

-¿Por qué? -preguntó el hombre encogiéndose de hombros.

-Porque eres un tipo horrible. Nunca tuve nada que ver con alguien como tú. Debo estar loca; debe ser la soledad -replicó ella, con su lógica implacable.

Él pareció realmente muy ofendido. Apoyado contra la pared del dormitorio, le subieron los colores al contestarle:

-Fue tanto idea tuya como mía -concluyó, enojado.

-Vete de una vez -repitió ella, volviéndole la espalda.

Por último escuchó el ruido de la puerta de la calle al abrirse y volverse a cerrar. Se había ido.

«Nunca, nunca más», se prometió Silvia. Entró en el baño y sacó la botella de fenobarbital del botiquín. Con un vaso de agua tomó 150 miligramos de un golpe, atragantándose casi.

«No tenía que haber sido tan mala con él *-pensó en un arranque de conciencia-. No es*

justo, él no tuvo la culpa. Fui yo. ¿Para qué culparle de mi debilidad? Si no hubiera sido él habría sido otro, tarde o temprano. ¿Volverá alguna vez -se preguntó-, *o le he ahuyentado para siempre?».*

Se sentía tan sola como antes, desdichada y sin saber qué hacer. Nada había cambiado, parecía condenada a un eterno vacío por siempre jamás.

Llegó a la conclusión de que el hombre, en realidad, había sido muy bueno, suave y considerado. Podría haber elegido peor.

Fue a la cocina y se sentó a la mesa. Tomó el teléfono y marcó el número de June Hennessy.

No tardó en responder la voz de su amiga.

-Hola...

-Adivina qué pasó -empezó Silvia.

-Cuéntame.

-Espera a que encienda un cigarrillo.

Silvia Bohlen encendió un cigarrillo y acercó un cenicero; movió la silla para estar más cómoda y, sin perder el detalle más mínimo, adornando algunos puntos con un toque de imaginación, se lo contó todo a June.

Se sorprendió al descubrir que contarlo resultaba casi tan agradable como la experiencia misma.

Quizás un poco más.

Mientras se dirigía con su helicóptero a su base de operaciones en las montañas, Otto Zitte meditaba sobre su encuentro con la señora Bohlen, y se felicitó. Estaba de buen humor, a pesar del no sorprendente ataque de remordimiento que Silvia había tenido hacia el final.

«Es natural», se dijo.

Ya le había sucedido en otras ocasiones; es cierto, no dejaba de molestarle, pero era una de las jugarretas características de la mentalidad femenina; siempre llegaba el momento en que desconocían la realidad y echaban culpas a todo el mundo.

A él no le importaba. Nada podía borrar el recuerdo de los buenos momentos que habían pasado juntos.

¿Y ahora qué? Volvería al local para almorzar, descansar un poco, afeitarse y darse una ducha. Después de cambiarse de ropa tendría tiempo para salir en un verdadero viaje de ventas, la mente puesta sólo en los negocios.

Ya empezaba a distinguir los picos escarpados de la montaña; no tardaría en llegar.

Justo frente a él le pareció distinguir una fea pluma de humo gris que se elevaba en el aire.

Atemorizado, aumentó la velocidad del helicóptero. Ya no había dudas, el humo salía cerca de su campo. «¡Me encontraron! -se dijo, a punto de sollozar-. Deben ser las Naciones Unidas, me han desbaratado todo y ahora me están esperando». No obstante, siguió su curso, pues tenía que saberlo con certeza.

Pudo ver debajo lo que quedaba de su campo de aterrizaje: restos de mampostería diseminados por el terreno; ruinas humeantes. Sobrevoló en círculos sin ningún propósito mientras lloraba desconsoladamente, dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Pero no vio ningún signo de las Naciones Unidas; no había vehículos militares ni soldados.

¿Habría estallado un cohete al llegar?

Otto aterrizó rápidamente: bajó del helicóptero y caminó por el suelo aún caliente, hacia los restos de lo que había sido el barracón.

Cerca de la torre de señales del aeródromo, vio pegado un cartel.

«ARNIE KOTT NO ESTÁ DE ACUERDO CON TUS ACTIVIDADES»

Leyó la frase una y otra vez, tratando de entender. ¡Arnie Kott! ¡Y pensar que se estaba preparando para visitarle! Arnie Kott había sido el mejor cliente de Norb. ¿Qué significaba

todo aquello? ¿Estaría ya insatisfecho del servicio? ¿Porqué otra razón podía enfadarse con él? No tenía sentido. ¿Qué le había hecho a Arnie Kott para merecerse este castigo?

«¿Por qué? -se preguntaba Otto-. ¿Qué te hice?, ¿Por qué me has destruido?».

Finalmente se decidió a acercarse al barracón esperando, a pesar de todo, encontrar alguna mercancía que pudiera salvar, confiando que tal vez, entre los restos... Pero no había restos. Se habían llevado todas las existencias; no quedó una simple lata, un frasco, un paquete o bolsita de nada. Quedaban los restos del edificio, pero nada más.

De manera que ellos, los que fueran, habían robado la mercancía antes de arrojar la bomba.

Con los puños apretados, Otto deambulaba en círculos, mientras echaba hacia el cielo miradas furibundas.

-Me has bombardeado, Arnie Kott -exclamó-, y me has robado la mercancía.

Pero no alcanzaba a entender la razón.

«Tiene que haber una razón -se dijo-, y la averiguaré. ¡Maldito seas, Arnie Kott! no descansaré hasta saber de qué se trata. Cuando lo sepa te encontraré y podré vengarme por lo que me has hecho».

Se sonó la nariz varias veces, haciendo mucho ruido, y con paso lento se arrastró de vuelta al helicóptero. Se instaló en el asiento y se quedó largo rato mirando hacia adelante. Por último abrió una de las maletas y sacó la pistola calibre veintidós. Permaneció inmóvil, con el arma sobre las rodillas, pensando en Arnie Kott.

Heliogábalo se dirigió a Arnie Kott.

-Disculpe si le molesto, señor, pero si está interesado le explicaré qué debe hacer.

Agradablemente sorprendido, Arnie se detuvo junto al escritorio.

-Larga el rollo -dijo.

Helio hablaba a la vez con expresión triste y altanera.

-Vaya con Manfred al desierto y atraviéselo a pie hasta llegar a las montañas. Su peregrinaje deberá concluir frente a la roca *Monte Sucio*, la roca sagrada de los pardos. Después de presentar el niño a *Monte Sucio* encontrará la respuesta que busca.

-Y me habías dicho que era puro fraude -dijo Arnie, agitando el índice ante el pardo.

Siempre había sospechado que la religión de los pardos debía guardar algún secreto, aunque Helio tratara de engañarle.

-En el santuario de la roca deberán comulgar. El espíritu que anima a *Monte Sucio* recibirá sus psiques colectivas y si es misericordioso, les concederá lo que pidan.

Después de una pausa Helio continuó:

-En último caso, debe confiar en la capacidad interior del niño. La roca de por sí carece de poder. Sin embargo, recuerde lo siguiente: el lugar donde está *Monte Sucio* es el punto más débil del tiempo. Los pardos han logrado sobrevivir a través de los siglos teniendo en cuenta este hecho.

-Ya veo -dijo Arnie-, una especie de hendidura en el tiempo a través de la cual vosotros, muchachos, llegáis al futuro. Bueno, francamente, lo que a mí me interesa es el pasado. Todo esto me parece sospechoso, pero de todos modos probaré. Me has contado tantos cuentos con respecto a esa roca...

-Lo que dije antes es cierto -afirmó Helio-. *Monte Sucio*, por sí solo no puede conseguir nada.

No vaciló un momento y sostuvo con firmeza la mirada de Arnie.

-¿Crees que Manfred estará dispuesto a cooperar? -preguntó Arnie.

-Le hablé de la roca y está ansioso por verla. Le dije que en ese lugar uno debe volver hacia atrás, al pasado, y la idea despertó entusiasmo. No obstante deberá recompensar al niño por su esfuerzo.

»Puede ofrecerle algo muy valioso para él, señor: ahuyentar para siempre de su vida el espectro de AM-WEB. Prométale que le enviará de vuelta a la Tierra y que suceda lo que suceda nunca se verá dentro de ese abominable edificio. Si usted lo hace, él empleará todas

sus facultades mentales en su favor.

-No me parece mal -dijo Arnie.

-Y le habrá hecho un favor a ese pobre niño.

-Demonios -prometió Arnie-, enseguida haré los arreglos necesarios con las Naciones Unidas. Es complicado, pero tengo abogados que pueden manejar el asunto con el dedo meñique.

-Bien -dijo Helio-. Sería un crimen no hacer algo por el niño. Si usted pudiera, siquiera por un momento, experimentar la terrible ansiedad que le domina con respecto a su futuro en ese horrible lugar...

-Sí, parece que es espantoso- dijo Arnie.

-¡Qué vergüenza sería que usted mismo tuviera que soportar algo semejante!

-¿Dónde está Manfred ahora?

-Caminando por las calles de Lewinstown -dijo Helio-, disfrutando de lo que hay que ver.

-¡Mierda! ¿No corre ningún peligro?

-No creo -contestó Helio-, está muy entusiasmado con la gente y con la actividad de los negocios; todo es nuevo para él.

-Reconozco que has ayudado mucho al niño -dijo Arnie.

Sonaron las campanillas de la puerta y Helio fue a atender la llamada. Cuando alzó la vista, Arnie vio a Jack Bohlen y a Doreen Anderton, ansiosos y tensos.

-Eh... hola -dijo Arnie, preocupado-. Pasad; Jack estaba a punto de llamarte, tengo un trabajo para ti.

-¿Por qué compraste mi contrato al señor Yee? -preguntó Jack sin preámbulo.

-Porque te necesito -contestó Arnie-, y te diré porqué en este mismo momento. Saldré en peregrinaje con Manfred y necesito que alguien sobrevuele por donde vayamos para no perdernos o morirnos de sed. Tenemos que cruzar el desierto y llegar a las Montañas Franklin Delano Roosevelt, ¿no es cierto, Helio?

-Sí, señor -contestó Helio.

-Quiero empezar de inmediato -explicó Arnie-. Calculo que es una caminata de cinco días. Llevaré un equipo portátil de comunicaciones para avisarte cuando necesitemos agua y comida. Por la noche podrás aterrizar con el helicóptero y levantar una tienda para que podamos dormir. Tendrás que llevar un botiquín por si acaso nos pica alguna alimaña del desierto; según he oído hay serpientes marcianas y ratas merodeando en esos lugares. Ahora son las tres -dijo, mirando el reloj-; me gustaría salir a eso de las cuatro y caminar unas cinco horas hasta antes de la noche.

-¿Cuál es el propósito de este... peregrinaje? -preguntó de pronto Doreen.

-Tengo un asunto que atender con esos pardos del desierto -dijo Arnie-; asuntos personales. ¿Tú irás en el helicóptero? Si es así, te conviene cambiarte de ropa. Lleva botas y unos pantalones gruesos, siempre existe la posibilidad de que os veáis forzados a aterrizar. Pensad que cinco días es un tiempo largo para volar en círculos. Sobre todo estad seguros de llevar bastante agua.

Jack y Doreen se miraron.

-Esto va en serio -dijo Arnie-, y no hay tiempo que perder. ¿Entendido?

-En lo que a mí respecta -dijo Jack a la joven-, no tengo alternativa, debo hacer lo que me dice.

-Muy cierto compañero -afirmó Arnie-, así que reúne el equipo necesario. Una cocina portátil para preparar la comida, luces portátiles, baño portátil, comida, toallas, jabón y alguna arma de fuego. Sabes bien qué necesitamos, estás acostumbrado a vivir al borde del desierto.

Jack hizo un lento movimiento de acuerdo.

-¿De qué asunto se trata? -preguntó Doreen-. ¿Por qué debes ir caminando? ¿Si sólo tienes que llegar a cierto lugar, porqué no vuelas, como siempre?

-Tengo que ir caminando, eso es todo -dijo Arnie, irritado-. Las cosas son así; créeme, no fue idea mía -dirigiéndose a Helio preguntó-: ¿Puedo volar al regreso?

-Sí, señor -contestó Helio- puede volver de la manera que le plazca.

-Por suerte estoy en óptimo estado físico -comentó Arnie-, o tendría que renunciar a la idea. Espero que Manfred pueda hacerlo.

-Es bastante fuerte, se lo aseguro -dijo Helio.

-Va a llevar al niño -murmuró Jack.

-Así es -replicó Arnie-. ¿Alguien se opone?

Jack Bohlen no contestó enseguida, pero su expresión se volvió más sombría que de costumbre.

-No puede obligar a ese chico a caminar cinco días por el desierto. Sería la muerte para él.

-¿Por qué no vas en algún vehículo de superficie? -preguntó Doreen-. Usa alguno de esos pequeños autobuses del Correo de las Naciones Unidas. Llevaría bastante tiempo como para considerarlo un peregrinaje.

-¿Y si hago eso? -preguntó Arnie a Helio.

Después de meditarlo un poco el pardo contestó:

-Supongo que ese pequeño vehículo que menciona será adecuado.

-Perfecto -dijo Arnie decidiéndose en el momento-; llamaré a unos tipos que conozco y podré disponer de uno de esos autobuses del Correo. Doreen, tuviste una buena idea, te lo agradezco. Vosotros, por supuesto, tendréis que seguirnos por el aire para ayudarnos en caso de accidente.

Jack y Doreen asintieron.

-Tal vez cuando llegue a donde me propongo -dijo Arnie- os daréis cuenta de lo que voy a hacer.

En realidad no podré evitarlo, pensó para sí; se darán cuenta, sin lugar a dudas.

-Todo esto es muy extraño -afirmó Doreen mientras permanecía junto a Jack, tomada de su brazo.

-No tengo la culpa -dijo Arnie, sonriendo-; Helio es el responsable.

-Es cierto -acotó Helio- fue idea mía.

Pero eso no tranquilizó a los otros dos, que seguían con la misma expresión.

-¿Has hablado hoy con tu padre? -preguntó Arnie a Jack.

-Sí, unos minutos, por teléfono.

-¿Ya registró su petición, verdad? ¿Todo está en regla? ¿Ningún inconveniente?

-Me dijo que siguió el procedimiento establecido y se está preparando para volver a la Tierra.

-Muy hábil para actuar -dijo Arnie-; le admiro por eso. Aparece aquí, en Marte, presenta una petición de propiedad, va a la *Compañía Abstracta* y lo registra y, sin más ni más emprende el regreso. No está mal.

-¿Qué te propones, Arnie? -preguntó Jack con voz tranquila.

Arnie se limitó a encogerse de hombros.

-Primero debo hacer este Peregrinaje Santo con Manfred. Eso es todo.

Pero no podía ocultar una sonrisa. Era incapaz de simular su satisfacción y ni siquiera lo intentaba.

Según los cálculos de Arnie, al emplear el pequeño autobús del Correo de las Naciones Unidas, el proyectado peregrinaje de Lewinstown a *Monte Sucio* se redujo de cinco días a unas ocho horas. «Sólo faltaba hacerlo», se dijo mientras recorría la sala a grandes pasos.

Helio y Manfred estaban ya fuera del edificio, en el vehículo estacionado junto a la acera y Arnie podía verlos abajo, a través de la ventana. Sacó su revólver del cajón del escritorio, se lo puso bajo la chaqueta y después de echar llave al escritorio, salió al vestíbulo.

Minutos después estaba en la acera, junto al autobús.

-¡En marcha! -dijo a Manfred.

Helio descendió del pequeño carromato y Arnie se sentó al timón. Encendió el motorcito a turbina que zumbó como una abeja encerrada en una botella.

-Suena bien -dijo Arnie alegremente-. Adiós, Helio, y recuerda: si todo sale bien tendrás tu recompensa.

-No espero ninguna recompensa -dijo Helio-, sólo cumplo con mi deber hacia usted, amo.

Arnie liberó el freno de mano y se mezcló al tránsito de la tarde que circulaba por Lewinstown. Estaban en camino. Sin duda alguna, Jack Bohlen y Doreen debían estar ya sobrevolando en el helicóptero. Arnie no se molestó siquiera en tratar de localizar a los otros dos; seguro que andarían cerca. Se despidió de Helio con un ademán y, poco después, un enorme ómnibus-tractor ocupó el espacio que el autobús dejó libre; entonces perdió de vista a Helio.

-¿Qué te parece esto, Manfred? -preguntó Arnie mientras conducía el autobús hacia las afueras de la ciudad, rumbo al desierto-. ¿Verdad que este juguete no está mal? Puede hacer setenta y cinco kilómetros por hora; no es una tontería.

Aunque el niño no contestó, pudo notar que le temblaba el cuerpo de excitación.

-Esto es una locura -dijo Arnie contestando su propia pregunta.

Estaban llegando al deslinde de Lewinstown cuando Arnie notó que otro coche se les acercaba a la misma velocidad. Dentro vio a dos personas; un hombre y una mujer. Al principio creyó que se trataban de Jack y Doreen, pero después vio que se trataba de su ex esposa, Anne Esterhazy y el doctor Milton Glaub.

-¿Qué demonios querrán? -se preguntó Arnie-. ¿No se dan cuenta de que estoy ocupado y no quiero que me molesten?

-Kott -gritó el doctor Glaub desde su coche-, acérquese a la acera para que podamos hablar; es de vital importancia.

-¡Al diablo! -exclamó Arnie aumentando la velocidad el autobús mientras palpaba el revólver.

-No tengo nada que decirles. ¿Qué es lo que están tramando ustedes dos? -preguntó.

No le gustó en absoluto la presencia de los dos.

Tratándose de ellos, no me extraña que se asocien de esta manera, pensó. Tendría que haberlo previsto.

De un manotazo tomó el equipo de comunicaciones y llamó a Eddy Goggins, su mayordomo en Union Hall.

-Habla Arnie -dijo-; mi brújula giroscópica indica 8.45702 en el límite de la ciudad. Ven enseguida hacia aquí, date prisa pues estoy en peligro. Quiero que detengas a un par de tipos que me están siguiendo.

Mientras tanto, los otros dos no le perdían el rastro; nada les costaba alcanzar la velocidad del pequeño autobús, ni aún sobrepasarlo.

-Está bien Arnie, no te preocupes. Ya mismo enviaré a alguno de los muchachos.

En ese momento el coche se le adelantó y se detuvo en ángulo contra la acera. Arnie no tuvo más remedio que detener el autobús, ya que el coche le bloqueaba el paso; Glaub bajó de un salto y se acercó al autobús agitando los brazos como un cangrejo.

-Aquí termina su carrera de bravucón que se quiere imponer a la gente -gritó el médico.

«¡Santo Cielo! -pensó Arnie-, justo en este momento...».

-¿Qué quiere? -preguntó-; sea breve porque tengo prisa.

-Deje tranquilo a Jack Bohlen- dijo jadeando el doctor Glaub-. Vengo en representación de él, necesita paz y tranquilidad. De ahora en adelante tendrá usted que vérselas conmigo.

Anne Esterhazy descendió a su vez del coche, y acercándose al pequeño autobús, se enfrentó con Arnie.

-Tengo entendido que la situación... -empezó a decir.

-Tú no entiendes nada -contestó Arnie, ponzoñoso-. Dejadme en paz, ya me ocuparé de vosotros.

Arriba apareció un helicóptero con el emblema *Gremio de Fontaneros*, que empezó a descender. Serían Jack y Doreen... -pensó Arnie-. Y detrás de éste venía otro helicóptero a gran velocidad. Sin dudas traía a los otros compañeros. Los dos helicópteros se aprestaban a

aterrizar muy cerca del autobús.

-Arnie -dijo Anne-, sé que te ocurrirá algo malo si no desistes de lo que quieres intentar.

-¿A mí? -preguntó él, divertido e incrédulo a la vez.

-Tengo un presentimiento; Arnie, por favor, no sé bien qué estás tramando, pero piénsalo dos veces. habiendo tantas cosas buenas en el mundo ¿por qué quieres vengarte?

-Vuelve a Nueva Israel y ocúpate de tu tienda -le respondió Arnie, poniendo al mínimo el motor del autobús.

-Ese niño es Manfred Steiner, ¿verdad Arnie? Deja que Milton le lleve de vuelta al Instituto *Ben Gurion*. Será mejor para todos; para él y también para ti -dijo Anne Esterhazy.

Había aterrizado uno de los dos helicópteros y de él descendieron tres o cuatro hombres del *Gremio de los Fontaneros*. Se acercaban corriendo por la calle, y al verles el doctor Glaub tironeó la manga de Anne.

-Ya los veo -dijo ella, imperturbable-. Arnie, por favor, recuerda las veces que hemos trabajado juntos en causas nobles. Te lo pido por mí y por el pequeño Sam... Si sigues adelante con lo que te propones, ya no podremos estar juntos nunca más, en ninguna forma ¿comprendes? ¿No sientes lo mismo? ¿Tan importante es esto para que te arriesgues a perder tanto?

Arnie no contestó.

Eddy Goggins se acercó al autobús respirando agitadamente. Los otros miembros del *Gremio* se abrieron en abanico para abarcar a Anne Esterhazy y al doctor Glaub. El otro helicóptero ya había aterrizado también. De él bajó Jack Bohlen.

-Pregúntale a él -dijo Arnie-. Ha venido por su voluntad. Después de todo, él sabe lo que hace, para eso es mayor de edad. Pregúntale si no vino por su propia voluntad a este peregrinaje.

Mientras Anne y el doctor Glaub se volvían hacia Jack, Arnie dio marcha atrás con el autobús, cambió a primera y salió a toda velocidad, pasando junto al coche aparcado. Cuando Glaub trató de subir a su coche se produjo una refriega; dos hombres le agarraron por la fuerza y empezaron a luchar. Arnie siguió conduciendo a toda velocidad, y pronto dejó atrás al otro coche y al grupo de personas.

-¡Allá vamos! -le dijo a Manfred.

Hacia adelante, la calle se convertía en un ambiguo sendero liso que salía de la ciudad al desierto, en dirección a las montañas aún lejanas. El pequeño autobús avanzaba dando tumbos, y Arnie no dejaba de sonreír. A su lado, Manfred tenía la cara radiante de entusiasmo.

«Nadie puede detenerme», pensaba Arnie.

Los ruidos de la refriega quedaron atrás; sólo escuchaba el zumbido de la pequeña turbina del autobús. Se recostó más tranquilo.

«Espéranos Monte Sucio», pensó. Enseguida recordó el amuleto mágico de Jack Bohlen, la bruja de agua que según Helio, el otro tenía en su poder, y arrugó el entrecejo. Pero no cambió de decisión y siguió a toda marcha.

Junto a él, Manfred cacareaba excitado.

-Gubble, gubble.

-¿Qué significa eso de gubble, gubble? -le preguntó Arnie.

No tuvo contestación. Los dos siguieron dando saltos dentro del autobús del Correo hacia las Montañas Franklin Delano Roosevelt que se veían en la distancia.

«Tal vez cuando lleguemos al lugar, descubriré lo que quiere decir», pensó Arnie. Quería saberlo. Sin saber por qué los sonidos que emitía el niño, esas sílabas ininteligibles le ponían nervioso por encima de todas las cosas. En ese momento deseó que Helio les hubiese acompañado.

-¡Gubble, gubble! -repitió Manfred, mientras seguían a toda marcha.

15

La forma desequilibrada y oscura de *Monte Sucio*, larga y escuálida formación de arenisca y vidrio volcánico, se proyectó de pronto a su encuentro, en medio del resplandor matutino. Habían pernoctado en una tienda en medio del desierto, con el helicóptero estacionado cerca de ellos. No hubo ningún intercambio de palabras con Jack Bohlen ni Doreen Anderton; a la madrugada el helicóptero se levantó para volar en círculos sobre los viajeros. Después de tomar un buen desayuno, Arnie y su acompañante, el pequeño Manfred, recogieron las cosas para reanudar el viaje.

La peregrinación a la roca sagrada llegaba a su fin.

Al ver tan cerca *Monte Sucio*, Arnie pensó: «En ese lugar podremos curarnos de todos nuestros males, sean los que sean». Mientras consultaba el mapa que Heliogábalo había trazado, dejó que Manfred tomara el timón del autobús. El mapa indicaba el camino para llegar a la roca. En la parte norte había una cámara adecuada, según le había dicho Helio; allí, por lo general, se encontraba un sacerdote pardo. A menos que esté escondido por ahí, durmiendo la mona -pensó Arnie-. Conocía a los sacerdotes pardos; casi todos se dedicaban al vino. Hasta sus fieles les despreciaban.

Cuando llegaron a la primera colina, estacionó el pequeño autobús a su sombra, y apagó el motor.

-Desde aquí subiremos a pie -dijo a Manfred-; llevaremos con nosotros todo lo que podamos, especialmente agua, comida, y el equipo de comunicaciones. Si necesitamos la cocina podremos volver a buscarla. Tengo entendido que está a pocos kilómetros.

De un salto Manfred bajó del vehículo. Entre los dos descargaron el equipo y pronto empezaron a ascender por un sendero rocoso que se internaba en la Cordillera Franklin Delano Roosevelt.

Manfred miraba en torno con cierta aprensión encogido y tembloroso. Arnie se preguntó si no estaría experimentando los efectos de AM-WEB una vez más.

El Cañón Henry Wallace distaba sólo ciento sesenta kilómetros del lugar. Era posible que al estar tan cerca, el chico hubiera captado las emanaciones del futuro edificio. En realidad, él mismo casi podía sentirlas.

¿O se trataba acaso del influjo de la roca de los pardos? El aspecto exterior del lugar le inquietaba. ¿Por qué habrían hecho un santuario allí?, se preguntó. La aridez de la zona le resultaba perversa. Tal vez mucho tiempo atrás había sido una región fértil. A lo largo del sendero montañés todavía quedaban rastros de antiguos campamentos pardos. Quizás ese era el lugar donde se habían originado los marcianos, la región era bastante antigua y parecía estar desgastada. Era como si millones de criaturas negruzcas hubieran transitado todo aquello a través de las distintas eras. ¿En qué se había convertido en esos momentos? En los últimos rastros de una raza que moría, una reliquia para aquéllos que no tenían mucho futuro.

Resollando a causa del esfuerzo de ascender con el peso de una carga, Arnie se detuvo. Manfred caminaba con afán tras él, dirigiendo miradas ansiosas a su alrededor.

-No te preocupes -dijo Arnie-. Por aquí no hay nada que pueda asustarte.

La aptitud del niño, ¿no se estaría mezclando ya con la de la roca? Se preguntó si la roca sería también aprensiva. ¿Sería capaz de sentir?

A partir de cierto punto, el sendero se nivelaba, ensanchándose. Todo estaba en penumbra. EI frío y la humedad empapaban el ambiente, como si estuvieran atravesando una gran tumba. La vegetación raquítica y perniciosa que nacía en la superficie de las rocas tenía cierto aire de muerte, como si la hubieran envenenado en el momento de crecer. Más adelante, un pájaro muerto yacía en el sendero, y sus restos putrefactos podían haber estado varias semanas en el lugar; no sabría decirlo. Tenía un aspecto momificado.

«El paraje no tiene nada de agradable» se dijo Arnie.

Manfred se detuvo ante el pájaro e inclinándose, dijo:

-Gabiye... Gabiye, Gabiye Gabiye -repetía insistente.

-Sí -dijo Arnie-. Ven, sigamos.

Súbitamente se encontraron ante la base de la roca.

El viento hacía crujir las hojas, los arbustos desnudos mostraban su forma elemental, y despojados de toda ornamentación se destacaban como huesos plantados en el suelo. De una gran hendidura de *Monte Sucio* surgía el viento, cargado de olores, como si en ella habitara alguna especie animal, pensó el hombre. Tal vez se trataba del sacerdote. Miró, sin sorprenderse, una botella de vino tirada hacia un costado y algunos desperdicios mezclados entre la hirsuta hierba de los alrededores.

-¿Hay alguien por aquí?- preguntó Arnie en voz alta.

Después de una larga pausa; un viejo, un pardo salió de la cámara dentro de la roca; tenía un tono grisáceo, como si estuviera cubierto en telarañas. El viento parecía tener el poder de arrastrarle, pues se desplazaba de lado deteniéndose a veces contra la roca para volver a avanzar un poco. Los bordes de sus ojos estaban enrojecidos.

-¡Viejo borracho! -dijo Arnie en voz baja.

Sacó una hoja de papel que Helio le había dado y leyó la fórmula de saludo en el dialecto de los pardos.

Por entre las encías desdentadas del sacerdote se escapo una respuesta automática.

-Toma -dijo Arnie, entregándole un cartón de cigarrillos que el otro, sin dejar de murmurar, tomó entre sus garras y escondió bajo el manto grisáceo.

-Te gusta eso ¿verdad?- dijo Arnie-; ya me lo parecía...

Del trozo del papel siguió leyendo el propósito de su visita y lo que el sacerdote debía hacer. Su deseo era que el sacerdote les dejara solos durante una hora más o menos, a Manfred y a él, para invocar el espíritu de la roca.

Siempre murmurando, el sacerdote retrocedió, pareció fundirse entre los bordes del manto, y volviendo la espalda se alejó tambaleándose. No tardó en desaparecer por un sendero lateral, sin volverse siquiera a mirar a Arnie y a Manfred. Arnie dio la vuelta al papel y siguió leyendo las detalladas instrucciones que Helio había escrito.

(1) Entrar a la cámara.

Tomó a Manfred del brazo y le condujo con pasos lentos por la oscura grieta que partía la roca. Alumbrando con la linterna siguió conduciendo al niño hasta que la cámara se ensanchó. Persistía el mal olor, como si el lugar hubiera estado cerrado durante siglos. Parecían encontrarse en una enorme caja llena de harapos en descomposición; el olor nauseabundo tenía una cualidad vegetal en vez de animal.

-¿Y ahora?

Volvió a consultar las instrucciones de Helio.

(2) Encender fuego.

Un irregular anillo de rocas circundaba un pozo ennegrecido en el que asomaban varios trozos de madera y algunos restos semejantes a huesos.

-Parece que el viejo borracho cocina aquí.

Arnie llevaba elementos en la mochila para encender fuego. Dejó el bulto en el suelo, y con los dedos entumecidos trató de soltar las correas.

-No te pierdas, muchacho -le dijo a Manfred.

La soledad, la lobreguez del lugar, le hicieron preguntarse si volverían a salir de allí. Sin embargo, ambos se sintieron mejor después de encender el fuego. La caverna se entibió un poco, aunque la humedad no se disipó; persistía el olor a moho, que se había intensificado, como si el fuego tuviera el poder de acentuarlo fuese lo que fuese.

El siguiente punto de las instrucciones le dejó un tanto perplejo; no parecía corresponder

con el resto, pero a pesar de todo lo cumplió.

(3) Sintonizar la radio portátil en 574 kilociclos.

Arnie sacó la pequeña radio japonesa a transistores y la sintonizó. En 574 sólo había ruidos estáticos. Sin embargo, parecía obtener una respuesta de la roca que les rodeaba; ella al mismo tiempo parecía más alerta, como si el ruido que salía de la radio le hubiera avisado respecto a la presencia de los dos.

La siguiente instrucción también era extraña.

(4) Saque nembutal (peligroso para niños).

Arnie tragó el nembutal con el agua de la cantimplora y se preguntó si el objetivo de eso sería embotarle los sentidos y volverle más crédulo. ¿O se trataba de aplacar su posible ansiedad?

Quedaba una última instrucción.

(5) Arroje el paquete al fuego.

Helio había colocado un pequeño envoltorio en la mochila de Arnie; una página del *New York Times* formando un rollo apretado dentro del que había cierta especie de hierba. Arnie se arrodilló junto al fuego, deshizo el paquete cuidadosamente y arrojó las hebras secas y oscuras a las llamas. Se levantó un olor nauseabundo; las llamas murieron. Pronto se aventó el humo denso que llenó la cámara; Manfred tosió. «Maldición -pensó Arnie-, si seguimos así va a matarnos a los dos».

El humo se desvaneció casi instantáneamente. Entonces la caverna pareció oscura, vacía y mucho más grande que antes, como si las rocas del contorno hubieran retrocedido. De pronto se sintió a punto de caer; le pareció no encontrarse ya en posición vertical. Pensó que había perdido el sentido del equilibrio. No tenía nada que pudiese usar como guía.

-Manfred, escucha -dijo-. Por lo que a mí respecta, no tienes porqué seguir preocupándote por AM-WEB, como Helio te explicó, ¿entiendes? Ahora, vuelve a tres semanas atrás, ¿eres capaz de hacerlo? Concéntrate a fondo, trata de hacerlo con todas tus fuerzas.

Los ojos del niño le miraron en la penumbra, agrandados por el miedo.

-Retrocede hasta antes de que yo conociera a Jack Bohlen -dijo Arnie-; antes de que le encontrara en el desierto aquel día que los pardos estaban a punto de morirse de sed. ¿Comprendes? -dio unos pasos hacia el niño...

Se cayó de cara al suelo.

«El nembutal -pensó-. Será mejor que vuelva antes de que pierda por completo el sentido». Hizo un esfuerzo por levantarse y tanteó tratando de asirse de algo. Hubo un destello de luz que pareció chamuscarle; puso las manos y de pronto..., se encontró en el agua. Agua tibia caía sobre él, sobre la cara. Farfulló algo y se atosigó, vio nubes de vapor en torno a sí, sintió bajo los pies la suavidad de mosaicos familiares. Estaba en el baño de vapor.

... voces de hombres que conversaban; la voz de Eddy, que le decía:

-Bien, Arnie.

Luego distinguió el contorno de otras siluetas; cuerpos de hombres que se estaban duchando. En las entrañas, cerca de la ingle, empezó a quemarle la úlcera duodenal y se dio cuenta que tenía mucha hambre. Salió de la ducha; sus piernas débiles y vacilantes le condujeron por los mosaicos calientes y mojados en busca del asistente que siempre le atendía, para pedirle su gran toalla de baño de tela afelpada y unos pocos masajes.

«Ya he estado en este lugar -pensó-. He hecho todo esto, he dicho lo que voy a decir. Extraño, ¿cómo lo llaman? Hay una palabra francesa..».

Le convenía desayunar; el estómago le estaba haciendo ruidos y el dolor de la úlcera

aumentó.

-Oye Tom -le dijo al asistente-, ayúdame a secarme y vestirme, a ver si así puedo ir a comer; la úlcera me está matando...

Nunca le había dolido tanto.

-Está bien, Arnie -dijo el asistente, acercándose con el enorme toallón en las manos.

Cuando el asistente le ayudó a ponerse los pantalones de franela gris, la camisa, las botas de cuero suave y la gorra, el compañero Arnie Kott salió de los baños turcos y atravesó el corredor de Union Hall para ir al comedor donde Heliogábalo le esperaba con el desayuno preparado.

Al fin se sentó ante una mesa bien servida con una pila de tostadas y tocino, legítimo café importado, un vaso de zumo de naranjas cosechadas en Nueva Israel y un ejemplar del *New York Times* de la semana anterior, edición dominical. Al tomar el zumo, colado y bien frío, tembló de consternación; el vidrio suave y resbaladizo casi se le escapó de la mano antes de empezar a beber. «Debo tener mucho cuidado -pensó-. Será mejor que andes despacio y te tranquilices. *De manera que es así: estoy de vuelta a como fueron las cosas hace varias semanas. Manfred y la roca de los pardos lo han conseguido.* ¡Huyyy! -pensó con el cerebro bulléndole ante la expectativa-. ¡Qué cosa extraordinaria!».

Sorbió lentamente el zumo de naranja, disfrutando cada sorbo hasta vaciar el vaso.

«He conseguido lo que quería. Ahora debo tener cuidado -se dijo a sí mismo-. Hay ciertas cosas que no tengo la menor intención de cambiar. Tengo que asegurarme de no arruinar mi negocio del Mercado Negro, haciendo lo más natural al impedir que Norb Steiner se quite la vida. Es decir, lo de él es muy triste, pero no tengo intención de abandonar el negocio; de manera que eso queda como está -se corrigió de inmediato-: Quiero decir, mejor... como va a estar!».

«Dos cosas importantes tengo que hacer. Primero, conseguir un título legal de propiedad de tierras en las Montañas Franklin Delano Roosevelt, alrededor de la zona del Cañón Henry Wallace; ese título debe tener fecha anterior, en varias semanas, al del padre de Bohlen. Al diablo con el viejo especulador que voló directamente de la Tierra a Marte. Cuando llegue, de aquí a algunas semanas, descubrirá que esos terrenos ya han sido comprados. Habrá hecho un viaje de ida y vuelta para nada. Tal vez eso le provoque un ataque de corazón -al pensar en esa posibilidad, Arnie hizo chasquear los labios-. ¡Qué lástima!».

Después, estaba el otro asunto. Jack Bohlen.

«Lo voy a arreglar -se dijo-; un tipo que no me conoce, a quien no conozco, si bien sé de su existencia».

«Ahora soy el destino de Jack Bohlen».

-Buenos días, señor Kott.

Le molestó que alguien interrumpiera su meditación; al levantar la vista encontró que una joven había entrado en la habitación hasta detenerse junto a su escritorio, como esperando. No la reconocía. Se trataba -concluyó-, de una chica del grupo de secretarias que había venido a tomar el dictado de la mañana.

-Llámame Arnie -murmuró -; todo el mundo me llama así. ¿Cómo es que no lo sabías? ¿Eres nueva?

La joven no era bonita y él volvió la atención al periódico. Por otra parte, tenía un cuerpo sólido y macizo. Llevaba un vestido negro, de seda. «Seguro que debajo no trae nada» -pensó mientras la miraba por encima del borde del periódico. No era casada: no tenía anillo.

-Acércate aquí -le dijo-. ¿Me tienes miedo porque soy el famoso Arnie Kott, Jefe de todo esto?

La joven se le acercó con un movimiento oblicuo y lujurioso que le sorprendió; parecía deslizarse de lado hacia el escritorio, y le habló con voz ronca e insinuante.

-No Arnie, no te temo.

Su mirada audaz no tenía nada de inocente; al contrario, la sabiduría que dejaba entrever no dejó de sorprenderle. Parecía perfectamente consciente de cada deseo e impulso que él

sentía, especialmente aquéllos que ella despertaba.

-¿Hace mucho que trabajas aquí? -le preguntó.

-No Arnie -contestó ella, acercándose.

Se apoyó contra el borde del escritorio y, ante la estupefacción de él, acercó poco a poco una pierna hasta tocar la de Arnie.

La pierna de la chica se ondeó deliberadamente con la suya, en un movimiento rítmico que le hizo exclamar:

-¡Vaya!

-¿Qué te pasa, Arnie? -dijo ella, sonriente.

Nunca había visto una sonrisa como esa, fría y sin embargo cargada de insinuación. El gesto no tenía la menor calidez, pues era como si una máquina lo hubiera grabado en los labios, los dientes y la lengua, pero a pesar de eso le cubrió bajo una ola de sensualidad. Parecía despedir un calor húmedo y sofocante que le mantuvo rígido en la silla, incapaz de mirar a otro lado. Pensó que se debía a la lengua. Vibraba; la punta tenía cierta característica filosa, como si su propósito fuera cortar, una lengua capaz de infligir dolor, que gozaría al penetrar en algo vivo para atormentarlo o hasta hacerle rogar clemencia. Esa era la parte que más disfrutaba: los ruegos. También los dientes, blancos y agudos, parecían hechos para hendirse.

Tuvo un temblor.

-¿Te molesto Arnie? -preguntó la muchacha.

Había deslizado el cuerpo gradualmente a lo largo del escritorio, de suerte que ahora, de manera inexplicable, estaba totalmente contra él.

«Dios mío -pensó-; *es algo... era imposible».*

-Escucha -dijo él con esfuerzo, después de tragar saliva y sintiendo la garganta reseca-; vete de aquí y déjame leer el periódico -lo abrió entre ella y él, defensivamente-. Vete -insistió, carraspeando.

La forma onduló levemente.

-¿Qué sucede, Arnie? -ronroneó ella. Su voz parecía de ruedas metálicas que rozaran contra algo. Le salía un ruido automático, como el de una grabación, pensó Arnie.

No le contestó; tomó el periódico con determinación y siguió leyendo. Cuando levantó la vista, la joven se había ido. Estaba solo.

«No recuerdo esa parte -se dijo, sin poder dominar el temblor interior que le apretaba el estómago-. ¿Qué clase de criatura era esa? No entiendo... ¿Qué sucedió en esos momentos?».

Empezó a leer mecánicamente un artículo sobre una nave que se había perdido en el espacio profundo, con un cargamento de bicicletas del Japón. Aunque a bordo habían muerto trescientas personas, le divirtió la idea de que miles de bicicletas japonesas se hallarían flotando en el espacio, en una eterna órbita alrededor del Sol... No es que no las necesitaran en Marte, con la falta de fuentes de energía... Uno podría pedalear casi gratis miles de kilómetros, debido a la escasa gravedad del planeta.

Siguió leyendo y encontró una noticia sobre una recepción en la Casa Blanca para...(pestañeó), las palabras parecían mezclarse, le costaba distinguirlas. ¿Se trataría de un error de imprenta? Acercó más el periódico a los ojos...

«Gubble, gubble», eso era lo que decía. El articulo no tenía sentido; era una sucesión interminable del mismo vocablo: *«gubble, gubble».* ¡Dios santo! Miró con disgusto el periódico, sintiendo que su estómago empezaba a reaccionar; la úlcera duodenal se hacía sentir más que nunca. Estaba tenso y enojado, lo peor que podía pasarle a un paciente de úlcera, sobre todo a la hora de comer. «Maldita sea la palabra, *«gubble, gubble»* -se dijo-. ¡Eso es lo que repite siempre el niño! Ha arruinado el articulo del periódico».

Siguió revisándolo y comprobó que todos los artículos se convertían en una serie interminable de palabras sin sentido; después de unas líneas se volvían confusos. Su irritación fue en aumento y arrojó el periódico lejos de sí.

«Así, ¿para qué me sirve?» -se preguntó.

Llegó a la conclusión de que debía ser el modo de hablar del esquizofrénico. Un lenguaje íntimo. «Eso si que me parece mal; si él quiere hablar así, es cosa suya -pensó-, pero no tiene derecho a mezclar su jerigonza en mi mundo». Arnie se dio cuenta entonces de algo: «Naturalmente, me ha traído hasta aquí y debe pensar que eso le da algún derecho. Tal vez el niño considera que éste es su mundo».

Esa idea no contribuyó mayormente a darle paz; deseó que nunca se le hubiera ocurrido hacer lo que hizo.

Se levantó, y apartándose del escritorio fue hasta la ventana para mirar hacia abajo, las calles de Lewinstown. La gente caminaba con prisa, ¡Qué rápido iban! Los coches, también. ¿Por qué tan deprisa? Todos los movimientos tenían una brusca cualidad cinética; los objetos y las personas brincaban y parecían a punto de chocar unos con otros. Se habían convertido en objetos chocantes, duros y peligrosos como bolas de billar. Todos los edificios parecían erizados de puntas agudas, y sin embargo, cuando se trataba de precisar los cambios, ¡vaya si los había!, no podía hacerlo. la misma escena familiar que veía todos los días. Y no obstante...

¿Se movían con demasiada rapidez? ¿Qué era? Se trataba de algo más profundo. Era una hostilidad omnipresente en todas las cosas; los objetos no sólo se rozaban, chocaban unos con otros, como si lo hicieran deliberadamente.

Siguió mirando y notó otro detalle, algo que le hizo contener el aliento: la gente que se apresuraba de aquí para allá, no tenía rostros, sólo fragmentos o restos de cara..., como si no hubieran alcanzado a formarse.

«Esto es imposible -se dijo Arnie, profundamente dominado por un miedo intenso-. ¿Qué está pasando? ¿Que me está sucediendo?».

Tembloroso, volvió al escritorio y se sentó. Tomó la taza de café y siguió bebiendo, tratando de olvidar lo que acababa de ver, y seguir la rutina de todas las mañanas, como de costumbre.

Le encontró un gusto amargo y extraño al café, y tuvo que dejar la taza enseguida. «Tal vez ese chico piensa constantemente que tratan de envenenarle -pensó Arnie, desesperado-. ¿Es eso? ¿Estoy condenado a comer alimentos con gusto espantoso, sólo debido a su idea fija? Dios -pensó-, no creo que haya nada más horrible. Lo mejor que puedo hacer es terminar mi tarea aquí lo antes posible, volver al presente».

Arnie abrió la cerradura del cajón inferior del escritorio y sacó el pequeño codificador a batería, disponiéndose a usarlo. Acercándose al aparato, dijo en voz alta:

-Scott, tengo algo muy importante que comunicarte. Te ordeno que actúes de inmediato. Quiero comprar algunos terrenos en las Montañas Franklin Delano Roosevelt porque las Naciones Unidas piensan levantar un enorme proyecto para viviendas en ese lugar, especialmente cerca del Cañón Henry Wallace. Quiero que transfieras los fondos suficientes del *Gremio*, a mi nombre se entiende, para comprar títulos de esa extensión. Según tengo entendido, dentro de dos semanas especuladores de...

La máquina codificadora se paró con un gruñido raspante, interrumpiendo el mensaje.

Le dio unos golpecitos y logró que los carretes giraran lentamente; pero volvieron a detenerse.

«Creí que estaba arreglada -pensó enojado Arnie-. ¿Acaso Jack Bohlen no la reparó? -y justo entonces recordó que se hallaba en el pasado, antes de llamar a Jack Bohlen y, naturalmente, la máquina no funcionaba-. Tendré que dictárselo a la criatura-secretaria -pensó. Iba a apretar el botón para llamarla, pero se arrepintió-. ¿Cómo puedo llamar a *eso* aquí? -se preguntó».

No le quedaba otra alternativa. Apretó el botón.

Se abrió la puerta y entró ella.

-Sabía que me llamarías, Arnie -dijo ella con cierta urgencia en la voz, contoneándose hacia donde estaba él.

-Escucha -dijo Arnie, con tono autoritario-; no te acerques demasiado, no puedo soportar que la gente esté muy cerca de mí.

Al decir las palabras, reconoció lo que significaban; el temor básico del esquizofrénico, de que los otros se acercaran demasiado a él, quitándole espacio. Temor a la proximidad se llamaba, y se debía a que el esquizofrénico siente la hostilidad en todos los que le rodean. *«Eso es lo que me estaba sucediendo»* -pensó Arnie. A pesar de saberlo, no podía soportar la cercanía de la chica. Se levantó bruscamente y volvió junto a la ventana.

-Como quieras Arnie -dijo la joven en tono insaciable.

A pesar de lo que acababa de decir, se deslizó hacia él hasta quedar como antes, casi rozándole. Él podía escuchar el ruido de su respiración, percibir el olor rancio de su cuerpo, el aliento espeso y desagradable. Sintió que se ahogaba, como si le faltara aire en los pulmones.

-Voy a dictarte algo -dijo alejándose para mantener cierta distancia entre los dos-. Es para Scott Temple y tiene que ir codificado para que no puedan leerlo.

«Es por ellos -pensó-. Bueno, ese había sido siempre su temor; no podía echarle la culpa al niño...».

-Tengo un asunto muy importante -dictó-, y quiero que actúes de inmediato. Significa mucho para mí, ya que se trata de un aviso verdaderamente confidencial. Las Naciones Unidas están por comprar una extensión de tierra en las Montañas Franklin Delano Roosevelt...

Siguió dictando sin parar, pero mientras lo hacía le asaltó un temor, un miedo obsesivo que iba en aumento, a medida que pasaban los minutos. ¿Y si ella estuviera escribiendo esa palabra, «gubble, gubble»? Se dijo que tenía que comprobarlo; acercarse para verlo. La idea de la proximidad le hizo detenerse.

-Oye, tú -dijo interrumpiendo el dictado-; dame ese bloc que tienes. Quiero ver lo que estás escribiendo.

-Pero Arnie... -le respondió ella con voz lenta y cascada-. No podrás entender nada con mirarlo.

-¿Qué dices? -preguntó aterrorizado.

-Está en taquigrafía -contestó ella con una sonrisa fría y cierta malevolencia que casi se podía palpar.

-Bueno -dijo él, abandonando la idea. Siguió dictando hasta terminar, y le pidió que lo pusiera en código, para entregárselo a Scott de inmediato.

-¿Y después? -preguntó la joven.

-¿Qué quieres decir?

-Y... tú lo sabes, Arnie -contestó con un tono que lo hizo estremecerse de consternación y simple repugnancia física.

-Después nada más -dijo él-. Vete de aquí y no vuelvas a entrar si no te llamo.

Para asegurarse, la siguió y cerró la puerta tras ella.

«Creo que tendré que ponerme en contacto directo con Scott; no puedo confiar en esa mujer» -pensó. Se sentó frente el escritorio y marcó un número de teléfono. Pero nadie contestó. «¿Por qué? -se preguntó-. ¿Me habrá dejado plantado? ¿Está contra mí? ¿O trabaja para ellos? No puedo confiar tampoco en él; no puedo confiar en nadie».

De pronto oyó una voz.

-Hola, habla Scott Temple.

Se dio cuenta que sólo habían pasado unos segundos, el teléfono había sonado unas cuantas veces y ya le habían pasado por la cabeza todas esas ideas de traición y ruina.

-Habla Arnie.

-¡Hola Arnie! ¿Qué hay de nuevo? Adivino por tu voz que estás preparando algo. Desembucha.

Arnie tuvo conciencia que su sentido del tiempo estaba alterado. Le había parecido que el teléfono sonaba media hora, pero no era así.

-Habla, Arnie -repitió Scott-. ¿No me escuchas?

«La confusión característica de la esquizofrenia -pensó Arnie-. *Básicamente es una quiebre del sentido del tiempo. Me está atacando a mí, a través de ese niño».*

-¡Por amor de Dios! -exclamó Scott, enfadado.

Con un enorme esfuerzo para romper la cadena de sus pensamientos, Arnie habló por fin.

-Escucha Scott, tengo una primicia que es cosa segura, pero es preciso que actuemos de inmediato, ¿comprendes?

Le contó en detalle el interés de las Naciones Unidas por las Montañas Franklin Delano Roosevelt.

-Como puedes ver -dijo, para terminar-, vale la pena que pongamos todo lo que tenemos, para comprar; y *pronto*. ¿Estás de acuerdo?

-¿Es segura la primicia? -preguntó Scott.

-Sí, por supuesto.

-¿De dónde la sacaste? Arnie, te diré con franqueza que me gustas mucho, pero siempre sales con unas ideas tan extrañas... Te vas por la tangente. Me arrepentiría mucho de clavarme con esos terrenos inútiles de las montañas.

-Te doy mi palabra -dijo Arnie.

-No es suficiente.

No podía creer lo que estaba escuchando.

-Hace años que trabajamos juntos, y siempre hemos confiado en la palabra del otro, nada más. Nos tenemos absoluta confianza -se atragantó-. Dime Scott, ¿qué sucede?

-Eso te pregunto a ti -replicó Scott con calma-, ¿cómo es que un hombre con tu experiencia en los negocios puede morder semejante anzuelo? La única primicia es que esas Montañas Franklin Delano Roosevelt son tierras sin ningún valor, como tú sabes. Todo el mundo lo sabe. Dime, ¿en qué andas metido?

-¿No tienes confianza en mí?

-¿Y por qué habría de tenerla? Tienes que *demostrarme* que se trata de una verdadera primicia y no ofrecer sólo palabras huecas.

Arnie apenas pudo contestarle.

-Al diablo, hombre; si tuviera que demostrarlo no tendrías que confiar en mí. Ya no se trataría de una cuestión de confianza. Está bien; lo haré solo y cuando te enteres de lo que te has perdido, sólo te podrás culpar a ti mismo.

Colgó el teléfono con furia, temblando de indignación. ¡Lo único que faltaba! No podía creerlo; Scott Temple, la única persona con la que podía hacer una operación por teléfono. Al resto podía tirarlo a la basura, era un puñado de ladrones...

Pensó que debía ser un malentendido. Pero sentía una profunda e insidiosa desconfianza; la desconfianza del esquizofrénico.

Su habilidad para comunicarse estaba en crisis. Se puso en pie y exclamó en voz alta:

-Creo que no tengo más remedio que ir solo hasta Pax Grove, y ver a la gente de la oficina para presentar mi reclamo -pero recordó que primero se debía marcar el terreno, yendo en persona al lugar en la montaña. Todo su ser se rebelaba contra ese requisito; no quería ir al lugar donde algún día se levantaría el odioso edificio.

Bueno, no le quedaba otra salida. Primero debía encargar una estaca con su nombre a alguno de los talleres del *Gremio*, y después tendría que tomar un helicóptero hasta el Cañón Henry Wallace.

Pensándolo bien, debía realizar una serie angustiosa de actos. ¿Cómo podría hacer todo eso? Primero, encontrar un obrero metalúrgico que grabara su nombre en la estaca; eso podría llevar días. ¿Conocía a alguien en los talleres de Lewinstown que pudiera hacerle ese favor? Si no conocía al tipo, ¿cómo podía confiar en él?

Finalmente, con el mismo esfuerzo que le supondría nadar contra la corriente, cogió el teléfono y llamó al taller.

«Estoy tan cansado, que apenas puedo moverme -penso-. ¿Por qué? ¿Qué he hecho en lo que va del día? -la fatiga le aplastaba-. *Qué bien me haría descansar* -pensó-. *¡Ojalá pudiera dormir!».*

Bien avanzada la tarde, Arnie Kott consiguió en el taller del *Gremio* la estaca grabada con su nombre, y un helicóptero de la misma Organización para que lo llevara a las Montañas Franklin Delano Roosevelt.

-Hola Arnie -le saludo el piloto, un joven con cara amable, del grupo de pilotos del *Gremio*.

-Hola muchacho -murmuró Arnie mientras el piloto le ayudaba a instalarse en el cómodo asiento de cuero especial que habían construido para él en el taller de tapicería de la Colonia.

Mientras el piloto se instalaba en el asiento delantero, Arnie le dijo con preocupación, como buscando su ayuda:

-Se me ha hecho tarde. Tengo que ir hasta allá y después a la oficina de Pax Grove. Por favor deprisa...

«Presiento que no llegaremos -se dijo-. No tenemos el tiempo suficiente».

16

El helicóptero en que viajaba el Honorable Miembro del *Gremio de Fontaneros*, Arnie Kott había acabado de despegar cuando sonó el altavoz.

«Aviso de emergencia. Un pequeño grupo de pardos se muere de sed e inanición en medio del desierto; punto brújula giroscópica 4.65003. Se ordena a todas las naves que se encuentran al norte de Lewinstown, que se dirijan a toda velocidad a ese punto para prestar asistencia. La Ley de las Naciones Unidas exige que todos los aparatos comerciales y privados respondan a este llamado».

El hombre de las Naciones Unidas repitió el aviso con voz decidida, desde un transmisor del satélite situado en algún lugar de allá arriba.

Al darse cuenta de que el helicóptero alteraba su curso, Arnie exclamó:

-Eh, ¿qué pasa, muchacho?

Era el colmo. Ya no podrían llegar a tiempo a las montañas, y mucho menos a la oficina de Pax Grove.

-Debo obedecer, señor. Es la Ley.

Se encontraban ya sobre el desierto, dirigiéndose a buena velocidad hacia la intersección señalada por el locutor de Naciones Unidas. «¡Esos negros! -pensó Arnie-. Tenemos que dejar lo que estamos haciendo para rescatarles a ellos, esos infelices; lo peor de todo es que ahora me encontraré con Jack Bohlen. Es inevitable. Me había olvidado del detalle, y ahora es demasiado tarde».

Palpó debajo de la chaqueta. Todavía llevaba el revolver. Eso le dio un poco más de ánimo. Mientras el helicóptero realizaba la maniobra del descenso, mantuvo la mano en el mismo lugar. Vio con desaliento que el helicóptero de la *Compañía Yee* había aterrizado antes que ellos, y que Jack Bohlen ya estaba dando agua a los pardos.

«Maldito sea», pensó Arnie.

-¿Me necesitan? -preguntó el piloto de Arnie sin abandonar su asiento-. De lo contrario seguiré el viaje.

-No tengo suficiente agua para darles -contestó Jack Bohlen a gritos. Estaba sudando bajo el ardiente sol, y se secó la cara con un pañuelo.

-Está bien -dijo el piloto, y detuvo el motor.

-Dile que se acerque -ordenó Arnie al piloto.

Después de saltar al suelo con una lata de veinte litros de agua, el piloto se acercó a Jack; pasado un momento, éste dejó de atender a los pardos y fue hasta donde estaba Arnie Kott.

-¿Quería verme? -preguntó Jack, mirando a Arnie.

-Sí -dijo Arnie-, voy a matarle -y sacando su pistola apuntó a Jack Bohlen.

Librodot

Los pardos, que habían estado vertiendo agua en sus cáscaras de paka, se detuvieron. Un joven oscuro y delgado, casi desnudo bajo el rigor del rojizo sol marciano, llevó la mano hacia atrás para tomar su carcaj lleno de flechas envenenadas. Eligió una, la colocó en el arco y con un solo movimiento la arrojó. Arnie Kott no alcanzó a ver nada; sintió un dolor agudo, se inclinó y vio la punta de la flecha saliéndole del pecho, algo más abajo del esternón.

«Saben leer el pensamiento -pensó Arnie-. Adivinan las intenciones». Trató de arrancarse la flecha, pero ni siquiera consiguió moverla. Se dio cuenta entonces de que se moría. La flecha estaba envenenada y sintió correr el efecto del veneno por los miembros, la circulación se le entorpecía y el mal subía al cerebro para anularle la mente.

-¿Qué razón tenía para matarme? -preguntó Jack Bohlen-. Ni siquiera sabe quién soy.

-Por supuesto que lo sé -alcanzó a gruñir Arnie-; usted va a arreglar mi codificadora y me quitará a Doreen; además, su padre me robará cuanto poseo, todo lo que me interesa, la Cadena Franklin Delano Roosevelt y todo lo que viene después.

Cerró los ojos y descansó.

-Debe estar loco -dijo Jack Bohlen.

-No -contestó Arnie-, pero conozco el futuro.

-Voy a buscar un médico -dijo Jack Bohlen, subiendo de un salto al helicóptero. Hizo a un lado al confundido piloto para examinar la flecha que sobresalía.

-Si llega a tiempo, podrán darle un antídoto -dijo.

Puso en marcha el motor; las hélices empezaron a girar lentamente primero, y más rápido después.

-Llévenme hasta el Cañón Henry Wallace -murmuró Arnie-; tengo que clavar mi estaca.

Jack Bohlen le miró.

-Usted es Arnie Kott ¿no es cierto? -dijo, y sacando al piloto de en medio se sentó ante los controles. El helicóptero no tardó en elevarse.

-Le llevaré a Lewinstown, está más cerca y allí le conocen -dijo.

Arnie, callado, se recostó y cerró los ojos. Todo había salido mal. No pudo marcar su terreno y no le hizo nada a Jack Bohlen. Todo había terminado.

«¡Esos pardos! -pensaba mientras sentía que Bohlen le sacaba del helicóptero. Ya habían llegado a Lewinstown; con la vista nublada por el dolor, pudo ver apenas, la gente y los edificios-. Por culpa de esos pardos... Toda la culpa es de ellos, desde el principio. A no ser por ellos, nunca habría conocido a Jack Bohlen. A ellos les culpo de todo».

¿Por qué no había muerto aún? Eso se preguntaba, mientras Jack Bohlen le llevaba a través de la pista de aterrizaje del techo hacia la rampa de descenso. Ya había pasado mucho tiempo: con toda seguridad el veneno había circulado por todo su organismo. Sin embargo, todavía le era posible sentir, pensar, entender... «Tal vez pueda morirme aquí, en el pasado -pensó-, o quizá esté condenado al limbo de morir e incapaz de regresar a mi propio tiempo».

«¿Cómo fue tan rápido para adivinar ese joven pardo? Por lo general no usan sus flechas contra la gente de la Tierra; es un crimen capital y significa el fin para ellos. Tal vez me estuvieran esperando -pensó-; conspiraron para salvar a Bohlen en agradecimiento por el agua y la comida que les dio. Apuesto a que fueron ellos los que le dieron la bruja de agua... *Cuando se la dieron, ya sabían. Sabían todo esto desde el primer momento».*

«No puedo defenderme en este terrible pasado esquizofrénico de Manfred Steiner. Dejadme volver a mi mundo, al tiempo que me corresponde. Quiero salir de aquí. Ya no deseo clavar mi estaca ni hacer mal a nadie. Sólo quiero regresar a *Monte Sucio* y encontrarme con ese maldito niño. Cómo estaba. ¡Manfred, por favor! -pensó Arnie».

Algunos (no sabía quiénes), le transportaban en unas angarillas por un oscuro pasillo. Voces. Puertas que se abren; brillo de metal, instrumentos de cirugía. Vio caras cubiertas con mascarillas y sintió que lo colocaban sobre una mesa. «¡Ayúdame, Manfred! -gritó en lo profundo de su ser-. ¡Van a matarme...! Tienes que hacerme volver. Tiene que ser ahora, de lo contrario, olvídate porque...».

Una máscara vacía de oscuridad total apareció ante él y descendió.

-¡No! -gritó Arnie. «Esto no puede ser, no puede ser mi fin. Por amor de Dios, Manfred... Antes de que esto siga y sea demasiado tarde. Debo ver una vez más la realidad normal y brillante, sin este deseo esquizofrénico de matar, sin ninguna alienación y libre de esa bestial lujuria de muerte. Ayúdame a librarme de las garras de la muerte, a volver una vez más donde me corresponde. Ayúdame Manfred, ¡ayúdame...!».

-Levántese, señor. Ha pasado su tiempo -dijo una voz.

Abrió los ojos.

-Más cigarrillos, señor.

El anciano sacerdote pardo, sucio, envuelto en una túnica grisácea como una telaraña, se inclinó sobre él y continuaba palmeándole mientras susurraba la misma letanía en su oído, una y otra vez.

-Si quiere quedarse señor, tendrá que pagarme -y tanteó la chaqueta de Arnie, como si buscara algo.

Arnie se sentó, tratando de ver a Manfred. El niño había desaparecido.

-¡Apártate de mí! -dijo Arnie, poniéndose de pie.

Se llevó la mano al pecho pero no sintió nada. No tenía clavada la flecha. Con paso inseguro fue hasta la boca de la cueva y se escurrió por la grieta. Afuera relucía la fría mañana de Marte.

-¡Manfred! -llamó.

No había rastros del niño.

«Bueno -pensó-, de todas maneras he regresado al mundo real. Eso es lo que importa». Había perdido todo deseo de venganza contra Jack Bohlen; también, la ambición de comprar terrenos para el desarrollo de esas Montañas Franklin Delano Roosevelt.

«Puede quedarse con Doreen Anderton, ¡con lo que me importa! -se dijo Arnie mientras avanzaba hacia el sendero por donde había venido-. Pero cumpliré la palabra que le di a Manfred, y en la primera oportunidad lo enviaré a la Tierra. Tal vez el cambio le cure, o quizás tengan allá mejores psiquiatras. De todos modos, no terminará sus días en AM-WEB».

Mientras seguía por el sendero, siempre en busca de Manfred, vio un helicóptero que volaba en círculos. «Tal vez hayan visto adónde fue el muchacho -se dijo-. Ambos, Doreen y Jack, tienen que haber estado observando durante todo este tiempo». Se paró y empezó a agitar los brazos para que los del helicóptero le vieran. Les hizo señas para que bajaran.

El helicóptero descendió con cautela, según le pareció, hasta posarse sobre el sendero, delante de él, en un amplio espacio que había a la entrada de *Monte Sucio*. La portezuela se abrió, y bajó un hombre.

-Estoy buscando a ese niño -empezó a decir Arnie.

Entonces vio que no era Jack Bohlen; el hombre le resultaba desconocido. Era buen mozo, con cabello oscuro y ojos saltones, un tanto salvajes, los ojos de alguien que está bajo una gran tensión emotiva. Se le acercó corriendo, agitando en las manos algo que brillaba al sol.

-¿Usted es Arnie Kott? -preguntó gritando con voz chillona.

-Sí, ¿y eso? -dijo Arnie.

-Usted destruyó mi propiedad.

La primera bala no alcanzó a Arnie.

«¿Quién es usted, y por qué me dispara?» -pensó Arnie mientras palpaba la chaqueta para sacar su revólver, y cuando lo encontró hizo fuego contra el hombre que corría y en el mismo momento adivinó de quién se trataba; era el nuevo agente del Mercado Negro, que había tratado de entrometerse. Aquél a quien le dieron la lección.

El hombre que corría se agachó, rodó hacia un lado y disparó desde allí. Arnie tampoco le había acertado a él, pero esta vez la bala del otro pasó silbando tan cerca de Arnie, que éste creyó que estaba herido e instintivamente se llevó la mano al pecho. «No -se dijo-, no me has herido, hijo de mala madre». Arnie alzó la pistola y se dispuso a hacer fuego una vez más contra el hombre.

El mundo estalló en torno suyo. El sol cayó desde el cielo, se hundió en la oscuridad y junto con él se fue Arnie Kott. Después de un rato, la figura tendida se movió. El hombre de los ojos saltones se puso cautamente de pie, estudió un poco a Arnie y sólo entonces se le acercó.

Sostenía la pistola con ambas manos, apuntando mientras caminaba hacia él.

Oyó un zumbido en lo alto que le hizo levantar la vista; una sombra pasó por encima de él y Arnie Kott. El helicóptero hizo de barrera y Arnie Kott perdió de vista al miserable agente del Mercado Negro. Jack Bohlen saltó del helicóptero, corrió hacia Arnie y se inclinó sobre él.

-Atrapen a ese tipo -masculló.

-Imposible -dijo Jack señalando hacia arriba.

El contrabandista había alzado vuelo; su helicóptero se elevó por encima de *Monte Sucio*, pareció vacilar y con un brusco envión, dejó atrás la roca y se perdió de vista.

-Olvídese de él. Piense en usted, que está herido.

-Jack, no te preocupes por esto. Escúchame -susurró Arnie, tomándole de la camisa para acercarlo hasta poder hablarle al oído-. Te diré un secreto, algo que acabo de descubrir -dijo Arnie-; este es otro mundo esquizofrénico. De dónde sino, todo este odio, esta lujuria de muerte. Ya me sucedió una vez, pero no consiguió matarme. Fue con una flecha envenenada en el pecho, y ahora esto. Pero no me preocupo... -cerró los ojos, tratando de permanecer consciente-. Te pido que encuentres al niño, tiene que andar por aquí. Pregúntale a él, que te lo dirá.

-Estás equivocado, Arnie -dijo Jack, inclinándose hacia él.

-¿Cómo equivocado?

Apenas alcanzaba a ver a Bohlen; toda la escena parecía perdida en el ocaso, la silueta de Jack era pálida e incierta.

«No vas a engañarme -pensó Arnie-, sé que todavía estoy en la mente de Manfred. Pronto despertaré y no estaré herido, no... Me encontraré en perfecto estado y hallaré el camino de regreso a mi mundo, donde no suceden cosas como esta ¿verdad?». Trató de hablar, pero le fue imposible. Doreen Anderton apareció junto a Jack.

-Está a punto de morir ¿no es cierto? -dijo.

Jack no respondió. Estaba tratando de colocarse a Arnie sobre los hombros para llevarlo hasta el helicóptero.

«Es la palabra esa, gubble, gubble -pensó Arnie al sentir que Jack lo estaba levantando-. Pero he aprendido la lección; no voy a hacer jamás otra locura como ésta». Trató de explicárselo a Jack, mientras éste lo llevaba hasta el helicóptero. «Acabas de hacerlo -quiso decirle-. Me llevaste al Hospital de Lewinstown para que me sacaran la flecha ¿no recuerdas?».

-No podremos salvarle -le dijo Jack a Doreen, mientras colocaba a Arnie en el helicóptero. Jadeando, casi sin aliento, Bohlen se sentó ante los controles.

«¿Cómo que no? -pensó Arnie, indignado-. ¿Qué es lo que te pasa? ¿No haces lo posible? Será mejor que te esfuerces, maldito seas».

Intentó hablar, decirle eso a Jack, pero no pudo. No alcanzó a decirle nada.

El helicóptero empezó a levantarse del suelo con la carga de las tres personas.

Arnie Kott murió durante el vuelo de regreso a Lewinstown. Jack pidió a Doreen que se encargara de los controles y él se sentó junto al cadáver, pensando que Arnie había muerto creyendo que estaba perdido en la oscura corriente del pensamiento de Manfred. «Tal vez sea mejor así -pensó Jack-. Quizás el fin haya sido más fácil para él».

Le costaba creerlo, pero la muerte de Arnie Kott le daba mucha pena. «No parece justo -se dijo mientras continuaba junto al cadáver-. Es demasiado duro, él no se lo merecía... No por las cosas que hizo; algunas fueron malas, es cierto..., pero no tan graves».

-¿Qué era lo que te decía? -preguntó Doreen.

Parecía bastante tranquila, había sabido afrontar la muerte de Arnie con naturalidad, y piloteaba el helicóptero con fácil maestría.

-Él creía que esto no es la realidad; que se encontraba en una fantasía esquizofrénica.

-Pobre Arnie -dijo ella.

-¿Sabes quién es el tipo que lo mató? -preguntó Jack.

-Alguno de los tantos enemigos que se hizo a lo largo del camino.

Los dos permanecieron callados un largo rato.

-Tenemos que buscar a Manfred -dijo Doreen.

-Sí -asintió Jack. «Sé dónde está el niño en este momento -pensó para sí-. Se ha encontrado con algunos pardos en medio de la montaña y está con ellos. Es obvio y seguro; de todas maneras, habría ocurrido tarde o temprano. No se preocupaba por Manfred, ni le importaba el niño. Quizás por primera vez en su vida, el niño se encontraba en una situación que le permitiera adaptarse. Quizás junto a los pardos salvajes encontraría un estilo de vida que pudiera adoptar genuinamente como suyo y dejara de ser el pálido reflejo atormentado de aquellos que le rodeaban, seres a los que era diferente por nacimiento y a los que nunca se parecería, a pesar de sus esfuerzos».

-¿Y si Arnie tenía razón? -preguntó Doreen.

Por un momento no logró entenderla. Después, cuando captó el sentido de lo que había dicho, meneó la cabeza.

-No -dijo Jack.

-¿Y cómo podía estar tan seguro? -preguntó Doreen.

-No lo sé, pero estaba relacionado con Manfred.

Así lo había dicho Arnie antes de morir.

-Arnie era un hombre muy listo, en muchos sentidos -dijo Doreen-; si él pensó así, alguna razón tendría.

-Era muy astuto -señaló Jack-, pero siempre creyó en lo que quería creer. Y siempre hizo lo que quiso. De esa manera había sido el causante de su propia muerte; de alguna forma él mismo la provocó en el curso de su vida.

-¿Qué será de nosotros, ahora? -preguntó Doreen-. Sin él... me cuesta imaginarme la vida sin Arnie ¿entiendes lo que quiero decir? Creo que sí. Ojalá hubiéramos sabido lo que iba a suceder cuando aterrizó ese helicóptero. Quizás hubiéramos llegado unos minutos antes y... -lloró-. Ahora de nada sirve decirlo.

-De nada -confirmó Jack.

-¿Sabes lo que pienso que va a pasarnos ahora? Creo que nos iremos separando poco a poco; tú y yo. Tal vez no enseguida, quizás no suceda en algunos meses o años, es posible. Pero tarde o temprano, sin él, va a suceder.

Él no contestó. No tenía deseos de discutir. Tal vez fuera así, pero estaba cansado de mirar hacia adelante tratando de ver qué les esperaba a todos.

-¿Me amas todavía? -preguntó Doreen-. ¿Después de todo lo que hubo entre nosotros? -se volvió para mirarlo a la cara cuando le contestara.

-Sí, claro que sí -dijo él.

-Yo también -dijo ella con voz baja y débil-, pero no creo que sea suficiente. Tienes tu mujer, un hijo; eso es mucho y a la larga, cuenta. De todos modos, ha valido la pena al menos para mi. Nunca lo lamentaré. Tampoco creo que seamos responsables de la suerte de Arnie. No debemos sentirnos culpables. Creo que él mismo buscó su fin, metiéndose en lo que últimamente se había metido. Nunca sabremos exactamente de qué se trataba, pero sé que era algo para herirnos...

Jack asintió.

Continuaron el regreso a Lewinstown en silencio, llevando el cadáver de Arnie Kott, de vuelta a la colonia donde había sido y posiblemente seguiría siendo, el Honorable Miembro Supremo del *Gremio de los Fontaneros*, Sucursal Cuarto Planeta.

Mientras subía por un sendero apenas marcado entre las áridas rocas de las Montañas Franklin Delano Roosevelt, Manfred Steiner hizo un alto y vio, hacia adelante, un grupo de seis hombres oscuros, sombríos. Llevaban los huevos de paka llenos de agua, el carcaj con flechas envenenadas, y las mujeres llevaban un mortero. Todos fumaban cigarrillos mientras caminaban en fila india por el sendero.

Cuando lo vieron, quedaron inmóviles.

Uno de ellos, un joven lánguido, lo saludó cortésmente.

-La lluvia que cae de tu hermosa presencia nos fortifica y nos vigoriza, señor.

Manfred no entendió el significado de las palabras, pero captó el espíritu del saludo; cauteloso y amable a la vez, sin muestras de odio. No percibía en ellos ningún deseo de hacerle daño y eso le resultaba agradable. Olvidando su temor, concentró la atención en las pieles de animales que llevaba cada uno. Se preguntó qué clase de animal sería.

Los pardos también sentían curiosidad por él, y poco a poco se fueron acercando hasta rodearlo.

Uno de ellos proyectó un pensamiento hacia él. «Algunos aviones monstruosos aterrizarán en estas montañas, sin nadie a bordo. Han provocado la admiración y la envidia porque parecen algo portentoso. Ya han comenzado a reunirse en alguna parte, para planear cambios. ¿Eres uno de ellos, por casualidad?».

«No» -transmitió mentalmente Manfred para que ellos pudieran captarle.

Los pardos señalaron hacia el centro de la cadena de montañas, y él lo vio. Una flotilla de cohetes autodirigidos, suspendidos en el aire. Pensó que habían llegado de la Tierra. Ya iban a comenzar la empresa, poner la piedra fundamental para construir los edificios. Los trabajos habían empezado, pronto aparecerían AM-WEB y otras estructuras similares sobre la faz del cuarto planeta.

«Por eso nos vamos de las montañas -pensó hacia Manfred uno de los hombres-. Ahora que esto ha empezado es imposible vivir aquí. Hace mucho tiempo vimos que esto iba a suceder, por medio de nuestra roca, pero ahora es una realidad».

«¿Puedo ir con vosotros?» -pensó Manfred.

Sorprendidos, los pardos se retiraron un poco para considerar su petición. No sabían quién era ni qué quería; nunca se habían cruzado con un inmigrante.

«Vamos hacia el desierto -repuso el joven, por último-. Es dudoso que podamos sobrevivir, pero debemos intentarlo. ¿Estás seguro que deseas hacer lo mismo?».

«Sí» -transmitió Manfred.

«Entonces, ven con nosotros» -decidió el pardo.

Reanudaron la marcha; aunque estaban cansados, pronto volvieron a andar a buen ritmo. Manfred pensó que tal vez lo dejarían atrás, pero los pardos aminoraron el paso para que él pudiera seguirlos.

Les esperaba el desierto, pero ninguno lo lamentaba. De todas maneras era imposible volver atrás, no podían vivir en las nuevas condiciones.

«No tendré que vivir en AM-WEB -se decía Manfred mientras seguía el paso de los pardos-. Escaparé a través de estas negras sombras».

Se sentía muy bien, como no recordaba haberse sentido nunca antes en la vida.

Una de las mujeres le ofreció tímidamente uno de los cigarrillos que tenía. Él le dio las gracias y lo aceptó. Siguieron andando.

Mientras continuaban la marcha, Manfred Steiner sintió que dentro de sí algo extraño sucedía; estaba cambiando.

Al atardecer, mientras preparaba la cena para los tres: David, su suegro y ella, Silvia Bohlen vio que alguien se acercaba caminando. Una silueta venía por el borde del canal. «Es un hombre -pensó asustada; fue hasta la puerta de entrada, y la entreabrió para ver quién era-. Dios, ¿no será ese vendedor de alimentos dietéticos, Otto no sé qué...?».

-Soy yo, Silvia -dijo Jack Bohlen.

David salió de la casa, corriendo excitado al encuentro de su padre.

-Hola, ¿cómo es que no has venido en helicóptero? ¿O has venido en el ómnibus-tractor? Seguro que sí. ¿Qué le ha pasado a tu helicóptero, papá? ¿Se ha estropeado y lo has dejado en medio del desierto?

-No hay más helicóptero -dijo Jack. Parecía cansado.

-Lo escuché por radio -dijo Silvia.

-¿Lo de Arnie Kott? Sí, es cierto -dijo Jack asintiendo con la cabeza.

Al entrar en la casa se quitó la chaqueta y su esposa la colgó en el armario.

-Esto te afecta mucho ¿no es cierto? -preguntó ella.

-Me he quedado sin trabajo -dijo Jack-. Arnie había comprado mi contrato. ¿Dónde está Leo? -preguntó mirando a su alrededor.

-Durmiendo la siesta. Estuvo afuera casi todo el día, ocupado en sus negocios. Por suerte has regresado antes de que se vaya; mañana parte hacia la Tierra, según dijo. ¿Sabías que las Naciones Unidas ya están ocupando esas tierras en las Montañas Franklin Delano Roosevelt? También lo anunciaron por radio.

-No lo sabía -dijo Jack, yendo hacia la cocina.

Se sentó a la mesa.

-Me gustaría un vaso de té bien helado -dijo.

-Tal vez no tendría que preguntarte si esto del trabajo es muy serio -dijo Silvia mientras preparaba el té.

-Puedo colocarme en cualquier empresa de reparaciones -dijo Jack-; en realidad el señor Yee no tendría inconveniente en volver a contratarme. Estoy seguro que no vendió mi contrato con mucho gusto.

-¿Y por qué estás tan desanimado entonces? -preguntó Silvia.

-El ómnibus-tractor me dejó a más de un kilómetro de aquí -dijo él-. Estoy cansado, simplemente.

-No esperaba que vinieras -declaró ella, sintiéndose nerviosa y sin ganas de preparar la cena-. Estoy preparando hígado con tocino y un poco de zanahorias al gratin, con manteca sintética; también haré una ensalada. Leo dijo que le gustaría un pastel de postre. Entre David y yo le íbamos a preparar uno más tarde, para cumplimentarle; después de todo, se va y es posible que no volvamos a verle nunca. Hay que pensar en eso.

-Lo del pastel me parece buena idea -dijo Jack.

-Preferiría que me digas lo que pasa -declaró Silvia-; nunca te he visto así. No es cansancio, solamente; debe ser la muerte de ese hombre...

-Estaba pensando en algo que Arnie dijo antes de morir -recordó Jack-. Yo estaba con él. Dijo que no se encontraba en un mundo real sino que estaba en la fantasía de un esquizofrénico; eso me ha estado rondando por la cabeza. Nunca se me había ocurrido pensar lo parecidos que son nuestro mundo y el de Manfred; creía que eran totalmente distintos. Ahora veo que se trata sólo de una cuestión de grados.

-No quieres hablarme de la muerte del señor Arnie Kott ¿verdad? Dijeron por radio que había muerto en un accidente de helicóptero, en el terreno escabroso de las Montañas Franklin Delano Roosevelt.

-No fue un accidente; Arnie fue asesinado por un individuo que había jurado vengarse. Sin duda le habría hecho alguna injusticia y el otro le tenía un rencor justificado. La Policía lo busca, naturalmente. Arnie murió pensando que se trataba del odio sin sentido de un psicópata, pero probablemente es un odio muy racional sin trazos de psicosis.

A Silvia le asaltó un tremendo sentimiento de culpa, al pensar la clase de odio que le tendría su marido si se enterara de su aventura del día.

-Jack -dijo ella torpemente, con impulsos de hablarle pero sin saber bien cómo hacerlo-. ¿Crees que nuestro matrimonio va a terminar?

-¿Por qué lo dices? -preguntó Jack, tras mirarla largamente.

-Quizás quiera oírte decir que no -dijo ella.

-No lo creo -replicó él, sosteniendo su mirada.

Ella se sintió al descubierto, como si Jack fuera capaz de leer sus pensamientos y adivinar lo que había hecho.

-¿Hay alguna razón para pensar así? ¿Por qué crees que volví a casa? Si nuestro matrimonio no marchara, ¿habría venido hoy aquí, después de... -calló-. ¿Está preparado el té? -preguntó al fin.

-¿Después de qué? -insistió su mujer.

-De la muerte de Arnie -aclaró Jack.

-¿Adónde más podrías haber ido?

-Siempre hay dos lugares para elegir: el hogar, o el resto del mundo y toda la demás gente...

-¿Cómo es ella? -preguntó Silvia.

-¿Quién?

-La joven. Estuviste a punto de decirlo hace un momento.

Pasó tanto tiempo sin que él respondiera, que su esposa creyó que no iba a hacerlo. Pero entonces, habló:

-Es pelirroja; casi me quedé con ella, pero no lo hice. ¿Te basta con saber eso?

-Yo también puedo elegir -dijo Silvia.

-No lo sabía, no me había dado cuenta -dijo él inexpresivamente-. Y bien, es bueno saberlo; le hace reflexionar a uno. No estás hablando de teoría ¿verdad? Te refieres a algo concreto.

-Así es -dijo Silvia.

En ese momento David entró corriendo a la cocina.

-El abuelo Leo se ha despertado -gritó-. Le dije que estabas en casa, papá; está muy contento y quiere saber cómo van tus cosas.

-Todo va bien -dijo Jack.

-Jack, quiero que sigamos adelante, si tú estás de acuerdo -declaró Silvia.

-Por supuesto -dijo él-; ya sabes; he vuelto aquí otra vez -y sonrió tan patéticamente que casi le destrozó el corazón-. El camino fue largo; primero ese maldito ómnibus-tractor, y después caminando...

-Ya no volverá a repetirse -dijo Silvia-. Otras elecciones ¿verdad Jack? Tiene que ser así.

-Nunca más -dijo él, con énfasis; después, ella se le acercó desde el otro lado de la mesa, e inclinándose le besó en la frente.

-Gracias -dijo él, tomándola de la muñeca-; eso me hace bien.

Ella pudo sentir su fatiga, como si se la transmitiera.

-Lo que tú necesitas es una buena comida -le dijo-. Nunca te he visto tan... abatido.

Pensó entonces que podía haber tenido otro amago de su antigua enfermedad mental, la esquizofrenia, lo que explicaría muchas cosas. Pero no deseaba insistir sobre el tema y a cambio, dijo otra cosa.

-Esta noche nos iremos a acostar temprano, ¿te parece bien?

Él asintió vagamente mientras bebía el té a pequeños sorbos.

-¿Estás contento de haber regresado? -preguntó ella. «¿... o te has arrepentido? -pensó».

-Estoy contento -dijo él con tono firme y seguro. Era obvio que decía la verdad.

-Vas a poder despedir al abuelo antes de que se vaya... -empezó a decir ella, pero un grito la sobresaltó y se volvió de repente hacia Jack. Él se había puesto de pie.

-Es en casa de Steiner -dijo él, pasando velozmente ante ella. Ambos salieron corriendo.

-Mi hermano... -dijo una de las niñas Steiner, que los recibió en la puerta.

Jack y Silvia pasaron junto a la niña y entraron a la casa. Silvia no entendía lo que estaba viendo, pero Jack sí, y tomándola de la mano le impidió seguir adelante.

La sala estaba llena de pardos y en medio de todos, ella vio parte de un ser viviente; era un viejo sólo del pecho hacia arriba pues el resto del cuerpo estaba compuesto por una maraña de tubos, bombas y diales, una maquinaria que funcionaba incesantemente a un ritmo regular; así

mantenía con vida al viejo. En un instante ella se dio cuenta de que los aparatos reemplazaban la parte que faltaba del cuerpo. ¿Quién o qué era eso, sentado en aquel lugar con una débil sonrisa impresa en la cara marchita? En ese momento les habló.

-Jack Bohlen -pronunció una voz raspante que salía de un altavoz mecánico, no de la boca-; he venido a decirle adiós a mi madre -hubo una pausa y la máquina se aceleró, como haciendo un esfuerzo.

-Ahora puedo darte las gracias -dijo el viejo.

Sin apartarse de su mujer, a quien tenía de la mano, Jack Bohlen dijo:

-¿Por qué? Yo no hice nada por ti.

-Sí, creo que sí.

Lo que estaba sentado hizo una seña a los pardos y éstos lo acercaron a Jack, colocándole de manera que estuviera frente a él.

-En mi opinión... -y volvió a quedar silencioso, luego siguió hablando en tono más fuerte- ... trataste de comunicarte conmigo, hace muchos años. Estoy agradecido.

-No fue hace tanto tiempo -dijo Jack-. ¿Acaso lo has olvidado? Tú volviste a nosotros; fue hoy. Este es tu pasado lejano, cuando eras niño.

-¿Quién es eso? -preguntó Silvia a su marido.

-Manfred.

Llevándose las manos a la cara, ella se cubrió los ojos; no podía seguir mirando.

-¿Escapaste de AM-WEB? -preguntó Jack a la cosa.

-Sssiií -siseó con un alegre temblor-. Estoy con mis amigos -y señaló a los pardos que le rodeaban.

-Por favor Jack -dijo Silvia-, sácame de aquí. No puedo soportarlo...

Se apretó contra él, que la sacó de la casa de los Steiner hacia la oscuridad nocturna. Asustados y nerviosos, Leo y David los estaban esperando.

-Dime hijo, ¿qué ha pasado? -preguntó Leo-. ¿Por qué gritó esa mujer?

-Se acabó. Todo está bien -contestó Jack, y dirigiéndose a Silvia agregó-: Salió corriendo hacia afuera. No entendió en el primer momento.

-Yo tampoco entiendo ni deseo entender -dijo Silvia temblando-; no trates de explicármelo siquiera.

Ya de vuelta en la casa, volvió a la cocina, apagó la llama de los quemadores y destapó las ollas para ver qué se había quemado.

-No te preocupes -dijo Jack, acariciándola.

Ella trató de sonreír.

-Es probable que no vuelva a suceder -dijo Jack-; pero aún en caso de que sucediera...

-Gracias -dijo ella-; al principio creí que era el padre, Norbert Steiner. Por eso me asusté tanto.

-Tenemos que conseguir una linterna y salir en busca de Ema Steiner -dijo Jack-. Debemos estar seguros que no le ha pasado nada.

-Sí -dijo ella- tú y Leo podéis hacerlo mientras yo termino la cena, debo vigilar la comida o se arruinará.

Ambos hombres salieron de la casa con una linterna. David quedó acompañando a su madre y dispuso los platos sobre la mesa. «Dónde estarás cuando seas viejo así -pensó ella mirando a su hijo-, hecho pedazos y remendado con máquinas... ¿Tú también serás así? Quizás sea mejor que no podamos adivinar el futuro -se dijo-. Gracias a Dios que no podemos verlo».

-Quisiera haber salido -dijo David, quejumbroso-. Dime ¿por qué gritó de esa manera la señora Steiner?

-Tal vez algún día lo sepas... -dijo Silvia.

«Pero ahora no -se dijo-. Es demasiado pronto para todos nosotros».

La cena estaba lista y salió automáticamente al porche, para llamar a Jack y a Leo, aún sabiendo que no podrían llegar enseguida. Pero los llamó de todas maneras, porque era su

deber.

En la oscuridad de la noche marciana, su marido y su suegro iban en busca de Ema Steiner; la luz que llevaban alumbraba por aquí y por allá, y se oían sus voces seguras, competentes y perseverantes.

FIN